Kailas ficción

Devi
la intocable

Ana García-Arroyo

KAILAS

«Ana García-Arroyo, finísima conocedora de la sociedad india, consigue dar voz a los excluidos; y sumergirnos en su historia real*, cruda y dura, pero también repleta de color y esperanza. Un relato sencillamente imprescindible para conocer la realidad social de la India contemporánea». AGUSTÍN PÁNIKER*

Devi la intocable *narra la historia verídica de una mujer y su familia en la India rural. La novela comienza con la boda de los padres de Devi, los rituales, la partida de la novia con un extraño, el seguimiento al maestro, Babasahed, que lucha por abolir la intocabilidad, y la conversión al budismo para sobrevivir al hambre y al desprecio.*

Devi describe su vida como una lucha constante entre la tiranía del honor y la tradición y su propia voluntad por recibir una educación, para así liberarse de ataduras, de los abusos de los hombres y de la indiferencia de una madre que considera que su hija se ha rendido a la modernidad y a los valores occidentales.

Una novela sorprendente que nos permite conocer en profundidad las costumbres sociales y culturales de un país fascinante.

Devi la intocable

Ana García-Arroyo

Título: Devi la intocable

© 2017, Ana García-Arroyo
© 2017 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-91-7

ISBN papel: 978-84-16523-90-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es
www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

1. Tambores de boda
2. Cuerpos intocables, corazones orgullosos
3. La pequeña escuela de Ananda
4. Festival de Dussehra o el triunfo del bien sobre el mal
5. Govinda, un poeta callejero
6. Peregrinación al templo de Yellamma y nacimiento de Devi
7. Tiempos difíciles
8. Las cabras son para los sacrificios; los tigres, no
9. El honor de la casta
10. Sobre zapatos y pucheros: historia de tía Su
11. La tigresa que se escapó de la jaula
La autora

Para Raquel y José, mis padres.

También para todos mis estudiantes.

También quiero dar las gracias
a Agustín Pániker y a Isabel García.

1
Tambores de boda

Me llamo Devi. Nací en una familia de intocables en un pueblecito del estado indio de Maharashtra. Mi padre, Ananda, pertenecía a una comunidad que tradicionalmente se había dedicado a entretener a la gente con música, canciones e historias antiguas. Eran, pues, músicos callejeros. Dentro de la gran familia de intocables ha habido siempre muchas subcastas, relacionadas con el trabajo que cada una había realizado toda la vida, durante generaciones y generaciones, siguiendo los dictámenes de la tradición. Por eso mi padre, y anteriormente mi abuelo, y todos sus antepasados, habían llenado de alegrías muchos festejos públicos y las ceremonias de los más ricos. Bueno, he de decir también que para muchos de estos, de buenas familias, nosotros solo éramos mendigos, por eso padre rompió esta costumbre y decidió convertirse en maestro rural, porque siempre había creído que él podía aspirar a algo mejor, a un oficio más respetable, que le permitiese comer cada día y vestir ropas limpias. «Mirad arriba, alzad siempre la vista al cielo y no os amilanéis nunca», nos decía.

En esos momentos, padre estaba encantado con su gran sueño de maestro y no temía las habladurías de algunos que lo consideraban una idea descabellada dada su posición de intocable. Siempre había sido muy persistente y todo un gran soñador, razones por las cuales, después de casarse, en aquel glorioso año de 1952 que bendijo a mis padres con el estridente sonido de los tambores de su boda, que sonaron por todos los costados de India, padre llevó a cabo lo que bien tenía en mente, aquella gran ilusión que le haría posible escapar de la vergüenza y del castigo que el destino había impuesto a los de nuestra misma condición.

Transcurridos unos pocos meses, después de aquella modesta ceremonia de boda, mi familia se vio asediada por la agitación y el trasiego que siempre acompaña al infortunio de los más pobres y que apagó de súbito el brillo de felicidad en los ojos de madre, la joven inocente novia que entonces era. Y todo había ocurrido por culpa de aquella cabezonería de padre de querer ser alguien digno de respeto, pues así era como lo había rumiado madre para sus adentros muchas veces y no se había atrevido a decirle nada, ni a rechistar, ni a confesar lo que verdaderamente pensaba, hasta mucho tiempo después, cuando por fin, no pudo contenerse más y un día le levantó la voz con furia a padre; algo por lo que se estuvo lamentando el resto de su vida, pues, después de todo, él era su fiel esposo y un buen hombre, nos decía.

También, en aquel mismo año de 1952, se alzaron otras voces que marcaron un hito en la memoria de los recuerdos. Eran las voces de los intocables convertidos al budismo que abrazaban con júbilo esta nueva religión, que, supuestamente, les liberaría para siempre de la esclavitud y la opresión de las castas poderosas del hinduismo.

En las ciudades, en los pueblos, por todo el Estado, había conversiones públicas de intocables. Un sentimiento especial de triunfo y liberación vibraba en el aire, deshaciendo con sutileza la rabia contenida durante tanto tiempo de sometimiento. Padre se sentía conmovido por todos aquellos acontecimientos históricos que lograban alimentar todavía más sus fantasías y le ayudaban a visionar un futuro glorioso para él y los suyos. Por fin, los de su casta, se habían atrevido a dar el paso y, con la misma determinación que les había servido para derrotar a los ingleses, en los tiempos en que India había sido una colonia, ahora habían rechazado la religión hinduista y los dogmas de los sacerdotes brahmanes.

Padre se identificaba con aquellas voces de insurgentes, no cabía duda.

«¡Este es el momento! —exclamaba—. El tiempo de desafiar el poder de la tiranía. ¡Por fin ha llegado nuestra hora! El hinduismo no es una buena religión», murmuraba, sin cesar, una y otra vez.

En realidad, la cuestión era muy sencilla: los intocables, como padre, queríamos ser tocables. Queríamos sentir el contacto humano, el roce y la mirada ajena, sin rechazo y condena. No, no era la primera vez que nuestra casta se había enfrentado a los poderosos de las castas altas; pero de un modo u otro, los astutos y poderosos sacerdotes brahmanes, se las habían apañado para dominarnos. Mi abuelo… Sí, mi mismo abuelo se enfrentó a ellos muchas veces. Porque él sabía leer y escribir. También padre. Esto les hacía tener ventaja sobre los demás, pues, te aseguro que no había en ellos ni un pelo de tontos. Y, por eso, en aquel momento, en 1952, una vez más la gente de mi propia casta, alzaba la vista al cielo y se sentía fuerte.

¡Je!, ¡je!, ni os podéis imaginar qué cara se les quedó a los brahmanes cuando mi abuelo y los suyos pisotearon el gran libro sagrado, el de *Las Leyes de Manu,* que dictaba las doctrinas a seguir.

Padre siempre nos había dicho que el dichoso Manu había sido un brahmán muy listo y que había escrito el libro para mantenernos a todos a raya. Luego, había proclamado que aquellas leyes eran la inspiración de los dioses supremos y que esos eran sus designios. Padre también nos decía, sin ningún miramiento, que Manu estaba muy equivocado. «No lo olvides, Devi, las divinidades solo quieren lo mejor para las personas», repetía insistentemente cuando le sobrecogía el buen humor, algo que solía suceder bastante a menudo en aquellos primeros años de mi infancia. Pero, si alguna vez le invadía un cierto temor, en esos mismos momentos en que sentía que sus esfuerzos de rebelión eran controlados por otros, entonces, sulfurado, exhortaba que aquellas verdades de los sacerdotes no eran más que patrañas. «¡Patrañas!», sí, esta era la palabra.

A pesar de mi corta edad, la verdad es que algo de todo aquello sí que

alcanzaba a entender. A mi alrededor, durante los pocos años que padre estuvo con nosotros, le vi malhumorado en alguna ocasión, aunque su esencia natural era la de un hombre pacífico, luchador y muy alegre. También aprendí desde bien pequeña que, por esta razón de la casta, nosotros, los intocables, nos veíamos relegados a vivir a las afueras de los pueblos o en la más absoluta cochambre de las ciudades. Algunos mendigaban, como padre y el abuelo, que regalaban música a cambio de desperdicios o migajas, otros, sin embargo, tenían que hacerse nómadas, yendo de acá para allá, en busca de recursos y un lugar de donde no les echasen. En aquella situación, no resultaba del todo extraordinario que un hombre como padre quisiera hacerse maestro de escuela, aunque a madre no le gustase ni un pelo que desobedeciese las tradiciones. Y como hacía tan solo cinco años que la India se acababa de independizar del poder colonial británico, que la había sometido durante mucho tiempo, los que eran como padre, se sentían con ganas de invocar también el nombre de su propia libertad.

¿Y madre? Madre era una mujer muy tradicional. Nunca aprendió a leer ni a escribir, por eso todas las historias que me contaba se las sabía de memoria. Mi relación con madre fue más de odio que de amor. O de amor inconfesable porque los indios no hablamos de *estas cosas*. O de un odio necesitado; un odio o rabia muy particular para poder seguir viviendo. Para poder ser yo. Para llegar a ser quien soy ahora. Para… para convertirme en *tocable*, mi gran ilusión.

En realidad, conozco poco de la infancia de madre. No le gustaba hablar demasiado de ella ni de sus orígenes, le desagradaba rememorar episodios de abnegación y privación. En su lugar, prefería narrarme las historias de la gran diosa Devi, de quien yo tomé el nombre, o de otras diosas como Lakshmi o Yellamma, también de personas santas como Mirabai. Recuerdo bien cuando, sentada en el suelo del hogar, limpiando y cortando verduras, comenzaba algún relato del *Ramayana,* mientras se cercioraba bien de que aprendía las labores de la casa y la escuchaba en silencio, obediente. Para serte sincera, madre nunca estuvo demasiado orgullosa de mí. Desde que era niña rompí todos sus sueños, su concepción de lo que una mujer intocable debía ser y a lo que debía aspirar. No paraba de repetírmelo. Imagino que haber llegado tan lejos no significó gran cosa para ella. O tal vez nunca se atrevió a admitirlo. Supongo que es difícil de entender cuando se vive en la esclavitud mental que ella ha vivido siempre, en esa esclavitud que origina el ser y sentirse invisible a los ojos de la sociedad. Por eso yo no quería parecerme a madre, no quería sufrir como ella. Ni de lejos llegaría a ser como ella, por mucho que la sociedad y mi propia comunidad insistieran.

Madre siempre se opuso a que yo estudiase, y mi aversión y odio hacia ella fue creciendo por esta razón. Desde bien pequeña fue padre quien me sacó del hoyo de la ignorancia. Él le insistía una y otra vez pero, según madre, para ser honrado no se necesitaba educación. Al final, ella acababa acatando las órdenes de padre porque así lo dictaba la tradición. «Una mujer debe siempre respetar y obedecer a su marido, rezongaba, y eso deberás hacer tú, Devi, cuando te cases.

Madre era muy hábil para inculcarme su pensamiento hasta la médula, le daba

por insistir en que mi marido sería siempre un dios a quien debería respetar, como ella lo hacía con padre. No olvides que él te dará hijos y tú deberás mantener su honor, que es el honor de toda la familia, ¿lo has comprendido, Devi?

Madre siempre sacaba a colación el dichoso *honor*. Siempre a trancas y barrancas con el honor, la honra y la tradición, sus palabras favoritas, siempre presentes en sus labios. ¡Cómo la odiaba entonces!

Tenía sus maneras zafias, casi siempre; pero, a veces, entre los toscos modales se le escapaban atisbos de la joven que había sido antes, una chica pobre pero alegre y llena de ingenuidad. Recuerdo que, en ocasiones, especialmente los días que llegaban los monzones y agitaban con virulencia nuestra humilde casa y el agua nos entraba por alguna grieta del tejado, madre, casi como evocando malhumorada sus días de niña, insistía en que nunca viviese en los suburbios de una gran ciudad.

No permitiré, sobre todo si está en mi mano, que te cases con alguien que viva en esos agujeros pestilentes, sentenciaba alzando la voz.

Y, después, sin añadir nada más hacía un gesto brusco con la mano, como para dar por sentado que tenía razón y que nadie le iba a discutir lo contrario.

La gran ciudad a la que se refería madre con tedio era Bombay. Ella se había criado allí, en las condiciones más insalubres y temerosas. Por eso cuando se casó con padre y se fueron a vivir a Laxmipur, un pueblecito también en el estado de Maharashtra, no dejaba de constatar que se sentía muy afortunada porque la vida en el campo era más sana. «¡Ay, bendita sea Devi! ¡Bendita la diosa!, por este aire fresco y estos arroyos de agua clara», exclamaba emocionada. Ni te imaginas las veces que contaba esta historia.

Lo más bello era ver cómo se le iluminaba el rostro cuando lo decía, como si quisiese en ese momento transmitirme que el haberse casado con padre y haber vivido en Laxmipur había sido su gran sueño hecho realidad. Y con eso le bastaba. Se había cumplido y todo estaba bien. Bueno, al menos así fue hasta que murió padre, demasiado joven para una mujer india que se queda viuda. Y, entonces, en cuestión de instantes, el sueño-hecho-realidad se desmoronó. Y hasta se convirtió en pesadilla cuando las lluvias de aquel año azotaron bien nuestra pequeña casa y se ensañaron con nosotros. Mi infancia hasta entonces había sido tranquila y muy feliz al lado de padre y, de repente, todo hace ¡cataplum! y la torre se desploma y todo se cae.

Por cierto, todavía no te he contado que el nombre de madre es Urmila, un nombre muy popular, muy común en todas las lenguas indias y que, en sánscrito, significa «olas de pasión». Creo que, efectivamente, fueron estas olas de pasión las que despertaron el corazón de padre e hicieron que se fijara en ella. Olas de pasión que capturaron su atención cada vez que ambos acudían al mercado. Porque allí fue donde ocurrió realmente.

Urmila y Ananda se conocieron en un mercado y a los pocos meses se casaron. Urmila apenas había notado su presencia entre el ajetreo de la muchedumbre, bastante trabajo tenía con atender a los saquitos de hortalizas y frutas que vendía.

En esa época no la acompañaba su madre como lo había hecho hasta entonces, porque esta acababa de conseguir un trabajo en una pequeña empresa que fabricaba *bidis*. Como se pasaba casi todo el día liando *bidis,* que son los cigarrillos que se venden para la gente pobre, Urmila tenía que ocuparse, ella sola, de la venta de hortalizas y frutas que anteriormente había conseguido de algún campesino. No era fácil porque nadie quería hacer tratos con las castas intocables. A veces había suerte y los mismos trabajadores de castas bajas que se encargaban de su cultivo o las transportaban de un lugar a otro se hacían con una pequeña parte de la cosecha o se la daban sus amos como pago y entonces algunos se la vendían a Urmila.

En unas pocas semanas Urmila había aprendido todos los gajes de este oficio y se las apañaba bien. Tenía tan solo trece años y, aun siendo analfabeta, sabía bien las cuentas y cuántas *annas* había que pedir según la apariencia del comprador. Por un cesto de patatas solía pedir dos *annas* y si se trataba de mangos o papayas entonces pedía tres o hasta cuatro *annas,* dependiendo de su tamaño y madurez. Algunos compradores eran difíciles y se pasaban un buen rato preguntando cuánto valía esto y cuánto valía lo otro o diciendo con desdén que para estar podrido costaba muy caro. A Urmila le molestaban estos comentarios tan ingratos, pero las demás vendedoras que estaban a su lado siempre le daban ánimos y consejos. Algunas le decían: «¡Bah!, no les hagas ni caso. ¡Son hombres!». Otras le insistían en que les pidiese ayuda cuando no supiese algo.

Lo que más le sacaba de sus casillas era cuando llegaban algunos jovenzuelos, generalmente en grupillos de dos o tres, y comenzaban a decirle *cosas feas*. Así era como llamaba Urmila a las obscenidades, a las que no sabía nunca qué responder.

—Me gustan tus mangos —dijo un día uno de ellos en tono provocativo.

Y con una mano tocaba la fruta que se hallaba en las diferentes canastas mientras examinaba de arriba abajo, con su mirada lasciva, el cuerpo de Urmila, deteniéndose a la altura de sus pechos.

—Sí, parecen muy jugosos —respondía el que estaba a su lado.

—Y en el punto justo para ser devorados.

Y todos ellos se reían. Y Urmila se ponía nerviosa y, cada vez, más y más colorada.

Tras unos cuantos minutos de manosear los mangos y preguntar cuánto costaban, se marchaban sin comprar nada. ¡Oh, qué rabia le daba!

En una ocasión la cosa fue aún peor. Se acercaron unos cuantos hombres jóvenes, parecían rufianes por su aspecto y maneras, todos muy similares, y comenzaron igualmente a propasarse despiadadamente con sus bromas, sus insinuaciones y sus juegos verbales y gestuales, hasta el punto de que uno de ellos, que parecía estar borracho, en un momento dado se abalanzó sobre Urmila, insistiendo en que quería tocar la mercancía. En apenas un instante, sin que a Urmila le hubiese dado tiempo para reaccionar de alguna manera, el indeseable estaba pegado a su cuerpo y con sus manazas le toqueteaba bien los muslos, las caderas y los pechos, aprisionándola con toda su musculatura. Urmila comenzó a gritar y a forcejear y enseguida tres de las otras vendedoras, que ni siquiera habían

advertido su llegada, porque todo había sido muy rápido, acudieron en su ayuda, empujaron al hombre al suelo y le asestaron unas cuantas patadas y bofetadas.

—¡Malditos, todos! —gritaron enfurecidas, mirando a su alrededor a los otros hombres que se habían quedado impasibles, mofándose de la escena.

—Y tú, ¡malnacido! ¡Ojalá te arrastres como un gusano en tu próxima vida! —le gritó con toda su furia al que había abusado de Urmila.

—¿Acaso no tenéis vosotros madre y hermanas? ¡Malditos! ¡Malnacidos! Marchaos de una vez si no vais a comprar nada.

Las vendedoras que habían salido en defensa de Urmila eran de mediana edad. Estaban muy curtidas en aquel trato con los hombres y solían decir a las otras mujeres que, en lugar de amilanarse delante de ellos, estas debían ser valientes y hacerles frente. Pero no todas las mujeres se atrevían a plantarles cara porque muchas les tenían miedo.

Urmila había quedado al amparo de un corrillo de vendedoras. También había algunas mujeres que servían en las casas de las buenas familias y que a menudo compraban en aquel mercado. Urmila derramaba lágrimas y más lágrimas. Era la primera vez que sentía lo que su joven cuerpo, que acababa de convertirse recientemente en el de una mujer, significaba para hombres de aquella calaña, que eran la mayoría.

Después de aquel incidente, Urmila comenzó a fijarse más en los hombres. Algunos iban bien vestidos y pertenecían a castas superiores, pero sus instintos, sus apetitos más animales, eran los mismos, con lo cual resultaba aún peor porque su casta superior y su dinero les hacía invulnerables y creían que podían tener todo lo que se les antojase. Lo peor era que a estos señores no se les podía pegar ni insultar. Las otras vendedoras se lo habían explicado bien… Y que evitase regatear con ellos… Por su venganza, claro. Por eso muchas mujeres tenían miedo. Los señores podían desquitarse. Podían mandar quemar tu casa o enviar a matones y hacer que te moliesen a palos. Solía ocurrir a menudo. Las mujeres bien que lo sabían. Todo el mundo lo sabía y Urmila, dolorosamente, acababa de aprenderlo. Su experiencia había sido una liviana lección de la realidad intocable.

Urmila había oído hablar de otras jóvenes que en el camino al mercado habían sido sorprendidas por desconocidos o incluso por familiares que habían abusado de ellas y las habían violado. Nunca antes había comprendido bien lo que estas historias significaban. Ahora ya lo sabía. Su madre no le había dicho nada. Tal vez porque estas historias no las contaban las madres. Las tenía que aprender una sola. Igual que el canto de río aprende lo que es el roce del agua a medida que pasan los años.

Urmila tenía miedo. Recordó con tristeza a Sharmila, una joven de la casta de los barrenderos. Solían jugar juntas cuando eran pequeñas. Tampoco hacía tanto, aunque pareciesen cientos de años. La habían encontrado una mañana tirada en la calle, desnuda, con el cuerpo magullado, en un charco de sangre. Pensaban que estaba muerta. Pero seguía con vida. Era fuerte, se recuperó. La familia no dijo nada. Al cabo de unos meses nació un bebé. Una boca más en una familia de

pobres. Nadie confesó quién era el padre. Quedaron deshonrados.

Nadie gritó el nombre del malnacido que la atacó y le hizo un hijo. La casta concedía el privilegio a unos, la deshonra a otros. El miedo hacía el resto. Porque, al fin y al cabo, ¿quién la iba a creer?

Hacía tan solo dos meses que Urmila había tenido su primera menstruación y ya lo odiaba. Era «la maldición», lo llamaban las mujeres. Desde que había ocurrido, su madre estaba más pendiente de ella y la regañaba más a menudo por cosas que ahora no debía hacer y que antes a nadie le habría importado. Gradualmente había apreciado cómo su cuerpo estaba cambiando. Su madre y muchos de los que la conocían ya le habían dicho que se estaba poniendo muy guapa y que pronto encontraría un marido. Ella no acababa de entenderlo, nadie le había explicado nada de lo que pasaba. Ni tampoco necesitaba un marido. Cuanto más sentía la sensación de suciedad en su cuerpo, más decían los demás que estaba guapa. ¿Les pasaba lo mismo a las otras chicas de las familias de buena posición, a ellas que siempre se las veía tan limpias y arregladitas? ¿O era aquello algo relacionado con la suciedad de haber nacido tan bajo?

Había advertido que incluso tenía vello en las piernas, en los sobacos, en el pubis; los pechos le habían crecido, las caderas se le habían ensanchado y los muslos estaban más rellenos. Además, cada mes sangraba. «Es la maldición de ser mujer —le dijo una vez su madre, que la vio llorando, arrebujada en un rincón—. Pero te permitirá tener hijos cuando duermas con tu marido». Y no le dijo nada más.

Ananda se había fijado en Urmila muchas veces en el mercado. Como no tenía dinero para comprarle algo, nunca se había atrevido a acercarse al lugar donde se colocaban las vendedoras de verduras, donde estaba Urmila, y así charlar con ella. Ananda solía acudir al mercado unas dos veces por semana. La distancia desde el pueblo de Laxmipur era considerable y solía llegar hasta allí en los trenes de mercancías que pasaban frecuentemente, subiéndose a ellos cuando iban a poca velocidad y trepando hasta el techo. En el mercado al menos sacaba algo que comer y si sus canciones gustaban al público y este estaba de buen humor, le pagaban con algún panecillo. Además, si había suerte, siempre cabía la posibilidad de que alguien le contratase a él y a su familia para ir a tocar en una boda o para animar en alguna otra celebración. En las últimas semanas Ananda había ido al mercado más a menudo. Se colocaba en un lugar estratégico donde pudiese observar a Urmila y se pasaba horas mirándola. El muchacho se había quedado prendado de la belleza de la joven, era indiscutible.

Curiosamente, la ropa maltrecha, ajada y sucia de Urmila disimulaba los cambios generosos y la bonanza del nuevo estadio de su cuerpo, que Ananda podía intuir muy bien. Pero si el pobre atavío llegaba en parte a esconder sus nuevas redondeces, la certeza de sus ojos negros era irreprochable. Porque Urmila tenía unos ojos negros chisporroteantes y un rostro de piel clara y tersa que no se podían ocultar en el tumultuoso y agitado mercado.

Un día, armándose de valor, Ananda se acercó a su padre y le dijo:

—Padre, tengo ya edad para casarme y lo quiero hacer con Urmila, la joven del mercado de la ciudad, que es muy bella. Te pido que arregles los preparativos para mi boda.

El padre de Ananda se asombró. No era esta la manera en que se llevaban a cabo estos asuntos. Pero, qué importaba. La verdad es que había estado más ocupado que nunca en la última temporada. Con todas las actividades que llevaba a cabo en el movimiento de liberación de los intocables, encabezado por el Maestro Ambedkar, no había tenido tiempo para nada más. Era su causa y su pasión. Siempre había sido un fiel seguidor del maestro Ambedkar, al que la gente llamaba cariñosamente Babasahed. Por esta razón no se había percatado de que su hijo Ananda tenía ya dieciocho años y, efectivamente, como él mismo decía, estaba en la edad de formar su propia familia.

Cuando padre e hijo hablaron, al principio el padre quedó sorprendido, pero enseguida se ilusionó y comenzó a organizar un pequeño comité para ir a visitar a la familia de Urmila y conocerles. Había que asegurarse de que una joven tan bella, según su hijo, era apta para él. Sí, claro, ellos nunca habían tenido miramientos con respecto a la casta, todo lo contrario, el movimiento proliberación de los intocables, y la filosofía y lucha de Babasahed, siempre les había enseñado que todos eran iguales. La diferencia entre castas y el brutal rechazo de los intocables era algo que había que combatir. Por eso ahora no iban a ofrecer ninguna resistencia al casamiento, si la chica era de una casta de intocables inferior a la de ellos. Pero, claro, por otro lado, tampoco iban a permitir que su hijo Ananda, un joven que sabía leer y escribir, entre los pocos de esa época, y que tenía un espíritu abierto y sensible, capaz de prosperar, se uniese en matrimonio a una mujer que pudiese resultar un fraude.

Visto lo cual, el padre de Ananda y otros dos varones de su familia tomaron referencias de la familia de Urmila y convinieron un día para ir a visitarles a Bombay y conocer así a la posible novia.

Llegó el día y todo el mundo estaba muy agitado. La madre de Urmila la hizo levantar antes de que saliese el sol como cada día, abandonó sus labores cotidianas y lo primero que hizo con la ayuda de las otras mujeres de las chabolas adyacentes fue darle un buen baño. Restregaron bien todo el cuerpo de Urmila, le lavaron el cabello y después la vistieron con un sari azulado que la madre guardaba con esmero para tan señalado día y que había sido el que ella misma había llevado en su boda.

—Este sari te traerá suerte —le dijo.

Luego, colocó su mano sobre la frente de Urmila y balbuceó una bendición.

La tela estaba muy raída por el paso de los años, pero aún lucía bien en el cuerpo esbelto de Urmila.

—¡Estás muy guapa! —exclamó su madre al mirarla.

Y Urmila, ante tales palabras, lo único que deseó entonces fue haber tenido un espejo. El lujo de un espejo, grande, bien grande, habría sido su deseo en aquellos momentos para admirar por primera vez su belleza, esa belleza y generosidad de la

naturaleza, de la que todo el mundo hablaba. ¡Oh, cuánto habría gozado con un espejo!

Acto seguido su madre comenzó a aleccionarla:

—Ahora tienes que prestar mucha atención y aprender de memoria lo que te voy a decir. Es muy importante que lo aprendas porque ahora eres una mujer y tu marido te respetará si eres honrada.

Y como si de una retahíla ancestral se tratase, sobre lo que *debía* y *no debía* hacer cuando llegasen los invitados, la madre procedió a enseñarle cómo tenía que caminar al llevar el sari, cómo se tenía que mover y cómo tenía que sentarse delante de la gente.

—Ah, y no debes mirarles directamente a los ojos —apuntó—. Y cuando te pregunten si sabes cocinar, menciona los platos que sabes hacer. Pero tampoco debes hablar demasiado. ¿Lo has entendido?

También le enseñó otras muchas cosas similares, a las que Urmila dejó de prestar atención porque estaba notando que se sentía un poco oprimida con aquel sari azul, que no la dejaba moverse bien, no con la libertad que solía tener con sus viejas ropas.

Hacia el mediodía los representantes del novio llegaron. El padre de Ananda no se sorprendió cuando se enteró de que el padre de la chica no estaba en casa, ni siquiera para un evento tan importante. Ya había oído que el hombre viajaba de un lugar a otro, eso decían algunas lenguas con desmesurada burla. Lo cierto era que se pasaba largas temporadas sin aparecer y que cuando lo hacía, la mayor parte de las veces llegaba borracho y era aún peor porque entonces le daba por robarles el poco dinero que madre e hija habían conseguido ahorrar, las dejaba sin blanca, y se largaba de nuevo. Para que no le pegase, la madre de Urmila se lo entregaba sin rechistar. ¿Qué podía hacer ella contra un hombretón corpulento, embravecido por el alcohol?

De todo esto al padre de Ananda ya le habían llegado los rumores. Y eran de los que ocurrían bastante a menudo en muchos hogares. En cierto modo sentía pena y rabia a la vez porque pensaba que lo que necesitaban estas familias era hacer más caso a las ideas de Babasaheb y unirse al movimiento de liberación y de lucha contra el estigma de la casta. Si él había creído siempre en que con esfuerzo podían alzarse libres, ¿por qué los demás intocables no podían hacerlo? Si no había una conciencia social masiva y una lucha común de todas las castas de intocables, siempre seguirían igual. Siempre serían una pandilla de borrachos y pobres, dejándose pisar por cualquiera. ¿Acaso no era verdad que la vida te devuelve lo que te has merecido?, se preguntaba.

Como hacía ya más de un año que nadie había visto al padre de Urmila, en su lugar uno de sus hermanos y un cuñado se encargaron de llevar adelante el trato del casamiento. Uno de ellos preguntó por el precio de la novia, que según la tradición debía pagar la familia del novio. Al mencionar esto el padre de Ananda saltó como un tiro y repuso airoso:

—En mi familia no se paga precio por la novia. ¡No se compran o venden las

personas!

A la madre de Urmila, que también estaba presente, le gustó aquello.

—Nosotros somos seguidores de Babasaheb —continuó diciendo—. Y todos los intocables, todas las castas indias somos iguales. El precio por la novia es una vieja tradición que no practicamos.

Se sentía un tanto irritado. ¡Cuándo se acabarían esas malditas tradiciones!, pensó. ¿Conseguiría verlo alguna vez?

—¡Bien, bien! —interpuso entonces la madre de Urmila, tímidamente, para no desinflar las expectativas—. Lo único que queremos de ustedes es un hombre sano y bueno que pueda trabajar y ganarse la vida, para que mi hija Urmila pueda estar bien.

—Ananda tiene dieciocho años —contestó el padre—. Sabe leer y escribir. Y hasta sabe hablar la lengua de los blancos —añadió en tono chistoso para armonizar la situación que estaba un poco tensa—. Nuestra familia vive en una casa a las afueras de la pequeña aldea de Laxmipur.

A la madre de Urmila le dio un vuelco el corazón. Que su hija pudiese ir a vivir a un lugar sano, lejos del peligro de la ciudad. ¡Oh!, era todo lo que siempre había deseado para ella. La gente del campo es más feliz, se decía. Tiene el corazón más grande. Y ellos parecían ser gente honrada. Pero ¿qué sabía del muchacho? ¿Cómo se ganaría en realidad la vida? Si era un músico callejero su hija tendría que ir deambulando de acá para allá con él. Merodeando de lugar en lugar para conseguir un poco de comida y unas pocas *annas*, si la gente era generosa. ¿Era esa una buena vida para su hija? Y quién sabía si alguna vez la abandonaría. Y, claro, lo de seguir vendiendo en el mercado en la ciudad se acabaría. Aunque esto no le importaba demasiado, porque sabía que el mercado no era un futuro muy deseable para una joven como Urmila. El mercado está apestado de rufianes y gente perversa. Así, no hay mucha elección, pensó. Tal vez podía ser verdad que el joven era un buen hombre. Al menos, si así lo era, y si conseguía sacar a Urmila de aquel suburbio y de los peligros de la ciudad, entonces su sueño se habría hecho realidad. Si sucedía así, si de verdad sucedía, tan pronto como alcanzase su dinero, sacrificaría un cabrito para la diosa en agradecimiento. ¡Sí!, lo haré, exclamó para sus adentros. La gran Madre del cosmos me ayudará. Esta vez no me puede fallar en algo tan importante.

Al cabo de un rato la madre hizo entrar a Urmila, que se sentía un poco nerviosa, en la casa. Enseguida, la gran belleza de la muchacha asombró a los representantes del novio cuyos ojos no se despegaron de la figura de la joven. Su tono de piel tan claro era bastante inusual para aquella zona. Y es que era casi blanca, como las razas del norte de India. Aunque eso sí, sus ojos, aquellos ojos tan negros y tan bellos anunciando tanta vida eran de allí, del mismo corazón de Maharashtra. Incluso la tela ajada de aquel sari azul lucía hermosa en su cuerpo. Realmente Ananda tiene razón, pensó el padre. Mi hijo es listo y no se equivoca. Pero ¿no habrá algo escondido?, desconfió por un momento. ¿No tendrá la chica alguna tara?, se preguntaba.

Uno de los hombres le pidió que caminase de un lugar a otro de la estancia. Urmila así lo hizo con suma discreción. Todos pudieron comprobar que no tenía ningún impedimento: oía bien, veía bien, sus miembros se movían al compás. Después, le preguntaron si tenía enfermedad alguna, a lo que Urmila contestó, sin despegar los ojos del suelo, para que no la tomasen por irrespetuosa, que la diosa Yellamma le había dado siempre muy buena salud. Y añadió que le rezaba con devoción como le había enseñado su madre. Finalmente, a los invitados se les ofreció un plato de semolina de trigo que Urmila había cocinado y aquel encuentro finalizó con la noticia de que en dos semanas se llevaría a cabo la ceremonia de la boda allí mismo en aquel suburbio de Bombay, en la casa de la novia.

Cuando se marcharon, Urmila inmediatamente preguntó a su madre por el novio. Quería saber cómo era el muchacho.

—Vive en un pueblecito y es músico callejero.

—Pero ¿qué edad tiene, madre? —insistió Urmila con congoja.

Y es que Urmila no había podido evitar la angustia de ser desposada con un hombre mucho mayor que ella, como le había pasado a su prima, de su misma edad. Durante todo aquel tiempo no había podido evitar el pensamiento y en lugar de su prima, se veía a ella misma casada con un hombre viudo, treinta años mayor. ¡Qué horror!, suspiró. Así que cuando su madre le dijo que el joven tenía dieciocho años, dio un suspiro profundo con gran alivio.

—También habla la lengua de los blancos —añadió su madre.

Un poco más tranquila ahora, reaccionó como si aquello último no le importase demasiado. Urmila sabía que la lengua de los blancos era el inglés, lo había oído en el mercado. También sabía que la gente solía mostrar gran respeto y admiración hacia aquellos que la hablaban. El muchacho parecía listo entonces, pero ¿sería igual que padre, que robaba los dineros a madre y a veces le pegaba? Los miedos regresaron a ella despiadadamente.

—¡Oh, Yellamma! ¡Ayúdame! —suplicó con tono lastimero.

Aquella nueva situación, la nueva vida que pronto iniciaría muy lejos de los suyos, del hogar que había conocido siempre, la impulsó sin más a invocar el nombre de la diosa, una y otra vez, en busca de consuelo. Como un mantra lo repetía varias veces al día.

Según era la costumbre, después de la boda, la novia tenía que seguir al marido a su nueva casa donde él y los suyos habitaban. No volvería más al hogar materno. Nunca más. Y más le valía que fuese así, excepto por alguna que otra corta visita, claro, porque las mujeres que sí regresaban eran las que habían caído en alguna desgracia. Y entonces era mucho peor porque la misma familia y la comunidad las castigaban por ello. Pero eso no le pasaría a ella. ¡No! Le rezaría a la diosa Yellamma cada día para que las desgracias no viniesen.

A pesar de las disposiciones positivas de sus pensamientos, la sensación angustiosa de soledad la sobrecogía. ¡Quién sabía cuándo volvería a ver a su madre! ¡A sus dos hermanos más pequeños! ¡A los primos y a toda la gente que conocía! La gente de aquel suburbio donde vivía era su comunidad. Su familia. Y

tal vez no los vería nunca más. ¿Por qué tenía que ser la vida tan cruel? ¿Por qué separarla de los suyos? Sí, aquella era la tradición. Bien que la conocía. Pero había nacido mujer, se iba a casar y ahora tendría que ir donde fuera su hombre. Aquella tradición era igual para todas las mujeres y todas, incluso las chicas de las buenas familias, lo aceptaban con alegría, porque una boda, y más si era la suya, era siempre un gran acontecimiento, aunque este supusiera abandonar el hogar que habían tenido hasta entonces.

Como una gallina alborotada cuando presiente que hay tormenta, la madre de Urmila estaba que no cabía en sí de felicidad. De casa en casa iba esparciendo la noticia de la boda y de cuan afortunada había sido su hija. No paraba de regodearse contando que el muchacho era de un pueblecito llamado Laxmipur, hablaba la lengua de los blancos y además él y su familia dirigían el movimiento para la libertad de los intocables. «Son amigos de Babasahed», insistía orgullosa. Y se pavoneaba sin cesar porque todo el mundo había oído hablar del gran maestro Babasahed, que daba conferencias por todas partes y que gracias a él se había prohibido la intocabilidad y las aberraciones a los intocables. Y ahora su hija Urmila iba a estar bien posicionada. Y saldría del sucio agujero de aquel suburbio. Y el muchacho era joven… Y… ¡Oh, qué contenta estaba! Por fin la fortuna les sonreía. Si ella no había tenido demasiada suerte con su marido, al menos su hija tendría una buena vida.

Algunas malas lenguas llevadas por la envidia la pinchaban diciendo: «Pero ¿ya has visto al muchacho? ¡Vete a saber tú, si no es tuerto o está lisiado! Hoy no te puedes fiar de nadie».

La madre de Urmila hacía oídos sordos a estos comentarios a pesar de que ellas los repetían y seguían cuchicheando, a diferentes horas del día y cada vez con más mala sangre. «Envidia y nada más que envidia», eso es lo que tienen. Y, sin más, siguió adelante emocionada con los preparativos para el ritual de la boda. Sin embargo, la duda había comenzado a hacer mella en ella. Era verdad que no había visto al muchacho y aunque las referencias parecían buenas, también podían tener razón las mujeres. ¿Y si el joven tenía alguna enfermedad? ¿Y si sufría de algún defecto físico o mental? Su cabeza había comenzado a agitarse; a dar vueltas y más vueltas. ¡Si al menos hubiese estado su marido a su lado! Pero ahora todo debía seguir adelante. Tal vez las dudas no eran nada más que eso, dudas. A las que no debía dar más fuerza y dejar que se convirtiesen en gigantes. Debía pensar en su hija. En las cosas buenas. En las palabras sinceras que había pronunciado el padre del chico: «Todos los intocables, todas las castas indias somos iguales». Ciertamente, le habían impresionado. ¿Por qué, pues, dejar que la duda se enraizase más y más en su mente?

Según mandaba la tradición en la preparación de una boda, todos los miembros de la comunidad debían ayudar a la madre de la novia, principalmente las mujeres, que debían mostrar su destreza en llevar a cabo un buen casamiento. Como lo

habían hecho en ocasiones anteriores, las gentes de aquel pequeño agujero, de aquel apretujado suburbio de Bombay, querían sentirse orgullosas demostrando a la familia del novio que ellas también sabían de este asunto. Días antes de la ceremonia, las mujeres con más experiencia se reunieron para distribuir las tareas principales. Unas se encargarían de cocinar toda la comida, con lo cual durante unos días se las vio muy afanadas, yendo de un lado para otro con prisas, adquiriendo los ingredientes, limpiándolos, cortándolos y cocinándolos, toda la noche anterior al ritual principal de la boda. Prepararon diferentes platos de lentejas, de verduras y de arroz, todos ellos condimentados con diversas especias y cocinados de manera diferente. Hicieron panecillos, llamados *bhakris*. También prepararon *batatyachy bhaji*, un plato de patatas con especias; y pollo al *saoji* que siempre es muy picante; y encurtidos de mango y de mostaza. Y de postre había *jalebi* y *puran poli*. Todo ofrecía una pinta extraordinaria y parecía estar delicioso. Otras mujeres se habían ocupado de limpiar bien la casa, de rociarla con agua de lima, de adornar las paredes con flores y hojas de mango, de pintar dibujos en la entrada con *rangoli* para atraer las buenas energías. Tenían que dar al lugar un aspecto acogedor que abrigase buenos augurios.

Y después de tantos esfuerzos había quedado listo para aquel día tan señalado.

Así, la última semana de febrero de 1952, considerada la más auspiciosa según los horóscopos de los novios, Urmila que acababa de cumplir los catorce años se desposaba con el joven Ananda de dieciocho. La celebración duró varios días y durante todo este tiempo los tambores no dejaron de sonar. Una boda es siempre un acontecimiento de gran alegría y la música y el júbilo de los tambores lo proclamaban con gran entusiasmo.

El ruido estridente de los tambores iba anunciando la llegada de la comitiva de la novia que, en procesión, recorría algunas de las calles cercanas al hogar familiar donde finalmente terminaría y donde se realizaría el ritual de la unión. Había ocurrido muchas veces antes y todos sabían cuál era el proceso a seguir. Y, aun así, cada boda era distinta. Cada una tenía su propio sentimiento. Los invitados, familiares y vecinos acompañaban al séquito de la novia, formado principalmente por su tío, que la entregaría a su futuro marido, sus amigas y su madre. La gente se apiñaba y apretujaba en las calles que recorrían, todos querían tener una buena vista de la novia. Y cuando así lo conseguían, todo el mundo se deshacía en halagos sobre su belleza y su hermosura, casi como la de una princesa, con su nuevo sari de un verde intenso, tan intenso y luminoso como el del arroz tierno en los campos, decían. La familia del novio le había comprado aquel sari para el evento. Esta era la costumbre. También le habían regalado brazaletes verdes de cristal. Un sari verde y brazaletes verdes eran los que la novia debía lucir en la ceremonia de unión pues anunciaban su nuevo estado de mujer casada y eran un símbolo de fertilidad, prosperidad y buena fortuna. A Urmila no le importó que la familia del novio no le regalase brazaletes de oro y marfil. Siempre había admirado

a las jóvenes de castas superiores que lucían en sus bodas estas joyas, con preciosos diseños y con incrustaciones de perlas y piedras preciosas. Para ella que ni tan solo tenía un espejo para mirarse, habrían sido lujos impensables. ¡Ay!, la casta lo decía todo y también lo decidía. Bien que lo sabía ella.

Urmila sentía el tintineo de sus brazaletes verdes nuevos y su corazón se exaltaba más y más. La gente había creído siempre que aquel curioso tintineo purificaba el cuerpo, despertando su vitalidad y protegiéndolo de las energías negativas. Pensaba Urmila en todo esto según iba caminando con su séquito, en procesión, por aquellas calles tan familiares, escuchando los vítores, las bendiciones, los halagos de las gentes. Sentía las voces jubilosas y, en sus brazos, sentía el sonido que anunciaba que pronto se convertiría en una mujer casada. ¿Debía sentirse contenta? De repente le vino a la memoria la ceremonia del día anterior. Las mujeres habían estado en su casa decorando con pasta de henna la palma y el dorso de sus manos, también buena parte de sus antebrazos y sus pies. ¡Qué bonitos dibujos habían hecho! ¡Y cómo resaltaban en su piel clara! Escondido entre ellos estaba también escrito el nombre de «Ananda», su marido, al que tan solo en unos momentos conocería. ¡Qué ansiosa estaba de ver su rostro! Y, sin embargo, tenía miedo. Debía confesarse a sí misma que sentía miedo. Se le había incrustado en su piel como la pasta de henna, porque no dejaba de ser un extraño. El hombre con quien se iba a desposar era un extraño. Un completo desconocido con el que ahora tendría que dormir. ¿Cómo se sentiría al tenderse a su lado cada noche? Y nadie le había dicho nada. Solo las palabras de su madre se repetían una y otra vez, insistentes: «Pórtate bien y hazle feliz». Pero ¿cómo le podía hacer feliz, si ni siquiera le conocía?

Delante de la casa de la familia de Urmila se había colocado una especie de palio, hecho con algunas telas y sujeto con cuatro varas al suelo. Allí se había dispuesto la ceremonia principal. En el centro del palio había dos sillas para los novios, separadas por una gran cortina que caía desde el techo y que les impedía verse hasta que llegase el momento preciso. Ananda estaba ya acomodado en una de ellas y podía oír el sonido de los tambores que se acercaba. Sabía que precedía a la llegada de la novia y estaba impaciente por verla de nuevo. Recordaba su imagen, su rostro, sus ojos; recordaba a aquella joven que vendía verduras y frutas en el mercado. Ahora la muchacha que encontraría, la mujer que se convertiría en su esposa, sería diferente. Estaba un poco asustado. ¿Tenía tal vez miedo a defraudarla? Todo el mundo había dicho siempre que tenía la cara de muy niño, aunque, era ya todo un hombre. Con sus ropas nuevas parecía más mayor, pero le habría gustado tener más vello en la cara y realzar así su hombría. Y afirmar con ello su coraje. Sin embargo, ni siquiera los pelos del bigote le crecían con fuerza.

Urmila llegó finalmente al recinto donde estaba el palio y lentamente tomó asiento en una de las sillas. Sabía que al otro lado de aquella fina cortina estaba su marido. ¿Cómo sería?, se preguntaba impaciente. Su proximidad le dejaba oír su respirar. También percibía su olor y no sabía si realmente le agradaba.

El sacerdote comenzó con los cánticos del ritual de alabanza a distintos dioses

y diosas. Después de un rato, por fin, el momento esperado para todos llegó. Descorrieron la cortina y los dos esposos pudieron verse, juntos, por primera vez. Urmila advirtió cómo los ojos tiernos de un joven la escrutaban sin parpadear apenas. Se fijó en la tez oscura de su rostro, tan negra como el alquitrán. Se sintió intimidada y bajó la vista. Ananda en cambio quedó tan complacido al verla tan bella, que creyó realmente que se trataba de una princesa. ¡Oh, qué feliz que estaba!

El padre de Ananda había pedido a la familia de la novia que no se leyesen los textos Védicos en el ritual hindú del *Saptapati*, es decir, la ceremonia de los siete pasos y promesas que los esposos se hacen. Tradicionalmente estos textos sagrados habían estado prohibidos para los intocables. Los brahmanes les habían excluido siempre de su conocimiento y les habían prohibido la entrada en los templos. Los que lo habían hecho, habían sido apaleados y ultrajados por ello. Afortunadamente, en aquel año de 1952, y gracias a la lucha imparable de Babasaheb Ambedkar, se les habían devuelto sus derechos legales. La misma Constitución india dejaba claro que los intocables eran indios como todos los demás. Al menos esta era la teoría. Pero para el padre de Ananda la cuestión personal de desprecio hacia todo lo brahmánico y el orgullo de su comunidad pesaba mucho más, razones por las cuales se había negado en rotundo a que se recitasen los *Vedas*. Si durante siglos no habían podido celebrarlo, ahora que sí se les permitía, al menos legalmente, prefería hacer caso omiso de los dichosos versos sagrados. «¡Al diablo con sus grandezas y sus pompas suntuosas! —dijo maldiciéndoles—. Nosotros, los pobres descastados, también tenemos nuestros propios ritos». Y, efectivamente, el padre de Ananda había optado por solemnizar la ocasión con unos votos de matrimonio que había encontrado en algunos libros budistas, que el sacerdote entonó y los esposos repitieron, sin que nadie pareciese advertir su procedencia. De este modo, sin ningún cuestionamiento, el novio, con voz un tanto excitada de la emoción, hizo su sagrado juramento:

—Honraré a mi esposa, la respetaré, la mantendré feliz, la trataré como igual y no haré nada que la disguste.

Y después la novia recitó:

—Cuidaré de mi familia, protegeré mi casa, haré las labores asignadas y no haré nada deshonroso.

Según iban pronunciando estas promesas, los esposos daban siete vueltas alrededor del fuego sagrado. Y las alabanzas, las oraciones, los vítores, las bendiciones se alzaron una vez más. Y todo el mundo gozaba de alegría. Y los tambores de nuevo rompieron la intensa solemnidad. Y una gran fiesta siguió durante el resto del día.

Terminadas todas las celebraciones, Ananda y Urmila se retiraron, exhaustos, cayendo rendidos al sueño tan pronto como llegó la noche. El día siguiente iba a ser también muy largo. Tenían que levantarse temprano y partir lo antes posible hacia Laxmipur. Harían el viaje en un carro de bueyes y les esperaban unas cuantas horas antes de alcanzar el lugar donde Ananda vivía.

Al amanecer todo estaba ya dispuesto. Algunos parientes, vecinos y amigas de Urmila se habían acercado a la casa para despedirse de ella. La madre había estado llorando; sus ojos enrojecidos la delataban.

—Eres mi única hija y ahora debo dejarte partir —le dijo tristemente.

Urmila se abalanzó sobre ella y rompió en lágrimas.

—No llores, mi pequeña Urmila. Ahora tendrás tu propia casa. Obedece a tus suegros y a tus mayores. Y no olvides que a partir de este momento «tu marido es un dios», y deberás obedecerle y respetarle siempre. Y hacerle feliz. Él es mayor que tú y sabrá protegerte.

Después, la madre, colocando su mano en la cabeza exclamó una alabanza:

—¡Qué la Gran Diosa, Maha-Devi, te bendiga siempre y colme tu hogar de felicidad y abundancia!

La voz de la madre, quebrada por la emoción, puso más lágrimas en el rostro de Urmila.

—¡No llores, mi pequeña! —repitió de nuevo—. Recuerda siempre estos consejos y serás feliz. Y no olvides que llegará un día en que tú también deberás hacer lo mismo, y también tendrás que dejar marchar a tu propia hija para perpetuar la tradición.

Ananda ayudó a Urmila a subir al carro de bueyes y atentamente dispuso un sitio donde estuviese lo más cómoda posible. Llevaban un poco de comida y pequeños bultos con sus ropas. Eso era todo. Poco a poco el carro se fue alejando por un camino polvoriento. La imagen de la madre en la distancia se fue haciendo más y más pequeña, borrosa, invisible. Las chabolas del suburbio fueron desapareciendo a medida que los bueyes avanzaban, hasta dejar atrás la gran ciudad y alcanzar una extensión amplia de campo. También de silencio. De silencio interrumpido por sonidos y ruidos con los que estaba poco familiarizada. Urmila pensó en la cortina del ritual de la boda y tuvo la misma sensación que entonces. Una nueva cortina se descorría ante ella, un nuevo espacio desconocido, otro mundo muy distinto se mostraba ante sus ojos. Nunca antes había viajado. Nunca antes había salido del suburbio. Y, ahora, encaminaba su rumbo hacia los aires de la vida rural. Su marido no había hablado mucho durante el trayecto. Sentado a su lado, Urmila le miraba de reojo; parecía un joven reservado. Con el traqueteo del carro sentía cómo sus cuerpos se pegaban y se despegaban. Él le había ofrecido unos panecillos y ambos habían comido de ellos y también habían compartido unas verduras cocinadas y otros pequeños restos de la comida de la boda. Pronto llegarían y sus suegros, que habían salido mucho antes, les estarían esperando. En un momento determinado del viaje el carro se detuvo y Ananda y Urmila tuvieron que apearse. El campesino que les transportaba proseguía su camino en otra dirección y ellos debían caminar el resto del trayecto. Ananda agarró sus pertenencias y acarreó los bultos.

—No te preocupes —le dijo a Urmila—. Enseguida estaremos en casa. Será

solo un trecho corto.

El calor comenzaba a apretar. Urmila seguía a su marido unos pasos detrás como una buena esposa. Desde que había dejado la gran ciudad no había cesado de asombrarse. Habían atravesado enormes campos de arroz, también algunas colinas verdes. La vegetación era generosa en esta zona. Los animales y sobre todo las aves también eran muy diversas. En la ciudad solo había visto cuervos revoloteando sin parar entre la basura, de un lado a otro, en busca de comida.

Caminaba ligera. No quería quedarse demasiado atrás porque a veces se cruzaban con campesinos y todos la miraban y le sonreían. Algunos conocían a su marido y le felicitaban por la noticia de su casamiento. Después, miraban a la novia y exhalaban un comentario de aprobación: «¡El chico ha tenido suerte! ¡La joven es guapa!». Y proseguían su camino.

Al cabo de un rato alcanzaron Laxmipur.

—Aquella de allí es mi casa —señaló Ananda apuntando con el dedo.

Urmila la divisó en la distancia. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Estaba a las afueras del pueblo donde vivían los intocables y parecía mucho mejor que la chabola de su familia en Bombay. Según se acercaban la gente les iba saludando con sonrisas y bendiciones.

Urmila deseó enormemente estar al lado de los suyos. Se acordaba de su madre, de sus hermanos pequeños. Estaba a punto de llorar, pero hizo un esfuerzo para contener las lágrimas. Algunas mujeres salieron de la casa, entre ellas la suegra de Urmila.

—Deteneos, no paséis —les advirtió esta.

Y enseguida entró de nuevo en la casa y volvió a salir con dos recipientes. En uno de ellos había agua con el que roció los cuerpos de los recién casados para purificarlos y ahuyentar los malos espíritus. A continuación, lavó también sus pies. Luego colocó el segundo recipiente en el umbral de la puerta. En realidad, se trataba de una pequeña vasija de barro que contenía arroz y que Urmila tenía que golpear con su pie derecho al entrar en la casa. De este modo los miles de granos de arroz se esparcirían todos en el interior del recinto y la prosperidad y la buena fortuna favorecerían siempre a la familia.

Ananda no parecía dar demasiado crédito al significado de todos aquellos rituales de buena fortuna así que, después de las alabanzas por parte de todos los miembros de la familia, dijo que ya era hora de tomar algo de té porque estaban exhaustos y desfallecidos.

La casa de Ananda consistía en una sola estancia de paredes arcillosas y techo de paja con una ventana y una puerta que iban a dar a un corral donde había una ficus religiosa, a la que llamaban también higuera sagrada y que había sido plantada justo al nacer Ananda. En un rincón estaba situada la cocina, con un fuego y algunos potes alrededor. Después del té, los hombres salieron afuera y Urmila se quedó en la casa con su suegra atendiendo a familiares y vecinos. Habían corrido cientos de comentarios y todos querían conocer a la novia y cerciorarse por ellos mismos de la belleza de la joven. Durante toda la tarde no dejaron de aparecer

rostros desconocidos para Urmila, que charlaban y charlaban y hacían bromas y se reían. Las mujeres más atrevidas insinuaban *cosas* que su marido le haría. Urmila entonces se sentía muy incómoda porque su tono le recordaba al de los hombres del mercado y deseaba que Ananda no fuese como ellos. Él todavía no le había cogido ni la mano y Urmila, de solo pensarlo, comenzaba a temblar. Las mujeres seguían insistiendo en que un hombre tenía sus necesidades y que muy pronto ella aprendería cuáles eran. Y dicho esto, a las más tímidas se les escapaban algunas risitas, mientras que otras pocas, que no tenían vergüenza, estallaban en grandes carcajadas que asustaban a Urmila. A medida que las visitas se marchaban, todas se despedían repitiendo lo mismo:

—¡Vaya! ¡Qué bien que has casado a tu hijo! —le decían a su suegra con complicidad—. La chica tiene unos ojos bonitos… ¡Y es tan blanca…!

A lo que la suegra les respondía:

—Sí, estamos muy contentos. En la próxima luna llena iremos al templo a sacrificar una cabra para agradecer a las divinidades la novia tan bella que nos han traído.

Aquella primera noche en Laxmipur, Urmila apenas pudo conciliar el sueño. Todo le era tan extraño. Aquella era ahora su nueva familia y tenía que acostumbrarse lo antes posible a su nuevo hogar. Su suegra parecía una mujer agradable. Habían preparado juntas el té de la tarde y luego habían amasado la harina de mijo para hacer los *bhakris* para la cena. Siempre le había desagradado preparar la masa para los panecillos y sabía que no le salían demasiado bien. Con nostalgia rememoraba las palabras de su madre, enseñándole cómo debía trabajar la mezcla de la harina con el agua. Su suegra la observaba y de vez en cuando añadía un poco de alguno de los ingredientes para que no se quedase demasiado espeso todo. Urmila intuía que era una mujer de mucha paciencia. Después de la cena, su suegro y Ananda habían salido con sus amigos. Urmila deseaba que su marido llegase muy tarde aquella noche y que viniese muy cansado, así cuando se acostase caería enseguida dormido. Temía el roce de su cuerpo, de sus manos. Aquella noche, antes de acostarse, su suegra había extendido una cortina atada por los extremos a unos clavos en las paredes para dividir el único recinto de la casa. Era la única intimidad que podrían tener los recién casados. Le había dicho también que aquella era la habitación para ella y su marido. Después había añadido sonriente: «Mi Ananda es un chico bueno y callado, ¡hazle muy feliz!». Su madre le había aconsejado lo mismo, pero la verdad es que en aquellos primeros días todo se había sucedido tan rápido que su marido y ella apenas habían cruzado unas pocas palabras. Sí, recordaba que Ananda después de llegar le había preguntado: «¿Te gusta mi familia?». Y ella, para salir al paso, había movido la cabeza vagamente.

Era ya avanzada la noche y Urmila seguía sin conciliar el sueño. Tumbada en un jergón escuchaba los sonidos desconocidos de aquel lugar que entraban por la

única ventana de la casa. Todo estaba completamente oscuro. Sentía el respirar de dos seres extraños al otro lado de la cortina. Ananda todavía no había regresado. Era el único hijo de la familia porque todos sus hermanos y hermanas habían muerto en la última epidemia de cólera que hubo. Nadie hablaba de aquella tragedia, pero Urmila se había enterado. De repente oyó abrirse la puerta de la casa y unos pasos detrás. Era Ananda. Prestó más atención a su caminar sigiloso porque quería averiguar si se tambaleaba y, por tanto, si venía borracho, como lo solía hacer su padre. Pero no. Afortunadamente no era así, con lo que se alegró. El muchacho descorrió la cortina, la volvió a correr y se acostó a su lado. El corazón de Urmila había comenzado a golpear agitadamente en el pecho. Ananda puso su mano sobre la cintura de su esposa y ella inmediatamente se alejó de él, encogiendo su cuerpo en un rebujo como un pajarillo asustado. Después, sin poderse contener, comenzó a sollozar silenciosamente. «¡No llores!», repuso Ananda hablándole muy bajito y acariciándole la espalda.

Pero Urmila no podía detener sus sentimientos y siguió llorando durante un rato más, calladamente. Ananda se dio la vuelta y pronto los dos se dejaron llevar por el sueño.

A la mañana siguiente Urmila se había despertado con el tintineo de los cacharros en la cocina. Estaba todavía muy oscuro, pero su suegra se había levantado ya y comenzaba a preparar el té de la mañana. De repente la joven esposa se alzó y fue en su ayuda. Esta era una labor que ella debía hacer ahora: encender el fuego y preparar el té para cuando se despertase su marido. Se había enterado de que su suegro había madrugado y había salido para Bombay. A menudo lo hacía debido a sus quehaceres en el Movimiento de Babasaheb. Estaban organizando diferentes campañas en la gran ciudad y alrededores para convencer a los intocables de que abandonasen el hinduismo y se convirtiesen al budismo, una religión donde no había castas y donde no se les trataría deplorablemente. Por esta razón pasaba poco tiempo en casa.

Ananda se despertó un rato después y salió al corral a lavarse y asearse con el agua que siempre había en un barreño. Ir a buscar el agua era otra de las tareas que debía hacer. Poco a poco te irás familiarizando con todo, le había dicho su suegra. Esperaba que pronto fuese así. Para complacer a todos y que estuviesen contentos con ella.

Urmila preparó el té para Ananda y se lo llevó al corral. Después del aseo, se había sentado en un poyo a la puerta de la casa y parecía pensativo. Al acercarse Urmila con el té, Ananda le hizo sentarse a su lado.

—Mi bella esposa —le dijo—, ¿dónde está tu té?

—No he hecho para mí.

—La próxima vez prepáralo también para ti —insistió Ananda. Y después le hizo tomar algunos sorbos de su taza.

A continuación, observando aquel corral al que le faltaban animales, pues ya le habría gustado tener algunas gallinas, si hubiese tenido dinero, y donde la única vida que parecía crecer robusta era la de aquella joven higuera sagrada, Ananda le

dijo a su esposa:

»—He estado pensando casi toda la noche, esposa mía, y creo que voy a poner una escuela. —Y alzándose exclamó—: ¡Sí, aquí mismo! Voy a enseñar a mi propia gente a leer y escribir. Tal como mi buen padre me enseñó a mí, yo lo haré también con los nuestros. El futuro para nuestra casta está en la educación.

Urmila sujetaba la taza de té mientras Ananda examinaba aquel corral y comenzaba a mirarlo con otros ojos. No necesitaba nada especial, solo limpiar bien el lugar para que los muchachos se pudiesen sentar y, tal vez, después, buscaría un pizarrón. Sí, seguro que lo conseguiría de algún modo.

Urmila le notaba muy ilusionado. Pero, entonces, ¿de dónde sacarían dinero? ¿Cómo conseguirían comida? Si abandonaba su vieja profesión de músico callejero, nadie les daría comida, ni dinero. No acababa de entender qué sentido tenía hacer otra cosa distinta a la que la familia había hecho siempre.

Cuando al cabo de algunos días Ananda le comentó la idea de sus nuevas intenciones a su padre, este se emocionó enormemente. Él había educado a su hijo siguiendo los mensajes del maestro Babasahed, pero nunca se hubiese imaginado que darían fruto tan pronto.

—Hijo, haces muy bien —le dijo todo orgulloso—. La educación nos traerá la unión de todas las castas intocables. Eres muy listo y de sobra lo sabes... También vendrá con ella la agitación y la lucha colectiva, no queda más remedio —había afirmado el padre—. Pero será nuestra esperanza, no lo olvides nunca.

Ambos, padre e hijo, estaban de acuerdo en que la educación de los intocables, de la que tanto hablaba Babasahed, tenía que comenzar también en aquel pequeño lugar. No solo había que enseñar a los pordioseros de las ciudades grandes como Bombay, también en lugares insignificantes como Laxmipur los descastados tenían que aprender. Su hijo podía hacerlo bien y él y su familia podrían vivir de la generosidad de aquellas gentes tan humildes. Había que creer en ello y confiar en que todo saliese bien. Lo más difícil sería convencerles para que enviasen a sus hijos a la escuela de Ananda. Pero seguro que, poco a poco, se irían dando cuenta de las ventajas que una triste escuela rural les podría ofrecer. Además, sería la escuela de Ananda, que era uno de los suyos.

Urmila y su suegra no se sentían demasiado atraídas por aquella idea de la escuela. No lo veían muy seguro, pero como buenas mujeres de su casa se callaban y aceptaban todo sin rechistar. Era parte de su labor, obedecer a sus hombres porque ellos sabían de esos asuntos mejor que nadie.

Poco a poco Urmila se había ido dejando llevar por el ritmo de la vida rural y sentía que tenía más libertad que en la ciudad. Le gustaba que llegase la tarde, cuando caía el sol, porque las mujeres solían ir juntas al río a coger agua y se unía a ellas. Y charlaban un rato y no tenían prisa. También solían juntarse para ir a lavar la ropa. Y, allí, el agua estaba muy limpia, no era como en el suburbio de Bombay, donde las mujeres tenían que levantarse muy pronto por la mañana y acercarse hasta la bomba potable, que solo funcionaba durante dos horas, y después de una larga espera, a veces, el agua se cortaba y te quedabas sin una sola gota y

entonces tenías que implorar la generosidad de las otras mujeres de las casas de al lado, para que te diesen un poco de la suya y al menos los niños pudiesen beber aquel día. Otras veces las señoronas de castas más altas llenaban sus vasijas y sus cántaros y las jóvenes como Urmila, de familias pobretonas, se quedaban siempre a verlas venir.

Urmila tampoco echaba de menos el ajetreo del mercado y la preocupación de poder vender sus verduras antes de que todas se pudriesen. Sí que era cierto que entonces comía más, porque había notado que ahora con la familia de su marido había días que solo tomaban un panecillo para cenar y desde el té de la mañana no comían nada más. Y no había verduras ni frutas o un puñado de arroz como su madre le ponía. Pero, tal vez por eso, su marido había pensado cambiar de trabajo y dedicarse a maestro. Tal vez aquella idea no era tan descabellada y les daría algo más que comer.

Después de aquella mañana en que Ananda había compartido su té con su esposa, esta estaba más receptiva y atenta con él. Iba aprendiendo poco a poco y se había dado cuenta de que su esposo era un hombre sensible, que durante todo aquel tiempo la había respetado y que quería que se sintiese bien en su nuevo hogar. Urmila había pensado en su padre y en los hombres del mercado y definitivamente había afirmado para sus adentros que Ananda no se parecía nada a ellos. Esto le hacía sentirse más segura. Ahora, cuando se acostaba por las noches, ya no temblaba, ni sufría, ni suplicaba a la diosa Yellamma que su marido se entretuviese y llegase tarde al lecho. Ahora, incluso había advertido que le gustaba sentir el calor de un ser humano a su lado. Se había familiarizado con aquel cuerpo que se pegaba a ella por la noche, en plena oscuridad y ya no le importaba tanto. Sentía un cierto bienestar, un ligero alivio, al saber que aquel extraño se había desvanecido, que no estaba sola porque su hombre estaba a su lado y él la protegía.

Una mañana al despertarse se había encontrado con la pierna delgada y velluda de su marido entrecruzada con las suyas. Se sentía aprisionada y deseaba moverse. Él todavía dormía. Observó su rostro infantil, la pelusilla del bigote. Tenía un respirar muy apacible. Uno de sus brazos rodeaba la cintura de Urmila y esta intentó deshacerse de él con cuidado. Al instante, Ananda abrió los ojos. Los dos se quedaron quietos unos momentos, mirándose mutuamente, sin articular palabra, sin realizar el más sutil movimiento. Después él removió su brazo para acariciarle el rostro. «Mi bella esposa», balbuceó. Y siguió acariciándola, muy dulcemente. Urmila oía el trajín de su suegra en la cocina y el tintineo de los cacharros. Tan solo eran unos pasos más allá, pero le parecían sonidos muy lejanos. Estaba como absorta. La dulzura de la mano de su esposo siguió acariciándola lentamente. Sus labios. Sus tiernos pechos. Su vientre liso. Sus caderas onduladas. Luego él se movió y sigilosamente su cuerpo se puso sobre el de ella. «¡He esperado tanto este momento!», le susurró al oído. Y comenzó a gemir de gozo y felicidad.

Amanecía. La luz clara de la mañana entraba por la ventana de la casa. Se oía el canto estridente de los pájaros, el revoloteo en bandadas en busca de su alimento. Los mismos quehaceres de cada día se repetían una vez más. Y, sin

embargo, aquella era una mañana distinta. Urmila se incorporó y se dirigió a la cocina a ayudar a su suegra. Una pequeña mueca de complicidad en la comisura de los labios la delataba. Ella también parecía alegrarse de que la naturaleza se despertara con tanta fuerza.

2
Cuerpos intocables, corazones orgullosos

Mi padre y anteriormente mi abuelo conocieron a Babasaheb Ambedkar. ¡Oh, sí! ¡Qué suerte tuvieron al poder disfrutar de su presencia! ¡Babasaheb!, como le aclamaba el pueblo. ¡Babasaheb!, el maestro. El gran y único libertador de los intocables. Nadie más lo hizo. Nadie. Ni siquiera Gandhiji… No, fue Ambedkar, el Doctor Bhim Rao Ambedkar, también llamado Babasaheb Ambedkar, coloquialmente Babasaheb y, familiarmente, Bhim o también Bhimrao. Este fue el gran hombre que cambió la trayectoria de mi abuelo, de mi padre, y, también, la mía. Él encendió la chispa. Él nos devolvió la confianza; nos trajo el agua negada de las fuentes. Los que antes habían sido cabras para el sacrificio, ahora rugían como auténticos tigres de Bengala. ¿Cómo si no se le habría ocurrido a padre hacerse maestro de escuela y comenzar allí mismo, en el mismo corral de su casa? Solo la idea en sí parecía una locura. Impensable para un intocable. ¡Ah!, pero estaba contagiado de la grandeza de aquel hombre. Del maestro Ambedkar. Sobre todo, mi abuelo que estuvo siempre más cerca de él, ayudando a organizar sus discursos, sus mítines. Y no solo fue mi familia… Quienes tenían la suerte de entrar en contacto con él, a estos, les ocurría lo mismo. Su sinceridad, su gran magnetismo, su mente brillante, su perseverancia, su fuerza. No, no eran sus palabras, era su ejemplo. Ellos eran pobres, pero no tontos y ansiaban ejemplos verdaderos. Y justo en esos tiempos revueltos, surge el Maestro, de origen tan humilde como el de ellos, de entre las castas más rastreras, como ellos, de raíces impolutas que, como un viejo baniano, se fue forjando y devolviendo a la tierra, a su pueblo, la savia; la sabiduría de su esencia. Era el último hijo de catorce hermanos y hermanas, de una familia que vivía en un pueblecito de Maharashtra. Cuando nació él en 1891, su padre era un hombre ya viejo, retirado, que había estado de militar al servicio del imperio colonial que empleaba a cualquier indio que trabajase bien. A los cinco años Ambedkar fue a la escuela local y comenzaron a lloverle los insultos y desprecios de sus profesores y compañeros, tenía que sentarse apartado en una esquina y no podía mezclarse con los otros chicos, ni siquiera para jugar. Los profesores no tocaban sus cuadernos, algunos ni siquiera le preguntaban o le sacaban a dar la lección y cuando tenía sed, alguna alma más caritativa le hacía girar la cabeza hacia atrás y abrir la boca, y de este modo vertía en ella el agua.

Una vez, Ambedkar y su hermano viajaban en un carro de bueyes hacia una

localidad cercana y en cuanto el campesino se dio cuenta de que eran intocables, detuvo el carro y los expulsó a patadas, a pesar de que Ambedkar insistió en pagarle doble para que los llevase. «Yo no acarreo basura», les escupió sin más. En otra ocasión el barbero le gritó furioso: «Ni mis tijeras se atreverán a tocar ni un pelo de un pordiosero como tú». Al final, eran sus hermanas quienes tenían que cortarle las greñas cuando le crecían.

Y, mirando arriba, al cielo (como decía padre que había que hacer siempre), el muchacho siguió adelante y acabó sus estudios superiores y fue a Bombay a la universidad a graduarse. Su impresionante talento ya había llamado la atención de algunos y llegó a oídos del gran Raja de Baroda, un gobernante muy progresivo, que decidió apoyar sus estudios concediéndole una beca de veinticinco rupias al mes. Algunos de sus profesores de entonces también le ayudaron prestándole libros y dándole ropa, aunque, en general, el ambiente de humillación no había cambiado y seguía asestándole zarpazos cada dos por tres. El gran Raja de Baroda continuó financiando sus estudios de doctorado en la misma Universidad de Columbia, así que viajó a Nueva York y luego a Londres y se convirtió en el primer intocable que logró llegar tan lejos... Realmente, un orgullo para todos, más que nada porque su educación y su éxito no le habían cambiado, no le habían convertido en arrogante; al contrario, su sabiduría y su crecimiento espiritual habían hecho de él un Maestro; un luchador de la justicia en una lucha que cautivó a mi abuelo y sedujo a mi padre Ananda.

Fue por casualidad, o tal vez no, cuando mi abuelo conoció a Babasaheb en 1927. Como era músico itinerante, él y su familia solían viajar mucho en aquella época, yendo de lugar en lugar, siguiendo el calendario de las festividades locales. Solo cuando se quedó viudo y después se casó con su segunda esposa, que trajo como fruto de la unión a Ananda, decidieron regresar a Laxmipur y establecerse definitivamente allí. En el camino, mi abuelo se había enterado de que más hacia el sur, concretamente en el pueblo de Mahad, un intocable, el conocido con el nombre de maestro Babasaheb, había desafiado a los sacerdotes en una conferencia y tenía organizada una procesión hasta el lago donde se disponía a beber agua y a animar a los intocables a que así lo hiciesen. Las castas altas en Mahad eran muy hostiles a dejar que los intocables bebieran de aquellas aguas, por eso había llegado hasta allí el maestro Babasaheb. Hasta aquel entonces mi abuelo no había oído hablar del tal Babasaheb y sentía curiosidad por saber quién podía ser aquel chiflado que se atrevía a desafiar a los sacerdotes; quería ver con sus propios ojos hasta donde llegaba el atrevimiento de aquel hombre y, si era verdad que había tanta gente que le seguía, quería saber por qué, pues tal vez él también se podría beneficiar de algo.

Con estos pensamientos, mi abuelo se encaminó hacia el pueblo de Mahad en una jornada que le llevó dos días. Llegaron al caer el sol y, como tenía por costumbre, buscó un lugar adecuado para dormir a la intemperie con su esposa y su hijo. No habían comido nada aquel día, ni les quedaba absolutamente nada que llevarse a la boca.

—Venga, a dormir —les dijo—. Mañana comeremos algo.

A la mañana siguiente se levantaron temprano, pero con menos fuerzas aún. Tenían que encontrar a alguien que les diese algo para comer. Echaron a andar hacia el pueblo. Seguro que allí alguien les daría algo, alguien sería sensible a su música y les daría un panecillo viejo, aunque solo fuese eso.

Las calles estaban muy alborotadas, parecía verdad que un gran evento se iba a celebrar. Había mucha gente llegada de fuera para aquel acontecimiento del tal Babasaheb y reinaba el barullo y la agitación en un pueblo que solía estar muy tranquilo. ¿Quién les daría comida allí, con tanta gente? Y con tantos mendigos.

Se aposentaron en la confluencia de dos calles principales y mi abuelo comenzó a recitar unos poemas de Kabir. Le gustaba comenzar el día con los versos del gran místico, porque decía que le traían suerte y le hacía olvidar el ruido de sus tripas vacías:

De esa agua tan extraña, tan lejana para ser acarreada,
uno no puede llenarse.
Mi sed es grande
y sin Govinda no quedará saciada.
El pozo está arriba,
de él cuelga la cuerda.
¿Cómo puede el aguador
esperar asirla?

Cuanto más cantaba aquellos versos su emoción se hacía más latente y su voz fluía desde lo más profundo del corazón.

Mi abuelo siguió entonando otro cántico de la tradición religiosa *bhakti,* que también solía recitar Kabir:

Despójate de tus ropas si así deseas
o cúbrete con pieles de animales.
¡Qué importancia tiene, si no ves el corazón de Rama!

Entre el tumulto aparecieron tres hombres jóvenes bien vestidos.

—Eh, tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó uno.

—¿Conoces más cánticos como ese? —añadió el otro sin apenas darle tiempo a responder.

Ellos le dijeron que eran colaboradores en el movimiento de Babasaheb Ambedkar y que al maestro le gustaría oír la voz tan poética que tenía, antes de iniciar su procesión hasta el lago. Mi abuelo les contestó sin más que él y su familia no habían comido desde hacía dos días.

—Seguidnos —respondieron, sin ninguna otra explicación.

Sin perder de vista a los jóvenes bien vestidos, se abrieron paso entre la

multitud; entre los carros de bueyes con mercancías que transitaban la calle, entre los comerciantes, los peregrinos, los mendigos, los campesinos y algunos soldados. Llegaron a una casa de bien, muy grande, con varias estancias. Era de una familia de casta alta. Allí mi abuelo se enteró de que había también algunos hombres de castas superiores que se habían unido a la lucha de aquel intocable; de Ambedkar. Se hacían llamar reformadores sociales y luchaban en contra de las injusticias de su país, las perpetuadas por los propios indios. Condujeron a mi abuelo y a su familia a una habitación donde había un par de camastros y al poco rato entró un sirviente con agua y comida abundante para todos. El sirviente les hizo señas indicando la jofaina por si querían lavarse primero. Pero los manjares que acababa de colocar en una pequeña mesa parecían tan exquisitos que no los hicieron esperar. Comieron hasta la saciedad, devorando, engullendo y eructando porque nadie sabía cuándo se iba a presentar otra ocasión como aquella de nuevo. Cuando terminaron se recostaron un rato en los camastros desde donde advirtieron un viejo ventilador en el techo que giraba lentamente. Las paredes eran blancas con dos ventanas y una puerta, cerradas para que el calor no entrase. Sin decirse nada, por unos escasos instantes, mi abuelo se imaginó a todos los suyos disfrutando de aquella vida. ¿Por qué habían tenido que nacer pobres? ¿Quién lo había dispuesto? Enseguida entraron los tres hombres jóvenes que les habían conducido hasta la casa y les pidieron que les acompañasen. Estaba nervioso y agitado mi abuelo. Iba a conocer al gran hombre del cual todo el mundo hablaba en aquel lugar. Al maestro, como le llamaban algunos. En los últimos días había oído tantos comentarios elogiando su talante, su mente tan ilustre, su valor humano, que mi abuelo esperaba encontrar una especie de *sadhu*; un renunciante del mundo o un hombre santo semidesnudo, uno de esos que tan a menudo se ven en India, y que, por un motivo u otro, ahora luchaba por los intocables. Así que cuando entró en aquella habitación y se encontró con un hombre corpulento bien vestido, como lo solían hacer los de las castas altas, siguiendo la manera foránea, con su mismo atuendo de chaqueta y pantalón, y una camisa, y un lazo liado alrededor del cuello que llaman corbata, la primera impresión que tuvo fue de sorpresa y desilusión. ¡Vaya!, exclamó para sus adentros. En realidad, apenas hubo tiempo para más apreciaciones porque enseguida le pidieron que cantase sus poemas. Mi abuelo se dispuso entonces a entonar los que solía cantar por las calles. Eso sí, en este caso lo hizo con más goce y alegría de lo normal, que naturalmente procedían de un estómago lleno y satisfecho.

¿Adónde vas buscándome?
Si estoy tan cerca de ti.
Ni en el templo, ni en la mezquita podrás hallarme.
Aquel que busque dentro de su corazón,
con amor desinteresado y fe sincera,
con él estaré, siempre, a su lado.

El gran aplauso y las felicitaciones que recibió mi abuelo de Babasahed Ambedkar y su gente fue tan emocionante que no tardó mucho en cambiar aquella primera sensación tan reprobable. Después, cuando aprendió que Babasahed era un profundo devoto de Kabir, y de toda la poesía religiosa *Bhakti*, que algunos también llamaban la poesía de los pobres, entonces mi abuelo admitió sinceramente que se había equivocado y que, en efecto, aquel debía ser *un gran hombre*.

Y así fue como mi abuelo conoció a Babasahed. Pero te diré que aún hubo más aquel mismo día, porque después del afortunado encuentro, mi abuelo y su familia se unieron al grupo de colaboradores y seguidores y fueron caminando juntos hasta el lago de Mahad. Babasahed encabezaba la gran marcha, a los que se les habían unido algunos curiosos y también un gran número de hombres de castas altas que trataban de impedir que Ambedkar y los suyos bebiesen agua del lago y lo profanasen. ¿Lo conseguirían?, ¿lograrían beber de las aguas del lago?, se planteaba mi abuelo. Fuera como fuese, la cuestión era que allí estaban él y su familia con toda aquella gente.

Llegados al lugar, Ambedkar pronunció un discurso que definitivamente cambiaría la vida de mi abuelo:

> Este lago en Mahad es propiedad pública. Los hinduistas de casta son tan razonables que han permitido a todas las gentes de todas las religiones tomar agua del lago. Tampoco se oponen a que otras especies consideradas inferiores a la raza humana, como los pájaros o las bestias, beban agua del lago. Es más, a los animales que cuidan los intocables les permiten libremente que beban agua. Por esta razón uno se pregunta, ¿por qué se nos prohíbe a nosotros beber de este lago?
>
> Los hinduistas prohíben a los intocables beber del lago no porque piensen que al tocar el agua esta se vaya a contaminar o evaporar y desaparecer. La verdadera razón es que no quieren admitir que las castas declaradas inferiores por la tradición son en realidad iguales a ellos.
>
> No penséis que os he hecho venir aquí solo para beber agua, como si el agua de este lago fuese inmortal. Estamos aquí para proclamar y afirmar que nosotros también somos seres humanos como todos. Y este encuentro es un gesto simbólico que establece así nuestra igualdad con todos los demás.

Aquellas palabras tan sentidas y elocuentes impresionaron tanto a mi abuelo que unos días después rogó a Babasaheb que le admitiese en aquel movimiento. Quería ser uno más de ellos. Quería trabajar por aquella causa tan honorable. «¡Maestro! —exclamó con sumo respeto y admiración —mis cánticos, mi poesía, elevarán los corazones de las gentes. Permitidnos a mí y a mi familia unirnos a vuestra causa, añadió». Al sentir el gozo y la alegría de mi abuelo, Babasaheb expresó también su satisfacción y respondió que eran ellos, los mismos intocables, los que debían liberarse a sí mismos, de sus propias ataduras y de las impuestas por los demás. Mi abuelo no entendió muy bien qué quería decir, pero celebró estar en la presencia de aquel hombre tan especial con aquel poder tan enigmático y

magnético.

El tiempo que pasó mi abuelo como colaborador activo en el movimiento de Babasahed fue muy agradable. Fueron años muy felices, a pesar de la agitación social y política del entorno. Era todo tan ideal, que al principio se le hacía difícil adaptarse. Por ejemplo, se fijaba en la gente y al hablar con unos y con otros, se daba cuenta de que en el grupo de seguidores del maestro había muchas castas y no solo intocables. Y nadie le negaba la palabra o el sentarse a su lado. Ni siquiera los de castas altas. Aunque le fuera difícil de creer, era lo que sucedía entre todas aquellas gentes seguidoras de Babasahed. A mi abuelo le parecía maravilloso, pues nunca antes le habían aceptado los otros hombres como a un igual. Y hasta compartían todos juntos la misma comida. ¡Cuándo se había visto esto alguna vez! Estaba claro que nunca antes. Pero este era el mensaje del maestro y todos estaban allí con la misma meta.

En algunas ocasiones, instintivamente, sin darse cuenta, cuando se cruzaba con alguien, mi abuelo se apartaba para evitar el más liviano roce y agachaba la cabeza como lo había hecho siempre, porque eran costumbres que había practicado desde niño y parecía llevarlas en la sangre. Entonces los otros hombres se acercaban y le insistían que allí no se guardaban las distancias y que no había diferencias entre ellos, y, por tanto, no debía tenerles miedo. Nadie le iba a insultar o a pegar. No en aquel movimiento del maestro. También le enseñaban que el gran Dios no hacía distinciones ni diferencias entre hombres porque solo mira lo que hay en los corazones. «¿Acaso no es esto lo que cantas en tus canciones?», le decían. Mi abuelo, entonces, para compensar toda aquella bondad y agradecimiento, les ayudaba en todo lo que podía.

Durante aquel tiempo mi abuelo también aprendió a leer y a escribir. ¡Quién le hubiese dicho que iba a ser tan feliz con la lectura de los poemas que él mismo recitaba! Babasaheb les había enseñado que la educación era lo más importante para los intocables. Y que solo así podrían deshacerse de aquel estigma tan arraigado en ellos. También, desde su incorporación al movimiento, él y su familia desecharon sus ropas de pordioseros y se vistieron con otras nuevas que les habían regalado. Babasaheb les solía repetir que tenían que ir bien vestidos, sin darse aires de ostentación o lujo, ni creerse mejor que otros, pero sí que debían ir siempre limpios y aseados porque su atuendo también hablaba de su dignidad y respeto.

Mi abuelo no era consciente por entonces de la importancia de aquellos hechos, ni de que estaba siendo protagonista de la historia del país. Lo cierto es que después del acontecimiento del lago de Mahad, siguieron muchas otras marchas y procesiones similares. Las llamaban «el derecho al agua pública». Mi abuelo estuvo en algunas de ellas, al lado de Babasaheb, enfrentándose constantemente al boicot de las castas superiores, a ser desalojados de los lugares donde acudían e incluso a sufrir ataques violentos. Cuando sucedía, su esposa se quejaba y le regañaba:

—No podemos continuar así —le replicaba—. Todo ha llegado demasiado lejos. Temo que algún día ocurra algo malo, o te maten… Y entonces ¿qué pasará?

¿Qué será entonces de tu hijo? ¿Es que no te das cuenta?

A lo que mi abuelo respondía pacientemente:

—¡Mujer!, aquí comes todos los días y vas bien vestida y todo el mundo te respeta, ¿acaso no es verdad? Nosotros hemos tenido mucha suerte. Tenemos una vida buena. Somos felices. Por eso mismo debemos seguir luchando hasta que todos los intocables sean tratados como personas. Piensa en nuestros hijos. Algún día ellos, y luego los hijos de nuestros hijos, podrán caminar tranquilamente por la calle con la cabeza bien alta. Y podrán sentarse a la mesa con cualquier persona, como lo hacemos aquí ahora. Y podrán casarse con quien quieran. Y podrán ser gente educada y sabia como Babasaheb. ¿Es que no lo entiendes, mujer? Esta es nuestra misión. Además, no debes tener miedo por un poco de ruido —concluyó mi abuelo—. Nos estamos resistiendo a miles de años de sufrimiento y por eso no les gusta. Pero el triunfo es nuestro, mujer. ¡No lo dudes!

A mi abuelo se le había pegado un cierto cariz filosófico de las palabras de Babasaheb así que enseguida logró acallar el miedo de su esposa. Ella también tenía su razón porque aquellos días no era solo ruido lo que se oía alrededor. Como Ambedkar y sus seguidores continuaban imparables, del mismo modo, los hinduistas de castas altas, que siempre habían tenido el poder, respondían con más fiereza a sus desafíos. Por otro lado, los brahmanes no daban abasto con sus rituales para volver a purificar las aguas de lagos, ríos o fuentes públicas que habían contaminado los intocables con su presencia y su tacto.

Ese mismo año de 1927 todo se complicó aún más. En un acto público a Babasaheb se le ocurrió quemar uno de los libros sagrados hinduistas, el *Manusmriti*, también llamado las *Leyes de Manu,* que era el culpable de la esclavitud de los intocables en todos los niveles de la vida, social, económico, religioso y político. Fue realmente un sacrilegio. Como si les hubiesen asestado una buena puñalada. Sí, se podía decir que fue uno de esos hitos emblemáticos que a veces suceden en la historia de la humanidad. Como cuando Enrique VIII renunció a los dogmas de la Iglesia Católica y se proclamó, él solito, jefe religioso de la iglesia de Inglaterra, dejando boquiabiertas a todas las naciones europeas de entonces. Aquí resultó igual. ¡Imagínate cómo se pusieron los brahmanes de furiosos! Imagina su odio, sus ansias de venganza. Y todo eso fue solo el principio porque Ambedkar seguía trabajando duramente y se las apañó para negociar con los ingleses y los magistrados de los diferentes distritos el reconocimiento legal del uso público del agua para los intocables. No fue nada sencillo ya que los ingleses también tenían sus tratos con las castas altas hinduistas y todo ello en sí suponía una continua y encadenada retahíla de acuerdos y resoluciones lúcidas. Pero ahí estaba Ambedkar, como un titán, saliendo airoso. ¡Vaya que si sabía de leyes este hombre tan grande! Y de cómo manejar los entresijos. Por eso, años después fue elegido uno de los Ministros para redactar la Constitución india. Increíble, ¿verdad? ¡Qué alma más Grande! No es de extrañar que los intocables le hayan adorado siempre, ¿no crees?

Otro de los grandes eventos que vivió mi abuelo y que mi padre solía narrar en

ocasiones especiales, y que también enseñaba en su escuela, ocurrió en el famoso templo del dios Rama en la ciudad de Nasik. Ni te imaginas la que se lio allí. Si hasta entonces Ambedkar y los intocables ya se habían hecho notar por todo el estado de Maharashtra, incluso por toda India, debido a la quema del libro de Manu y también por el escándalo que estaban causando por los derechos del agua pública, ahora el siguiente paso que ponía la situación más al rojo vivo era «la entrada en los templos».

«Esta vez sí que no te permitiré que arriesgues tanto tu vida —le gritaba sulfurada su esposa—. Sabes que en cuanto te acerques a un templo vas a recibir piedras y palos —insistía—. ¡No!, no dejaré que vayas con ellos». Pero mi abuelo no daba importancia a las palabras de su esposa, que juzgaba muy propias de la debilidad de una mujer. Estaba convencido de que nada malo le iba a pasar estando al lado del maestro y todos los demás, formando, juntos, aquella gran familia. Para ellos, la tradición que prohibía la entrada de los intocables en los templos también debía acabarse. Era otro paso más en la lucha y Babasaheb se había propuesto conseguirlo. ¿Acaso no tenían derecho a hacer sus rezos donde quisiesen? ¿Y a venerar a sus divinidades como cualquier otro hindú, si así lo querían? ¿Por qué negarles pues el acceso a los templos?

Mi abuelo contaba que Babasaheb había elegido la ciudad de Nasik porque era un lugar de peregrinaje y estaba situada a las orillas del gran río Godavarri. Los ríos, como sabes, son sagrados en India y el Godavarri es tan sagrado como el mismo Ganges. Esta ciudad cuenta además con unas cuevas budistas muy importantes que han sido muy respetadas desde la antigüedad. Con esto, imagínate, que se juntaron más de quince mil hombres y quinientas mujeres. No sabes lo orgulloso que se sentía mi abuelo de estar allí, entre todo aquel gentío, caminando hacia Nasik con la intención de reclamar su derecho a entrar en los templos hinduistas. A quienes se encontraban por el camino y se extrañaban de ver tanta gente junta y se paraban a hablar les respondían:

—Nosotros también queremos celebrar la *puja* de la mañana. Y la de la tarde. Y los otros rituales. ¿Por qué tenemos que mantenernos lejos de la capilla y todo su recinto? Si a todos los demás se les permite, ¿por qué a los intocables no? ¡Venga, decidnos por qué no! Hasta los monos entran en los templos.

Algunos hasta se reían con aquel ejemplo.

»—Pero, claro, nosotros no somos monos, somos intocables, ¿verdad? Pero ¿acaso somos menos humanos que ellos? ¿Es que no tenemos un alma divina como ellos? Es una cuestión de derechos y vamos a conseguirlos —respondían luego enérgicos. Y después gritaban a coro su eslogan favorito—: ¡Educación, unión, agitación! —y seguían caminando. O aclamaban una y otra vez—: ¡Viva, viva, Babasaheb! ¡Viva!

La conciencia luchadora se había despertado en toda aquella masa humana y cada vez iba tomando más y más fuerza, con lo que a principios de marzo de 1930 una marcha de casi dos kilómetros de personas caminaba pacífica hacia la ciudad de Nasik, impulsada por la férrea determinación de que no tenían nada que perder

y sí mucho que ganar. Conduciendo aquella multitud iba el mismo maestro.

Si logramos entrar en el templo de Rama, pensaba Ambedkar, definitivamente la situación cambiará para mi gente. Las mentes más férreas de la ortodoxia hinduista comenzarán a aflojarse. Estoy seguro de ello. La marcha de hoy hará tambalear el gran muro opresor, la barrera de la injusticia que marca a mi pueblo. El futuro nos ha de deparar cambios positivos y a esta gesta memorable que muchos ya hemos emprendido, se sumarán miles y miles más. Nada será en vano, estoy convencido.

Mientras Ambedkar iba forjando en su mente el sueño de ver una nueva sociedad, los pies intocables de humildes hombres y mujeres iban avanzando, lentamente, hacia la ciudad, hacia su dorada meta del templo del dios Rama, cuya imagen se proponían adorar con la más absoluta devoción.

En realidad, no era una cuestión de estar más cerca de la Divinidad, sino de sentir que la Dignidad se iba acercando a ellos.

Como todos los demás, mi abuelo también caminaba gozoso y había elegido para la ocasión unos versos muy especiales que pensaba presentarle al mismo dios Rama y que iba ensayando por el camino:

> No ofrezco sacrificios a las divinidades en el templo.
> Tampoco les llevo flores, ni toco la campana en sus altares.
> No soy místico, ni enciendo el fuego sagrado.
> Obedezco las leyes de lo moral,
> amo a todos por igual.
> Mis ojos ven al otro como a mí mismo.
> No guardo rencor, ni herirme pueden las palabras insensatas.
> Por eso dice Kabir,
> al Supremo Señor veré,
> seguro estoy, a su lado estaré.

El espíritu positivo y las grandes esperanzas no faltaban entre aquellos hombres y mujeres que verdaderamente creían en lo que estaban haciendo. Aunque la realidad, bien sea dicho, fue otra muy distinta. Las puertas del templo de Rama estaban cerradas a cal y canto y reforzadas por un batallón de soldados al servicio del Gobierno colonial.

—¿Qué hacemos ahora, maestro? —preguntaron algunos de los colaboradores más allegados cuando se enteraron de la situación.

—Dispersad al gentío y haced que descanse en la ribera del río —dijo Babasaheb—. Ya encontraremos la manera de acercarnos al templo.

Mi abuelo, su familia y todos los demás se fueron diseminando en grupos más pequeños a lo largo de la orilla del Godavarri. Era cuestión de esperar. Tener paciencia y esperar a que llegase el mejor momento.

Los de las castas altas, especialmente los sacerdotes más ortodoxos, no se habían quedado impasibles delante de aquella multitud dispuesta a asaltar su

templo. Incapaces de aceptar el más insignificante cambio, se estaban reorganizando entre ellos para atacar a los intocables por sorpresa y empujarlos a que abandonasen el lugar.

En muchas ocasiones me he preguntado, ¿quién era el colonizador y quién el colonizado? ¿Quién el verdugo y la víctima? ¿Y por qué? Si toda la India entera reclamaba su liberación de las ataduras del imperio colonial, ¿por qué mi abuelo y los suyos no merecían la suya?

¡Ay!, pero la obnubilación y la ceguera absoluta, llevadas por las ansias de asir el poder, les había poseído el espíritu a todos y, en el nombre de la religión, querían justificar sus acciones. Primero el imperio británico había hecho creer al pueblo indio que ellos estaban allí para ilustrarles y enseñarles, porque su raza era inferior. También porque sus religiones no eran verdaderas y solo había un dios, el del hombre blanco. Los sabios brahmanes habían rechazado aquella palabrería, pero cuando se dieron cuenta, era demasiado tarde y el imperio lo controlaba todo. Ahora los brahmanes de la ortodoxia seguían manteniéndose en sus trece con respecto a los intocables. No cedían ni un palmo. Y eran capaces de cualquier cosa.

En varios grupos habían sorprendido a los intocables y habían comenzado a lanzarles piedras a los que estaban aposentados al lado del río. Mi abuelo fue herido en uno de estos ataques. Un trozo puntiagudo de las rocas que había en el lugar le alcanzó en la cabeza y comenzó a sangrar abundantemente. Parecía una cabra a punto de ser sacrificada, decía luego cuando contaba la historia todo orgulloso. Sin embargo, en aquel mismo momento tuvo miedo y estuvo unos días pensativo, rabioso, sin hablar a nadie.

Los de Ambedkar también decidieron actuar. Un grupo pequeño de voluntarios se ofreció para ir en avanzadilla hacia el templo, antes del amanecer. Pensaron que si madrugaban encontrarían a los guardias todavía dormidos.

No tuvieron que esperar mucho porque hacia el mediodía las noticias enseguida llegaron diciendo que habían sido arrestados.

Los días iban pasando y no se veía una salida. Todo lo contrario, en las ciudades de India, en los pueblos, el odio a los intocables crecía y crecía. La situación era cada vez más tensa y más difícil para los intocables. Por fin, un día, Ambedkar consiguió negociar un acuerdo con el enemigo, contaba mi abuelo. Esta parte de la historia la solía narrar poniendo mucho énfasis, tanto como el que ponía mi padre al contármela a mí después.

Sí, por fin llegaba un acuerdo entre los brahmanes del templo de Rama y los intocables. Habían convenido que juntos, brahmanes e intocables, sacarían en procesión el carro de Rama el día de la festividad de su nacimiento.

¡Qué contentos estaban! Algo era algo. La lucha y la espera no habían sido en vano. Por primera vez en la historia pasearían los intocables el carro del dios Rama por las calles de la ciudad. Todo eran vítores y alegrías, pues ya se imaginaban la gran ceremonia que prepararían. Poco a poco se daban cuenta de que su lucha cobraba sentido. Ahora sabían que no debían esperar a que los tiempos mejorasen, sino que eran ellos los protagonistas, quienes con su propio esfuerzo y convicción

podían mejorar su vida. Ambedkar les había enseñado todo aquello. Cambia lo que no te guste de tu vida, les decía, y tu vida cambiará.

Llegó el gran día de la fiesta de Rama. Todos estaban emocionados. Aun así, había algo extraño en la situación. ¿Dónde estaban los sacerdotes del templo y todo su séquito? El ambiente se había enrarecido. No tardaron en descubrir por qué. Apareció un mensajero. Los brahmanes ortodoxos se habían reunido en secreto y con gran tenacidad habían declarado que no iban a permitir aquel ultraje: «Ningún intocable se acercará a nuestro templo. Ni jamás consentiremos que colaboren en los ritos divinos de la ceremonia transportando al Señor por los alrededores de la ciudad. ¡Es impensable permitir tal injuria!».

Se cerró el templo y permaneció cerrado durante una larga temporada. Hubo barullos, altercados y gritos de furia de los intocables. Ambedkar les suplicó que guardasen la serenidad y la calma. Pero los ánimos y todas las alegrías y esperanzas de pronto se vinieron abajo.

Habían transcurrido cinco años desde el inicio de aquel movimiento. Cinco años tratando de que les admitiesen en los templos. Cinco años era mucho tiempo. Muchos esfuerzos. Mucho entusiasmo. Muchos caminos andados. Tenían que admitirlo, habían fracasado. A pesar de su perseverancia, los frutos tan ansiados no habían llegado. Y, sin embargo, no podían rendirse. Abandonar la lucha era de cobardes. Los tigres no abandonan cuando pierden alguna presa. Y todos ellos juntos eran como tigres. Había que cambiar de estrategia. Tal vez era cuestión de hallar otras posibilidades, otros caminos hacia la misma meta que contemplaba su libertad, su igualdad, sus derechos. Quizá… Quizá era ya el momento de redirigir su destino. Tal vez había llegado la hora de dar un giro y abandonar el hinduismo. ¿Qué había de malo en abrazar otra religión? ¿Por qué no podían entregarse devotamente a otro culto? Uno que les otorgase la condición de igualdad y de justicia. La que realmente se merecían. Uno que les reconociese como seres humanos. Tal vez no resultaría una idea tan descabellada.

Tras meditadas horas dándole vueltas a estas cuestiones, un día Ambedkar reunió públicamente a los suyos y les habló así: «Desafortunadamente, nací hindú. No pude hacer nada para evitarlo, pero sí que os aseguro solemnemente que no moriré hindú».

Cuando mi abuelo evocaba aquellas palabras, pequeñas lágrimas apuntaban en sus ojillos negros. No solo por la emoción triste, decía mi padre, sino porque él mismo no sabía si también debía imitar a su líder, a Babasaheb, y convertirse a otra religión. La cuestión era difícil. ¿Cuál era la religión más justa?, se preguntaba. Había aprendido que era libre para elegir, pero ¿qué religión entre todas era la que no atosigaba al ser humano? ¿A qué Dios debía rezar en adelante?

¡Qué difícil fue para mi abuelo tomar una decisión!

Ciertamente, el enigma al que se enfrentaba mi abuelo no discurría solo entre si debía convertirse a otro culto, sino que además consideraba que había llegado el

momento de frenar su actividad en el movimiento de Babasaheb y aposentarse de nuevo en su lugar de origen, en Laxmipur, como le insistía su esposa. No le apetecía para nada regresar. Pero por aquel entonces, su situación había cambiado inesperadamente en poco tiempo. Justo un año después de que le hubiesen herido en la cabeza, su esposa y su hijo enfermaron. Él lo llamaba la piedra de la desdicha, pues parecía como si aquella piedra maldita que le había alcanzado y que llevaba el odio de sus propios hermanos, de sus propios compatriotas, les hubiese traído la desgracia y el infortunio.

Al principio no le dieron importancia, todo el mundo caía indispuesto en un momento u otro y pensaron que con un poco de descanso y algún remedio de los que las mujeres conocían, se arreglaría todo. Pero la fiebre subía y mi abuelo comenzó a preocuparse. Pasaron los días, las semanas, y los enfermos no experimentaban ninguna mejora. Cada vez su cuerpo estaba más y más caliente y también más y más débil. Nadie podía explicar qué les ocurría. Unos discutían que si sería tifus; otros que si cólera; otros que un brote de malaria y que pronto cesaría. Había todo tipo de conjeturas. Las mujeres prepararon algunos ungüentos con hierbas que pudieron encontrar en los alrededores de la ribera del Godavarri, fregaron sus cuerpos con ellas, colocaron algunas sobre la frente y después los taparon. Ni de día ni de noche se despegó mi abuelo del rinconcito de aquella tienda comunitaria donde yacía su familia. A veces solía coger la mano de su esposa y la de su hijo y les decía: «¡Tranquilos!, todo irá mejor. ¡Todo irá mejor! —exclamaba un poco más alto—. Cuando pase la enfermedad nos iremos a Laxmipur. Sí, regresaremos a casa. Te lo prometo, mi querida esposa. Debí haberte hecho caso hace tiempo». Pero apenas escuchaba un leve lamento de sus labios porque estaban tan débiles que la fiebre les hacía dormir casi todo el día. A veces solían padecer alucinaciones y, muy agitados, hablaban en desvaríos sin que nadie pudiese entender palabra de lo que decían. Entonces, mi abuelo les rociaba el rostro con unas gotas de agua o les ponía un paño mojado y esto les calmaba. Él también se sentía más aliviado.

Aquellos días mi abuelo rezaba sus oraciones con más fervor que nunca. En la orilla de aquel río sagrado, al amanecer y al atardecer, alzaba su plegaria a los cielos y a las aguas con la esperanza de que pronto se acabase aquel sufrimiento y la alegría regresase como antes.

Un día le llegó la noticia de que entre todo aquel gentío había uno a quien llamaban el brujo porque practicaba todo tipo de magia y de encantorios. Fueron a buscarle inmediatamente para que examinase a los enfermos y les dijese qué podían hacer. Se le iluminó la mirada a mi abuelo. Ni te imaginas. «¡Os pondréis bien! Ahora os pondréis bien y nos iremos a Laxmipur», les decía.

El brujo enseguida se presentó allí, les examinó detenidamente y mandó que se alejasen todos, excepto mi abuelo y algunas mujeres, con el fin de que el cuerpo astral de los enfermos no quedase dañado con las suciedades ajenas. Después, comenzó a invocar a los espíritus de los antepasados para pedirles su ayuda. Y mientras murmuraba para sí algunos mantras, iba palpándoles la cabeza, el pecho y

las extremidades. Unos minutos después dijo: «Tienes que sumergir el cuerpo de tu esposa y el de tu hijo en las aguas del Godavarri, le señaló a mi abuelo. Mantenedlos en la corriente hasta que se enfríen y el mal irá fluyendo con las aguas. La temperatura bajará y el ser maligno que ha entrado se alejará».

Con la ayuda de unas cuantas mujeres mi abuelo hizo lo ordenado. Primero cogieron a su esposa y hundieron todos sus miembros en el frescor de aquellas aguas. Luego hicieron lo mismo con el niño. Pacientemente, durante las primeras horas mi abuelo les observaba con más atención que nunca. Era verdad que la temperatura parecía que había bajado porque además se encontraban más serenos. Les dieron de comer un caldo de verduras que aceptaron gustosamente y después los enfermos cayeron en un sueño profundo y plácido, muy distinto al de los días anteriores. Un poco más reconfortado, mi abuelo también cayó rendido a su lado.

El día amanecía y a los enfermos se los veía con más chispa en el rostro. Aquel fuego que severamente se había pegado a todos sus miembros en días pasados ya no estaba. Había descendido y ahora tenían ánimo para ingerir los alimentos que les preparaban las mujeres, como arroz y algunas frutas. La sonrisa y el gozo habían regresado al corazón de mi abuelo, que continuaba rezando y dando gracias. Después, sentado a su lado, para distraerles mientras poco a poco iban recuperándose, les daba cuenta de las últimas noticias que le habían llegado de Laxmipur, como quién se había casado últimamente. También les relataba algunos de los chismes que corrían en el mercado para hacerles reír. Un día les contó que uno de los suyos se había encontrado a un búfalo muerto en el camino a las afueras del pueblo. Qué contento estaba, porque sabía que los animales muertos no reclamados eran de los intocables. Estos se los podían quedar, al ser parte de su labor retirarlos de las vías públicas. Con aquella buena noticia el muchacho fue corriendo a avisar a su clan que enseguida dispondría del animal y de su carne. Y, efectivamente, apenas hubo transmitido la noticia allí aparecieron todos con enormes cuchillos para cuartear al animal y repartirse los distintos pedazos. ¡Qué suerte habían tenido! Habría comida para una buena temporada. Todo parecía ir de perlas hasta que a alguien le empezó a dar mala espina todo aquello y dijo de súbito que no podía ser. Que no era normal. «Algo raro pasa», insistió. «¡Cállate! —le gritaron—. ¡No seas aguafiestas! Para una vez que nos encontramos con todo un botín». Pronto descubrieron que tenía razón. Ni siquiera los buitres que siempre rondan alrededor de las bestias muertas se habían acercado al animal. Y es que resultó que estaba envenenado. El búfalo había sido envenenado.

Aquella historia no hizo reír al abuelo ni a su familia, aunque sí se alegraron de que ninguno de los suyos resultase envenenado con la carne del animal. Sí, sabían que en ocasiones ocurrían aquellas cosas en Laxmipur. Y que nadie preguntaba quién había sido, ni aun cuando las pruebas pareciesen estar claras.

Y con esto, sin más, un día al caer la tarde, cuando mi abuelo regresaba de hacer sus abluciones en el río, entró en la tienda comunitaria donde reposaban los enfermos, se acercó a ellos para despertarlos y se los encontró muertos. Sus almas acababan de abandonar sus cuerpos. En el mismo instante en que él había entonado

sus plegarias. No, no dijo nada. No llamó a nadie. Cayó de rodillas, a su lado. Allí donde minutos antes les había cogido la mano y sus sonrisas se habían abrazado. Permaneció quieto durante un buen rato. No supo cuánto. Con la mirada puesta en sus rostros. Parecía que no habían sufrido. Parecía que estaban todavía dormidos. ¿Podían estarlo? Sus miembros estaban todavía calientes… Los palpó. Los abrazó con fuerza. Y, sin embargo, supo que… que se habían ido.

Mi abuelo se quedó solo, sin su esposa y sin su hijo de cuatro años. Ni las mismas aguas de aquel río sagrado habían conseguido recuperarlos plenamente. Los ritos funerarios se celebraron allí mismo, en la ribera del Godavarri. ¡Qué mejor que aquel lugar donde habían vivido tanto tiempo para despedirse de ellos! ¡Qué mejor que entregar sus cenizas a aquel río!, pensó. Era un espacio sagrado y sus almas descansarían en paz cuando finalmente arribasen a la otra orilla.

Después de varias jornadas de camino, mi abuelo regresó a Laxmipur. Fue muy grato reencontrarse con los otros miembros de su familia que no había visto desde hacía tanto tiempo. Había tomado la decisión de que viviría de su música y su poesía como lo había hecho siempre, pero esta vez no vagaría tanto por distintos lugares y limitaría su distancia a los alrededores de su pueblo. Por supuesto que de vez en cuanto él iría a Bombay para seguir colaborando en el movimiento de Babasaheb. Le estaba muy agradecido. A él y a todas las personas que había conocido durante aquellos años. Se habían convertido en su otra familia y había aprendido mucho con ellos. Por nada del mundo los iba a abandonar.

Mi abuelo no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que la vida en Laxmipur no había cambiado demasiado. En realidad, todo seguía casi igual. Era él quien había cambiado y deseaba que los demás y todo lo que había a su alrededor también lo hubiese hecho. Pero no era así. Por ejemplo, había notado que ahora hasta sus parientes y amigos se metían con él y le acusaban de dárselas de importante. Cuando ya de buena mañana aparecía bien aseado, con un *dhoti* y una *kurta* bien limpios y planchados, los que habían sido sus amigos de siempre se mofaban de él:

—¿Qué, de quién es la boda hoy? ¿Hay alguien en tu familia que se casa?

Y a continuación se desternillaban de risa.

—No hace falta que te des tantos aires —le apuntaban otros— porque al fin y al cabo no dejas de ser un intocable como todos nosotros.

Mi abuelo se enfadaba mucho y les contestaba sin reparo:

—¡Ignorantes! —gritaba—. Si vosotros mismos no cambiáis lo que no os gusta, nadie más lo hará.

Y después gesticulaba con las manos para hacer hincapié y añadía:

—¿Qué queréis ser, cabras para el sacrificio toda vuestra vida o tigres?

Pero no había manera con ellos y en alguna otra ocasión la escena se repetía de forma similar.

Pronto corrió la noticia de que mi abuelo había aprendido a leer y a escribir. Un

poco antes de caer el sol casi cada día, en aquellas horas ociosas antes de la cena, siempre y cuando hubiese algún panecillo que llevarse a la boca, solía reunirse con otros hombres y les solía leer las noticias de los periódicos. Era un divertimento más que se había añadido a los otros ya populares como contar historias o comentar los sucesos sobre nacimientos, bodas, muertes y disputas familiares. Y aunque las noticias procedían de periódicos atrasados, tampoco les importaban demasiado. A veces también les leía de algún fascículo informativo, de los que editaba el movimiento de Babasaheb, para que aprendiesen que muchos otros como ellos luchaban por sus derechos cada día y que cada persona podía colaborar de formas muy diferentes. Pero cuando solía leer alguna de estas noticias o les narraba su experiencia, tenían la disputa asegurada porque no se acababan de creer que aquella gente de Babasaheb pudiese tratar bien a los intocables, si algunos, como contaba, eran de casta superior.

Si es verdad todo eso, dinos, ¿por qué has vuelto? ¿Por qué no te has quedado con ellos luchando por la causa de ese tal Ambedkar, si tantas cosas buenas está haciendo?

En cierto modo tenían razón. ¿Por qué había regresado?, se preguntaba.

Después de unos pocos meses de saborear la vida pequeña de Laxmipur, donde nunca sucedía nada sorprendente, mi abuelo sentía en lo más profundo que echaba en falta el ambiente de hermandad que había con toda la gente de Babasahed. Tal vez lo que más echaba en falta era la felicidad que había tenido allí con su esposa y su hijo, aunque esto nunca lo decía. Y, ahora, otra vez, había vuelto a su pueblo, allí donde las raíces de la injusticia parecían que nunca se secaran. Donde, si tenía suerte, le arrojarían con furia el pan viejo, en pago por su música y recibiría un trato peor que el que le daban a un perro. Además, estaba solo y se sentía muy diferente a ellos. A los suyos. A los de su misma casta.

¿Por qué he regresado?, se preguntaba entonces.

Sentado a la sombra de un baniano le vino a la memoria aquel poema de Kabir que le había llevado a conocer a Babasaheb. Comenzó a entonar algunos versos. Qué grato era hacerlo sin tener que pedir dinero o comida a cambio. No había nadie a su alrededor. Cantaba para él. Para complacer a su alma.

> El pozo está arriba
> De él cuelga la cuerda.
> ¿Cómo puede el aguador
> esperar asirla?

Se detuvo. ¿Dónde estaba la cuerda? La cuerda de aquel pozo, el suyo, para tirar de ella y beber del agua divina. Agua que limpiase las telarañas de sus dudas y le indicase por donde debía seguir. Se preguntaba también si aquel hombre tan sabio, Ambedkar, habría tenido alguna vez tantas dudas como él. Si habría sentido alguna vez el deseo de abandonar aquella causa, en aquellos momentos

desesperados de injusticia e impotencia. ¿Y por qué no se rendía? ¿Qué fuerza interna, le mantenía firme? ¿De qué agua celestial bebía para aprestarse a la batalla diaria? ¡Le admiraba tanto! Si Babasaheb estaba haciendo tanto por los intocables, pensó, él también debía hacer su parte. ¿No era esto lo justo? ¿Acaso no había venido al mundo por alguna razón? ¿Por algún designio supremo? Vivía en Laxmipur y allí mismo había nacido. Su labor, entonces, su *dharma*, estaba allí. En su mismo pueblo. No hacía falta ir más lejos. Tal vez era más sencillo de lo que la gente imaginaba. No había que emprender grandes hazañas como las del maestro. Él, a su lado, era pequeño. Y se sentía muy pequeño. Pero con él había aprendido que todo lo pequeño también valía. Y aquel era un pueblo pequeño justo para un hombre pequeño como él.

Con el mismo ímpetu que Babasahed se propuso entonces que defendería sus ideales y educaría a su propia familia en ellos. A los de su alrededor. Los que sean sensibles, oirán el mensaje. No se quedarán impasibles. Sí, estaba decidido. En lo que le quedase de vida, concentraría todos sus esfuerzos en rescatar a los suyos de la arrogancia de los tiranos y de sus aberrantes tradiciones. Eso haría. Acababa de darse cuenta. También inculcaría en sus futuros hijos el espíritu del deber y del servicio honesto a la comunidad. Por esta razón, cuando unos cuantos años después, Ananda, el primer hijo de su segunda esposa, le anunció que iba a ser maestro y que de aquel desordenado corral haría una escuela, mi abuelo sintió que su semilla, la misión personal a la que se había encomendado, comenzaba a dar sus frutos.

Ananda recuerda bien el día en que siendo tan solo un niño de cuatro años quedó señalado por *su diferencia*. Seguía a su padre allá donde este fuera. O casi mejor dicho, el padre no dejaba al chico demasiado tiempo solo porque todavía le dolía la pérdida de aquel otro primogénito al que se le había ido la vida en las orillas del Godavarri. No quería que eso se repitiera y cuidaba de Ananda más aún de lo que lo hacía su madre, que se pasaba gran parte del día de criada en la mansión de un *sahib* blanco. Era lo bueno que tenían los ingleses, que no les importaba emplear a los intocables mientras estos trabajasen bien. Con lo cual, mientras la madre servía en la casa del hombre blanco, padre e hijo se marchaban desde muy temprano a vagabundear por las calles, llevando su música a aquellos lugares donde había más seguridad de que pudiesen sacar algunas monedas o algo de comida. La verdad es que muchas veces no tenían esa suerte y regresaban a casa con las manos vacías. En esos días desafortunados, Ananda al menos, no se iba a dormir con el estómago vacío porque su madre se las apañaba siempre para conseguir algo a hurtadillas de la cocina del *sahib*, tal vez unos panecillos, otras veces arroz que arrebañaba de los cacharros de la familia y que liaba en un montoncillo entre sus ropas. Y luego tenían su paga asegurada, claro que, aunque era poco, le daban siempre buen uso y enseguida se les acababa.

Aquel día padre e hijo regresaban a casa contentos porque a las afueras de un

templo les habían obsequiado con unos pedazos de aves cocinadas que anteriormente se habían ofrecido a la deidad en sacrificio. Los brahmanes a veces solían tener estos gestos con los intocables; les daban este tipo de limosnas para engrandecer sus actos y popularizar su buen nombre. En el camino se cruzaron con un hombre muy aviejado que miserablemente acarreaba ladrillos y se detuvieron a hablar con él porque dio la casualidad de que mi abuelo lo conocía. Su estado era tan decrépito, aunque en realidad solo le sacaba unos diez años más, que mi abuelo le hizo sentarse un rato para descansar. Luego le ofreció una parte de aquel festín que habían conseguido, a lo que el anciano no se negó, ni le hizo ascos. Estaban tan tranquilamente deleitándose, mi abuelo mirando su alegría, cuando de repente oyeron unas voces enfurecidas que se dirigían hacia ellos:

—¡Malnacido! Apártate de mi hijo. ¡Que un rayo os parta a ti y a los de vuestra calaña!

Mi abuelo se levantó y vio entonces a una mujer de mediana edad que insultaba a Ananda con gran rabia.

—¿Eres tú, bestia inmunda, el padre de ese chico? —le preguntó a mi abuelo con soberbia—. Sí, ahora te reconozco, tú eres el mendigo que canta, ¡claro! Pero con esas ropas. ¿Por qué vas vestido así? ¿Quién te crees que eres? ¿Acaso las has robado? Seguro que las has robado. Es lo que soléis hacer tú y todos los vuestros.

La mujer continuaba hablando sin que mi abuelo pudiese mediar palabra.

—Por tu culpa ese malnacido tuyo estaba jugando con mi pequeño y le ha agarrado y le ha contaminado. ¡Alejaos de una vez de aquí! ¡Marchaos! Esta no es una zona donde debierais estar. No queremos vuestra mierda putrefacta aquí.

Los gritos chillones de la mujer habían hecho llorar a Ananda. ¿Por qué la madre de aquel muchacho se había enfadado tanto? ¿Y por qué su padre no le había defendido? ¿Había hecho algo malo? Los dos estaban jugando... Estaba seguro de que su madre no les hubiese regañado. No por eso.

Se despidieron del anciano y sin más dilación mi abuelo cogió a Ananda de la mano y los dos se marcharon a casa cabizbajos. Ananda lloraba desconsolado por el camino, creyendo que su padre estaba enfadado con él.

El abuelo no le dijo nada. Era su primera gran lección y, lamentablemente, no sería la última. Sin más, le dejó llorar.

A la mañana siguiente Ananda, más tranquilo, pero con cierto miedo todavía, le habló:

—Padre, de verdad, de verdad, que yo no le hice nada a aquel muchacho. Solo estábamos jugando. ¡Es cierto, padre! Y madre no se hubiese enfadado. Sé que ella no nos hubiese regañado.

—Ya lo sé —dijo el abuelo—. El problema somos nosotros. Toda nuestra familia. Nuestra comunidad. Nuestra casta *intocable*. Para muchos sí que *es* un problema.

El pequeño Ananda no llegaba a comprender muy bien las explicaciones. Al menos, todo aquel embrollo no había sido por su culpa. Tendría más cuidado la próxima vez. Por nada del mundo querría desobedecer a su padre, ni querría que

este se enfadase con él.

Ananda se sentía muy orgulloso de su padre. Como iba con él a todas partes el muchacho le observaba y admiraba su comportamiento sereno. El momento que más le gustaba era cuando leía las noticias de los viejos periódicos a los demás hombres. A veces se las explicaba. Nadie entre los intocables de Laxmipur sabía leer, por eso su padre, poco a poco, había adquirido un cierto respeto. También solía leerles *La Gaceta de Los-Sin-Voz*, que era la revista del movimiento de Babasaheb. El respeto que le tenían era como el que la gente tiene a las personas mayores; o a los hombres-medicina; o a los que consideraban sabios. A Ananda esto le gustaba. Ahora ya ninguno se atrevía a meterse con él, por las ropas limpias y tiesas que vestía, por ejemplo. Habían tardado un tiempo, pero otra vez lo consideraban uno de ellos. Conversaba con ellos, les ayudaba, se preocupaba por sus asuntos y todo esto les gustaba.

Una tarde de mucho calor, a punto ya de oscurecer, uno de los hombres de la casta de los basureros que solía tener la mente más ágil que los demás le preguntó:

—Tú que sabes tanto, dinos, ¿hay alguna diferencia entre Gandhiji y Babasahed? Los dos dicen que tienen buenas intenciones y que quieren ayudar a mejorar nuestra situación, ¿no? ¿A cuál de los dos debemos escuchar?

Ananda se puso un poco nervioso porque la cuestión parecía difícil. Observó cómo los demás hombres se habían ido callando y estaban expectantes. Pero confiaba en su padre. Sabía que les respondería con honestidad y diría la verdad. Como cuando él mismo le preguntaba y su padre siempre tenía una respuesta.

—Sí, como bien sabéis todos, los dos son grandes líderes —dijo.

Tenían la mirada fija en él.

—Pero hay diferencias abismales entre ellos —prosiguió—. Diferencias a la hora de concebir y resolver los problemas. Por ejemplo, Babasahed es como tú —y apuntó con el índice al que había hecho la pregunta—, de la casta de los barrenderos y basureros. Pero siempre fue muy listo y aprendió a leer y a escribir. Y estudió mucho. Y trabajó muy duro. Por eso ha llegado tan lejos. En cambio, Gandhiji siempre ha sido un privilegiado de casta alta. Nacido en una excelente familia con todo tipo de lujos, caprichos y buena comida cada día.

Se levantó un murmullo. Algunos hombres hacían comentarios entre ellos. Mientras, otros afirmaban lo dicho con la cabeza.

—¿Pero no nos has dicho que la casta no es importante? ¿Que todos somos iguales? Entonces lo que importa no es la familia donde naces. O la comunidad. Sino qué están haciendo por nosotros ¿no?

—¡Eso, eso…! —exclamaron algunas voces.

—Y… Gandhiji es defensor de la no-violencia —expresó un joven que acababa de llegar—. ¿Cómo te atreves a injuriar su nombre? Es un *Mahatma*, una gran alma.

Ananda miraba a su padre y le veía sonreír. Estaba deseoso de que hablase de nuevo y les enseñase. Sabía mucho más que ellos. Lo aprendía en los libros que leía. En los periódicos y también de sus experiencias con Babasaheb. Se las había

oído contar muchas veces.

—¡Correcto! Tenéis razón. Lo que cuenta es *lo que hacen*. Eso es lo más importante. Lo que nuestros líderes están realmente haciendo por nosotros. Y qué intenciones tienen con respecto a nuestro futuro.

»Pero mirad, os daré un ejemplo sencillo. Gandhiji ha concedido a los intocables otro nombre. Ahora nos llama, *Harijan*, que como sabéis todos significa «hijos de Dios». Ya veis, nos hemos convertido en "hijos de Dios". De este modo Gandhiji quiere expresar su aprecio hacia los intocables. Sin embargo, a Babasaheb y a sus colaboradores no les gusta esta expresión. A mí tampoco me gusta. "¡Es un insulto!", dice Babasaheb. Y la razón está muy clara, si nosotros los intocables somos "los hijos de Dios", entonces los otros, los de las castas superiores, ¿quiénes son? ¿Los hijos del demonio? Y si son los hijos del demonio, entonces están justificadas sus humillantes acciones, ¿no creéis? Y también su desprecio hacia los intocables. ¿No os parece?

Los hombres comenzaron a mover la cabeza de lado a lado en señal de aprobación.

—Los intocables reclamamos nuestros derechos. Babasaheb trabaja por nuestros derechos. Babasaheb dice que no necesitamos palabras bonitas y paternales, sino pleno reconocimiento social y legal de que somos *seres humanos*.

Ananda notó cómo su padre pronunciaba lo de *seres humanos* con máxima devoción. También con un cierto dolor. Como si el hecho de ser un *ser humano* implicase algo bueno, pero también algo malo.

—¿Es verdad lo que hemos oído, que un gran número de intocables esperaban al *Mahatma* para abuchearle y tirarle piedras en señal de protesta?

—Sí. La noticia está en muchos periódicos. Gandhiji había manifestado públicamente que estaba en contra de las ideas de Babasaheb. Ambos líderes habían estado en una conferencia en Londres para tratar el tema de los intocables con los ingleses. Babasaheb quería conseguir que los intocables tuviesen su propio electorado en las distintas regiones de India. Decía que si los políticos-electos son siempre los mismos, si siempre mandan los de las castas altas, entonces la situación nunca mejora para los intocables. Gandhiji se opuso y dijo que estaba en contra de la intocabilidad, pero que no podía haber divisiones y distintos electorados.

—¿Y qué pasó después?

Se había hecho completamente de noche y era ya un poco tarde. Los hombres estaban tan enfrascados aquel día en aquella conversación que nadie quería marcharse a casa.

—Curiosamente, los ingleses dieron la razón a Babasaheb.

—¡Bieeeennn! —exclamaron algunos a coro con todo su entusiasmo.

—Y concedieron un electorado aparte para los intocables en las distintas Asambleas Provinciales. Fue toda una gran victoria. Sí, una victoria que duró muy poco. El *Mahatma* se negó a aceptar aquella decisión. Amenazó a los ingleses para que la revocaran o de lo contrario comenzaría una de sus huelgas de hambre. Algo

que no tardó en hacer.

—¡Pero eso es un chantaje! —gritaron algunos hombres.

—A eso se le llama hipocresía —dijo otro.

—Gandhiji es un hipócrita, un *impostor* —siguieron unos más.

Ananda escuchaba atentamente. No sabía lo que significaba la palabra *impostor*. Pero parecía tener claro que no era bueno porque los hombres se habían disgustado mucho. Y no estaban enojados con su padre, al contrario, gracias a su padre comenzaban a entender, un poco, aquellos asuntos de su país, que hasta entonces no les habían interesado. Lo más importante era que empezaban a discernir. A implicarse. A considerar que, si había otros como ellos, en la misma situación y por toda la India, que apoyaban a Babasaheb y rechazaban a Gandhiji, hasta el punto de que le habían abucheado y le habían lanzado piedras, entonces debía ser por algo.

Ya en el lecho, Ananda estuvo pensativo durante varias horas aquella noche. La excitación le había cansado, pero no podía dejar su mente en blanco; no podía conciliar el sueño. La imagen de Gandhiji que había visto muchas veces revoloteaba en su mente. Lo habían pintado siempre con un aspecto paternal y caritativo. Tal vez, en el fondo, aquel hombre no resultaba ser *la gran alma* que muchos creían. No había actuado correctamente con ellos. Con los de su *casta intocable*. Padre tenía razón, se lo había oído muchas veces, ¿cómo era posible que un hombre que defendía la no-violencia, hubiese desatado tanta?

Ananda tenía la esperanza de que a medida que fuese creciendo, lo comprendería todo mucho mejor.

3
La pequeña escuela de Ananda

Habían pasado unos cuantos meses desde el matrimonio de mis padres y todo iba muy bien en la familia. Padre había comenzado su rudimentaria escuela con cinco alumnos, pero poco a poco se iban incorporando más chiquillos de familias intocables y otras castas bajas. La popularidad del abuelo por su militancia en el movimiento de Babasahed y ahora la de padre, que seguía los mismos ideales, le habían beneficiado en esta nueva empresa de educar a los más pobres, aunque también le había hecho ganarse algunos enemigos muy poderosos. Padre había pasado a ser el cabeza de familia, principalmente porque el abuelo seguía yendo y viniendo a Bombay, involucrado de pleno, como así lo estaba, en las tareas de expansión de la unión, la lucha y la libertad de los intocables. Y como paraba poco por casa, con todos los respetos hacia el abuelo, padre había tomado el mando de aquella familia. Se sentía muy orgulloso con su escuela y su nuevo trabajo de maestro se le daba estupendamente. Los muchachos se divertían aprendiendo lo más básico, como el alfabeto en marathi, hindi y también en inglés. Aprendían a calcular pequeñas cantidades y disfrutaban contando historias. Más adelante ya les enseñaría otras cosas más complicadas y miraría de buscar libros, sí, algunos libros le vendrían bien para formar su pequeña biblioteca. Pero esto sería más adelante cuando tuviese algún dinero. A ratos, también les hablaba de Babasaheb y les instruía diciéndoles que todas las castas indias eran iguales y que nadie debía sentirse superior ni inferior a ningún otro. Así, con los cánticos que entonaban los muchachos al repetir de memoria una y otra vez las letras de los distintos alfabetos, con el guirigay que se formaba cuando padre hacía sus pequeñas concesiones y les dejaba unos minutos de regocijo y libertad, a aquel antiguo corral ya no le quedaba ningún rastro ni señal que recordase a alguien su habitual usanza de cría de animales, aunque, curiosamente, no los hubiese habido nunca. El mismísimo recinto se había transformado tanto que era casi increíble. Y hasta la higuera sagrada plantada en el mismo centro, que les protegía y les daba sombra durante una parte del día, se había puesto más hermosa, con ramas que habían crecido y se habían hecho más frondosas. En una de las paredes había colgado una imagen de Saraswati porque, aunque era una diosa de las castas altas, les decía que simbolizaba el arte y la literatura y, por tanto, les ayudaría a todos en aquella difícil labor de despertar sus mentes y educarlas. Años después padre también colocaría una imagen del Buda, pero esto solo fue cuando sus convicciones religiosas y su fe

en esta religión se hicieron más sólidas y no le importó defenderlas a rajatabla.

Las familias de los niños que asistían a la escuela le pagaban siempre con comida, que no era abundate porque estas también eran muy pobres, pero hasta el momento había tenido suficiente para alimentar a su esposa y a los abuelos; el abuelo muchos días estaba en Bombay y era una boca menos. Después ya vería cómo se las apañaba cuando viniesen sus hijos. De momento parecía que Urmila no estaba encinta, no le había dicho nada y tampoco tenían prisa.

Urmila se llevaba muy bien con su suegra. A diferencia de las otras mujeres del poblado a quienes les oía comentar cosas horrorosas de sus suegras, de cómo humillaban y maltrataban a las jóvenes esposas. Urmila pensaba que realmente había tenido mucha suerte con la suya porque nunca la regañaba en nada, ni siquiera cuando se equivocaba. Recordaba a su madre cada día, claro, pero al menos, al tener el apoyo de su suegra le servía para no echarla en falta tanto. Su marido además era un buen hombre. Ahora le conocía mucho mejor y también se sentía afortunada por ello. Era todo lo contrario a su padre. No bebía, ni le insultaba o pegaba. A veces, sentada en la ventana desde el interior de la casa, se pasaba un buen rato mirándole cómo se las apañaba con los chiquillos en la escuela. Le gustaba ver la buena mano que tenía con los pequeños y la sensibilidad para enseñar las lecciones a los que más les costaba; la misma sensibilidad que tenía con ella, también cuando llegaba la noche y él tomaba la iniciativa y comenzaba acariciándole el rostro y después le susurraba al oído cosas bonitas que tanto le agradaban y la llamaba cariñosamente mi bella esposa, y después se pegaba a su cuerpo con tacto supremo como si del loto más bello y delicado se tratase. ¡Le gustaba tanto! Y cuando estaba con sus días de mujer y no se sentía tan bien, entonces él, con su mano le rodeaba su cintura y colocaba su palma en el vientre de ella, dándole calor para aliviar así el dolor, hasta que se dormían los dos juntos. ¡Era tan feliz Urmila!, que solo deseaba habérselo podido decir a su madre. Solo había un momento al día en el que se sentía con el estómago más encogido porque tenía miedo a que pasase algo malo. Era generalmente por la mañana, cuando la llamada de la naturaleza era inevitable y tenía que salir de casa y encaminarse hacia algún lugar en la ribera del río para allí, escondida entre los árboles o arbustos, evitando en lo posible que pudiese ser vista desde el camino por alguien que pasase o por niños o campesinos que merodeasen por el lugar, se agachaba y hacía sus necesidades. Y mientras las moscas comenzaban a rondar inmediatamente, tan pronto el vientre había dado rienda suelta a los primeros olores putrefactos y las muy impertinentes y molestas moscas no cesaban de revolotear alrededor de los excrementos, sus ojos, más atentos que nunca, advertían todo movimiento sospechoso en su entorno, confiando que nadie, absolutamente nadie, la sorprendiese allí en aquellos quehaceres. Su suegra ya le había aconsejado que tuviese mucho cuidado porque habían sucedido *cosas*; cosas referentes a muchachas que habían sido atacadas o de las que habían abusado en esos momentos. Pero ¿y qué podía hacer? En algunas casas más pudientes habían instalado una letrina y en algunas poblaciones los intocables también tenían las

suyas en algún rincón apartado, pero en Laxmipur no había ninguna. Para los hombres la llamada de la naturaleza no ocasionaba ningún problema, claro. En cualquier lugar se les veía orinar o defecar. Era natural. Pero en cambio para ellas el asunto era más complicado.

Había llegado septiembre y con el nuevo mes la festividad de Ganesha. En cada ciudad y en cada pueblo de Maharashtra se celebraban estas fiestas en torno al dios con cabeza de elefante y los intocables también tenían las suyas propias. Cada familia colocaba una estatuilla del ídolo en la entrada de la casa para que así la deidad les trajese buenos augurios. Para Urmila era la primera celebración de Ganesha que vivía en aquel lugar, así que se había unido a las otras mujeres para prepararlo todo y aprender de ellas. Vendieron un pollo que les habían regalado y Ananda le había dado el dinero para que comprase ropas nuevas y pulseras en el mercado, como se solía hacer por estas fechas. En esos días había que disponerlo todo y que estuviese bien limpio, impecable, para llamar a la buena fortuna. Se barrían bien los hogares y se adecentaban las diferentes estancias. Después, juntas, las mujeres bajaban al río y se bañaban. Luego, vestían sus cuerpos con los nuevos saris y brazaletes. Por la tarde, al caer el sol, se reunían en las casas y contaban historias de su vida de casadas y cantaban canciones alegres y también picantes. Otros días organizaban juegos o bailaban en círculos, dando palmadas, agachándose y levantándose, haciendo chasquear con gran emoción los dedos de las manos para seguir el ritmo. A veces, en esos momentos, la alegría y diversión de Urmila quedaba arrebatada por la garra de la nostalgia que le traía al pensamiento la imagen de su madre y sus hermanos más pequeños. ¿Qué estarían haciendo?, se preguntaba. ¿Estarían bien? Y al tiempo, sin darse cuenta, de sus ojos resbalaban pequeñas lágrimas. Pero, inmediatamente, el jolgorio y la risa de las otras mujeres, una vez más, la devolvían con la celeridad de un rayo a aquel mismo momento que vivía. A aquel *ahora*, que no podía dejar escapar porque quién sabía lo que el futuro podía brindarles.

Y, efectivamente, el futuro no andaba muy lejos. Estaba a la vuelta de la esquina pues aquella misma noche del sexto día de la festividad de Ganesha, la noticia del accidente del padre de Ananda los cogió a todos tan de repente, como si de la picadura mortal de una cobra se hubiese tratado. No estaba enfermo, no lo había estado casi nunca en su vida. Y justo aquel mismo día, Ananda y él habían estado dando un discurso sobre la intocabilidad y el sistema de castas y la importancia de la educación. Era uno de los actos que habían organizado para las fiestas. Después, había decidido marchar a Bombay y, dicen que, al saltar para coger el tren en marcha, como siempre hacía, no calculó bien. Y que se cayó y se golpeó fuertemente la cabeza. A pesar de que lo había hecho mil veces.

Los hombres lo trajeron malherido a casa y a las pocas horas murió. Allí mismo. Tendido en su esterilla, en el suelo, donde dormía siempre. La alegría y el gozo de la fiesta se habían desvanecido. En un instante. Igual que el gesto brutal de la mano que mata a una mosca y la deja sin zumbido. En un instante. De un manotazo. En un instante… y todo había cambiado. Y ahora la suegra de Urmila

lloraba al lado del cuerpo ensangrentado de su marido. Y Ananda… Urmila miraba el rostro compungido de Ananda, aquella cara oscura de niño, en la que apenas apuntaba un liviano bigote, se había hecho dura y áspera de repente. Como la superficie de una roca. ¡Con lo bien que habían estado hasta entonces! Ganesha, el dios de los buenos augurios, de la buena fortuna, había traído la muerte a aquel hogar. ¿Qué podía significar todo aquello? Urmila tenía miedo. Se sentía empequeñecida, como si hubiese encogido. Nunca antes había tenido a la muerte tan de frente, y sentía miedo. No quería que su marido cambiase. Que aquella muerte cambiase su corazón valiente y atrevido. Afable. ¡Hazle feliz! Otra vez la voz de su madre y de su suegra se hacían eco en su mente. En aquellos momentos de tristeza, debía hacerle feliz. Tal vez debía tomar ella la iniciativa cuando estuviesen juntos en el lecho. Aunque esto le resultaba muy difícil. Decían que era más propio de otro tipo de mujeres. Pero estaban casados y su deber era complacer a su marido. Y hacerle feliz. Respetando su duelo, claro. Pero sin dejar que se alargara demasiado y que royese su carácter o se volviese agrio. Los hombres esconden sus penas por dentro. Pero son tan punzantes como las nuestras.

La fiesta de Ganesha continuó y en el último y décimo día de celebración se llevó a cabo la procesión, paseando al dios por las calles hasta un lugar concreto del río donde cada año se sumergía a la deidad siguiendo la tradición. Ananda y su familia no participaron. Se quedaron en casa, guardando el luto y enrabiados, sobre todo Ananda, que no entendía por qué Ganesha les había traído aquella desgracia en aquel momento.

Caminaban con paso firme, uno de ellos apoyándose en un bastón. La mirada seria, el ceño fruncido, sin articular palabra alguna se dirigían por un camino polvoriento hacia la escuela. Los que les veían pasar exclamaban: «¡Los ancianos!», como intuyendo lo que iba a ocurrir. Eran los cinco ancianos del Panchayat. Los sabios respetados. Los que observaban las normas de la comunidad y hacían cumplir los preceptos. Los que se encargaban de la moral y de que todo marchase bien siguiendo los principios de la honra y la tradición. Ellos velaban por el bienestar de la comunidad y resolvían las disputas que surgían atendiendo a su buen juicio y a sus años viejos. Todo el mundo acataba sus órdenes y nadie osaba contradecirles. Su poder era absoluto, por eso la gente les temía. Pocos metros antes de alcanzar la casa, pudieron advertir el sonsonete de los niños recitando el alfabeto y deletreando algunas palabras. También algunas risas y la voz de Ananda haciendo algunas observaciones. Urmila y su suegra los vieron llegar y se encogieron de hombros. El funeral se había llevado a cabo en toda regla, pensaron. Ananda había conducido el ritual y las mujeres habían guardado los días de limpieza y purificación. ¿Qué querrían, pues, ahora? Seguro que nada bueno. Pero fuera lo que fuese, era cosa de hombres y ellas no podían mediar en nada.

Los cinco del Panchayat entraron directamente en la escuela por la puerta de atrás y enseguida los muchachos se callaron al verlos.

—Envía a los chicos a casa —dijeron muy serios—. Venimos a hablar contigo.

Ananda, todavía triste, pero de ningún modo amilanado ante la presencia de los

ancianos porque su padre le había enseñado a no tenerles miedo, sino a defender siempre la verdad y sus ideas, disolvió enseguida la clase, no sin haber hecho antes hincapié en que llegasen puntuales al día siguiente y que viniesen limpios y curiosos.

Se sentaron alrededor de la higuera, Ananda apoyado en su tronco y los ancianos un poco más apartados. Luego le pidió a Urmila que preparase un poco de té para todos.

—Esto se debe acabar —espetó uno de ellos sin más miramientos.

Ya advertimos a tu padre de que la escuela es un peligro para la tradición y su actividad debía cesar inmediatamente. Vemos que has desobedecido nuestro mandato y por eso estamos aquí.

Ananda no sabía nada al respecto. Si aquello era verdad, su padre nunca le había dicho nada. O tal vez los ancianos aprovechaban aquel momento de debilidad en la familia para amedrentarle. Sabían que con su padre nunca hubiesen podido porque tenía respuesta para todo y la fuerza de un búfalo. Por eso habían venido ahora. ¡Qué ruines que podían llegar a ser!, pensó. Con calma, y manteniendo el pensamiento fijo en la memoria de su padre, repuso:

—Venerables ancianos, ¿podéis decirme por qué mi escuela es una ofensa para la tradición?

—Eres un intocable —contestó el del bastón—. De la casta de los músicos callejeros. Y debes realizar esta profesión respetuosamente, como lo hizo tu padre y anteriormente el padre de tu padre. Esta es la tradición y la ley. Así ha sido siempre y así nos lo han enseñado siempre nuestros antepasados. —Su tono era severo y en cierto modo amenazador.

—Venerables ancianos, mi padre era un buen hombre, y su música, sus canciones místicas y sus historias antiguas llevaron la alegría a muchos hombres. Pero también sabéis que, en la última etapa de su vida, en los últimos años, tenía la mente puesta en los principios de igualdad y libertad que defiende Babasaheb para los intocables. Sirvió al movimiento de liberación. Y uno de los principales valores para conseguir nuestro reconocimiento es la educación. La revolución puede comenzar con la lectura, solía decir. Y esto es lo que yo estoy haciendo: enseñando a leer y a escribir a estos niños.

—¿Qué tonterías son esas? Los intocables nunca hemos necesitado leer y escribir. Míranos a nosotros. ¿Acaso no somos sabios? ¿Te atreves a decir que no somos sabios? Y, sin embargo, ninguno de los que estamos aquí sabemos el lenguaje de los libros.

—Debes respetar el buen nombre de tu padre y de tus antepasados —añadió otro tercamente—. Tienes que seguir el oficio de estos. Tú no has nacido maestro, sino músico callejero y así debe ser. Y esto enseñarás a tus hijos varones.

Ananda no se dejaba intimidar con las amenazas del Panchayat, pero tampoco quería irritarles o faltarles al respeto porque sabía que entonces sería mucho peor. Tenía que suavizarlos de algún modo y lograr ganárselos:

—Venerables ancianos, es muy honroso lo que decís, pero también es verdad

que los tiempos han cambiado. Nuestra profesión antigua, como otras muchas, tiene los días contados. La gente es cada vez menos generosa. Y a menudo lo único que recibimos a cambio de nuestro trabajo son insultos, desprecios y humillaciones. Nuestras familias no tienen comida. Los estómagos se inflan, los ruidos de las tripas no cesan; los más pequeños y recién nacidos enferman y mueren a menudo por falta de sustento. Algunos jóvenes, los más osados, han marchado a la gran ciudad para trabajar en lo que sea. Y otros muchos lo harán. Y si saben leer y escribir es todo mucho más fácil. Además, si nuestras comunidades aprenden a leer y escribir, entonces somos nosotros los que desafiamos la tradición de las castas altas.

—¿Cómo? —interrogaron los ancianos con mirada insistente que no contempla indulgencia alguna.

—Porque nos oponemos a su poder absoluto y a sus leyes despóticas. Siempre nos han considerado la basura y la escoria social. Pero somos hombres igual que ellos. Y merecemos el mismo trato. No debemos tener miedo. Si los hijos de nuestra comunidad aprenden a leer y a escribir, les estamos demostrando que podemos ser igual de listos que ellos y que merecemos lo mismo. ¡Merecemos vivir bien! ¿Por qué tenemos que sufrir sus abusos? ¿Por qué tenemos que mendigar? ¿Y arrastrarnos indignamente? Nuestros antepasados no habrían permitido nunca que tanto niños, como mayores, pasasen *hambre*. De esto estoy seguro.

Y hablando despacito había puesto el énfasis en esta palabra.

Desde la muerte de su padre, Ananda se había aficionado a leer algunos de sus libros y revistas sobre los discursos políticos y filosóficos de Babasaheb, por eso tenía aquella confianza plena en sí mismo, creyendo realmente en lo que decía. Y parecía que había funcionado porque los cinco ancianos habían murmurado algunos comentarios entre ellos y luego, sin rechistar nada más, se habían levantado y se habían marchado pensativos. Y desde aquel día no habían vuelto a molestarle, ni a oponerse a su escuela, mirando hacia otra parte y permitiendo que siguiese con su rutina.

En las cercanías de Laxmipur había también otra escuela que admitía a los niños de castas bajas. La llamaban *La Escuela de los Convertidos* porque si querían asistir ellos y sus familias tenían que convertirse al cristianismo. En esa época era frecuente ver a misioneros cristianos deambular, de pueblo en pueblo y de casa en casa, en diferentes campañas, que tenían como objetivo enseñar la palabra de Dios. Animaban a la gente más pobre a que se convirtiese al único Dios verdadero, que había muerto en la cruz por todos ellos. La cuestión era que algunos se convertían, atraídos no por la fe que los predicadores podían inspirar, sino por el incentivo de la comida diaria, a base de arroz y *dal,* que les daban a sus hijos en la escuela. A Ananda se lo llevaban los demonios cuando se enteraba de que alguien en su comunidad se había ido a «La Escuela de los Convertidos» para asegurarse un

plato caliente. Cuando Urmila le veía entrar en casa con el ceño fruncido después de su clase, ya imaginaba que aquel malhumor tenía que ver con los misioneros y su maldita escuela. ¿Por qué no se habrían asentado en otra parte, más lejos? Ananda los detestaba. Y Urmila, que desde su matrimonio había aprendido a ser una entidad conjunta con su esposo, un solo pensamiento y sentimiento, respetándole y obedeciéndole siempre en todo, los aborrecía mucho más, porque además los chicos que se marchaban a la otra escuela les privaban a ellos de su comida. Y llevaban ya una racha de gran escasez. Los campesinos se quejaban. Todo el mundo andaba que trinaba porque, o bien en la estación de las lluvias el monzón llegaba inundándolo todo y echándolo a perder, o era al contrario, que apenas mojaba la tierra y del mismo modo no había cosechas.

Urmila estaba muy preocupada. Hacía mucho tiempo que su suegra había dejado de trabajar de sirvienta en la casa del *sahib* blanco, desde que este había regresado a su país. Había preguntado a las otras mujeres si sabían de algún trabajo en los alrededores para ella, porque estaba segura de que Ananda no se opondría. Pero como no parecía sonreírles la fortuna y como cada vez las familias de los chicos a los que Ananda enseñaba le traían menos provisiones, había decidido ayunar para ahorrar. Cocinaría lo poco que había para su marido y su suegra. A Ananda le había dicho que lo hacía por devoción a la diosa Yellamma, porque no tenían dinero para ofrecerle una cabra y por tanto su sacrificio ayudaría a conseguir los favores de la diosa, esperando que así los buenos tiempos regresasen de nuevo. Dada la situación, Urmila subsistiría con un té desvaído que tomaba en la mañana y a veces con medio panecillo-*bhakri* que ingería al atardecer.

Algunos días Urmila se acercaba al mercado y les suplicaba a los tenderos que le regalasen algunas sobras del arroz cocinado el día anterior o de las verduras que ya se les habían quedado rancias y se habían echado a perder. Pero siempre regresaba a casa decepcionada, cansada y con el apetito todavía más voraz y punzante por los exquisitos olores de la comida de los distintos puestecillos, que le habían hecho la boca agua. También porque sabía que muchos de aquellos alimentos se estropearían enseguida e irían a la basura. Una vez el dueño de una tienda de té le dijo que le daría algunos de los dulces y ricos *jalebis* que le quedaban, si a cambio pasaba unos minutos al interior de su establecimiento. Urmila inmediatamente averiguó sus intenciones y se alejó de allí corriendo, con el corazón en vilo.

—Pero mujer, ¿qué ha pasado? —le preguntó Ananda al verla entrar tan sobresaltada.

Y entonces, para desahogarse, a Urmila no le quedó más remedio que contárselo sin imaginarse cómo reaccionaría este.

—¡Malditos hipócritas! —gritó Ananda—. ¡Siempre igual de falsos, los cabrones! Repudian a los intocables durante el día, pero no tienen reparos en dormir con las mujeres por la noche.

Ananda había levantado la voz, algo que no solía hacer y Urmila se había echado a llorar. Como si hubiese hecho algo malo.

—No te preocupes, mujer —repuso este enseguida—. Todo se arreglará. Este año la cosecha será mejor y también nos beneficiará a nosotros. Ya verás como sí.

Ananda no se había fijado hasta entonces en que su esposa estaba más delgada y más pálida. La examinó con más atención y efectivamente la notó con menos carnes.

No sabía si era por culpa del hambre o tal vez por la rabia contenida, el caso es que el ayuno de Urmila despertaba aún más su instinto de supervivencia, que influía directamente en sus necesidades sexuales. Ella también se había dado cuenta de que conforme había ido disminuyendo su ración de comida diaria, habían ido aumentando sus deseos carnales. O tal vez fuera el hecho de que tanto su suegra como otras mujeres la habían estado presionando y no dejaban de insistirle en que algo debía pasar para que todavía no estuviese en estado de buena esperanza. Ya habían cumplido más de dos años de casados y no había señal de embarazo alguno. «¡Vaya con la cara-bonita! —cotilleaban las malas lenguas—. Mira por dónde les ha salido con una tara». Así que con todo esto dándole vueltas en la cabeza, después de la puesta de sol, cuando todo se quedaba en completa oscuridad, Urmila se retiraba a su rincón de la casa, estiraba la estera, corría la cortina que dividía la estancia, dándoles un poco más de intimidad, y esperaba impaciente a que su hombre viniese al lecho. A Ananda le gustaba charlar con algunos amigos, pero casi nunca solía regresar tarde. Cuando lo hacía y finalmente se tumbaba al lado de su esposa había advertido que últimamente esta enseguida le abrazaba y se arrojaba sobre él, incitándole y estimulando su órgano viril. Como no se veía nada y todo estaba bien a oscuras, Urmila daba más rienda suelta a sus pasiones, a las que enseguida se dejaban arrastrar los dos, agitándose en violentas sacudidas, encendiéndose más y más con el calor de sus cuerpos, con el sudor, lanzando hondos suspiros. Las manos de Ananda palpaban su esbelta figura, con menos carne que antes, pero hermosamente moldeada y bien proporcionada. Urmila, la tímida esposa de los primeros días, parecía ahora una voraz glotona saciando con locura el hambre de todo el día, satisfaciendo su gran apetito, engullendo con deleite un delicioso manjar, antes de que los primeros rayos del alba apuntasen en el horizonte y se hiciese de día. Era consciente de la ficción del deseo, de aquel placer, el único que tenía y satisfacía en la oscuridad. Y no le importaba para nada que el jadeo que lanzaba, el masajeo de los cuerpos o los agitados movimientos despertasen a su suegra. Deseaba incluso que la oyese saltar con aquella ardiente excitación. Sí, que la sintiese antes, mucho antes de que rompiera la luz y llegase la calma. Antes de que el silencio volviese de nuevo a la estancia. Sí, quería gozar durante unos instantes, antes de que el día despertase con su habitual rutina, con sus acusados arañazos en las vidas de aquella familia.

Y ¿por qué no se había quedado encinta hasta entonces? ¿Era, quizá, aquel placer suyo algo insano? ¿Un deseo contra natura impropio de su sexo débil de mujer? A su esposo, sin embargo, le agradaba. «No sé a quién diriges tus rezos, si a Yellamma o a la diosa Kali —le había susurrado una noche—, pero, ¡sigue, sigue rezando, mi bella esposa!». Y después él se había reído con complicidad. Y ella se

había sentido avergonzada de lo que había hecho.

Kali, la diosa desinhibida, la del placer sexual y la independencia femenina… No, Urmila no había rezado a Kali, pero sabía que el torrente de energía que fluía en su interior se convertiría en un auténtico castigo para ella, si no lograba quedarse embarazada. Tanta pasión en un vientre baldío no podía estar bien…

En aquellos días se creía que, si se sucedían varios hechos negativos en una familia, en un corto espacio de tiempo, era porque alguien había practicado magia negra. Urmila así también lo creía. Y había comenzado a sospechar que alguien en su comunidad les había echado una maldición. Porque primero había estado la muerte accidental del padre de Ananda y luego la escasez de recursos, los problemas con el Panchayat por la escuela y ahora las habladurías que corrían sobre ella apuntando que era infértil, incapaz de producir fruto alguno. ¿Pero de quién se trataba? ¿Quién les deseaba el mal?

Ananda le regañaba cuando le oía comentar todo aquello. También cuando la encontraba amohinada por los chismorreos de las vecinas.

—¡No son más que habladurías de mujeres! Y no quiero que te alarmes. Tan solo hace dos años que estamos casados. ¡Tampoco es tanto tiempo, mujer! Además, te preocupas demasiado, estás nerviosa y has comenzado a adelgazar… ¡Debes cuidarte más! ¡Y deja ya de pensar en esas tonterías! No puedes permitir que lo que digan los demás te manipule. Sé razonable y piensa por ti misma. Te lo he dicho muchas veces. Olvídate de los demás y aprende a ser tú misma.

Urmila le había estado escuchando sin decir ni mu, hasta que no se pudo contener más.

—Pero si no te doy un hijo pronto tu madre te buscará otra esposa y ¿qué será entonces de mí? ¿eh? Seré una deshonra para la familia.

—¿Otra esposa? —repuso Ananda y después se echó a reír porque le parecía gracioso. Luego, mirándola seriamente a los ojos, le dijo—: Te quiero a ti. Mi bella esposa, te quiero a ti y no voy a casarme con nadie más. ¿Está claro? ¿De qué serviría si ni siquiera puedo alimentarte a ti bien? ¿Eh? Y nuestros hijos, si han de venir, vendrán. No hay por qué preocuparse por ellos. Además, ya ves, en estos momentos ni siquiera podría alimentarlos. Es casi mejor que no vengan. Para qué traer hijos al mundo si uno no puede cuidarlos bien, ¿eh? Dime, ¿para qué? ¡Ya tenemos demasiadas bocas hambrientas! Venga, mujer, no quiero que te preocupes más. Y no te mezcles con esas deslenguadas que no hacen más que esparcir todos esos chismes y supersticiones. No te hacen bien y no las quiero ver por esta casa ¿entendido? —Sintiendo que estaba un poco más tranquila, Ananda dijo finalmente —: Esposa mía, quiero ver una sonrisa en ese rostro tan bello. ¡Que la fuerza de tu sonrisa sea el remedio más sutil para nuestros males! ¿No te parece?

Y Urmila, haciendo caso, como siempre, a su marido, sonrió tímidamente.

4

Festival de Dussehra o el triunfo del bien sobre el mal

Una mañana que los estudiantes solían tener descanso y no venían a la escuela, padre reunió a la familia para transmitirles la gran decisión a la que había llegado. Se convertirían todos al budismo, les dijo, y marcharían juntos hacia la ciudad de Nagpur donde el mismo Babasaheb llevaría a cabo la iniciación, en la que iba a ser la nueva religión de los intocables. Sabía que no sería fácil convencer a su esposa y mucho menos a la abuela, ambas tan arraigadas en las costumbres hinduistas. Pero eran mujeres y, poco a poco, irían entrando en razón. Aquella mañana cuando ambas se enteraron de sus intenciones, madre, que siempre había sido la esposa dócil, obediente y tímida, no pudo refrenarse y lo que en un principio iba a ser una mera declaración de intenciones se convirtió en una pelea familiar que duró varios días de voces y silencios.

—¿Pero qué majaderías son esas de que quieres que nos hagamos budistas? —repuso Urmila toda alarmada—. ¿Te das cuenta de que estás hablando de cambiar de religión? Uno no cambia de religión de un día para otro, como cambia de vestido —rezongó Urmila.

—Mi bella esposa, ¿qué tono es este? Si he decidido que vamos a abandonar el hinduismo es porque hay muchas razones para hacerlo y las he estado meditando durante mucho tiempo. El espíritu de mi padre se sentirá muy orgulloso de nosotros cuando realicemos la conversión el 14 de octubre. Verás, será una ceremonia pública con miles y miles de familias de intocables llegadas de alrededor de India.

—¿Y por qué ahora, de buenas a primeras, no te gusta el hinduismo? ¿Tan poco te gustan nuestros dioses que quieres rezar a otros? —Urmila le gritaba concienzudamente, a lo que Ananda respondió elevando más la voz.

—¡Cómo puedes ser tan cabezona, mujer! ¿Es que no lo entiendes? Has escuchado muchas veces mis discursos… o quizá sea eso, que nunca has prestado atención… que nunca te han interesado realmente… Ni siquiera has querido aprender a leer… ¿Qué quieres? ¿Seguir siendo inferior toda tu puñetera vida?… ¿Es eso lo que quieres? ¿Que los intocables llevemos vidas rastreras y míseras siempre? ¿Es esto lo que también deseas para nuestros hijos?

¡¿Hijos?!, ¿por qué tenía que ser su esposo tan mezquino? Las habladurías de las vecinas sobre su infertilidad eran más que suficientes. Y ahora él se mostraba igualmente despreciable y cruel mencionando los hijos que solo Dios sabía si

vendrían o no.

—¡Conviértete tú, si quieres! —saltó con rabia Urmila—. Los demás no tenemos por qué seguirte. Los dioses que hemos tenido hasta hoy nos han ayudado, nos han protegido y así seguirán si nos portamos bien con ellos. Si el Dios supremo quiso hacernos hindúes, ¿por qué desafiar su poder y ser ahora budistas? ¿Y por qué no musulmanes, eh? ¿O tal vez parsis?... ¿O judíos?… ¿O sijs? También los misioneros cristianos han venido a nuestra casa varias veces para que nos convirtamos. Hasta nos han ofrecido dinero... ¿Por qué no nos hacemos cristianos, eh?

—¡Qué ignorante que puedes llegar a ser, mujer! —escopeteó Ananda con desprecio.

—Estoy tratando de razonar —saltó Urmila—. ¿No me has dicho muchas veces que piense? Que use mi cabecita para sopesar las cosas y para no dejarme manipular… Pues, mira por donde sí que he aprendido algo de tus discursos. ¡Ya ves…!

—¡Mujer!, no entiendes nada. Lo ves cada día, lo estás sufriendo cada día, pero aceptas la realidad como si nada. ¡¿Es que no te he dicho millones de veces que *todos somos iguales*?! Y que los preceptos hinduistas y las castas y las tradiciones que los malditos brahmanes defienden bendicen a todos los animales... Y hasta les hacen templos a las ratas… Y sacralizan a las vacas… Y alimentan a los pájaros y a las hormigas… Y, mira tú, a nosotros, a los intocables, nos niegan la comida y nos pisotean como a cucarachas. ¿No lo estás sufriendo cada día, mujer? Dime si no es esta una religión absurda. Dime, entonces, por qué tenemos que seguir agachando la cabeza, ¿eh? Nos vamos a convertir todos en esta familia. Y no hay más que hablar. ¡Y tú, mi esposa, así lo harás también! —sentenció Ananda finalmente.

En aquellos cuatro años que llevaban casados, madre nunca le había levantado la voz a padre. Había respetado siempre sus decisiones y le había obedecido siempre. Después de aquella disputa familiar se sentía confusa y dolida. Él la había llamado ignorante… Con tanta rabia lo había hecho que… Sí, era cierto que se había negado a aprender a leer y escribir. No lo creía necesario. Una mujer no necesita eso. No le sirve para nada. Ni siquiera los ancianos del Panchayat sabían leer y escribir, se lo había oído. ¿Por qué le había dado tan fuerte a Ananda? De acuerdo, estaba bien lo de ser respetados y tener un trato digno. Y poder comer dignamente cada día. Pero de ahí a cambiar de religión, simplemente porque Babasaheb lo hubiese dicho…

Durante varias noches le costó conciliar el sueño y durante el día apenas cruzaba una palabra con él. Ambos se mantenían alejados el uno del otro. Evitándose. Enfurruñados como niños. La casa respiraba un incómodo silencio. La abuela procuraba estar al margen, en cierto modo porque, aunque estuviese en desacuerdo con su hijo Ananda, sabía que acabaría obrando conforme a lo que él

dispusiese.

Madre rezaba a su diosa Yellamma, le pedía ayuda y que iluminase a su hombre. ¿Qué más podía hacer? Sentía que algo la roía por dentro y le hacía estar en conflicto consigo misma. Le había contestado, le había desobedecido. A él y a su misma madre. Ella le había dicho: «Tu marido será siempre para ti un Dios y le deberás respetar y seguir en todo». Tenía el presentimiento de que aquella discusión no habría servido para nada porque al final se haría lo que él dijese. Hacía un esfuerzo. Trataba de imaginarse adorando a otro dios con el mismo fervor, la misma fe, con que rezaba a Yellamma, a Kali, a Ganesha y a otras deidades. Pero le resultaba extraño. Y, ¿qué pasaría con las fiestas? ¿Tampoco las podrían celebrar? ¿No celebrarían Holi? ¿Ni Diwali? ¿Ni tantos otros festejos hinduistas tan alegres? Y también tendría que deshacerse de sus pequeñas estatuillas, de sus ídolos, colocados en un pequeño estante de la casa, a los que rezaba cada día y les ponía una barrita de incienso de vez en cuando.

No podía ser. De algún modo se tendría que solucionar todo aquello.

Cuando iba a buscar agua y se reunía con las otras mujeres, la conversión era el único tema de conversación aquellos días. Compartían la misma angustia, el mismo estado de agitación porque, igual que Urmila, ninguna quería abandonar el hinduismo y su sentido interno les hacía intuir que en aquel asunto no iban a salir vencedoras. Ninguna se había atrevido a porfiar a su hombre como lo había hecho ella, con lo que Urmila se sentía aún más culpable y aislada.

A Ananda también le había costado digerir la noticia de la conversión masiva. ¡Qué pronto!, ¿no? El 14 de octubre…, bueno, aún quedan unos meses.

Se lo había comentado a su amigo Raja que había venido a visitarle desde Bombay. Raja era colaborador en el movimiento y desde que su padre había muerto, solía pasarse por Laxmipur con frecuencia). Charlaban un buen rato, le informaba sobre los últimos eventos de Babasaheb y cuando podía le obsequiaba con algunos sacos de harina y algunos otros víveres porque sabía que la labor de Ananda en la escuela era muy apreciada por el maestro, más aún sabiendo que no les daba para comer.

La fecha elegida por Babasaheb para la conversión coincidía con la festividad hindú de Dussehra que celebra el triunfo del bien sobre el mal. Hasta aquel entonces había habido varias conversiones de intocables, claro, la radio transmitía las noticias y todo el mundo estaba al corriente, pero aquella iba a ser diferente. Por eso el maestro había escogido un día tan señalado que pudiesen recordar todos en el futuro. Sí, por fin el bien para los proscritos como ellos se elevaría sobre el mal. Y sería en un acto solemne, de proporciones masivas, que reuniría a los intocables valientes de Maharashtra y también de otras partes de India que quisiesen repudiar el hinduismo y abrazar el budismo.

—Sabes, el maestro se ha sentido desalentado en los últimos años —le dijo Raja—. Ha luchado y se ha esforzado por cambiar las leyes en la Constitución, por abolir la intocabilidad, por introducir derechos para nosotros. Y ahí están. Pero ¿de qué sirve la ley si la tradición y la costumbre cobran más fuerza y lo gobiernan

todo en este país?

—¡Y la ignorancia! ¡Y el miedo! —exclamó Ananda, pensando en su mujer, rencoroso aún.

—Amigo mío, sabes que no podemos seguir formando parte del sistema hinduista que tanto nos machaca, si queremos desarrollar nuestro máximo potencial. Para que India sea realmente una nación libre e independiente, nosotros también debemos serlo.

Ananda le escuchaba en silencio.

—Tenemos que conseguir que el máximo número de intocables se conviertan —insistió Raja, esbozando una sonrisa.

—¡Por supuesto! Con convencimiento y consciencia podemos triunfar —dijo Ananda.

Después de escuchar sus propias palabras, Ananda siguió pensativo.

Las noches seguían siendo difíciles para Urmila. Con suerte lograba dormir tres horas al día. Últimamente, andaba siempre nerviosa y muy agitada. Se había vuelto descuidada. No prestaba la suficiente atención a sus quehaceres. Algunas mañanas ella y su suegra salían a buscar el estiércol de algunos animales que utilizaban luego para hacer ladrillos y venderlos. Recorrían caminos y lomas de los alrededores, por donde el ganado suelto solía frecuentar, recogían los excrementos en un saco y luego en casa hacían los adobes. Los ponían al sol a secar y los vendían después. Guardaban el dinero de las ganancias para situaciones extremas cuando ya no quedaba nada que comer. En las últimas semanas Urmila se había encontrado tan cansada que cuando llegaba la noche solo deseaba caer rendida en el lecho. Pero el desasosiego y el batiburrillo en su cabeza se lo impedían. Ananda no se acercaba a ella aquellos días y si lo hacía, ella se apartaba de él mostrándole enfado.

—¿Hasta cuándo va a seguir este silencio? ¿Y esos morros? —le preguntó una mañana.

Urmila entonces aprovechó aquella oportunidad para intentar persuadirle una vez más.

—He pensado que podríamos rezar a Buda y a las deidades hinduistas a la vez. Es muy razonable —dijo.

—¡No!, eso no puede ser —respondió con sequedad Ananda. Y luego, dándose cuenta, con más paciencia añadió—: No es posible, mujer. No podemos jugar a dos bandos. Debemos ser honestos. Debes tener confianza. Será maravilloso. En el budismo no hay intocables. No hay dogmas ni rituales, ni disciplinas severas. Cada persona aprende a escuchar a su corazón y a vibrar en el Amor que hay dentro de su ser. Si uno vibra en la compasión y el Amor, siempre obra correctamente.

Por más que Ananda le decía, ella se sentía más aturullada.

»—¿Sabes?, será el mismo Babasaheb quien nos inicie. ¿No es maravilloso, esposa?

Ananda gozaba de contento y contaba los días para ir a Nagpur a la conversión. Daba ya por hecho que irían todos.

Una noche Urmila tuvo un sueño. Estaba de rodillas rezando al Cristo en una iglesia. Después, de inmediato, se veía a ella misma, haciendo cola en una larga fila, dispuesta a recibir la comunión. En otra escena de aquel sueño también aparecía su marido. Tenía una gran barba. Era él, sí, Ananda. Aquella carita de niño se había poblado con una barba bien espesa. Y el cabello le crecía y crecía y cada mañana envolvía su larga cabellera en un turbante blanco que cubría siempre su cabeza. Un turbante como un sij. Y todo se repetía sin descanso alguno. Y volvía al principio del sueño donde se veía en la fila, lista para tomar la sagrada hostia consagrada.

Se despertó con un sobresalto, envuelta en sudor, sintiéndose mareada. Comenzó a vomitar. Su suegra se acercó rápidamente cuando oyó que algo no iba bien. Luego, con inquietud nerviosa, fue a buscar a Ananda que esperaba a los chiquillos en la escuela. Al verla los dos tan pálida y desfallecida, con los ojos hundidos, se asustaron.

—¡Ya se pasará! ¡Ya se pasará! —balbuceó Urmila—. Ya está. No es nada.

Pero ellos comenzaron a atosigarla aún más, hablando a la vez sobre lo que debían hacer, atropellándose con las palabras. Ananda decía que saldría a buscar a un médico para que la reconociese, mientras su suegra, alarmada como nunca, insistía en que iban a tener razón las malas lenguas…Y que a buen seguro alguien le habría echado alguna maldición… Y que por eso estaba peor... Y aquella mala racha que llevaba… Seguro, seguro, que estaría hechizada y necesitarían deshacer inmediatamente aquel influjo maléfico por el bien de todos.

—¡Ahhhhhhh! —gritó Urmila—. ¡Callaos ya! ¡Por la diosa Yellamma, callaos ya de una vez!

—No me pasa nada.

Se callaron los dos, convencidos de que realmente estaba enferma y de que algo serio sucedía.

—Sooolo… sool… ¡Soolo estoy embarazada! —dijo finalmente con la mirada fija en el suelo—. Espero un hijo —dijo entre sudores—. Eso es todo —repitió ya más calmada, dejándoles a los dos boquiabiertos, sin saber cómo reaccionar y a qué prioridad atender.

Y, de este modo tan peculiar, madre anunció a su familia que esperaba un hijo. También les dijo que no se había atrevido a decírselo antes porque hasta entonces no había estado segura y porque con aquel dichoso asunto de la conversión no había encontrado el momento adecuado. Pero la verdad es que, después de todo, a nadie le importó la demora, porque tal excelente noticia desvanecía los chismorreos y conjeturas sobre el hechizo, la mala fortuna o la infertilidad de madre. Aquella buena nueva sí que era el triunfo del bien sobre el mal y trajo consigo un hijo varón que siempre significaba la alegría en cualquier hogar. Un

niño que nacería en diciembre, antes de que terminase aquel mismo año y que les traería paz y bienestar y una vida mejor, pensó madre. Un hijo al que padre daría el nombre de Govinda, en honor al amigo fiel de Sidarta Gautama, más conocido como el Buda. Pero antes de que llegase al mundo ocurrieron muchas otras cosas. Por ejemplo, que a pesar del estado de madre, todos marcharon hacia la ciudad de Nagpur, junto con muchas otras familias del pueblo, en un viaje que les llevó varios días, haciendo trayectos en tren, en carro de bueyes, si alguien les cogía, y caminando. Al llegar, se encontraron con cientos de miles de personas procedentes de sitios muy diversos. El lugar estaba tan atiborrado de gente que cada familia se aposentaba donde podía. Y trenes y más trenes no paraban de llegar, cargados de intocables, todos entusiasmados por el gran acontecimiento. Por fin, el 14 de octubre de 1956, día de la gran fiesta de Dussehra, en el que una parte de India celebra el triunfo del dios Rama sobre el demonio Ravana, y la otra parte festeja la victoria de la diosa Durga venciendo al gran demonio-búfalo símbolo del mal, todos los intocables allí reunidos iban a atravesar la línea marcada por el hinduismo. Juntos se atreverían a abandonar el rígido círculo que constreñía sus vidas. Juntos entrarían en la nueva religión de la igualdad, la compasión y el amor.

Madre nunca había visto tanta gente junta antes. Estaba aturdida por la marabunta de personas. También por la alegría que se respiraba y por la elegante sencillez del altar que habían colocado para la ceremonia con la estatua de un gran Buda y dos tigres a cada lado, bien visibles. Y por los cuatro monjes vestidos de naranja. Y por el olor a incienso y por los mantras repitiéndose una y otra vez. Y luego por la entrada de Babasaheb, a quien todo el mundo había estado esperando con impaciencia y que había conmocionado a los presentes, dejándose oír exclamaciones auspiciosas y jubilosas de «¡Victoria! ¡Victoria!»; y «¡Viva, viva, Babasaheb!». Y después por el silencio que se hizo para dar paso al canto de los monjes en lengua pali, que se repetía a continuación en marathi, y que hablaba del *nuevo camino de bienestar* en el que entraban y que necesitaba del buen conocimiento, de la conducta correcta y del Amor por encima de todo. Madre estaba muy emocionada, pero seguía teniendo sus dudas sobre si todo aquello sería lo más correcto. Antes de salir de casa había escondido las estatuillas y los ídolos de los dioses y diosas hinduistas porque sabía que tan pronto regresasen su esposo colocaría al Buda en la repisa y encendería una lámpara. Y ya le había advertido que tenía que deshacerse de aquellas imágenes. Sin que nadie lo notase, madre se había levantado en medio de la noche, las había retirado de su pequeño altar en la estantería y, arrebujadas en un retazo de un viejo sari, las había ocultado bajo tierra en un rincón de la escuela. Al hacerlo se había sentido culpable por darles aquel trato, después de todo lo que aquellas divinidades habían hecho por ella y su familia. Antes de enterrarlas suplicó su perdón y masculló una oración. Allí estarían a salvo. Lo hacía por su bien… También, con verdadero asentimiento y cierta solemnidad, tomando como testigo a la gran luna que brillaba aquella noche, hizo la promesa de que, aunque su familia abrazase el budismo, ella seguiría rezándoles. En secreto. Con la misma devoción de siempre. Haría de aquel

pequeño espacio bajo tierra donde las había puesto, su lugar preferido. Un lugar sagrado, sería. Se sentaría allí, estratégicamente, un poco más apartada del resto de los muchachos. Y mientras ellos a viva voz deletrearían palabras, ella haría ver que hacía lo mismo, mostrándole a su marido que había comenzado a desarrollar un ligero interés por las lecciones y, que a ratos, cuando le quedase tiempo, desde aquel lugar predilecto, se uniría al grupo y pondría su empeño en aprender. Pero la verdad sería que evocaría una oración a las deidades en que siempre había confiado, en aquel lugar sagrado, donde furtivamente las escondía. Aquel sería su secreto.

5
Govinda, un poeta callejero

La muerte de Babasaheb el 6 de diciembre de aquel mismo año de 1956 produjo en mi familia una gran sacudida. Apenas unas semanas después de la gran conversión al budismo, cuando la comunidad de intocables de toda la India gozaba de buenos augurios y tenía sus grandes esperanzas puestas en su nuevo futuro, aquella mañana la radio comunicaba la trágica noticia, golpeando a todos como un rayo. Madre se enteró inmediatamente. Alguien lo iba proclamando por las calles de Laxmipur y enseguida todo el mundo lo supo. Nadie daba crédito. ¿Cómo era posible? Se habían quedado consternados, sin saber qué decir. Sin llegárselo a creer. Babasaheb había estado enfermo los últimos años. Y los periódicos hablaron de su diabetes incurable, pero seguía pareciendo imposible. «¡No, no es verdad! No puede ser verdad», resopló padre. Y salió de casa, apresurado, a preguntar a los otros hombres. Tenía que enterarse él mismo por buenas fuentes. Cuando retornó, enseguida los demás supieron que sí, que era cierto. «¿Por qué se ha ido ahora justamente?», gritó. Luego, suspendió la clase de aquel día. Y de los días siguientes. Y se sentó debajo de la higuera sagrada cabizbajo. Madre no osó decirle nada. Entendía su dolor como había entendido su gran júbilo y lo que Babasaheb representaba. Todos los intocables ayunaron aquel día. No tomaron ningún alimento, ni tan siquiera agua. En señal de respeto. Para guardar la tradición. Cuando hay una muerte en una familia, la tradición manda que no se cocine y que sean los vecinos y las otras familias quienes se acerquen a ofrecer comida a la que guarda el duelo. Aquel día todos los intocables estaban de luto. Todos sentían la pérdida del maestro. De aquel gran hombre. Y por eso todos ayunaron. Millones y millones de castas intocables ayunaron. Algunos, como padre, durante varios días.

¿Cuál iba a ser el destino de todos ellos ahora? Este era el sentimiento que flotaba en el aire y que nadie se atrevía a preguntar. Tenían miedo. Sin la mágica y enérgica presencia de un hombre tan sabio, se sentían desamparados.

Dos semanas después, en aquel mismo mes de diciembre de 1956, el nacimiento de mi hermano Govinda barrió la tristeza en nuestro hogar y especialmente la de padre. En muy poco tiempo la vida les había traído dolor. Y lo sintieron profundamente. Y lo aceptaron. Y a continuación la vida les vino envuelta en regocijo y placer. Y Govinda nació. Un niño sano y bien formado. Y también sintieron de pleno su alegría. Y continuaron viviendo y aceptando: el placer y el dolor; la ganancia y la pérdida; el triunfo y la derrota... Cada día

aprestándose a su pequeña batalla.

Mi padre reanudó su ardua labor de erradicar la pobreza de la mente humana. Después del nacimiento de su primogénito, con más énfasis y buen humor se le veía en sus clases diarias, siguiendo su sueño de que la educación de los intocables conseguiría crear una sociedad más justa y más igual. Se había propuesto educar a Govinda y a todos los hijos que viniesen. Hasta donde él supiese, claro. Después, les enviaría a Bombay a cursar estudios superiores para que pudiesen ir a la universidad. ¿De dónde sacaría el dinero? ¿Tanto dinero? No, no quería preocuparse todavía.

Desde muy temprano mi hermano Govinda resultó ser un chiquillo muy extrovertido y alegre al que le gustaba correr a su aire y revolverlo todo. A pesar de sus travesuras no mostraba malicia y la gente se reía con la forma de ser que tenía. En los calurosos días de verano cuando las horas eran eternas, llenas de aburrimiento porque todo el mundo se refugiaba en sus casas resguardándose del sol, hasta las últimas horas de la tarde, y no había nada que hacer, él se las apañaba para escaparse y trotar por la ribera del río con la excusa de que tenía una necesidad urgente que no podía aguantarse.

—¿Qué necesidad es? ¿La primera o la segunda? —le preguntaba la abuela.

Y con una sempiterna sonrisa mi hermano se apretaba con las manos el culo y respondía que la segunda porque sabía que entonces tendría más éxito y la abuela le abriría la puerta y le dejaría salir.

—Esta vez no me engañarás, ¿verdad? —decía después. Él, entonces, sacaba su sonrisa persuasora y la abuela, complacida, añadía:

—Bueno, anda, vete, pero no tardes mucho o te comerá el sol a estas horas.

Y fue creciendo y creciendo. Y, de un modo u otro, mi hermano conseguía escaparse de todo aquello que le sujetase. Pronto, padre se dio cuenta de que por mucho que él se empeñase, con su hijo Govinda nunca conseguiría hacer carrera. Una lección más a aprender, se dijo con resignación. Como también aprendió, años después, que, sin embargo, su hija tenía una mente brillante, capaz de digerir lo que le echasen. Devi sí que tiene mucho talento, le comentaba a madre. Pero ella, ocupada en sus quehaceres, solía farfullar algo ininteligible y no le daba más valor.

Al principio padre nos obligaba a asistir a la escuela a mi hermano y a mí. Y aunque Govinda me sacaba siete años, nunca lograba aprender nada y al cabo de un rato, cuando padre estaba distraído, ya se había escabullido y correteaba suelto como las cabras por el campo. Yo sentía rabia al ver a padre esforzándose y que él nunca mostrase interés. Por eso le resultaba tan difícil hacer sumas o aprender a leer. Sin embargo, la naturaleza, siempre generosa, había dotado a Govinda con un talento especial para la música. Tenía muy buen oído y a la primera se quedaba con las canciones o con las historias que contaban la abuela y madre. Padre había advertido este don tan especial y se había sentido orgulloso. ¡Bueno, algo provechoso tiene el muchacho entonces!, pensó. Pues no en vano proviene de una familia de artistas callejeros. Lo debe llevar en la sangre, constató padre. Y le pasó por la mente aquel día en que los ancianos del Panchayat se presentaron en casa y

la discusión que habían tenido. Cuando se enterasen del talento de Govinda, se pondrían contentos de que a él, precisamente, le hubiese salido un hijo así. Un hijo que parecía inclinarse por la tradición de los antepasados, como ellos querían.

Govinda solía vagabundear por las calles de Laxmipur. A veces, incluso se marchaba caminando a otras poblaciones más grandes de los alrededores que siempre estaban llenas de atractivo y encanto porque tenían un aire más de ciudad. Merodeaba por los mercados; su colorido, bullicio y ajetreo le apasionaban. Elegía algún rinconcito de mucho tránsito y se ponía a recitar a viva voz poemas místicos o fragmentos del *Ramayana* que todo el mundo reconocía y había oído muchas veces. El muchacho lo hacía con tanta gracia y con ese corazón de niño bueno que enseguida se formaba un corrillo a su alrededor. Su espontaneidad atraía a la gente. Sobre todo, cuando interpretaba a personajes del folclore tradicional que todos recordaban, con quienes se reían un rato por la habilidad que tenía el chico en reflejar las distintas escenas. A veces con sus tonos suaves, luego con las voces varoniles o con las femeninas llenas de fogosas cadencias. Y como el chico era tan salado, siempre con su sonrisa de niño, y como se sabía cada verso tan bien, les hacía aún más gracia. La gente le daba algo de dinero o de comida y él se lo entregaba a madre al final del día con gran satisfacción.

«¡Madre, madre! —gritaba—. ¡Mira, mira cuantas monedas! Son muchas ¿verdad, madre?». El tontorrón, ni siquiera sabía contarlas. Algunas las reconocía por el tamaño. ¡Pero estaba tan contento!

«He recitado a Mirabai, madre —decía un día—. He recitado a Kabir, decía otro. ¡Sí, como lo hizo el abuelo…! ¡Como lo hizo el abuelo…!», insistía el muchacho todo jubiloso.

Y todos se sentían tan orgullosos. Hasta que aparecía padre y no le quedaba más remedio que adoptar la pose del patriarca de la casa. Y aunque se le notaba que forcejeaba con sus propias palabras, le miraba seriamente y le reñía de esa manera tan particular en que uno enseguida nota que la regañina no es muy rigurosa: «¡Eh, jovencito!, ¿es que no sabes que serás el hazmerreír de todos si no sabes leer y escribir? ¿No te lo he dicho muchas veces?».

Después, pacientemente, padre decidía olvidar el asunto. Y confiaba en que algún día el chico se diese cuenta él mismo, por su propio bien, y decidiese aprender lo más básico.

En sus horas de meditación Ananda también agradecía al Buda la sensibilidad de su hijo y la grandeza de su alma libre. Allí mismo en la repisa que sujetaba su imagen, Ananda también había colocado un retrato de Babasaheb y había cogido la costumbre de encender una lámpara por la mañana, que quemaba hasta que alguna corriente de aire la apagaba. Tenía la convicción de que la luz de ambos le guiaría siempre.

Por algún tiempo Govinda supo hacer de aquel don suyo un modo de vida que ayudó a los ingresos de la familia. Años después, cuando se hizo mayor y se casó con la tía Su, tuvo que buscarse un oficio mejor y más seguro. Para entonces ya había perdido aquella gracia natural. Su carita inocente de niño ya no tenía efecto

en los bolsillos de las gentes como pasaba antes. También, cuando se hizo mayor, aprendió a leer y a escribir sin dificultad, porque su fascinación por los poemas de los místicos y las historias sagradas le habían iniciado en la lectura de sus obras, sin apenas darse cuenta del esfuerzo que ponía en entender aquel intrincado galimatías de caracteres, que tiempos antes le habían sido tan adversos.

Govinda siempre recordaba aquel día en que llegó a casa más pronto que nunca, lleno de contento y excitación, cargando un paquete que enseguida le entregó a madre. Urmila lo cogió sorprendida y le preguntó que qué era. El muchacho irradiaba una sonrisa tan espectacular que Urmila se apresuró a abrirlo. El misterioso paquete iba envuelto en papel de estraza. Govinda se mantenía callado, dejando que su madre gozase con lo que le traía. Ella imaginó que serían frutas o verduras de temporada, las echaba en falta y a menudo rememoraba aquella etapa de su vida en el mercado.

—¡Por Yellamma, la diosa poderosa, si son telas! ¡Telas de seda! —dijo sin podérselo creer. Sus ojos contemplaron las preciosas telas de seda, desconcertados.

Durante unos minutos Urmila palpó su textura, su suavidad. Admiró la elegancia de los colores.

—¡Oh, qué bonitas! ¡Pero qué bellas! —repetía una y otra vez.

Con ímpetu tomó una pieza, la abrió y la extendió sobre su cuerpo. Umm, tiene apresto y calidez. Y buena caída. Después, su exaltación, su brillo en el rostro emocionado desaparecieron de súbito. Dirigiéndose hacia Govinda, con cierta postura acusadora y sombría, preguntó:

—A ver, ¿de dónde han salido estas sedas? Te he dicho una y mil veces que…

—¡Madre, madre, escucha! —replicó este, adelantándose—. ¡No las he robado! De verdad, madre. Me las han regalado en la Casa Grande de Shivaji. Me llamaron para que cantase en la boda de su hija. El señor Shivaji fue muy bueno, madre. Le gustó tanto… estaba tan alegre… que dijo que era un día especial… y me regaló las sedas. No me dio comida, madre. Ni monedas. Solo estas sedas. Y dijo que era un pago justo. Que estaba bien…

Todo el mundo conocía al señor Shivaji porque era un ilustre general del ejército indio y vivía en la Casa Grande a las afueras. Ellos también vivían a las afueras, pero sus casas estaban en extremos opuestos. Los intocables vivían en la otra punta y algunos trabajaban de criados para el señor Shivaji.

Urmila se quedó más tranquila con la explicación de su hijo. Como bien intuía su corazón, por razones de sangre y de honra familiar, Govinda no podía ser nunca un ladrón. Nadie en su familia, nunca, había robado nada. Ni siquiera cuando no les quedaba ni un puñado de harina para hacer panecillos-*bhakris.* Ni siquiera entonces se les hubiese ocurrido robar.

Un rato después, como de costumbre, Ananda entró en el hogar para tomar el té de la tarde, después de finalizar sus lecciones. Al descubrirles a todos con tanto gozo y con tanto alboroto, que no se explicaba a qué era debido, preguntó a su mujer el motivo de tanto revuelo.

—¿Has visto?, ¿has visto que sedas tan finas ha traído Govinda?

Ananda se enteró de la historia y se alegró. Pero enseguida dispuso que aquellas telas de seda debían valer sus buenas rupias y que mejor harían en venderlas porque innumerables ocasiones vendrían en el futuro en que tendrían que emplear el dinero que les diesen por ellas.

—Además mi obligación es ahorrar para la boda de Devi y sobre todo para completar su educación.

Urmila no dijo nada. Y ahorrar para la boda de su hija parecía muy sensato. Al fin y al cabo, no necesitaban sedas. Podían pasar con las ropas de cada día, que bien limpias y planchadas lucían casi como nuevas.

Mientras Ananda procuraba envolver las preciosas sedas en aquel papel de estraza y protegerlas de todo perjuicio, Urmila pudo regodearse unos instantes, dejando volar su imaginación, viéndose con una de aquellas sedas engalanando todo su cuerpo, sintiendo su caricia suave y paseándose con elegancia por todo Laxmipur, llamando la atención de todos, saludándoles con un cortés «Namasté», lleno de satisfacción. ¡Cuánto le habría gustado darse importancia! ¡Hacía ya tantos años que no se sentía bella! Tras su casamiento tenía la sensación de que su belleza se había ido evaporando, sin haberse apenas enterado. Pero, su esposo tenía razón: el dinero vendría bien para la boda de su hija.

Aquel mismo día, bien entrada ya la noche, cuando todos dormíamos profundamente, oímos voces y golpes estruendosos en la puerta.

—¡Abrid a la policía!

—¡Abrid, de una vez! —gritaron las voces.

Padre se levantó inmediatamente y les dejó entrar. Madre se quedó con nosotros y la abuela se apresuró a encender las dos lámparas de keroseno que apenas usábamos, para ahorrar. Estábamos asustados. Al lado de la puerta había dos oficiales de policía, embuchados en trajes marrones gastados, con pantalones demasiado cortos y camisas despidiendo olor a comida, demasiado ajustadas, cuyos botones estaban a punto de estallar, como si ellos hubiesen ido creciendo dentro con el paso del tiempo. Sujetaban dos grandes porras y el aspecto de sus bigotes, densamente poblados, auguraba que algo malo iba a pasar.

—¡Maldito cabrón! ¿Dónde están las telas de seda, ehhhh? —preguntaron a padre con insolencia apuntando con una de las porras hacia su mandíbula.

—Dinos, ¡bastardo!, ¿dónde las has metido? —gritó el otro haciéndose eco.

Muy probablemente alguien en Laxmipur, alguien incluso entre las castas bajas, les había ido con el cuento, acusándonos de ladrones. Siempre era igual. Cuando en Laxmipur había robos importantes de animales, enseres y dinero, o cuando ocurría algo mucho peor aún, cuando había habido alguna pelea violenta o alguna muerte, siempre aparecía la policía registrando todas las casas de los intocables en busca de culpables. Otras veces era todavía peor. Aparecían bandas de *goondas*, que son matones a sueldo, frecuentemente contratados por las mismas familias poderosas, que irrumpen en las casas de los intocables y las destrozan.

Después les muelen a palos o violan a sus mujeres e hijas. Cuando han acabado, los amenazan de muerte para que no digan nada.

—Las telas son nuestras —dijo padre atemorizado—. ¡Son nuestras! No hemos robado nada. No somos ladrones. Alguien les ha ido con el cuento, pero no somos ladrones.

—¡Cállate, bastardo! ¡Cucaracha de letrina!

El policía le asestó a padre un duro golpe en el estómago con la porra.

Padre, doliéndose, seguía diciendo:

—¡No somos ladrones!, no lo somos...

Los policías no le hacían caso. Seguían atizándole ahora en las costillas. Por mucho que él insistía, lo único que conseguía eran golpes. Madre lloraba. La abuela nos protegía con sus brazos a mi hermano y a mí. Temía que nos pegasen a todos. O que nos llevasen a comisaría. Pero solo cogieron a padre. Él siguió asegurándoles que las sedas eran un regalo del señor Shivaji, el de la Casa Grande, insistía. Los policías le asestaron otro golpe y comenzó a sangrarle el labio. Madre siguió llorando cuando sacaron a padre de casa detenido. Iba con el cuerpo encogido y las manos sujetándole el abdomen del dolor que sentía en toda la zona.

«Se lo han llevado como a un criminal», farfulló madre. Pero él no había hecho nada. Nadie había hecho nada malo. Luego, al cabo de un rato, madre comenzó a tener dudas. ¿Y si Govinda les había mentido? ¿Y si les había engañado como cuando engañaba a la abuela? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué pasaría con padre? La abuela empezó a rezar en voz alta. Invocó a todos los dioses y diosas. A Buda, el primero. También a Babasaheb. Invocó a Yellamma. A Ganesha. A Devi, la madre suprema…

«No os preocupéis, no os preocupéis —había gritado padre, según se iba alejando de nuestra casa—. La verdad siempre prevalece. ¡Siempre prevalece-e-e…! —Su voz fue oyéndose como en un eco, empequeñeciéndose cada vez más y más. La verdad…».

¿Qué verdad era aquella?, me preguntaba. ¿Era la verdad de los policías? ¿La de padre? ¿O la de Govinda? Todos pensamos que Govinda nos había engañado. Era un chiquillo que siempre andaba jugueteando. Seguro que lo habría hecho sin darse cuenta. Seguro que la historia había sido otra, una muy distinta a la que había contado… Pero el dichoso chico nos había metido a todos en un buen lío. En esos momentos le tenía una inmensa rabia porque por su culpa habían pegado a padre y le habían llevado a la cárcel. Le tendrían que haber encerrado a él, que siempre andaba haciendo travesuras y se salía siempre con la suya; y hasta se había negado a aprender a leer y escribir, desobedeciendo así a padre. Él sí que se merecía estar encerrado una temporada a ver si por fin aprendía.

Dirigí mi mirada llena de enfado y odio a Govinda y observé que él también parecía estar aterrorizado. Había visto cómo se llevaban a padre, vertiéndole sangre de un labio y caminando encogido por el insoportable dolor en las costillas y abdomen. Sí, Govinda también estaba asustado. No dijo nada. Todos nos quedamos mudos, paralizados por el miedo, sin saber qué iba a pasar. Madre no

quiso interrogar a Govinda. Tampoco la abuela.

En comisaría padre les rogó a los policías que llamasen al señor Shivaji. Él lo aclararía todo. Pero esto no fue hasta pasados unos cuantos días. Porque se había ido de viaje. Hasta que no pudieron tener la propia confirmación del señor Shivaji, padre tuvo que estar retenido en la cárcel. Durmiendo en una celda cochambrosa junto a cuatro personas más que no conocía. Madre lloraba y rezaba más que nunca. Todos rezábamos. Govinda habló. Confesó que no había robado nada. Que había sido un regalo. Después se echó a llorar. Pero seguimos teniendo nuestras dudas. Seguíamos asustados porque pasados tres días padre aún no había regresado y la abuela había dicho que era algo *muy malo*. Yo seguí echándole la culpa a Govinda, porque siempre hacía lo que le daba la gana. ¡Cómo le llegué a odiar entonces! Madre seguía llorando y seguía rezando. Y cuando tenía unos minutos de calma exclamaba, ¡qué deshonra! ¡Qué deshonra nos ha caído! Los vecinos ya se habían enterado. Todo el mundo lo sabía, por eso madre decía que era una deshonra. Y, luego, volvía a llorar otra vez. Era lo único que aliviaba su pena.

Finalmente, el señor Shivaji apareció y aclaró el asunto en comisaría. Dijo la verdad porque realmente era un buen hombre. Es brahmán, pero es un hombre honesto, insistió padre cuando finalmente regresó a casa. Y tiene influencias.

El señor Shivaji escribió en el informe de la policía que aquellas telas de seda habían sido un regalo para Govinda. «¡Es un buen chico! ¡Un muchacho travieso, pero un buen chico! —escribió—. ¡Y canta bien…!». Los policías le creyeron porque era el señor Shivaji.

Cuando todo se aclaró, los policías soltaron a padre. Madre se lo dijo a los vecinos. Fuimos todos a esperarle a comisaría. No nos habían dejado acercarnos hasta entonces. Los policías no se disculparon. No esperábamos disculpas tampoco. Al salir, los policías apuntaron que ya le pillarían otra vez. Y luego se rieron. Juro por la diosa que les habría escupido a la cara, espetó madre con despecho. Pero no lo hizo. Tampoco tenía el valor suficiente para escupirles.

Tanto se reían de padre que los botones de sus camisas cochambrosas, a la altura de sus enormes barrigas, parecían a punto de estallar. Sentí asco y repugnancia.

—¡Vaya!, conque te vas a vestir con una *kurta* de seda —dijeron con un irónico retintín. Sus risas despreciables acompañaron su mofa—. Así tendrás la apariencia de un gran hombre. Como un marajá. ¡Ja, ja, ja!

Nos fuimos deprisa, sin hacerles más caso.

Obviamente, Padre no era un marajá, pero sí un hombre humilde y muy honrado. Con o sin *kurta* de seda. La risa de los policías se me quedó grabada durante algún tiempo. Le trataron como a una cucaracha a la que habían dejado escapar para atraparla más adelante y aplastarla con más contundencia.

Tardamos en olvidar aquel suceso, a pesar de que en los días que se sucedieron cada uno de nosotros se esforzó en actuar con normalidad; como si nada de aquello hubiese ocurrido. Qué curiosa es la vida a veces y de qué manera tan peculiar actúa. Digo esto porque los policías nunca llegaron a sospechar que algunos años

después aquellas telas de seda sirvieron para pagar el funeral de padre. La mala fortuna quiso que Ananda enfermara de tifus y que enseguida nos dejara. Se vendieron las telas y se compraron medicinas. Y se pagó al doctor que vino a atenderle durante su fulminante enfermedad. Todo pasó en poco tiempo. De verdad te aseguro que padre tuvo un precioso funeral. Tan precioso como aquellas telas de seda fina que habrían vestido a madre con un elegante sari. También tuvo una cremación con leña suficiente para despertar aún más la envidia y la rabia de los ancianos del Panchayat. Ya ves, en lugar de una boda o de mi educación o de bonitos saris para madre, las telas sirvieron para pagar un funeral. Un hombre que lo había dado todo para educar a los de su casta, a los proscritos como él, niños y niñas sin hacer distinción, pues esa es otra historia que te contaré más tarde, merecía, sin lugar a dudas, tener un precioso funeral. ¿Como el de un marajá? Tal vez sí; al menos tan digno y elogiable como el de un gran rey.

6
Peregrinación al templo de Yellamma y nacimiento de Devi

Después del nacimiento de Govinda pasaron siete largos años hasta mi llegada en 1963. Madre había acallado los rumores sobre su esterilidad y los maléficos influjos de hechicería a los que decían estaba sometida. Sin embargo, durante todos aquellos siete años, fue ella la que comenzó a darle vueltas y a preguntarse por qué no venían más hijos después del primero. Las familias pobres como ellos tenían muchos, aunque luego las enfermedades se los arrebataban pronto o no llegaban ni a nacer. Son cuestiones del karma que esto ocurra, justificaba madre; por todas mis malas acciones de vidas pasadas, rezongaba para sus adentros. Sin embargo, no lo acababa de aceptar del todo. ¿Cómo era posible que el fuego que sentía por las noches, cuando su marido se tendía a su lado, provocándole una ardiente excitación y haciéndola vibrar apasionadamente no permitía que se quedase embarazada por segunda vez? Tenía que ser entonces algo relacionado con su karma, por alguna maldad o desvío del pasado. ¿Qué otra explicación podría tener?

Como había empezado a obsesionarse, muchas noches era ella quien se deslizaba sobre Ananda y le incitaba a la más íntima exploración. A él nunca le había importado. Le hacía sentirse más hombre al saber que su miembro viril atraía a su mujer con tanta afición y locura. Otras veces era él quien se lanzaba sobre ella y ejercitaba algunas de las posturas que juntos habían visto en un templo. Ella las detestaba, pero aprobaba con resignación lo que él hiciese. Luego, como si nada, dócilmente, dejaba caer que no estaba bien y que así no vendrían niños. Mujer, ¿cómo va a ser malo si es parte de nuestra tradición y hasta los dioses lo practicaban en la antigüedad? Urmila sabía que tenía razón, pero a ella le seguía pareciendo repugnante. Su misión era traer más hijos al mundo y solo sabía de una forma para lograrlo.

Madre se quedó embarazada dos veces antes de que yo llegase, pero los bebés nacieron deformes y murieron al momento. Urmila siempre había considerado aquello un castigo de la Gran-Madre-Devi porque como se habían hecho budistas, Ananda se había negado a ir en peregrinación hasta el templo a ofrecerle el sacrificio de un cabrito a la diosa Yellamma. Era la costumbre en estas ocasiones. Padre se había dado cuenta de que el budismo no acababa de enraizar en su esposa. Por mucho que la imagen de Buda estuviese presente en el pequeño altar en la

repisa del interior de la casa y tuviese también un póster de la deidad en la escuela; por mucho que él se sentase cada día en la postura del loto en actitud de meditación, a su esposa no se le pegaba nada. Tenía la sensación de que había sido imposible convencerla. Alguna vez, la había sorprendido a escondidas balbuceando pequeñas oraciones, invocando la gracia de la diosa o de algún otro dios hinduista. Al principio se había enfadado y la había reprendido severamente: «¿Cuántas veces te he dicho que ahora somos, *oficialmente*, budistas? De nada te servirán todos esos rezos, lo sabes ¿verdad?».

Con el tiempo Ananda había llegado a la conclusión de que el budismo le estaba poniendo a prueba. Debo ser más tolerante. ¿De qué me sirve leer las enseñanzas de Buda si mi voluntad y mi cuerpo de hombre siguen dominados por la fuerza de la costumbre y la tradición opresora? ¿No es acaso mi poder autoritario con mi esposa el mismo que el que las castas altas ejercen con los descastados como yo? Es cierto que en mí no hay ningún odio hacia mi mujer, pero ¿le tengo respeto?

Ananda reconocía que había sido demasiado severo imponiéndole siempre su parecer. Ahora se daba cuenta. ¿Por qué se había endurecido tanto su corazón con el tiempo? Él no era así antes. ¿Por qué había obligado a Urmila a convertirse a una religión hacia la que ella no sentía ninguna afinidad? Antaño había tenido sus razones. Pero ¿habían servido para algo? ¿Con qué derecho entonces seguía imponiéndoselas una y otra vez? Tenía que reconocer que abandonar una religión y adoptar otra no les había hecho mejores. Tampoco les había proporcionado mayor bienestar, como creyó al principio. Para el resto de las personas de Laxmipur, para la mayoría de los indios, la marca de su casta intocable seguía adherida a su piel. Aunque supiesen que era budista, él, Ananda, seguía marcado. Siempre estaría severamente señalado allá donde fuese. Su apellido confirmaba aún más su origen; las raíces de toda una serie de antecesores músicos callejeros, mendigando limosna por las calles. Nunca se podría liberar de aquel estigma que le degradaba tanto. Arrastraba todo su pasado ceñido a su piel. A su apellido. Allá donde fuese, en el lugar más recóndito del Himalaya en el que se escondiese, en las extensiones desérticas del Rajasthan, en las selvas de Orissa, en las riberas del Ganges o del Yamuna, allí mismo su casta iría con él; su apellido le delataría al momento.

El examen que Ananda hacía de su nueva vida de budista le había llevado a cuestionar el verdadero significado de la religión. ¿Servía de algo ser budista si no lograba borrar de su interior el desprecio que sentía por las castas que abusaban de él; aquel odio casi palpable contra aquellos que siempre habían impedido su mejora? ¿Cómo podía deshacerse de aquella aversión disfrazada que le roía por dentro, nacida del mismo sufrimiento y la miseria, de la desigualdad, del poder dominante de los *panchayats*, de los sobornos institucionales, de la corrupción de la policía…? ¿Cómo liberarse de aquel sometimiento, de aquellas ataduras, de aquel sentimiento de indignación y enojo para así poder evitar su propia degeneración como ser humano? Examinaba su conciencia y reconocía que era cierto; que, a ratos, era malo; por todos aquellos malos pensamientos y aquel odio

en su corazón. Pero ¿podía evitarlo? ¿Podía liberarse como el Buda? ¿Podía seguir luchando por lo que siempre había creído, sin que la ira y la insatisfacción anidasen en su alma? ¿Sin que las bestias de la ignorancia diesen rienda suelta a los instintos más depredadores? Y ¿cómo abrir las puertas de su alma humana? Las puertas que dejan fluir la compasión, la armonía y el amor para con todos. ¿Por cuánto tiempo más el desuso las iba a mantener enmohecidas y cerradas?

«Buscad el camino del medio», dijo el Buda, y Ananda había leído su mensaje muchas veces… Debo buscar el camino del medio, se repitió a sí mismo convencido, una y otra vez. «Sí, el camino del medio —dijo en voz alta de nuevo—. Debo tener paciencia y compasión con mi esposa. Y con los de mi alrededor…». Bueno, esto último no será tan sencillo, admitió pensativo.

Desde su conversión al budismo y, sobre todo, desde la muerte de Babasaheb que tanto le había afectado, Ananda había experimentado una especie de crisis que le había conducido a la siguiente etapa de transformación interna. Sentía sus pensamientos fluir constantemente. Era consciente de ello. El mundo exterior le recordaba en cada instante que era intocable. Que no podría escaparse por mucho que se hubiese convertido y su *kurta* estuviese limpia y bien planchada y fuese maestro rural. No obstante, Ananda había comenzado a aprender que, si ponía un poco de esfuerzo y se empeñaba en mantener su mente positiva, la armonía y la bondad en su corazón manaban con más naturalidad y hasta lograba disminuir la aversión que sentía hacia todos aquellos que impedían su bienestar. Tampoco es cuestión de ofrecerme en sacrificio como una cabra, se decía, y aceptar ser degollado por las bestias que pueblan el mundo. Pero también es cierto que he aprendido que son mis propios pensamientos de enojo los que me hacen un gran daño a mí mismo y siempre es bueno darse cuenta de todo esto. Pues, acaso, ¿no es verdad que son precisamente mis deseos de insatisfacción y aprensión los que me desquebrajan por dentro y logran perturbar mi armonía interna? ¡Qué bien que me haya dado cuenta de todo esto!, meditaba Ananda. Estoy seguro de que el maestro se habría sentido orgulloso.

Estas eran las elucubraciones de Ananda desde hacía algún tiempo. Como intocable había luchado por conseguir ser alguien y que la sociedad le tratase con respeto. A él y a todos los suyos. Había aprendido de su padre unos ideales. Había seguido el mismo sendero. Siempre se había sentido orgulloso de su educación. Y por la humilde escuela que había creado. Y a pesar de todo, el sentimiento de insatisfacción era una ola que iba y venía. Le habría gustado que la escuela fuese más grande. También que viniesen más niños y de todas las castas. Era un buen maestro, lo sabía. Y los tiempos estaban cambiando a mejor. Los intocables progresaban. Algunos hasta ascendían en la escala social. Solo algunos, esa era la verdad. Porque todo se movía lentamente. Cuando se daba cuenta de que se sentía a la deriva, apuntando hacia lo oscuro, su conciencia no paraba de repetirle una y otra vez, ¡Ananda!, no pierdas tus energías quejándote de los zarzales del camino.

¡Concéntrate en el camino mismo y en el caminar!, le insistía la voz de adentro una vez más. Y él, entonces, sintiéndose culpable, se respondía a sí mismo, ¿Por qué eres tan tonto, Ananda, que miras al dedo, cuando en realidad lo que haces es señalar a la luna? Y, así, continuaba enzarzado en los mismos pensamientos hasta que alguna voz de la vida mundana le devolvía a la realidad.

Ananda nunca había creído en ningún tipo de rituales, celebraciones o días auspiciosos. Según su visión los budistas no necesitaban de tales ataduras. Por eso cuando Urmila se había quedado embarazada de su segundo hijo y, después, del tercero, y le había pedido que fueran con toda la familia a visitar el pequeño templo de Yellamma para solicitar su gracia en el nacimiento, Ananda se había negado en redondo: «¡Mujer!, ya sabes que las únicas palabras que yo respeto y venero son las de Babasahed, que son las mismas del Buda».

Por aquel entonces Govinda era todavía muy pequeño, así que no se atrevió a ir ella sola ya que la distancia era de dos días de camino. Urmila siguió invocando la benevolencia y la gracia de la diosa sin más relevancia. Llegó el día del parto y el niño nació con sus miembros deformes, muriendo a los pocos minutos. Enterraron el cuerpecito del bebé poco después, con gran tristeza, porque no pudieron conseguir que alguien les prestase dinero para comprar leña y realizar una cremación. Algunas mujeres de la comunidad ayudaron a Urmila a limpiar bien toda la casa. Se observó el luto durante nueve semanas. Formaba parte del ritual de purificación. Lavaron todos los enseres que había utilizado la parturienta, los rastros de sangre y todo el lugar. Lo dejaron todo impoluto para que las vibraciones de aquella mala fortuna no se cebasen con ellos más y les pudieran traer más daños.

En todo aquel tiempo a Urmila se le empezó a meter en la cabeza que el fallecimiento de aquel hijo había sido culpa suya. Porque no había rezado a la diosa con devoción. Como esta se merecía, decía. Y porque debido a la nueva religión de Ananda y a que *oficialmente* eran budistas, se habían saltado algunas de sus celebraciones y ofrecimientos a la deidad. Y, claro, también porque las imágenes seguían enterradas en aquel lugar secreto de la escuela que ella solo conocía. En silencio Urmila se sentía atormentada.

Urmila se quedó embarazada una vez más. Era una buena noticia, pero el temor a la diosa seguía asediándola. ¿Y si el castigo se volvía a repetir de nuevo para que aprendiese? ¿Sería entonces porque no había sido valiente? ¿Porque no se había atrevido a desenterrar las imágenes? ¿Y por qué debía pagar ella la desobediencia de su marido? Estaba confusa. Su labor como esposa y madre era la de obedecer a su hombre. Había aprendido siempre que él sería como un dios, ¿No era esto lo que le había dicho su madre? ¿Lo que todo el mundo esperaba que hiciese? Pero también estaban las divinidades hinduistas, a las que siempre había venerado. ¿Cómo podía complacer a las dos partes? Si de nuevo el hijo que llevaba en su vientre moría, ¿sería por su culpa? ¿Sería su despreciable cobardía la que le habría

dejado morir? ¿La que le castigaba?

El parto tuvo lugar una mañana oscura en la que la furia del monzón inundaba su casa. El agua entraba por dos boquetes abiertos en el tejado. Hubo un rato de sosiego cuando nació la criatura. Y finalmente la calma. Urmila engendró un hijo varón, con miembros desproporcionados. Con brazos y piernas desiguales y un corazón excesivamente grande para su cuerpecito, provocando un golpeo de la sangre irregular y causándole la muerte a los pocos minutos. ¡Cómo se culpaba! Henchida de dolor atribuyó toda aquella desgracia a un castigo divino. No había duda. Por la terquedad y cabezonería de su marido, que habían hecho mella en ella. En aquellos momentos le odiaba y se odiaba a sí misma. Por no haber emprendido el camino de peregrinación al santuario de Yellamma y haber hecho las paces con la Gran-Diosa. Se lo tenía merecido.

Dos años después Urmila descubrió que una vez más estaba encinta. «¡Esta vez no ocurrirá! Esta vez no, se juró a sí misma. La Gran-Diosa Madre me concede una nueva oportunidad. ¡Bendita sea su compasión! ¡Bendita la generosidad que tiene conmigo! Ahora, nada, ni nadie, se interpondrán.

Ananda nunca consideró que la muerte de sus dos hijos se debiera a designios divinos que les mostraban aquella lección para que se enmendasen y aprendiesen. Más bien se inclinaba a pensar que todos ellos necesitaban comer mejor, y más, y frecuentemente. Y también necesitaban médicos que les curasen de sus enfermedades y no curanderos practicando exorcismos y conjuros para expulsar la fuerza maligna del enfermo como era costumbre en muchas familias. Pero ¿qué podían hacer cuando no había recursos? Muchos médicos tampoco querían atender a los intocables. ¡Era todo tan complicado! ¡Es tan frágil nuestra existencia…! ¡Y tan complejo el entramado de circunstancias que nos mantienen vivos!

Urmila cogió a su hijo Govinda y, sin más dilación, dispuesta a llevar a cabo su cometido esta vez, emprendieron el camino de dos días hasta el templo de la diosa Yellamma. Después de una larga fatiga, llegaron cuando había luna llena, algo que resultaba propicio para la ceremonia. Lo primero que hicieron fue bañarse en el río para dejar correr en sus aguas el cansancio del cuerpo y el polvo de la jornada. Después se untaron de cúrcuma la frente, se quitaron todas sus ropas y se unieron a la procesión de devotos que marchaba alrededor del sagrado lugar. Para Govinda aquella era la primera vez que tomaba parte en un acto religioso tan solemne y la visión de todos aquellos cuerpos desnudos, hombres y mujeres de distintas edades, que se habían despojado de todo mostrando la insignificancia de la carne, su temporalidad, con la esperanza de acercar su alma a la de la diosa, como así lo expresaban en sus cánticos o cuando gritaban alabanzas como «Bendita sea la Diosa», produjo en el muchacho una impresión inolvidable. Años después la evocaría muchas veces y le llevaría a cuestionarse dónde yacía la frontera entre lo divino y lo humano, entre la intocabilidad de su alma y la irracionalidad del género humano. Bien sea dicho también que de todo aquello nunca le comentó nada a nadie.

En el templo se había sacrificado una cabra. En el ritual de la mañana se ofreció

a la diosa para que fuese bendecida. Se mató al animal, se cuarteó en pedazos y se cocinó. Después se distribuyó la comida entre los asistentes. Urmila y Govinda también comieron del sacrificio que era como un manjar sagrado que otorgaba la divinidad a sus fieles. Urmila le había suplicado a la diosa que materializase su bendición en un fruto verdadero y que de su vientre la Gran-Diosa hiciese nacer una hija.

«¡Te lo suplico! —exclamó con fervor—. Concédeme una niña completamente sana y fuerte. Si me bendices con este regalo, Ma' Yellamma, si tú también, Gran-Madre-Devi, diosa suprema del cosmos, así lo quieres, yo te prometo, Madre Divina, darle tu mismo nombre».

Al cabo de unos meses una hermosa niña nació. Y muy sana. Y todos se alegraron. Y Ananda no dijo nada al respecto. Y Urmila sollozaba de agradecimiento y derrochaba alabanzas por doquier a la Gran-Madre, por su generosidad. Y le repetía insistente a su marido que en algo habría ayudado su peregrinaje. Ananda no se atrevió a replicarle. Solo añadió que había cosas que extralimitaban el conocimiento humano y que era mejor dejarlas estar. Su exquisita introspección le hacía adivinar que la implacable convicción de su esposa, su deseo firme y la fuerza de su mente habían intervenido, en gran medida, en el desarrollo de un feto sano y en el glorioso nacimiento de su hija. El mundo espiritual tiene sus propias leyes y principios, pensó Ananda, y se manifiestan ajenos a nuestra voluntad o deseo.

«¡Bueno! —exclamó después en voz alta, con gran alegría—. *Devi* parece un buen nombre. Sí, creo que Devi será un nombre perfecto para mi hija».

7
Tiempos difíciles

—¡Devi es una *niña*! —gritaron exasperados—. No la puedes tratar igual que a tu hijo.

Los ancianos del Panchayat estaban realmente enfadados.

—Debe aprender de su madre y de las otras mujeres —apuntó amenazante el más viejo dando golpes con su bastón para imprimir severidad a sus palabras—. Se casará, deberá cuidar a su marido, obedecerle y darle hijos.

—¡Esta es la tradición! Y ya la conoces —señaló otro.

Con el ceño ligeramente fruncido, Ananda escuchaba a los ancianos. Estaban realmente enfadados porque una vez más había desobedecido sus mandatos que, según decían ellos, eran divinos. Aquella era la segunda vez que Ananda se enfrentaba a los cinco ancianos del Panchayat. ¡La segunda vez!, así que el asunto era, por tanto, muy grave. Y como nunca nadie osaba contradecirles en nada era aún peor. En la primera ocasión fue la escuela en sí. Y ahora volvía a ser la *educación,* es decir, el motivo que había dado lugar a tal soberana reprimenda era su hija Devi. Tan pronto como había corrido la voz en Laxmipur de que Ananda estaba enseñando a su hija en la escuela y se había propuesto convencer a las otras familias para que también enviasen a sus hijas, sin más miramientos, los cinco ancianos del Panchayat se encaminaron hacia su casa, dispuestos a detener aquella sublime agresión a la tradición. El asunto era de máxima relevancia y no se podía demorar. Esta vez no permitirían que Ananda se saliese con la suya como había pasado la vez anterior. Entonces, tendrían que haber sido más duros con él. Desde el principio habían sabido que lo único que traería aquella escuela serían problemas. Le habían permitido dar rienda suelta a aquel proyecto suyo porque tenían la convicción de que en poco tiempo fracasaría. Y así le habría servido para aprender que sus cabezonerías solo traían desgracias a todos. Pero, por el contrario, lo que había sucedido era que la escuela había ido a más. Poco a poco Ananda había conseguido que más y más chiquillos asistiesen y con los años algunos ya la habían abandonado satisfactoriamente y ahora eran los hermanos y primos más pequeños los que acudían porque miraban con ojos envidiosos a los grandes y anhelaban parecerse a ellos. Algunos se habían marchado a la ciudad y habían conseguido un buen trabajo. Otros se habían quedado en los alrededores y habían montado su propio negocio que subía y subía como la espuma. Definitivamente, la experiencia había sido tan fructífera que los mayores animaban a otros más

pequeños a que aprendiesen.

«¡Todo está conectado! ¡Todo está conectado! —solía decirles Ananda lleno de satisfacción—. Todo sigue un proceso de conexiones y transformaciones en el cosmos y hasta el más ínfimo alfiler es necesario, pues sin él todo se desmoronaría». En realidad, lo que quería decir Ananda era que la educación les abriría un sinfín de puertas y con ello un mayor bienestar que repercutiría sobre otros. En Laxmipur habían comenzado a darse cuenta. Los grandes entendían, precisamente en ese momento que palpaban los resultados, que aquella educación básica que les había dado Ananda les había servido de mucho. Ya no tenían que mendigar y suplicar. Habían soñado con *ser alguien*, ¡y lo habían conseguido! Y no solo habían progresado gracias a la lectura, la escritura, la aritmética, las nociones de higiene, de economía doméstica, de respeto y de otras enseñanzas primordiales. Lo más importante había sido recobrar su autoestima, su entereza, la confianza en ellos mismos, que había sido vital y les había hecho abandonar su visión de inferioridad, con la que nacían, por la mera realidad de ser intocables. Ahora sí que estaban preparados para enfrentarse y responder a la sociedad, con sus particulares reglas de juego, que en cada instante se encargaba de recordarles quiénes eran.

Con el nacimiento de Devi, de *¡una niña!,* como exclamaban los ancianos alarmados, Ananda se había planteado cruzar la línea, una vez más, y darle la misma educación que a su hijo. El maestro Babasaheb siempre había hablado del progreso que lograría la nación india si se conseguía educar a toda la población, hombres y mujeres por igual. Convencido de ello Ananda estaba dispuesto a no realizar ningún tipo de discriminación con Devi. La educaría y, al tiempo, animaría a que otras familias le siguiesen. Sabía que aquella era una cima muy alta y, al igual que lo sabe un alpinista, Ananda era consciente de que los últimos pasos en la escalada solían ser los más difíciles. Pero no le importaba. Ahí yace mi gran reto de esta vida, se decía. Estaba desafiando aquellas tradiciones tan venerables para muchos, tan absurdas para él, por eso no se extrañó demasiado cuando vio aparecer a los cinco ancianos que llegaron expresamente para prohibirle y amenazarle. Pensaba Ananda que, si no había tenido mucho éxito con su esposa porque esta nunca había querido ni siquiera aprender a escribir su nombre, no iba a negarle la oportunidad de desarrollar su talento a una mente lúcida como la de su hija porque, en verdad, Devi siempre se había mostrado muy avispada en todo y muy adelantada para su edad. La había observado atentamente y había descubierto que, siendo tan pequeña, Devi tenía salidas muy brillantes y hacía preguntas poco comunes. Y su memoria era como la de un elefante, capaz de aprenderlo todo enseguida y recordarlo.

Devi será un ejemplo para los demás…, por supuesto. Y se convencerán de que nuestras hijas también pueden educarse y trabajar por la comunidad; por nuestra gente. ¿Quién ha dicho que hayan nacido solo para casarse y traer hijos al mundo? Esas no son más que tonterías…

Para Ananda la educación de Devi era una razón de peso. Pero para los

ancianos del Panchayat sus argumentos fueron tomados como un descarado desafío. Claramente, los estaba insultando. A ellos, precisamente, que encarnaban el orden de la comunidad. ¡Cómo se atrevía…! Jamás lo iban a permitir.

Ananda citó ejemplos de mujeres indias, como Sarojini Naidu y Mirabai, las dos grandes poetas y de exquisita educación. Aunque, cierto era que estas pertenecían a las castas altas y todo el mundo lo sabía.

Los ancianos siguieron con el ceño fruncido, reafirmando sus objeciones. Su terquedad también quedaba patente. «La tradición es la tradición —dijeron elevando la voz—. Y el honor de tu familia, de todo el clan, de toda la casta, también está en juego». Con todo esto, Ananda se calló. No quiso mediar una palabra más. Silenciosamente siguió mostrando su disconformidad, moviendo la cabeza de lado a lado, enderezando el cuerpo, conservando el talante, su aire vivo, como quien con orgullo y convencimiento expresase, ¡heme aquí! ¡Ja! Tenía claro que no iba a dejarse amedrentar. Menos aún por aquellas mentes estériles y desabridas, sesgadas por prejuicios nervudos donde poco o nada podía crecer o cambiar. Hasta la fina lluvia cuando repiquetea en el desierto produce más frutos que en estas cabezas de chorlito, pensó Ananda, aunque no se atrevió a insinuar nada de esto. Habrá que prepararse, meditó luego. Habrá que estar listo para lo peor, porque bien que sabía él que los ancianos podían ser muy capaces de desencadenar mucho mal, si realmente se lo proponían.

Con la misma rigidez en el temple que les había encaminado hacia allí, los cinco ancianos se marcharon, sancionándole con la exclusión de la comunidad, si no interrumpía la educación de su hija. Así de claro se lo dijeron: «¡Búscale un marido a tu hija! Eso es lo que tienes que hacer».

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Ananda siguió rumiando todo aquel asunto durante varios días. ¡Están equivocados! ¡Esos viejos chochos se equivocan! El tiempo me dará la razón. Bien que me dará la razón. Y hasta quién sabe si Devi no llegará a ser una persona importante. Estoy convencido de que una buena educación siempre trae cosas buenas. Algún día los ancianos acabarán bajándose del burro y aceptando la verdad. Seguro que sí.

Después de sopesar las terribles consecuencias que le podría traer el maldito asunto, Ananda tomó la firme determinación de que se esforzaría para darle todo lo mejor a su hija. Le sacaría de adentro todo aquel talento que apuntaba ya en ella. Es mi deber como padre, se dijo, y nada ni nadie lo va a impedir mientras viva.

Me prometí a mí misma no decepcionar a padre. Ni defraudar todos sus esfuerzos. Lástima que tuviera que morir tan pronto. Yo acababa de cumplir los siete años cuando nos dejó. Desde aquel entonces todo comenzó a cambiar bruscamente en mi familia. La adversidad y la pobreza se cebaron despiadadamente con nosotros. No había pasado mucho tiempo desde la visita del Panchayat que trajo consigo tanto malestar. Desde aquel mismo día, como un tigre

que defiende a su cachorro del peligro inminente que este desconoce, padre siguió educando a su pequeña tigresa con ahínco. A mí. No cesaba en sus enseñanzas, dentro y fuera de la escuela. «Todo pequeño grano bien sembrado dará su provecho», decía. Pero pronto, los vecinos dejaron de visitarnos. Y los otros hombres se alejaron de padre; le rehuían cuando le veían. Los más allegados alzaban la mano vagamente de lejos, con un saludo vaporoso, teñido con una ligera capa de miedo. Algunos muchachos comenzaron a faltar a la escuela, mencionando alguna excusa, como que tenían que ayudar a sus familias en el campo o que tenían que cuidar de los hermanos pequeños. Sabíamos perfectamente que se lo habían prohibido. Ni ellos ni sus familias podían vernos, ni tener ningún tipo de comunicación con nosotros. El Panchayat les había amenazado y todos nos hacían el vacío. Estábamos como desterrados, sin ningún trato con la comunidad. Era el castigo de los ancianos. A algunos la situación les resultaba verdaderamente difícil, cuando nos encontrábamos, especialmente con los vecinos, que tenían que girar la cabeza y guardar silencio como si fuésemos invisibles. Otros defendían la tradición y apoyaban a los ancianos: «Ananda se lo ha buscado; ha cometido un grave error…; ni siquiera las jóvenes de las castas altas se educan», decían en corrillos, desairadamente. «Solo unas pocas mujeres estudian y es por vocación y por herencia familiar —interfería otro—. Y, entonces, se hacen maestras o aprenden medicina». «Pero esas leyes no van con nosotros… ¡A la mujer hay que casarla bien!», aclamaban gallitos algunos. «¡Eso, eso mismo…! Y desde niña reservarla para el futuro marido… ¡Sí, correcto, como un *laddu* bien dulce! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Es su labor, ¿o no? ¡Que aprenda!», murmuraban otros a sus espaldas. «Se ha emperrado y él mismo se ha echado tierra a los ojos. ¡Qué se ha creído! Sí, qué se ha pensado», repetía otro en eco… «Siempre con esos aires de maestro sabelotodo… Pensaba que no habría castigo para él, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! —reían mofándose—. ¡Pues, hala, le está bien empleado! Así aprenderá a no desobedecer a los ancianos y la tradición».

Efectivamente, para un pueblo pequeño como Laxmipur, Ananda había injuriado la tradición. Los había insultado a todos. Merecía quedar repudiado por los suyos. Los libros que leía y el espíritu heredado de su padre le habían llenado la cabeza de demasiados sueños de grandeza. Para la gente del movimiento de Babasaheb, y otros grupos sociales en la ciudad, Ananda era una figura admirable. Pero en un pueblo como aquel, seguía siendo un intocable y no un pájaro cuya naturaleza sí le permitía volar. Ananda no podría volar nunca, pero era cabezota como el que más y se empeñaba en coserle las alas a su hija. Así lo creían todos, incluida su propia esposa.

A madre hasta entonces no se le habría ocurrido inmiscuirse, pero indudablemente sufría por dentro. Se contenía y cuando no podía más, inesperadamente, le salían algunos de sus arranques porque no podía consentir más que el buen nombre de su familia se pusiese en entredicho. Un día le saltó a padre:

—Mira lo que has conseguido, ya nadie nos habla. ¿Te parece bien, arruinar nuestra vida de esta manera? Nadie viene a casa, ni quieren celebrar las fiestas con

nosotros. ¡Nos detestan!

—Ya se les pasará, mujer —contestaba padre, quitándole importancia—. Ten paciencia. No van a estar mudos siempre… Ya los conoces, necesitan ver para creer. Con Devi podrán palpar resultados y aprenderán a confiar en ellos mismos. Y también confiarán en el poder de la educación. No lo dudes.

Madre estaba harta de oír siempre aquella monserga y que, de un modo u otro, saliese a relucir la palabra «educación». Lo que ella entendía por *educación* no coincidía con la esencia, tan honorable, que padre le otorgaba a tal arte.

Durante todo aquel tiempo la comida escaseó como nunca. Mi hermano Govinda tenía por entonces doce años, le estaba cambiando la voz y su carita de niño se había afeado. Este fue otro de los infortunios que tuvimos, pues la gente ya no se entusiasmaba con la gracia de aquel muchacho dicharachero que caía bien a todos y cantaba con tanto sentimiento**,** así que comenzó a mermar la comida o el dinero que le solían dar.

Padre apenas aportaba nada. A veces comíamos gracias a lo que habían conseguido madre y la abuela de la venta de adobes de estiércol que servían de combustible en las casas de las buenas familias. Como ellas se pasaban casi todo el día fuera, además de las lecciones yo también me ocupaba de las labores del hogar; de limpiar, cocinar (cuando había algo que cocinar), y de traer el agua. Padre seguía en sus trece, erre que erre, diciéndonos que era una mala racha que pronto se pasaría y que los muchachos volverían a la escuela. Y decía que la gente no iba a estar siempre enfurruñada y sin hablarnos porque el ser humano es sociable por naturaleza. Debíamos tener paciencia y afrontar las dificultades. «¿Acaso los grandes logros de la historia se han conseguido de forma fácil? —interponía sin esperar nuestra respuesta—. Siempre hay que pagar un precio a cambio —insistía —. Siempre hay alguien que ha nacido para conseguir un hito importante que beneficie a toda la humanidad. Por algo estamos en este mundo, ¿no?». Después ponía el ejemplo de Babasaheb, pero madre le miraba de reojo y ni le escuchaba.

Y, yo, bueno, cuando llegaba la noche y te ibas a dormir con el estómago vacío, oyendo el rugido de las tripas, habiendo probado solo un poquito de arroz en todo el día, entonces deseabas que fuesen otros, los que más tienen, quienes pagasen aquel precio del que hablaba padre. Que otros fuesen los héroes, en lugar de nosotros. La pobreza no te incita a perseguir hitos. En el fondo de mi corazón, recuerdo que me daba vergüenza tener aquellos pensamientos porque todo estaba pasando por mí. Por mi educación.

¡Sí!, por mí padre estaba sacrificando el bienestar de toda la familia. Para darme una *educación* con mayúsculas. Para que fuese alguien en la vida. Era su ojito derecho. Por eso madre se portaba tan severamente conmigo. Porque pensaba que era por mi culpa. También creía que la cabezonería de padre nos perdería cada vez más. Parecía, además, como si la incapacidad de madre para declararle la guerra a padre, una guerra plena y al descubierto, hiciese que ella volcase toda su cólera contra mí. «Pues, ¿para qué? A ver, ¿para qué sirve que aprenda esas tonterías? —repetía y repetía en alto mientras se movía por la cocina para que

padre la oyese—. ¿Para qué saber tantas cosas si Devi no las necesitará para atizar el fuego y poner encima el puchero?».

Comencé a habitar dos planetas distintos a la vez. Iba saltando de uno a otro constantemente. En el mundo de padre disfrutaba jugando y leyendo. Con madre todo lo hacía mal.

Y como padre no replicaba a madre (siempre pensé que a madre le habría gustado más que padre se hubiese violentado, con un buen puñetazo en la puerta o en la pared, dando lugar a una gran pelea, como ocurría en muchos hogares) entonces madre decidió que también ella me daría *su* educación, si tan importante el asunto parecía. Me enseñaría lo que una mujer verdaderamente necesitaba saber.

Madre siguió arrojando toda su insatisfacción y su malestar contra mí, pinchándome y regañándome por todo lo que hacía o dejaba de hacer: «Corta bien las verduras, en pequeñito. ¡Mira que eres inútil!, ¿cuántas veces te he dicho que las tienes que cortar pequeñas? Y no se te olvide el coriandro, cuando el aceite esté caliente, antes de echarlas, añade el coriandro. ¿Es que no lo recuerdas, tan lista como eres?».

Solo de pensar que madre me observaba escrupulosamente y que escupiría algún comentario reprobable, como que la comida no tenía gusto a nada o había salido demasiado seca, o los panecillos estaban muy tostados, me ponía tan nerviosa que no acertaba a cogerle el punto. A Govinda no le reñía nunca y siempre le servía la misma cantidad de comida que a padre. En cambio, a mí me alimentaba con sus brusquedades, su mal humor, algún que otro bofetón y las sobras que quedaban después de que la abuela, padre y Govinda hubiesen comido. «El ayuno es bueno, recuérdalo. Una buena mujer india ayuna por su esposo y por el bienestar de la familia en determinados días. Tienes que irte acostumbrando», me repetía.

¡Cómo la empecé a odiar! Todavía hoy llegan hasta mi mente ciertos recuerdos y siento su voz viva pinchándome continuamente: «¡Cómo puedes ser tan estúpida! Para cocinar *dal* tienes que cocer las lentejas con cúrcuma, ¿todavía no lo has aprendido? Si no sabes hacer un triste *dal*, ¿quién se casará contigo? ¿Eh?, serás siempre una perdida. El hazmerreír de todos. Y traerás vergüenza a la familia. ¿Es eso lo que quieres?».

Los insultos, los desprecios, cobran más fuerza y duelen más cuando proceden de tu propia madre. Aprendes a tolerar o justificar los de los otros, en cambio la falta de cariño y el rechazo de tu madre no se olvidan nunca. Cuando a madre se le escapaba la mano y me arreaba una bofetada, por mucho que me doliese, nunca le daba la satisfacción de verme llorar. No eran sus manotazos los que más daño hacían, sino su desaprobación; sus desaires. Era como si después de haberme deseado tanto, después, incluso, de haber peregrinado hasta el templo para implorar mi nacimiento, tan anhelado, no hubiese podido moldearme a su antojo. Mi naturaleza se rebelaba contra la suya. Y yo prefería siempre estar con padre y hacerle caso a él. Por eso ella, mi propia madre, arremetía contra mí aún más. Con toda su fuerza impetuosa, como un fuego candente que se empeña en marcar el

hierro sin advertir la sutil necesidad del golpe del martillo para moldear la forma que lleva pegada a su interior.

Padre fue el martillo que cinceló aquellos primeros años de mi niñez. Con él todo era divertido, todo era una aventura. Todo iba emanando de dentro de mí de forma natural. Cualquier anécdota nos provocaba risa. Con él aprendía también los otros lenguajes. Los otros mensajes; los que no se escriben en los libros. «¡Despierta! ¡Mira! Abre los ojos, Devi —decía—, y te darás cuenta de que todo te habla. No te conformes solo con aprender de los libros. Sería muy triste que solo la letra escrita te educase. La *educación* con mayúsculas ya está dentro de ti. *Dentro*. No fuera. Aunque tú ni te lo crees, ni lo sabes. *Todavía*. Pero pronto, muy pronto, si persistes, podrás enorgullecerte porque aprendiste a leer en el hálito de viento. Porque cuando miraste al cielo supiste lo que las estrellas te revelaban. Porque leíste en las hojas de los árboles, en los pétalos de las flores. En el semblante de los otros viajeros. La gente de tu alrededor te habla. Aunque tú no cruces palabra alguna con ellos. Aunque no les conozcas de nada. ¿Te has fijado en los pájaros hoy? Ha habido lluvia y por un momento ellos se han callado. Para que tú oyeses el fuerte golpeteo de las gotas. Los rugidos enfadados de las nubes. Todo te está hablando cada día. ¡Escúchalo, hija! ¡Detente! ¡Todo requiere de tu atención! Respóndeles. Dales las gracias. Dales las gracias porque en cada día hay… hay algo muy bello. Todo dependerá de tus ojos, de si quieres escuchar sus lenguajes. No te ciñas a la pobreza, cuando en verdad eres tan mágica».

¡Era tan agradable estar con padre!

También había ratos buenos con madre. Cuando estaba de buen humor, le encantaba contarme historias del *Ramayana*, que es un libro del hinduismo muy antiguo. Lo hacía siempre que padre no rondaba por casa o cuando estaba fuera, en la escuela, y no nos podía oír. Si alguna vez padre la pillaba *aleccionándome*, enseguida replicaba: «¡Vaya!, ya estás otra vez con las mismas monsergas».

Al principio no entendía por qué a padre no le gustaban los cuentos que madre narraba. Una vez se lo pregunté y contestó que pronto yo misma lo descubriría porque era lista.

Madre me hablaba de Sita, una princesa que se había casado con el dios Rama. Sita había sido raptada por el demonio Ravana y entonces Rama tuvo que ir a buscarla y rescatarla. Estuvo años y más años hasta que dio con ella, luchando contra todo tipo de enemigos. Rama llegó al castillo de Ravana donde Sita estaba secuestrada. Se enfrentó a Ravana en una gran batalla y le venció. Sita, por fin, era libre. Estaba contenta de ver otra vez a su esposo. Pero había pasado tanto tiempo que Rama le preguntó si le había sido fiel. Sita insistió en que sí. Pero Rama necesitaba una prueba. Sita tenía que atravesar un gran aro de fuego. Si resultaba inmune, entonces Rama se convencería de que su esposa le había respetado siempre y no la repudiaría. Sita atravesó el aro de fuego. No tenía ni un solo rasguño. Salió ilesa y se convirtió en el ejemplo de la esposa amorosa y fiel. Y tú, Devi, también deberás parecerte a Sita, como todas las buenas mujeres indias, insistía madre.

Madre contaba siempre aquel cuento con mucho sentimiento. Me encantaba el tono de su voz y la pasión que ponía. A mí, Sita no me caía demasiado bien, la encontraba un poco insulsa. Aunque, claro, no se lo decía a madre. Detestaba a Sita por mucho que fuese princesa y estuviese casada con un dios. ¿Por qué tenían que ser todas las mujeres como Sita? ¿Tan insípidas? ¿Por qué tenía yo que ser como ella? ¿No sería la vida muy aburrida?

Me gustaba más la parte en que Rama, con su ejército de monos, luchaba contra Ravana, que tiene diez cabezas y dos grandes orejas. Era más emocionante y disfrutaba cuando madre hacía un paréntesis para explicar que Ravana, anteriormente, había sido muy sabio. Como un dios. Pero el poder le había convertido en un ser despreciable y maligno.

Estas y otras eran las historias que madre insistía en que aprendiese. Le habían enseñado a ella y también me enseñarían a mí a vivir la vida. Por eso las narraban las abuelas y luego las madres a sus hijas y yo tendría que hacer lo mismo, me repetía.No comprendía bien cómo una historia podía enseñarte a vivir la vida, pero tan pronto como fui creciendo las fui detestando más y más. Odiándolas terriblemente, a aquellas historias y a madre. Sucedió cuando descubrí lo que verdaderamente significaban. Aquellas historias te enseñaban a ser una esclava, a reprimirte, a acatar la voluntad del hombre con quien te casaban. Y a nadie parecía importarle. Ni abuelas, ni madres, se daban cuenta de que aquella tradición te ahogaba. ¿Por qué yo sí? Pero se seguían narrando una y otra vez… Se representaban en teatro, después se difundían por la radio, luego en episodios por televisión… Padre sí sabía el mal que hacían. Por eso con él me sentía protegida y a la vez en libertad.

—Cuando aparezca un obstáculo, Devi, ¡mira en tu interior! Aprende a escuchar tu corazón, a ti misma —señalaba padre. Decía que ni siquiera a él le debía hacer caso. Que debía olvidarme de lo que decía mi cabecita, pues, muchas veces, los demás van echando en ella veneno que te corrompe y te daña—. ¡Escucha solo tu corazón! ¡Tu alma grande! No puedes ir en contra de tu sentir, no lo olvides. O serás infeliz toda la vida.

—¿Y qué pasa cuando los demás no te dejan en paz? —le preguntaba yo, pensando en las reprimendas y prohibiciones de madre.

—Entonces debes hacer como el Buda. Debes hallar siempre el camino del medio.

—¿Cuál es ese camino, padre**?**

—¡Ah!, eso solo lo sabes tú. Ni siquiera yo te lo puedo indicar. Y no dejes tampoco que otros lo señalen por ti. ¡Escucha tu corazón!

Apenas tenía seis años y todos aquellos mensajes de padre iban almacenándose en el gran baúl de la memoria con tremenda fascinación. Si entonces solo entendía sus palabras, pero no su esencia, a lo largo de mi vida han ido agitándose en mi interior, con las distintas experiencias, y han ido arrojando un poco de luz cuando apremiaba el momento. Hoy, una y otra vez, siguen retornando a mis oídos, con la cálida voz de padre. Como si él nunca se hubiese ido. Como si muy dentro de mí

estuviese vivo. Tal vez solo nos separan diferentes espacios y, a ratos, en pequeños instantes de magia, nuestras presencias divinas se vuelven a encontrar y volvemos a estar juntos en ese espacio infinito del corazón.

¡Cuánto le he echado en falta! ¿Por qué tuvo que morir tan pronto? ¿Por qué se van las personas que más amamos cuando son todavía tan jóvenes? ¡Sucedió todo tan de repente! Padre se puso enfermo con mucha fiebre. Como no se le iba y cada vez era más alta, él mismo insistió en que le viese un médico. «¿De dónde vamos a sacar el dinero?», preguntó madre apurada. En aquella etapa de nuestra historia, madre estaba asustada. Ya no me reñía; ni se enfadaba conmigo, ni con padre, ni con ella misma. Por entonces fue cuando se vendieron las telas de seda que madre tenía bien guardadas, desde el día en que se las regalaron a Govinda.

La abuela y Govinda se quedaron en casa cuidando a padre, y madre y yo fuimos al hospital. Teníamos que ver al doctor Surya Gupta, de quien hablaban maravillas. Era mi primera vez en un hospital. Había mucha gente. Nos hicieron sentar y esperar hasta que el doctor terminara con los otros pacientes. Había niños gritando, llorando. La sala de espera era muy grande. En un apartado había un montón de gente arremolinada, sin orden alguno, esperando a que les sacaran sangre para un análisis. Había un gran mostrador, una enfermera les pinchaba y almacenaba la sangre en un tubito. Luego otra anotaba su nombre. Cuando se retiraba uno, la multitud enseguida se empujaba, unos contra otros, tratando de ocupar un puesto más cercano al mostrador. Hasta que por fin les llegaba su turno y se repetía la operación del pinchazo, seguida de la extracción de la sangre y de dar tu nombre. Los pacientes iban entrando en la consulta del doctor Gupta; a veces dos, otras veces tres juntos.

Esperamos tres horas hasta que nos llamaron. Tal vez fue más tiempo. Estaba distraída con las escenas del hospital, pero no me gustaba aquel lugar. El doctor Gupta pensó que madre venía porque era yo quien estaba enferma. Madre se lo aclaró y después el doctor le preguntó que describiese los síntomas de su marido.

—¿Qué le pasa? —insistió el doctor Gupta—. ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Vomita?

Madre no sabía lo que significaba la palabra «síntomas». El doctor Gupta enseguida concluyó que aquello era un brote de malaria y que no había razón para preocuparse.

—Se pondrá bien —dijo sonriente.

Era joven, el doctor. Debía tener la edad de padre y no paró de sonreír en todo el rato. Tenía la misma sonrisa que los hombres que comen bien y siempre están contentos. Y no les preocupa nada. Madre se quedó más tranquila.

—Entonces, ¿no vendrá a visitarle? —preguntó madre.

—No hay necesidad. Es malaria. Tengo cuarenta casos de malaria cada día.

Después escribió algo en un papel y se lo dio a madre para que se lo llevase al boticario. —Con esto se curará —dijo finalmente—. Venga dentro de una semana o diez días. Ya verá cómo está mejor para entonces.

Fuimos a la sala de al lado donde estaba el boticario que le daría a madre la

medicina para padre. También tuvimos que esperar un tiempo. El boticario mencionó el nombre de padre, y madre se adelantó. Aquella sala estaba llena de estanterías y vitrinas con medicamentos. Se veían cajas diferentes con nombres difíciles de leer. También frascos de distintos tamaños.

—Dele una de estas pastillas antes de las comidas —dijo.

Madre asintió y después le pagó diez *annas*. Comentó que era mucho dinero. Con eso se podía comprar mucha harina para hacer panecillos-*bhakris*. Además, ahora padre tenía que comer tres veces al día; y en condiciones. ¿Cuánto les duraría el dinero obtenido por las telas? Pero no había por qué preocuparse. El doctor Gupta había afirmado que en una semana estaría bien.

La abuela solía preparar la comida para padre, y madre, antes de darle la medicina, invocaba siempre a la diosa Yellamma y balbuceaba una oración para que aquellas píldoras le curasen.

Pasó el tiempo que había mencionado el doctor y padre seguía igual o peor. Las píldoras le habían debilitado aún más, su cuerpo estaba empapado de sudor, su rostro tan oscuro brillaba del calor ardiente y su corazón golpeaba con más agitación en las horas después de tomar la medicina. La abuela y madre estaban cada vez más preocupadas. Madre insistía en que había que llamar a un curandero. Los vecinos y parientes seguían sin visitarnos, a pesar de que sabían que padre estaba mal. No teníamos su consuelo, ni apoyo, que tan bien nos hubiesen venido. Pensaban que nos lo teníamos merecido por desobedecer el mandato del Panchayat. «No se puede desafiar la tradición y sus leyes divinas», la abuela les había pillado con estos comentarios. Así, nadie osaba interferir, no querían involucrarse, por si acaso.

El curandero accedió a venir un día. Padre ni se enteró porque la fiebre le tenía adormecido. Hizo sus invocaciones, sus oraciones, habló con madre y después se marchó. Cuando padre se despertó preguntó por qué no había llegado todavía el médico. Insistía tanto que madre recurrió a un primo; le pidió su ayuda para que juntos fueran donde el doctor. Como era un hombre, pensó madre, él lograría convencer al doctor Gupta más fácilmente para que los visitase. Y padre estaría más tranquilo. Al poco rato, madre regresó. El primo se había negado rotundamente. «¡Qué poca vergüenza!», exclamó madre, y llevada por uno de aquellos arranques suyos, dijo que no necesitaba ni a la familia, ni a nadie, y que ella misma iría al hospital y suplicaría al doctor que visitase a padre.

Una vez más, fui con madre al hospital. Tuvimos que esperar un buen rato como la otra vez. Las mismas escenas se repetían. Niños llorando, gente con muletas, otros esperando para la extracción de sangre; pacientes, familiares… ¡Era mareante! Me entretuve siguiéndole el rastro a una cucaracha que merodeaba por allí. Pensé en el *crassss* que se oiría al quedar espachurrada bajo algún pie. Cuando finalmente entramos en la consulta, madre se echó a llorar.

—Tiene que venir a visitar a mi marido, ¡se lo suplico! Tiene que venir, doctor. Está peor, mucho peor que antes… ¡Y es un buen hombre…!

—¡Cálmese, cálmese! —dijo el doctor Gupta con su derrochadora sonrisa.

—¡Es un buen hombre! —repetía madre con desespero—. Es maestro, ¿sabe?, enseña a leer y a escribir. Somos pobres, pero mi esposo es maestro y los niños le necesitan. Tiene que curarse.

Madre hablaba y hablaba, repitiendo lo mismo, llevada por la emoción y la impotencia.

—No se preocupe, mujer. Se curará, se curará. —Y después el doctor añadió —: ¡Conque su marido es maestro!

El doctor Gupta dijo a madre que sentía un gran respeto por los maestros. A continuación, le hizo unas cuantas preguntas sobre el estado del paciente y, finalmente, como madre no paraba de suplicar que tenía que ir a ver a padre, el doctor concluyó que le visitaría hacia el final de la tarde cuando acabase en el hospital.

La presencia del doctor Gupta aquella tarde reanimó a padre y nos esperanzó. Padre estaba tendido en su estera, en su habitual espacio de aquella única estancia de la casa dividida en dos por una cortina. Madre descorrió la cortina e hizo pasar al doctor. Traía un maletín del que sacó unos guantes esterilizados, que enseguida se puso, una jeringuilla y un tubito de sacar sangre, como los que yo había visto en el hospital.

—Le voy a extraer un poco de sangre —explicó a padre— pero no le dolerá. Vamos a ver si le ponemos a usted bueno enseguida para que siga enseñando. ¿Cuántos muchachos tiene? —preguntó el doctor mientras hacía su trabajo.

—Entre veinte y veinticinco —contestó padre.

Padre no le contó al doctor lo que había ocurrido y que ahora solo venían cinco niños o, a veces, ninguno. Cuando terminó, el doctor comentó que vendría él mismo al cabo de dos días con los resultados y le pondría un tratamiento.

La abuela no sabía para qué quería el doctor aquella sangre de padre, y madre le explicó que así se sabía qué tipo de malaria tenía padre.

Después de haber visto al doctor entrar en casa, cargando su maletín, en una visita que había durado lo suyo, los vecinos y otros parientes comenzaron a sospechar que algo andaba mal de verdad. Apuesto a que algunos comenzaban a tener remordimientos sobre si debían o no acercarse a casa y preguntar por padre. Otros seguro que simplemente rabiaban de curiosidad.

El doctor se presentó antes de lo que esperábamos. Me gustaba ver el interés que aquel hombre se había tomado con padre y que se preocupase tanto. En India, mucha gente pobre muere a diario porque no tienen a nadie que se preocupe por ellos y les atienda.

El doctor Gupta saludó a padre efusivamente y después sacó un papel del maletín. Era el resultado del análisis.

—Me he equivocado —dijo humildemente—. No es malaria, como creía, sino fiebre tifoidea. ¡No se apure! ¡No se apure! —añadió inmediatamente, cuando vio que a madre se le había desencajado la expresión—. La fiebre tifoidea se cura. Solo debemos ser muy severos y seguir las instrucciones que les voy a decir. Lo deberán hacer a rajatabla.

—Rajatabla significa «a toda costa», «cueste lo que cueste» —susurró Govinda a mi oído porque yo no lo sabía.

—Mantengan alejados a los niños. Cuanta menos gente entre en contacto con el enfermo, mejor —afirmó tajante el doctor.

Las palabras del doctor Gupta parecían insuflar ánimo a madre y a la abuela. Lo harían todo *a rajatabla*, por supuesto. El doctor siguió con las instrucciones.

—Deben lavar todos los utensilios que toque el paciente y sus ropas con agua y un desinfectante que yo les voy a recetar. Cada vez que ustedes le toquen, deben lavarse las manos en la disolución del agua y el desinfectante. ¿Han entendido?

Padre se había convertido, realmente, en *un intocable*. Las ironías de la vida le devolvían a un estado del que siempre había luchado por salir. Y ahora, por la enfermedad, cada vez que le tocáramos tendríamos que lavarnos bien con aquella mezcla que destruía los gérmenes.

—Deben cocinar bien todos los alimentos y hervir el agua que beban —siguió apuntando el doctor.

El doctor Gupta pidió a madre que apuntase la temperatura de padre cada seis horas. Madre respondió que ella no sabía leer ni escribir, pero que su hija Devi lo haría. Que tenía seis años, pero que era muy lista y ella lo haría bien. Nunca antes había oído a madre sentirse tan orgullosa de mí. Creo que fue la única vez. Debían de ser los secretos de las madres, que nunca expresan realmente lo que sienten. Madre también dijo que no tenían termómetro, pero que lo conseguirían. Harían cualquier cosa para que padre se curase. *A rajatabla*, lo harían.

La abuela y Govinda se pasaban la mayor parte del tiempo en el espacio dedicado a la escuela, nuestro antiguo corral. Sin niños ofrecía una visión melancólica. Solo estaba la higuera. La higuera de padre. También, en un rincón, estaban los adobes de estiércol que la abuela ponía a secar y luego vendía. Gracias a aquellos pequeños ingresos pudimos continuar. La abuela y Govinda dormían allí para mantener el interior de la casa más limpio, tal como el doctor había ordenado. Madre y yo nos ocupábamos de padre. Estábamos casi siempre a su lado; ya de tan joven me había convertido en su enfermera, tomándole la temperatura y apuntándola en un cuaderno para enseñársela al doctor Gupta, que venía cada semana. Padre tenía que llevar una dieta muy suave, acompañada de las medicinas que el doctor le había recetado. Todo se hacía con minuciosidad. Madre seguía una rutina muy estricta y no dejaba que nada se alterase. Cuando llegaba la hora, porque sí que sabía distinguir los números en el reloj, me avisaba y entonces yo colocaba el termómetro a padre y anotaba la temperatura. La primera vez marcó 38,5. Aquel día siguió subiendo y subiendo hasta 39. La abuela y Govinda, que observaban a cierta distancia, preguntaban: «¿Cuánto marca ahora?». A mí me habría gustado decirles que había bajado, pero no era verdad. Un día llegó hasta cuarenta.

Las visitas del doctor Gupta nos reconfortaban.

—No se preocupen si la fiebre es alta, insistía. Son las fases de la enfermedad. Su cuerpo lucha contra ella, por eso sube la fiebre. Ya bajará… ya bajará.

El doctor Gupta me felicitó por las anotaciones. Dijo que lo hacía muy bien y que padre debía de estar orgulloso de mí. Atento a cualquier movimiento dentro de la casa, Govinda preguntaba a madre:

—¿No es ya la hora, madre?

Todos esperábamos la hora de la temperatura, porque después la siguiente pregunta sería:

—¿Cuánto marca? ¿Ha bajado?

—¡No puede ser! —gritó Govinda contrariado una vez. No puede ser que marque lo mismo. Devi no sabe leerlo bien. Se equivoca.

¡Ojalá me hubiese equivocado! Pero era cierto. El termómetro marcaba 40. Mi principal cometido era observar las rayas del termómetro y cerciorarme de que eran correctas. Y, sin embargo, no descendían. El cuerpo de padre ardía. Estaba muy agitado. Apenas comía nada. Pedía agua constantemente. Cuando el doctor llegaba, siempre le preguntaba:

—¿Qué ha comido hoy?

—Nada —respondía madre.

—Tiene que comer, tiene que comer —insistía el doctor—. Si no come, no podremos hacer que se cure.

Govinda, esos días, colaboraba en las labores de casa más que nunca. A veces se ponía furioso. A veces se le veía triste. Ya no se atrevía a entonar ni un solo poema. Ni siquiera las canciones que le gustaban a padre. Madre le insistía para que cantase, pero él decía que se le había ido la voz. Que no le salía.

Los vecinos y parientes habían roto su voto de silencio y se habían acercado a preguntar cómo estaba padre. La abuela les había contestado que tenía mucha fiebre y que pronto se curaría. Y había añadido que Devi le tomaba la temperatura y la escribía en el papel para el doctor Gupta. Nadie había dicho nada al respecto.

De vez en cuando, madre me enviaba afuera para que tomase el aire y jugase un rato. No tenía ganas de jugar, ni de correr. Solía sentarme al lado de la higuera. Le había cogido cariño. Otras veces ayudaba a la abuela a hacer los adobes con el estiércol. Así me entretenía cuando no estaba con padre. Perdí la noción del tiempo. A veces los días se hacían eternos y otras veces las semanas se pasaban y no te enterabas.

Un día, en susurros, padre preguntó por Govinda. Quería hablar con él. Govinda se alegró de oírlo. Fui a buscar a Govinda y le insistí en que no olvidase lavarse bien en el agua con desinfectante cuando saliese. Con pocas palabras, Ananda le dijo:

—Me has de prometer, hijo, que cuando yo falte y tú seas el cabeza de familia, continuarás educando a Devi. Harás todo lo posible y sacrificarás lo que sea necesario hasta que tu hermana finalice todos sus estudios. Prométemelo. Lo tienes que prometer, le insistió a Govinda.

—Sí, padre. Sí, lo haré —dijo Govinda hablando bajito porque estaba asustado.

—Tú mismo lo podrás seguir haciendo —repuso madre que estaba al lado. Ambos sufrían en silencio.

Iban pasando los meses sin darnos cuenta y comenzábamos a estar muy agotados por el peso de la enfermedad, la angustia y la incertidumbre de que todo aquello no parecía mejorar. En los ratitos que padre dormía profundamente, madre se ponía a rezar en el altarcito de la casa. Para entonces había desenterrado todas las imágenes hinduistas y las había retornado a su lugar, en nuestro pequeño altar, junto a la estatua de Buda y la fotografía de Babasaheb. Rezaba y lloraba en silencio.

—Tú que me has ayudado en las situaciones más inhóspitas, tú, Gran Madre-Devi, te suplico que ahuyentes el espíritu maligno que ha tomado el cuerpo de mi esposo. Derrótale, Gran Madre, del mismo modo que venciste al gran demonio, y haz que el padre de mis hijos se recupere pronto. ¡Tú sabes que es un buen hombre! ¡Ayúdanos, pues!, te lo imploro.

El doctor Gupta solía aparecer cuando menos lo esperábamos. Muy a menudo. Su sonriente semblante había comenzado a tornarse. Un día cogió a madre por sorpresa rezando sus oraciones.

—Rece, rece —dijo—. Siempre necesitamos la ayuda divina, sea la de Khrisna, la de Alá, la de Buda, la de Cristo, la de Devi, o la que sea.

Después el doctor examinó a padre como de costumbre. Al presionarle el abdomen, padre dio un grito de dolor.

—La fiebre sigue igual de alta —añadió, echando una mirada a las temperaturas anotadas—. La medicación no parece funcionar. Debemos ir al método tradicional. Tienen que conseguir hielo y que se lo pongan en la frente. Así bajará la fiebre y se encontrará más confortable. Y dormirá mejor y se recuperará.

La abuela, desde la escuela, se lo comentó a los vecinos y estos aparecieron al momento con un saco de hielo. Madre lo envolvió en un paño y lo colocó en la cabeza de padre. Los vecinos y familiares habían cambiado su actitud y se mostraban muy receptivos. Cuando veían llegar al doctor Gupta inmediatamente acudían a casa y se quedaban a esperar a ver qué decía. Algunos también se ofrecieron a ayudar, si podían, pero la abuela, que hacía de transmisora de las noticias, les había dejado claro que era orden del doctor que nadie entrase en casa para no contaminarlo todo y empeorar el estado del paciente.

Durante las últimas semanas de la enfermedad muchas noches la abuela se encargaba de hacer ella la vigilia y cuidar de padre. Las fuerzas y el ímpetu de madre habían enflaquecido y necesitaba dormir al menos un poco. Y a Govinda y a mí tampoco nos dejaban estar con padre por la noche porque teníamos que descansar.

Con el hielo la fiebre bajó de 40 a 38. Aun así, padre seguía muy agitado, muy débil y muy pálido. El doctor seguía viniendo y madre le preparaba una taza de té y charlaban un rato.

Hasta que una mañana padre murió. Debió desvanecerse en el sueño, con el calor asfixiante de pleno verano. La abuela, que estaba en vela aquella noche, se había quedado dormida un ratito, se le había caído la bolsa de hielo y al despertarse e ir a cogerla, se dio cuenta de que padre ya se había ido. Las horas que siguieron

fueron muy tristes. El cuerpo de padre yacía inerte allí en el suelo del hogar, abrazando la Madre Tierra, descansando definitivamente de todos los tormentos mundanos.

Lo recordaré siempre. Era junio de 1970 cuando padre murió. Yo acababa de cumplir siete años. Y Govinda, con solo catorce, se convertía en el cabeza de familia. ¿Qué íbamos a hacer sin él? Sin padre. De pronto, parecía que el mundo entero se nos echase encima. Habíamos gastado todos los ahorros que madre guardaba en la enfermedad de padre y en el funeral. No teníamos nada más. Solo lo que pudiésemos obtener por la venta de los adobes de estiércol. Pero no era suficiente. Los parientes más allegados habían hablado con Govinda y con madre y le habían convencido para que éste se casase después del luto. Con una boda la familia siempre se podría beneficiar de la dote que aportase la novia. Tendrían para una temporada y luego ya verían. Mientras tanto Govinda podía buscarse algún trabajo que les ayudase a todos. Porque, al fin y al cabo, con catorce años el muchacho ya era todo un hombre. Y tenía la responsabilidad de contribuir al bienestar familiar.

Con esta resolución, la red de contactos de primos y más primos de otros primos y amigos y parientes de estos, pues es así cómo funciona India, comenzó a ponerse en marcha y a buscar un buen partido para Govinda. El chico es joven, muy sociable, limpio y tiene buena salud. Es músico, aunque está dispuesto a aceptar cualquier trabajo. Pronto aparecerá la mujer adecuada, pensaron. La familia no deberá tener miramientos con respecto a la casta. Buscaban una joven que estuviese sana, fuese formal, hacendosa y pudiese aportar una buena dote.

Un día, desde Bombay, llegaron dos amigos de padre que seguían trabajando en el movimiento de Babasaheb y en otros movimientos sociales. Se habían enterado de la noticia de su muerte y venían a presentar sus condolencias. Govinda y madre estuvieron charlando con ellos un buen rato. Trajeron dos sacos de harina y uno de arroz, y a madre se le iluminó la sonrisa. Enseguida se puso en la cocina a preparar la comida para complacer a los visitantes. Sentían mucho que no hubiese nadie más en Laxmipur preparado para continuar la labor en la escuela que padre había iniciado. Govinda se sintió un poco avergonzado cuando dijeron esto. Creo que ese día se dio cuenta de que tendría que haber hecho más caso de los consejos de padre y haber aprendido más. Ahora, se lamentaba. Compartimos la comida todos juntos y luego Govinda y los dos hombres de Bombay salieron fuera. Mientras, yo ayudé a madre a lavar los platos. Nos habíamos vuelto tan escrupulosas y tan puntillosas con la limpieza que no permitíamos que la suciedad apareciese por ninguna parte. Ni siquiera dejábamos los cacharros sucios, después de comer, con pequeños rastros, que pudieran atraer a dios sabe qué bichos infectados con miles de males. Incluso hasta a la abuela le habíamos hecho coger el hábito de lavarse bien las manos después de su trabajo con los adobes de estiércol.

Al caer la tarde, antes de ir a dormir, oí a Govinda hablar con madre. Los

amigos de padre han dicho que nos pueden ayudar. Govinda se refería a los dos hombres de Bombay, que se acababan de marchar en el tren. Dicen que pueden buscarme algún trabajo y que mirarán a ver si saben de alguna muchacha en edad de casarse. Madre se alegró muchísimo. Sabía que los amigos de padre eran buena gente. Siempre se habían portado bien con ellos, trayéndoles comida. Estaba convencida de que en esta ocasión también les echarían una mano. Y si Govinda conseguía un trabajo, sería estupendo. Terminaría por fin la mala racha que había durado demasiado y se había llevado a padre. ¿Qué otro precio más elevado podía reclamar el destino, sino el de la muerte de un ser querido? Ya habíamos pagado su precio, ¿no? ¿Acaso no era ya hora de ver un poco más de luz en el horizonte?

Aquella noche, antes de acostarse, madre encendió una pequeña lámpara a Ganesha, el dios elefante, el de la buena fortuna, y rezó sus oraciones. Yo, que estaba ya tumbada en mi estera, sin dormirme todavía, recé también para que Ganesha y Buda nos ayudasen y la alegría regresase al hogar. Le echaba tanto en falta, a padre. Observé, luego, cómo madre apagó la lámpara, para ahorrar, y se tendió en el lecho, al otro lado de la cortina. La sentía respirar profundamente.

Sin padre, tenía tantas horas libres que a veces no sabía qué hacer. Ya no había lecciones, las de padre. Ni risas con él. Ni podía admirarle cuando dejaba fluir sus propios pensamientos en alto y me aconsejaba esto y lo otro. Algunos días me sentaba al lado de la higuera y leía sus libros. Muchas cosas eran incomprensibles para mí; otras, más sencillas, hablaban de la vida de Buda, de su iluminación. A ratos salía con madre y la abuela a buscar estiércol. Pero, aun así, parecía que los días se hubiesen estirado; se hacían tan largos… ¡La ausencia de padre era tan notable!

Pronto llegó el remedio para aquella tristeza que padecía. Govinda apareció diciendo que me había apuntado a la escuela pública del pueblo de al lado. «¡Vas a ir a la escuela!», exclamó contento. Tendría que caminar durante una hora cada día para ir y otra hora para venir, pero al menos allí no nos cobraban dinero y podría seguir con mis estudios. Madre frunció el ceño, masculló algo ininteligible y movió la cabeza de lado a lado. Yo sabía que no le agradaba, pero era la promesa que padre le había confiado a Govinda unos días antes de morir y, una promesa es algo sagrado. Jamás se hubiese atrevido a desafiar el espíritu de los muertos. Ella, más que nadie, a pies juntillas respetaba estas cosas.

El primer día Govinda me acompañó a la escuela para que aprendiese el camino. Después tenía que ir yo sola. Recuerdo que me aseé y me peiné bien, y me vestí con el vestido menos viejo de los dos que tenía. Me pusieron en una clase con muchas niñas de distintas edades. Me fijé en los bonitos atuendos que llevaban. Parecía que vivían en mansiones.

—No, no hay nadie de los tuyos —dijo la maestra—. Así te sentarás al final, tú sola.

No había otras niñas de casta intocable quería decir la maestra. Después de

examinarme de arriba abajo, me hizo leer en voz alta lo que había escrito en la pizarra y luego de un libro de su mesa. Estaba nerviosa, pero no me equivoqué. Durante las primeras semanas me preguntaba más que a las otras niñas y yo siempre respondía bien.

—Devi es una chica muy lista, sabe muchas cosas —les dijo a las demás. Y todas se rieron.

Cada día me hacía barrer la clase al finalizar la lección. Durante un buen tiempo lo hice sin rechistar, porque era la nueva y esa era la costumbre. También barrían la clase las castigadas. Un día llegaron dos niñas más, con bonitos vestidos como las otras, y la maestra continuó ordenándome barrer la clase. Me marché a casa sin haberla barrido y al día siguiente, enfadada, la maestra me interrogó:

—¿Por qué has descuidado tus labores, *chica lista*?

No me gustó que me llamase *chica lista*, con aquel tono de desprecio. ¿Acaso tenía que ser torpe por ser intocable? Para entonces, todas las demás niñas sabían dónde vivía y que aquella era la zona de los intocables.

—No descuidé mi labor de barrer —le contesté a la maestra—. Es que no la quise hacer.

La clase entera se echó a reír.

—¡Silencio! —ordenó la maestra—. Conque no te dio la gana barrer, ¡vaya! Y, ¿se puede saber por qué?

—Porque ya no soy la nueva y porque es tarea de las castigadas. Y ayer había dos.

—¡Ah!, vaya. Pues, bien, *chica lista*, ahora tú estarás castigada durante todo lo que dure el curso.

Mi primera experiencia en la escuela pública no fue muy positiva. Tuve que barrer cada día. A la maestra no le caí bien y las otras niñas se metían conmigo y me insultaban. Me habían apodado «la listilla recogemierda». «"La listilla recogemierda" sabe hacer adobes con excrementos de vaca», canturreaban. La maestra hacía oídos sordos y no las castigaba. No querían jugar conmigo nunca. Como era una intocable, decían que las iba a contaminar si me acercaba o las cogía de la mano. Pero yo no me amohinaba, ni me enfadaba. A veces, a la hora del juego, corría tras ellas y gritaba: «¡Os voy a ensuciar!, ¡os voy a contaminar!». Y me reía a carcajada tendida. Ellas, tontas, de vestidos impolutos, chillaban y llamaban a la maestra que acudía sin demora a castigarme. Pensé que todas ellas se parecían a Sita, la protagonista de las historias de madre, así de insulsas, que necesitaban alguien que las rescatase del menor apuro.

Un día sí que me enfadé de verdad. La abuela andaba por los alrededores vendiendo los adobes de estiércol y se le ocurrió que podía irme a esperar a la salida de la escuela para regresar a casa juntas. Recuerdo la humillación que sentí delante de todo el mundo al ver la presencia de la abuela, allí afuera, con sus ropas sucias de haber estado todo el día trabajando, cargada con un saco de adobes que no había vendido, llenando el aire alrededor con aquel desagradable hedor que, como bien sabía, espolearía aún más a las otras niñas a hacer alarde de su buena

casta, de su familia impoluta. Mi irritación y mal humor contra la abuela persistieron durante varios días y fueron degenerando hasta convertirse en una gran hostilidad hacia todo lo que me rodeada: hacía mí misma; hacia la casa miserable donde vivíamos, que se inundaba cada año cuando llegaba el monzón; hacia mis dos ajados y roídos vestidos que nunca se acababan porque madre siempre los remendaba y los alargaba cuando crecía; hacia la escasez de comida; hacia la vida mísera que llevaba mi familia, siempre recogiendo estiércol para hacer cuatro ladrillos de mierda y venderlos por unas pocas *annas*; hacia las labores de la casa que tenía que hacer, después de regresar del colegio; hacia los reproches de madre, que seguía insistiendo en que tenía que aprender bien mis labores para ser una buena esposa. ¡Me asqueaba todo aquello! Sentía desprecio por aquella vida opaca sin futuro alguno. No quería convertirme en mi madre o en mi abuela cuando creciese. Las detestaba.

Me gané varias bofetadas de madre por mi desobediencia y mis desaires en aquellos días rebeldes y finalmente tuve que contarle las razones que habían desatado aquellos sentimientos intensos de queja e insatisfacción, sin abrigar la esperanza de que ella pudiera entenderme. Con la expresión tensa y la cabeza gacha, como la de una vaca que inclina sus cuernos al suelo y le rinde reverencia, al ser desconocedora de la fuerza que hay en ellos, mi madre dijo: «En esta casta, hasta las hormigas valen más que las personas», como dejando entrever un futuro mortecino y grisáceo para mí. Y luego, con aire de arrepentimiento o, tal vez, albergando ciertas esperanzas en su mirada expresó: «Si logramos casarte pronto, con un hombre que tenga un oficio, comerás bien todos los días».

El tiempo pasaba. El monzón llegó un año más y las lecciones en la escuela rural seguían igual. Horas y horas de monotonía y aburrimiento con largos intermedios atiborrados de castigos. Cuando no tenía que barrer la escuela, tenía que limpiar el encerado, o recibía azotes con la vara de la maestra. Quizá, lo que más me agradaba en aquellos días era encontrarme con el hijo del barrendero, a quien ya conocía porque antes había venido a la escuela de padre. Él iba a la escuela de los niños y por eso hacíamos parte del camino juntos. Algunos días, si yo había salido antes, Sanjit, que así se llamaba, echaba a correr y enseguida me alcanzaba. Otros, me esperaba a cierta distancia para hacer el camino de vuelta juntos. Era agradable su compañía y cuando no venía, le echaba en falta. No era el mismo sentimiento que el que causaba en mí la ausencia de padre, claro, pero cuando no venía Sanjit, el trayecto se hacía inhóspito, polvoriento y más largo. Sanjit era un muchacho dócil, más bien tímido, muy diferente a mí. Aun así, nuestras charlas revelaban experiencias comunes: a él también le fustigaban y le insultaban sin otra razón más consistente que la de ser el hijo de la familia de los barrenderos. Sanjit me contaba que el maestro le había pegado porque se había equivocado al leer. Y yo le replicaba que padre nunca le pegaba por no saberse la lección y que nadie tenía derecho a pegarle por no saber leer bien las palabras.

Algunos días, cuando madre estaba de mejor humor, me liberaba de mis obligaciones en casa y me dejaba ir al río a bañarme con las otras niñas. Cómo me

divertía entonces. Desde la parte más alta de la ribera, pegábamos un salto y nos zambullíamos en el agua con ímpetu, una y otra vez, la una detrás de la otra. ¡Nos reíamos tanto! Cuando nos agotábamos, nos tumbábamos en la orilla a mirar el cielo y ver las nubes deslizarse, sintiendo a los insectos merodear alrededor en la hierba o saltar al agua. Otras veces, me acercaba hasta el vado, me tendía en la corriente y dejaba que esta acariciase mi cuerpo pequeño y vigoroso, al que veía destellar con el reflejo del sol. Parecía una estrella brillando, una estrella caída al agua. Después, cuando fui creciendo, bañarse en el río se convirtió en un suplicio. Siempre había muchachos alrededor que se escondían entre los matorrales, expresamente, para observarnos y aparecer de sopetón gritando obscenidades que nos asustaban. Las muchachas mayores, las que ya eran unas mujercitas, como todos comentaban, habían dejado de venir a bañarse porque tenían miedo de ser sorprendidas y atacadas. También porque se lo prohibían sus familias.

Como cada día al caer la tarde, madre, la abuela y yo habíamos salido afuera y nos habíamos sentado en el suelo a la entrada de la casa para descansar, en espera de un hálito de frescura que aliviase el intenso bochorno y se llevase consigo los mosquitos. Era ese momento deseado del día, bajo aquella luz tenue, en que cada uno de nosotros se daba a sus pequeños placeres. Govinda se reunía con sus amigos, la abuela mascaba tabaco y escupía la saliva roja, en tanto que madre dejaba de coser y comenzaba a canturrear pequeñas cancioncillas, una y otra vez, como si todo su ser quedase absorto en aquella música que intuyo debía recordarle tiempos pasados o quizá solo le ayudaba a sacudir la desdicha de ser pobre. Yo también me complacía con aquel esperado momento, después de la cena, que siempre deseaba que hubiese sido más abundante dado mi buen apetito, y solía escuchar con entusiasmo los últimos gorjeos de los pájaros, volando sin cesar de un lado a otro en busca de comida o regresando a sus nidos. Era un privilegio de soledad el que teníamos; de estar con toda aquella vida alrededor y al tiempo sentirte contigo misma, dejándote llevar por el hilo de luz que desfallecía, hasta hacerse todo oscuro. Inesperadamente, oímos el timbre de una bicicleta y vimos el faro de luz que iba acercándose. Era el cartero y pedaleaba hacia nuestra casa. Era raro ver al cartero por aquella parte de Laxmipur porque nadie sabía leer. Solo padre, que ya no estaba, y los muchachos a quienes había enseñado, muchos de los cuales se habían ido a vivir a sitios mejores. El cartero se detuvo delante de la puerta y entregó a madre una carta que era para Govinda. Era un hombre de aspecto delgado, pero con un cuerpo endurecido por el excesivo trabajo. De pocas palabras, parecía; o tal vez la presencia de tantas mujeres le cohibía. Solo dijo que la carta venía de Bombay, después volvió a subirse en su bicicleta, dio media vuelta y se marchó pedaleando más deprisa.

—¡Una carta de Bombay!, ¡una carta de Bombay! —Madre no pudo contener la emoción.

Estábamos todas deseosas de que Govinda regresase para abrirla. ¿Qué debía decir? ¿De quién sería?

Al cabo de un rato intuimos los pasos de Govinda, acercándose en la oscuridad

y madre gritó:

—Hijo, ¡una carta! Una carta para ti de Bombay.

Todos teníamos el presentimiento de que serían buenas noticias.

La abuela encendió una de las lámparas de keroseno. Govinda rasgó el sobre y se fijó en la firma. Era de Arun, uno de los amigos de Bombay, que hacía más de un año que nos había estado visitando. Govinda comenzó a leer en alto, con dificultad, así que al final me la dio a mí para que la leyese bien. Era una carta corta, pero muy clara y decía así:

> Amigo Govinda, esperamos que usted y su familia se encuentren bien y las deidades les protejan. Con respecto al asunto del que hablamos, decirle que sabemos de una buena muchacha que estaría dispuesta a casarse. Conocemos a la familia porque colaboran con nosotros en el movimiento. Viven en el estado de Haryana. La joven se llama Sumati y tiene buena salud. La única pequeña anomalía, es que tiene dieciocho años, es decir, es mayor, por eso la familia está dispuesta a aportar una buena dote para compensar. Creemos, de verdad, que la chica es un buen partido. Nunca engañaríamos a nuestro amigo Govinda.

Cuando terminé de leer la carta, madre me hizo leerla otra vez, más despacito, porque quería recordar bien todos los detalles. Eran muy buenas noticias y quería aprendérsela de memoria. La abuela y madre comenzaron a hablar de los preparativos para ir a conocer a la familia y a la futura novia.

—Habrá que ir hasta Haryana entonces —dijo la abuela, sin saber exactamente dónde quedaba aquel lugar.

—Está muy lejos, en el norte de India, cerca de Delhi —señaló Govinda—. Tendremos que ir en tren, nos llevará un par de días.

Con tanta excitación a todos nos costó conciliar el sueño aquella noche. En el silencio, sentía los bostezos ahogados de mi familia, los movimientos del cuerpo al girarse de un lado a otro, nervioso, con la respiración inestable. Madre debía de estar pensando en que ahora, con la dote de la muchacha, ya no tendría que escatimar en la harina al hacer los panecillos-*bhakris* cada día, que tan pequeños se habían ido quedando últimamente. La abuela debía de estar pensando en que con una mano más, tendría ayuda constante en su trabajo con los adobes y podría descansar más a menudo, sobre todo cuando le viniesen los ataques de reuma, cada vez más frecuentes. Govinda debía de estar ansioso por conocer a la joven que muy probablemente se convertiría en su esposa. Seguro que la incertidumbre de un momento como aquel había comenzado a inquietarle. Pero como se sentía ya un hombre, y estaba siempre con los hombres, seguro que debía de estar pensando en estar pronto con una mujer y saber lo que se siente al desearla y poseerla. Y ¿yo?, yo solo me preguntaba cómo aquella nueva familia podría realmente mejorar la vida de la nuestra. Pues, como en toda boda india tradicional, eran las familias las que se casaban, no solo los novios, y aportaban mutuamente su bienestar para que todos juntos se ayudasen a progresar. A subir un peldaño más en la escalera de la

vida. La familia te apoya en momentos de dificultad y desgracia, decía madre. Y uno siempre sabe quién es y adónde pertenece.. ¿Sería, de verdad, que Sumati y su familia llegarían para rescatarnos de nuestras miserias, como los héroes de las historias de madre?

8
Las cabras son para los sacrificios; los tigres, no

La boda de Govinda y Sumati se llevó a cabo en octubre de 1971 en el pueblecito de Paninagar, en el estado de Haryana de donde era natural la familia de la novia. Él tenía quince años, ella dieciocho. En poco tiempo Govinda se había hecho todo un hombre y como era bastante alto y musculoso, la diferencia de edad apenas se notaba. Además, Sumati era una joven más bien delgada. También era la menor de tres hermanos. Su familia siempre había estado vinculada al movimiento proliberación de los intocables de Haryana. Su padre procedía de una casta de campesinos asalariados al servicio de las castas dominantes en la zona, los *jats*, que eran terratenientes con grandes extensiones de cultivo. Afortunadamente, había conseguido un buen trabajo de conductor de autobuses, gracias a los puestos que el Gobierno indio reservaba para los más desfavorecidos por la *Política de cuotas* establecida. Al ser simpatizante del grupo proliberación de los intocables, estaba familiarizado con este proceso de la *Política de cuotas* y en cuanto tuvo la ocasión la supo aprovechar bien. Gustaba de presumir que ahora tenía un salario fijo cada mes y podía estar tranquilo.

Gracias a la *Política de cuotas*, el padre de Sumati también había conseguido puestos similares para sus dos hijos varones que tenían a su favor el haber recibido unos estudios mínimos. Uno de ellos trabajaba en una oficina del Gobierno, en Chandigarh, la capital del estado, y el otro había conseguido un empleo de cartero en esta misma ciudad. Iban bien vestidos y nadie que no les conociese habría adivinado a simple vista que eran intocables. Su padre estaba muy orgulloso de sus dos hijos y sobre todo de que no tuviesen que ir al campo de peones como sus antepasados. Cuando, finalmente, consiguió casar a su hija Sumati, respiró sin agobios. Sabía que las oportunidades para una hija se irían reduciendo si esta se dejaba entrar en años. Es un buen trato, pensó; el chico es joven y fuerte, podrá trabajar bien. Y aceptó pagar los gastos del convite y regalar a la familia del novio dos cabras y cinco sacos grandes de cereal y legumbres, por la dote de la novia.

El casamiento de Govinda trajo armonía a la familia, especialmente para madre que desde hacía tiempo no se la había visto tan animada. Con la muerte de padre había perdido todo su poder. Toda su valía de mujer. Antaño ella había sido el carro de carga; Ananda el búfalo que de él tiraba. En comunión habían logrado que la familia rodara. Ahora, sin embargo, era inevitablemente una viuda. Instalada en su nuevo estado de lo que supone ser viuda en India, se había hecho vieja de

repente. Con voluntad serena lo había aceptado, igual que un canto rodado discreto y maleable, transportado a la otra orilla por la misma corriente.

La boda de Govinda y Sumati supuso un nuevo giro en la vida de madre. En la de todos se podría decir. Primero fue el interés por conocer a la otra familia, seguido de las conversaciones y negociaciones con ellos. Después vino el largo viaje hasta Haryana (nunca antes habíamos pasado tantas horas en tren, apretujados en un vagón de tercera, con gente tan diversa, haciendo transbordos aquí y allá). Y finalmente la celebración de la ceremonia con miles de sonrisas y destellos.

Los ajetreos de aquellos días y también la alegría de un acontecimiento como aquel, hicieron de la ausencia de padre un sentimiento más alejado que ya no pesaba tanto en nuestras vidas. Padre seguía estando con nosotros y le recordábamos en cada momento, especialmente porque sin su huella y su carisma, tal vez, la boda no se hubiese celebrado. Sin lugar a dudas padre seguía ejerciendo un poder inigualable, apreciado solamente por todos aquellos que conocían bien su inquietud y empeño en el movimiento de Babasaheb y en la educación de los intocables.

Pronto descubrimos que Sumati era una mujer de gran coraje y muy trabajadora. Nos sorprendió aún más saber que era muy conocida y respetada en los diversos pueblecitos del distrito de Rohtak donde trabajaba de asistente social. Govinda había tenido mucha suerte. Madre también lo confirmaba. Había conseguido a una muchacha con gran desenvoltura que le ayudaría a entrar en vereda desde el primer día. Con ella a su lado, Govinda aprendería a pasar menos horas con sus amigos y a asentarse seriamente en su nuevo hogar. Tenía una gran responsabilidad encima. La familia había crecido y crecería más. «¡Muchos hijos, quiero muchos hijos!», les decía a todos Govinda con el buen humor de siempre. Y se reía complacido. Qué contento que se le veía. Seguro que será un buen padre, pensé yo, porque sigue teniendo el corazón de un niño, aunque actúe como un hombre.

Después de las celebraciones los recién casados regresaron a Laxmipur donde vivimos todos juntos por un tiempo. En aquella pequeña casa de una sola estancia en la que cada vez había más boquetes en el tejado tuvimos que acomodarnos y organizarnos de nuevo. Madre cedió su espacio a Govinda y Sumati y le enseñó a esta a correr la cortina por la noche para tener un poco más de intimidad con su esposo. Era su manera particular de insinuarle que se aplicase y que pronto le diese un hijo. Para los demás cualquier rincón estaba bien con tal de extender la estera y dormir un poco.

Sumati había tomado las tareas de madre, como una buena nuera. No le costó adaptarse al nuevo lugar y a la nueva familia, probablemente porque estaba acostumbrada a tratar con gentes muy diversas. Yo pronto comencé a llamarla *tía Su*, sin que madre o la abuela se opusieran porque, en realidad, era así como todo el mundo la conocía en los lugares donde solía trabajar de asistente social. Las gentes humildes de las distintas aldeas sabían que si era lunes tía Su estaría en tal pueblo y si era jueves a buen seguro que la encontrarían en tal otro lugar.

La tía Su contaba que solía recorrer los alrededores del distrito de Rohtak organizando a las mujeres, escuchando sus problemas, informándolas sobre cómo imponerse a los maridos violentos, denunciando agresiones y tratando de acabar con las supersticiones. Era una labor muy difícil. Especialmente porque a muchos hombres no les gustaba y porque no tenía la aprobación de los del Panchayat. Una vez mencionó que Haryana era un estado muy tradicional y que en ocasiones asesinaban a familias enteras de intocables. Y luego decían que eran accidentes, claro.

También contó tía Su que alguna vez tenía casos de infanticidio por cuestiones familiares de honor y de honra.

—¿Por qué una familia mata a su hija? —le pregunté yo horrorizada, pensando en que a pesar de que madre era muy dura conmigo y a veces la odiaba, nunca haría una cosa así.

Apenas lo había mencionado y ya estaba madre gritándome:

—¡Descarada! ¡Desvergonzada! ¿Cómo te atreves?

Con madre delante, había temas tabúes que no se podían mencionar

—Una mujer no debe meterse en esos problemas —añadió madre después mirando a tía Su con desaprobación—. Me alegro de que esa vida pasada se haya acabado y estés aquí.

—Las leyes de nuestro país condenan todos los asesinatos. ¡Son asesinatos de inocentes! —respondió tía Su a madre—. Y se supone que yo debía hacer mi trabajo, ¿no? Trabajaba para el Gobierno… Traté de cumplir con mi deber.

Tia Su se esforzaba en explicarle a madre que había mujeres como ella que realizaban este trabajo de asistente social y se encargaban de ayudar a familias con problemas.

—Cuando conoces a las familias puedes convencerlas; puedes impedir esas barbaridades… Y yo no les tengo miedo a todos esos hombres bravucones del Panchayat. Las mujeres, como tontas, los temen y les hacen caso. Y luego pasa lo que pasa. —Tía Su exhaló un suspiro—. ¡Así están las cosas! —concluyó tía Su con consistencia. Madre se cayó.

Me gustaba cómo hablaba tía Su, con aquella asombrosa seguridad en ella misma.

Tuve que esperar unos cuantos días más hasta que tía Su aludió de nuevo al asunto y brevemente me explicó que en algunas familias muy pobres la gente creía que las mujeres solo traían problemas al hogar porque había que casarlas y ahorrar para la dote. Era un deshonor si en una pareja de recién casados la primera que nacía era una niña.

Tía Su no contó los detalles de aquellas horrendas historias, pero su voz revelaba un sentimiento de desolación y unas ansias inmensas de ponerle fin a aquellas espeluznantes experiencias. Había nacido en aquel lugar, conocía a sus gentes, y le era muy difícil aceptar que la pobreza, las supersticiones y el poder de las castas dominantes pudiesen arrebatar vidas. Vidas de niñas y de mujeres principalmente.

—El mayor problema es que la gente tiene miedo a hablar —me contaba tía Su—. No se atreven a confesar la verdad y todo lo que ocurre en los hogares. ¡Es tanta la violencia!, Devi. Verás —dijo tía Su para que lo entendiese—, es como una rueda, los más pequeños temen a su madre; la nuera teme a su suegra; las mujeres del hogar temen a los hombres, a quienes obedecen sin rechistar; a su vez estos acatan el poder del cabeza de familia y del abuelo. La familia está coaccionada por los vecinos y, entre sí, los vecinos se temen y se apoyan. Y todos obedecen las tradiciones y los mandatos de la comunidad y del Panchayat, que correlativamente están supeditados a las castas dominantes. Estos poderosos en Haryana son primordialmente los *jats*. Al poseer la mayor parte de la tierra, las familias de *jats* manejan todo el entramado político y económico del estado. Y extienden todos sus tentáculos controlando las vidas de los demás seres humanos. De este modo, Devi, nadie se atreve a intervenir y aclarar los asesinatos. Nadie se quiere enfrentar al poder de la casta que manda.

—Y ¿hasta cuándo esconderán la verdad? —le pregunté a tía Su.

Tía Su también enseñaba a las mujeres cosas sencillas sobre economía doméstica, anticonceptivos, higiene, vacunas, cómo pedir pequeños préstamos y cómo ayudarse entre ellas. Los aldeanos decían que tía Su era muy joven, pero que tenía la fuerza de un tigre. Algunos también comentaban que uno de sus antepasados había luchado con gran valor en la gran guerra. Y que había muerto en el campo de batalla. Al nacer ella su espíritu había tomado su cuerpo, por eso tía Su era una mujer tan atrevida y enérgica. Sin miedo a nada. Los que contaban esta historia la miraban con cierto recelo y procuraban no tener altercados con ella. «Una mujer así puede traerte mala fortuna», alertaban las malas lenguas.

Para mí, tía Su era fascinante. Durante aquel tiempo se convirtió en una verdadera maestra y en todos aquellos meses que vivió con nosotros en Laxmipur aprendí a conocerme un poco más. Al cabo de poco tiempo, más o menos un año, cuando ella y Govinda regresaron a Haryana porque Laxmipur no les brindaba oportunidades y Govinda ni siquiera podía encontrar un trabajo para mantener a la familia, la eché realmente en falta.

Con tía Su se podía hablar de todo, mientras madre no estuviese delante. Igual que con padre buscaba su complicidad. No tenía reparos en preguntarle por qué las muchachas se tenían que casar cuando comenzaban a sangrar. O qué había que estudiar para ser tan fuerte como un tigre. Porque padre también lo decía muchas veces, que las cabras son para los sacrificios, pero los tigres no. Y que yo debía ser un tigre. Y estudiar mucho. Con tía Su entendí que lo que padre quería decir era que las cabras eran tontas y tenían miedo. Y no sabían esconderse de los tigres o engañarles. Una solo tenía que fijarse en las dos que teníamos: se pasaban el día balando, trotando por el campo o comiendo hierba. Y en cuanto cogías la vara para conducirlas a casa, iban ellas solas. Algunos días no hacía falta ni pegarlas para

que regresaran. Porque tenían miedo a la vara. Padre decía también que muchos intocables eran como cabras. Y que el miedo los paralizaba; se convertía en un monstruo dentro de tu cabeza, aún mayor que un tigre. En realidad, lo que te derrota es el miedo, no el tigre, afirmaba padre. Sin miedo podrás hacer lo que te propongas. Solo de pensar que me pegarían toda la vida si yo actuaba como una cabra me horrorizaba. Definitivamente, no quería ser una cabra.

En cambio, tía Su era como un tigre, por eso la admiraba tanto.

Otro día también le pregunté a tía Su por qué la gente trataba de locas y salidas a las muchachas que se enamoraban.

—¿Es malo enamorarse? ¿Qué se siente? ¿Estás tú enamorada de Govinda? —Me arrepentí de esto último. Juzgué que había sido impertinente. Tía Su respondió con naturalidad:

—Govinda es un buen hombre —comentó—. Con el tiempo aprenderé a quererle más. Aprendes a amar a la persona que tienes a tu lado si esta te respeta —señaló tía Su. Y advertí cómo miraba a lo lejos, al cielo, como cuando tienes grandes sueños. Y miras al horizonte. Y abres el puño y lo cierras. Y crees que ya los tienes todos bien asidos. Pero siguen siendo sueños—. Enamorarse no es malo —dijo luego—. Las supersticiones de la gente no son correctas porque los sentimientos no se deben reprimir.

No entendí la palabra «*re-pri-mir*». Pero sí que comprendí lo que tía Su quiso expresar. Era igual que cuando ponía el agua en un puchero para hacer el té y lo llenaba hasta el borde y cuando comenzaba a hervir siempre se salía y madre me regañaba. No podías *re-pri-mir* la emoción de enamorarte, pues había algo que te acaloraba por dentro y comenzabas a hervir de contenta. Era un sentimiento excelso según tía Su. Esa misma emoción se hacía tan grande, se calentaba tanto que al final se te salía del cuerpo. Como el agua del puchero. Sería por eso que a las mujeres enamoradas las llamaban salidas. Y las regañaban.

Un día tía Su preguntó por qué Sanjit venía tantas veces a verme después del colegio si a madre no le gustaba que me mezclase con él. Me atreví a contarle que creía que Sanjit estaba enamorado de mí. Porque hacía cosas raras que los demás chicos no hacían. Y porque no podía *re-pri-mir* sus emociones. Me acompañaba a la escuela, me esperaba, siempre estaba muy contento conmigo y no se bañaba en el río desnudo, enseñando sus partes, como hacían los otros chicos, y venía a casa y nos ayudaba en las labores. Creo que es un buen chico, pero a mí me gusta más leer.

Tía Su no respondió nada.

La abuela y madre se dirigían a tía Su en hindi porque ella no sabía el marathi, nuestra lengua materna. Y aunque a ambas les costaba un poco, hacían un esfuerzo. Yo, a veces, le enseñaba palabras y frases en marathi, en la forma estándar que aprendíamos en la escuela, evitando los giros y expresiones rurales que según la maestra eran vulgares. A tía Su enseguida se le quedaban las palabras y al final de todo aquel tiempo acabamos hablando todos el marathi. También ella nos enseñó palabras en punjabi y harianvi que son las lenguas que se hablan en Haryana,

además del hindi y del inglés.

Desde que la tía Su vino a nuestra casa comíamos de maravilla, con dos comidas completas al día. Las dos cabras de la dote nos vinieron estupendamente. Madre las ordeñaba y vendía la leche. Era poco dinero, pero ayudaba a completar las ganancias. Y como teníamos los sacos de arroz, trigo, lentejas, garbanzos y soja, no teníamos que preocuparnos. Si a Govinda le daban pronto un trabajo podríamos trasladarnos a una casa mejor con habitaciones y agua corriente. Decían que había algunas así, pero no las habíamos visto. Estábamos de buena racha y seguro que muy pronto nos iría aún mejor.

Cada día seguía levantándome temprano, sobre las cuatro de la mañana, antes de la salida del sol, para ir al colegio. Me aseaba bien, me arreglaba, me vestía con mi *punjabi* índigo, el mejor de los dos que tenía, y después del desayuno caminaba durante una hora. Sanjit me acompañaba casi todos los días. Por la hosca senda que conducía hasta la escuela se nos juntaban otros niños. A veces echaban a correr y nos dejaban solos porque decían que éramos novios. Sanjit agachaba la cabeza. A mí no me importaban los comentarios. Eran graciosos. En el último tramo apretábamos el paso para no llegar nunca tarde. Los días de monzón eran los peores. Las lluvias arruinaban mi vestido y aparecía tan sucia y mojada que las demás niñas se reían de mí y la maestra me castigaba. En casa no teníamos ni un andrajoso paraguas. No quiero pordioseros en mi clase, gritaba la maestra en cuanto me veía aparecer. Y me hacía salir fuera y lavarme el barro con el agua que había en un caldero del pozo. Después tenía que esperar en el porche hasta que estuviese toda seca. Casi todo el día. Por las ventanas abiertas me llegaba la voz áspera de la maestra y de las compañeras. Desde afuera, las escuchaba y me aprendía la lección. Sabía que al día siguiente me preguntaría la primera para ponerme en ridículo, una vez más, si no me lo sabía o encontraba falta alguna. Una vez recuerdo que llovía tanto que me resbalé y me caí de bruces en el suelo terroso antes de entrar. Cómo les encantó verme allí tirada en todo aquel lodazal. Mi cuerpo pequeño y vigoroso estaba todo embadurnado de lodo pastoso amarronado. Se reían sin compasión alguna. ¿Sabes lo que hice entonces? Comencé a rebozarme en el barro más y más, por delante y por detrás; daba vueltas en aquel adobo de agua y tierra disfrutando como nunca, sintiendo la fina lluvia torrencial que seguía cayendo. «¡Viva el monzón! —grité—. ¡Viva la lluvia que hace crecer los campos!». ¡Vaya caras de tontas que se les quedaron! Se podía leer la sensación de estupidez en sus ojos desorbitados. Como te imaginas, estuve castigada no sé cuanto tiempo. La maestra me trataba como a una estúpida cabra; una cabra loca, a veces, pero desde mis adentros rugía con fuerza la voz de un tigre.

De aquel tiempo también recuerdo con gran emoción mis primeros zapatos. Fue un poco antes de las fiestas de Ganesha. Recientemente, una de las cabras había parido una cría. Todos pensamos que madre sacrificaría al animal, ofrecería una parte a la deidad para que nos protegiese y nos trajese sus buenos augurios y el

resto nos lo comeríamos. Pero Govinda cogió al cabritillo y lo vendió en el mercado. Y luego me compró unos bonitos zapatos para ir al colegio. Como las otras niñas, dijo. ¡Qué contenta estaba! Ya no tendría que llevar más las viejas y gastadas chancletas. Tía Su también se alegró mucho. Madre no dijo nada. Seguía desaprobando el dinero gastado en mi educación. Igual que los vecinos y los ancianos del Panchayat. Pero nadie se atrevía a insinuar nada. Todos conocían la promesa de Govinda a padre. Y nadie osaba desafiar el espíritu de los muertos.

Aprendí a caminar con mis nuevos zapatos de cuero marrón. Solo me los ponía para ir a la escuela. Bueno, no siempre porque al principio me hacían rozaduras. Ya te puedes imaginar las risotadas que hubo cuando las demás niñas y la maestra me vieron llegar. En el fondo tenían envidia porque mis zapatos eran recién estrenados. Y los suyos no. Veo que vas progresando, comentó la maestra. Y luego movió la cabeza de lado a lado. No sé si lo dijo con ironía o en serio.

Por esas fechas también nos entraron a robar en casa. Fue durante el día y nadie advirtió nada extraño. Ni tía Su, ni madre, que habían estado allí todo el rato, entretenidas en sus quehaceres, oyeron ruidos ni vieron a gente desconocida. Govinda había estado fuera, descargando ladrillos de un camión a cambio de unas pocas monedas. Y la abuela había estado preparando el estiércol que había recogido. Yo estaba en el colegio. Se llevaron un saco de trigo que aún nos quedaba y otros dos más, a medio empezar, de arroz y garbanzos. No nos dejaron nada. Cuando madre notó la pérdida, toda alarmada salió corriendo a pedir auxilio a los vecinos. ¿Qué malnacido había hecho aquello? ¿Y cómo? Habían estado allí. ¿Cómo era posible que no los vieran? ¿Había sido tal vez en el momento de la siesta? Se habían tumbado un rato. Con aquel calor sofocante, todo el mundo lo hacía al comenzar la tarde. Todos menos los ladrones, parecía. Pero ¿cómo no habían sentido nada?

Me alegré de haberme calzado mis zapatos ese día y de que no me los hubiesen robado. Pero volvíamos a estar sin comida. Volveríamos a pasar hambre. No había nada. Ni unos gramos para hacer harina. Govinda lo denunció a la policía. Los policías redactaron un informe. Govinda lo firmó. Y eso fue todo. Un tiempo después Govinda fue otra vez a la policía. A preguntar si habían averiguado algo. Tuvo que rellenar otro papel. Lo firmó también. Y eso fue todo.

La tía Su insistió en pedir ayuda a su familia de Haryana. Govinda dijo que aquello era muy deshonroso. Él era el hombre de la casa y encontraría una solución. Acudió a un prestamista en Laxmipur. Y tomó prestado 400 rupias que tenía que devolver en dos años junto con los intereses. De lo contrario el prestamista se quedaría con nuestra pequeña casa. Incluidos los dos boquetes del techo.

Dadas las circunstancias tía Su creyó conveniente informar a su padre de la situación. Para que encontrasen un trabajo a Govinda donde fuera. Además, la familia estaba para eso; para ayudarnos los unos a los otros. Si Govinda tenía suerte y surgía algo de provecho, tía Su podría fácilmente retomar su puesto de asistente social. Como todo el mundo la conocía, apenas le costaría y sería un

ingreso más. La parte menos favorable era que muy probablemente nos tendríamos que trasladar a Haryana.. ¿Emigrar?, interrogó madre. ¿Emigrar como las aves a un nuevo estado, a una nueva casa?, aquello parecía de pronto una desdicha.Nos costaría abandonar aquel lugar, si realmente teníamos que hacerlo. Era nuestro hogar: una casa de una sola estancia, con paredes arcillosas, un techo de paja con dos boquetes, una ventana y una puerta que iba a dar a un corral, que luego fue escuela y que de nuevo se había convertido en un corral, con una ficus religiosa y dos cabras.

Quizá el destino se podía arreglar… Para no emigrar…

Una tarde, cuando en el pueblo anochecía, vimos al padre de Sanjit acercarse. Iba mascando tabaco y escupiendo la saliva. Sanjit no iba con él. La abuela le reconoció enseguida por sus torpes andares y sus ropas harapientas. De niño había tenido la polio y como no la había curado bien, le había dejado aquella rigidez en el cuerpo que le hacía moverse con dificultad. Venía a hablar con Govinda. Madre y la abuela se quedaron escuchando, pero a mí me enviaron fuera al corral a que hiciese mis deberes. Tía Su me acompañó. La abuela había desaprobado siempre a aquel hombre y le observó con recelo. ¿Qué demonios querría?

El padre de Sanjit fue directo al grano y le dijo a Govinda que, como todos sabían, tenía un pedazo de tierra y algunos cerdos que podía compartir con nosotros si aceptaba celebrar el casamiento de su hijo Sanjit con Devi. «Es una propuesta razonable —añadió después—, considerando la casta de las dos familias. Nos podemos beneficiar mutuamente». Tan pronto como madre oyó aquello, se le cayó un cacharro de latón haciendo un gran estruendo. Pretendía estar ensimismada en el fogón, pero no dejaba de prestar atención a cada detalle.

Govinda le respondió que Devi solo tenía ocho años y que los matrimonios infantiles estaban prohibidos por la ley y su familia los aborrecía. El hombre insistió. «Tampoco tenemos que realizar la ceremonia inmediatamente —insistió —. Podemos pactarlo y luego, más tarde, cuando Devi sea una mujer, ya cerraremos el trato y celebraremos la boda. Mientras tanto dividiremos mi tierra en dos partes y podréis cultivar una. También os traeré uno de mis cerdos…».

Tajantemente, Govinda concluyó que, aunque estuviesen muy necesitados no iba a permitirlo porque su deber era educar a Devi para que fuese a la universidad. Esta había sido su promesa a padre. Y la iba a cumplir. Después, más tarde ya verían.

El padre de Sanjit se rió con sorna, después se marchó frunciendo el ceño y sorteando a los niños que jugaban en la calle. Enseguida los comentarios estallaron en casa y al conocer aquellos propósitos me asusté tremendamente. ¡Querían casarme! ¡No!, ¡no podía ser!, la vocecilla dentro de mí comenzó a gemir con amargura.

La abuela no hacía nada más que rezongar y madre no paró de echarle pestes al padre de Sanjit durante varios días.

—¡Un pedazo de tierra!, ¡un pedazo de tierra…! —exclamaba—. ¿Quiere que le entregue a mi única hija por un pedazo de tierra y dos merdosos cerdos? ¿Quién

se ha pensado que es?

—Yo te lo diré —gritaba madre—. Un sucio barrendero. Eso es lo que es. Ni siquiera es de nuestra misma casta. Jamás entregaré a Devi al hijo de un sucio barrendero. Ni de ninguna otra casta inferior. ¡Mi hombre era maestro! ¿Acaso no se acuerda…? Y amigo de Babasaheb.

Madre continuó con aquella retahíla días y días. Para que se enterasen bien los vecinos y les llegase a sus oídos. Pero yo no las tenía todas conmigo. Por mucho que madre aullase Govinda era el que dirigía la familia. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Y si Govinda aceptaba su propuesta al cabo de algún tiempo para tener algo de comer? No podía decir nada, no podía ni quejarme y el miedo me iba royendo a pedazos.

Madre me miró fijamente a los ojos con hosquedad y dureza.

—Y pobre de ti si Sanjit aparece otra vez por casa —me advirtió—. Pobre de ti porque te acordarás.

Toleraba que fuésemos juntos al colegio. También iban otros niños. Pero lo de venir a casa, como lo solía hacer, ahora ya no se lo permitiría. No volvería a consentir que el hijo de un sucio barrendero pusiese los pies en su casa.

Tía Su se alegró de que Govinda se mostrase tan enérgico. Sacrificar a Devi por un pedazo de tierra y dos cerdos era impensable. Ni por muy hambrientos que estuviésemos.

El padre de Sanjit no sabía que Govinda había pedido un préstamo; o tal vez sí y se aventuró a llevar a cabo su jugada. Era viudo y le habría venido bien una muchacha joven que le ayudase y cuidase de sus tres hijos. La tierra que tenía era un buen reclamo en un mundo en el que unos cuantos palmos de cultivo lo eran todo y podían marcar la diferencia entre comer o pasar hambre.

Después de aquel famoso día de la propuesta de boda, Govinda no le dio más vueltas al asunto. Tenía la cabeza engarbullada con otras cosas más importantes. La abuela siguió repitiendo que yo era demasiado joven. A madre continuaban escapándosele pestes cuando veía al padre de Sanjit por los alrededores y tía Su dijo que no me asustase más, que ella siempre se hubiese opuesto a aquel matrimonio. Ni el más mínimo trato les hubiese dejado hacer, Devi.

Yo también aprendí de aquella experiencia. Palpé con gran proximidad lo vulnerable que podía ser. Y lo fácil que era sentir miedo y convertirme en una cabra. Y balar desesperadamente para mis adentros cuando ves el cuchillo apretado al pescuezo. ¿A cuántas más situaciones como aquella me tendría que enfrentar, expuesta como estaba al azar de la vida o a las decisiones de los demás? Súbitamente, había sentido los aguijones de la angustia, sin poderla espantar. ¿Dónde estaba entonces mi voz de tigre? Parecía inexistente. Tal vez por eso, por despecho o impotencia, había balado, calladamente, como una cabra a punto del sacrificio. Y, sin embargo, hubo esperanza en aquel lánguido balido. ¿La habría siempre?, me preguntaría años después. ¿Podría insuflar un poco más de vida a mi ser y rescatarlo de toda amenaza, con el silencioso balido de mi alma?

Fueron pasando los años de infancia y juventud sin darme cuenta. Como en la escuela iba siempre por delante de todas las demás compañeras sirvió para recibir ayudas económicas del Gobierno. Cuando comencé los estudios superiores tuve algunos profesores que me ayudaron mucho. Algunos eran de castas bajas, pero había uno, el señor Harish, que no lo era. Él me prestó muchos libros de literatura, de historia, de geografía. Se me había despertado un gran interés por aprender cómo vivían otras gentes de otros lugares. No solo de otras partes de India, sino también del mundo entero. Encontraba fascinante que toda aquella complejidad de personas pudiese vivir en el mismo mundo, sin que este, el mundo, un día no decidiese salir pitando por los aires. O dar un portazo y largarse a otra parte. Recuerdo que los libros me hacían soñar con que quizá un día viajaría de verdad a todos aquellos *multiversos*. Porque no era *uno* solo, un universo como nos lo hacían creer, sino muchos, todos los complejos mundos de tantísimos seres, enlazados, entramados misteriosamente. Leí la historia del continente indio, tratados de religiones, de mitos ancestrales. Leí, leí, leí apasionadamente todos aquellos años. El señor Harish me ayudó también a conseguir una beca del Gobierno que cubría mis estudios superiores y la estancia en una residencia de estudiantes femenina en la ciudad de Bombay donde me preparaba para el examen de ingreso en la universidad. Fueron años lejos de casa, pero sin ningún coste para mi familia. Años en los que había crecido mucho. Con diecisiete me había transformado no solo en toda una mujer hermosa, decía madre, muy parecida a ella en otros tiempos, aunque con la piel tiznada de la negrura de padre, sino que además era una de las poquísimas estudiantes intocables que no había abandonado sus estudios para casarse. En aquella época contaba también con el apoyo de mi hermano Govinda. Ojalá madre también hubiese dado su aprobación como él lo hacía. Pero nunca era así. Por eso nunca le conté nada de las regañinas o los castigos de la maestra en mi primera escuela, ni tampoco sobre las amenazas o insultos por mi casta, después cuando fui a los otros colegios, en la residencia de estudiantes o incluso en la universidad. De haberlo sabido madre hubiese puesto el grito en el cielo y hubiese tenido un buen argumento para impedir que continuase estudiando. A mi favor estaban los resultados de los exámenes que siempre eran excelentes. Cuando regresaba a casa por vacaciones, recuerdo que lo primero que me preguntaba era si traía las notas. Aunque no sabía leer, sí que se había familiarizado con la palabra «excelente». En algunos boletines aparecían puntuaciones que reconocía fácilmente. Y como siempre veía escrito un «nueve» o un «diez», o sus equivalentes, no decía nada. Arrugaba el morro, pero nunca se atrevía a replicar nada. Gracias a Dios nunca suspendí, porque estoy segura de que madre habría tenido la excusa perfecta para aludir que todo aquello no era nada más que malgastar el tiempo y el dinero. Ella habría convencido a Govinda para finalizar mi educación. Machaconamente solía repetir que más tarde o más temprano tendrían que buscarme un hombre para casarme. Y que posponerlo tanto no era bueno. «Cuanto más tiempo pase menos oportunidades tendrá», le decía a Govinda. Pero los tiempos estaban cambiando. El país estaba transformándose

rápidamente. Hasta los intocables habían vuelto a recuperar su fuerza perdida. Ahora se hacían llamar *Dalits* y reclamaban una identidad nueva y revolucionaria. *Dalit* significaba «oprimido», «pisoteado», y con ello querían proclamar a todo el mundo, con gran orgullo, que jamás renunciarían a sus orígenes, a su idiosincrasia, a su casta. Seguirían luchando por su visibilidad, por su espacio, por sus derechos. Igual que los negros lo habían hecho en América. Por aquella época surgió el movimiento activista de los Panteras *Dalit* en Bombay y más tarde, durante mi primer año en la universidad, recuerdo que acudí a algunas conferencias de la organización de estudiantes *Dalit*. Sin embargo, nunca me sentí atraída por aquel tipo de grupos sociales. Consideré entonces que para mí la mejor forma de mejorar aquel *multiverso* tan complicado era a través de la educación. Llevaba la huella de padre y sus lecciones impresas en mi piel y pensé entonces que seguir su camino era lo más razonable.

Aprobé el examen de ingreso y elegí la carrera de Historia. ¿Por qué Historia?, te preguntarás. Porque quería conocer mejor mi país, el lugar donde vivía. Quería saber quién era y de dónde venía. Quería descubrir si la educación nos puede hacer humanos-tocables; seres que se tocan unos a otros; que simpatizan con los demás; que sienten y se sienten; seres que se acercan al corazón. ¿Había ocurrido alguna vez a lo largo de la historia de la humanidad? ¿Ocurriría?

Quería averiguar si realmente la educación es capaz de eliminar las marcas ajenas estampadas en la piel que te condenan o te subliman. Tal vez era demasiado ingenua entonces. Pero seguía creyendo en padre. En su pensamiento sin fronteras. En la herencia de libros no escritos que me había dejado. Y seguí adelante. Aguantando, a veces, y otras, haciendo caso omiso de las soeces y abusos de otros estudiantes porque era evidente que era mujer y además intocable. ¿Dejaría de serlo alguna vez? ¿Estaba bien no quererlo ser? O, como reivindicaban los Panteras *Dalit* del movimiento, ¿tenía que estar orgullosa de serlo? De ser intocable. *Dalit*.

La cuestión era que, a simple vista, entre todos los demás estudiantes, mis dos vestidos de quita y pon me seguían delatando. Y mi apellido también. Y mi beca del Gobierno concedida a los estudiantes brillantes de castas bajas. Sus comentarios eran descarados. «¿Por qué una rata de alcantarilla tiene que beneficiarse de ese dinero público? Dinero de los impuestos», decían. Sus quejas parecían como si me estuviesen pagando ellos mi educación, de sus propios bolsillos. Nosotros, los pobres, también pagamos impuestos. Tenía que ignorarles para seguir adelante. Pero no me sentía orgullosa por ser intocable. No quería reivindicar mi identidad y ensalzarla. Lo que ansiaba era desprenderme de ella. Eliminarla. Estrujarla. Arrancármela de la piel. Desenvolverla, desecharla, como el papel pringoso de un caramelo, para que solo quedase el contenido, su dulzor. En aquellos tiempos, no balaba como una cabra; no. Pero tampoco rugía como un tigre. Eso les hubiese enervado más. Simplemente, me dedicaba a estudiar; a estudiar y a leer todo lo que podía. Quería graduarme para convertirme en alguien y aspirar a un buen puesto de trabajo. Así verían todos quién era Devi. Tal vez enseñar en una universidad. Sí, ese sería un maravilloso sueño. Quería ser una

mujer moderna, independiente, que toma sus propias decisiones. Quería ser lo contrario a madre. ¿Acaso no era posible, si creía en ello?

Al finalizar el año de 1972 Govinda y tía Su se marcharon a vivir a Haryana. El padre de tía Su había encontrado un buen trabajo para Govinda en la compañía de autobuses estatales, la misma empresa del Gobierno donde él trabajaba. Haryana es un estado cercano a la capital, Nueva Delhi, y en aquella década crecía y crecía. Había comenzado a nacionalizar los servicios de transportes y a aumentar el número de rutas, por eso necesitaba empleados. Las castas bajas podían acogerse a la política de reservas del Gobierno. Era una oportunidad excelente para Govinda y tía Su que no podían desperdiciar. La abuela y madre se quedaron en Laxmipur. «Solo es por un tiempo —dijeron—, hasta que Govinda y tía Su se asienten bien y puedan comprar una casa grande para vivir todos juntos». Tía Su había recuperado su trabajo de asistente social, aunque a madre no le gustaba. Los dos ganaban mucho dinero y seguro que pronto podríamos vivir en un bonito lugar. En realidad, madre no quería trasladarse a otro estado. «¡Tan lejos de casa!», exclamaba resentida. Era como emigrar. Y emigrar era para los que querían vivir mejor. Ella y la abuela no necesitaban lujos, mucho menos en otro estado tan diferente. Dejar su casa donde había vivido con su marido toda su vida, donde él había muerto, donde decía que sentía su espíritu, donde estaban todos sus recuerdos, era una idea bastante descabellada. Madre le fue dando largas a Govinda para no ir, hasta que no pudo sostenerlo más.

En Haryana Govinda tuvo que aprender a conducir. También tuvo que aprobar algunos exámenes que no le resultaron difíciles porque era muy mañoso. Lo que más le gustaba era llevar pasajeros en las distintas rutas de ida y vuelta que hacía por todo el distrito de Rohtak. A veces también le tocaba hacer otros trayectos a Delhi o hasta Amritsar. Decía que algún día llevaría a madre y a la abuela a Amritsar a visitar el famoso Templo Dorado de los Sihks, como muchos de sus viajeros y peregrinos.

Durante algún tiempo Govinda se encargó de que a madre y a la abuela no les faltase nunca comida en Laxmipur. También les compraba ropa nueva cada año. A mí me daba algún dinero cada mes porque la beca solo cubría mi educación y la residencia. «Un buen estudiante no se puede ir a la cama con el estómago vacío. Debes alimentarte bien», repetía bromeando.

En la residencia de Bombay la comida era muy escasa y cuando podía compraba *samosas* y *pakoras* de los puestecillos de los mercados o de la calle. Me encantaba pasear por entre las tiendecitas de dulces. Se me avivaba el apetito nada más ver la variedad de colores y el dulzor que desprendían. ¿Qué puedo comprar hoy?, me preguntaba. Y palpaba las escasas monedas que tintineaban en mi bolsillo. Eran siempre tan pocas que después de preguntar cuál era el precio de los *laddus*, a cómo iba la *halwa* afrutada o cuánto costaban los *barfi* de chocolate con almendras, acababa desechando la idea, porque mis escasas monedas tenían que

durar todo el mes y debía gastarlas en algo más consistente y no en un encaprichado dulce. Anhelaba comer dulces. Comer por comer. Comer cualquier cosa por capricho. Comer sin tener hambre, como lo hacían muchas de las otras chicas. Deseaba estar gordita como las jóvenes de castas altas, a las que se veía tan afortunadas. Siempre con el vientre bien relleno, las curvas de las caderas grandes y bien marcadas, los pechos siempre generosos, los brazos bien fornidos.

A pesar de mi delgadez, me atrevería a decir que aquellos años fueron felices. Estaba sola en una gran ciudad, lejos de madre y su soniquete reprobador ante todo lo que hacía o dejaba de hacer. Lejos de Laxmipur que me parecía entonces mediocre y vulgar, lejos de las vecinas que cada dos por tres se dejaban caer en nuestra casa con sus chismes y habladurías. Algunas venían del mercado y enseguida voceaban a madre y a la abuela para que salieran a escuchar las crujientes noticias que traían recién sacadas del fuego. Si pululaba entonces por los alrededores la curiosidad me hacía poner la oreja y prestar atención. Aunque como hablaban tan alto porque era su costumbre te enterabas igualmente de todo. Otras veces, alguna de estas mujeres solía coger a madre por sorpresa en el río o en el pozo cuando iba a por agua y le decía: «Necesito su consejo Urmila-ji. ¿Puedo contarle lo que me está pasando? Pero no se lo diga a nadie por favor. No se lo diga a nadie… Sospecho que mi marido está liado con mi nuera. Esa mala puta lo ha camelado bien. No sé cómo lo ha hecho porque no vale un pimiento. Pero a él se le ve loquito. Le ha comprado dos vestidos nuevos. ¿Sabe lo que le pillé haciendo el otro día? Ojitos. Le cogí haciéndole ojitos a ella. Esa mala pécora me va a arruinar la vida. Y encima le reía la gracia delante de mí. ¡Delante de mí! ¿Se lo puede creer, Urmila-ji?».

Este tipo de noticias eran tan comunes en Laxmipur que se podía haber impreso una edición del periódico semanal. ¡Cómo las detestaba! Ni te imaginas. No había privacidad en los hogares. Todo el mundo lo sabía todo y nadie sabía nada cuando no interesaba. Así iba rodando la vida. En Bombay, lejos de aquella marabunta criticona, sin nadie de la familia, de la comunidad, de la casta que juzgase mi conducta, podía dedicarme enteramente a aprender. A explorar el *multiverso* en el que vivía. Hablaba de las lecciones con algunos profesores y me relacionaba con unos pocos estudiantes de la residencia. Acudía a algunas conferencias cuando tenía tiempo. Disfrutaba de una relativa tranquilidad y la gran ilusión de que, en unos años, cuando me graduase, sería alguien importante y respetable. ¡Qué contento habría estado padre!

Cuando más saboreaba la vida de Bombay, de la residencia, del campus universitario, mi destino tomó otro giro. La abuela enfermó severamente. Los ataques de reumatismo de siempre se le habían extendido por diferentes partes del cuerpo y a duras penas se movía a causa del dolor. Govinda decidió entonces que ya había llegado la hora de que todos nos trasladásemos a su nueva casa que se acababa de comprar en el distrito de Rohtak. Ya no valdrían las excusas de madre. Y ella sola tampoco estaba en condiciones de atender a la abuela. En aquel año de 1980, unos meses antes de que acabase las clases de mi primer curso en la

universidad, todos nos mudamos al hogar de Govinda y tía Su. A madre le pareció bien estar juntos otra vez. Ahora le podría echar una buena reprimenda a tía Su porque todavía no le había dado ningún nieto. ¿A qué esperaba? Al principio no quiso presionarla, se acordaba de su propia experiencia y cómo fueron de crueles en Laxmipur con ella. Pero aquel trabajo de asistente social la estaba malogrando. Tanta responsabilidad no la ayudaba a quedarse encinta. Debía abandonarlo enseguida. Primero era la familia y debía consagrarse a ella y a los hijos que viniesen. Una familia sin hijos no era una familia, replicaba madre. Todos lo sabían. Tendría que hablar con Govinda también.

El destino nos había reunido en una casa mucho mejor, con varias habitaciones y hasta un cuarto de baño. ¡Era tan bonita!, comparada con la construcción destartalada y ruinosa que habíamos dejado. Pero estábamos en Haryana, donde vivía nuestra familia política, muy lejos de la tierra de nuestros antepasados. ¿Era por fin el momento de atisbar el progreso? Asombrosamente, Govinda y tía Su habían progresado mucho en poco tiempo. Parecía increíble, pero bien cierto. Aprovechando la rueda de la fortuna a su favor, con mucho esfuerzo habían escalado un gran peldaño de la escalera social. Su nueva casa auguraba el bienestar que parecía forjarse. Y su trabajo, claro, con un sueldo fijo cada mes. Ahora vivíamos en la zona donde viven las familias de clase media-baja; no estábamos relegados a alojarnos en las afueras como lo hacen los proscritos.

Tía Su había adquirido algunos muebles baratos para la sala principal y las habitaciones. Los había elegido con mucho gusto. Había comprado una cama grande para ella y Govinda y otras mucho más pequeñas para la abuela, para madre y para mí. Las camas venían con sus respectivos colchones, muy blanditos, que te daba la sensación de estar tendida entre las nubes. Ya nadie dormiría en el suelo en una triste esterilla nunca más. Las lámparas de queroseno habían sido desterradas, solo se usarían en las emergencias porque teníamos luz eléctrica con bombillas en cada una de las estancias que se encendían apretando un botón. La abuela ni se lo podía creer. Madre recorría las diversas habitaciones lanzando exclamaciones:

—¡Oh, qué bonito, Govinda! ¡Y qué grande es! —Luego añadía—: Pero todo esto debe ser muy caro, ¿no?

—La vida nos sonríe, madre. Ya no debemos preocuparnos por el dinero —contestaba Govinda orgulloso.

Madre admiraba las paredes blanqueadas, los techos altos, las ventanas y puertas que cerraban bien.

—¡Mira!, ¡mira!, ¿te has fijado, Devi? Mira, ¡agua! Sale agua cuando mueves esta palanquita. ¿Cómo puede ser? ¿No es maravilloso? Y es toda para nosotros.

Madre agitaba la cabeza en un arrebato de incredulidad.

—Sí, ya no habrá que ir al pozo, ni al río —le respondí yo—. Ni tendremos que acarrearla.

Se había convertido en una carga tan pesada… cada día transportar el agua…

dos veces o más. Y ya no tendríamos que salir fuera a hacer las necesidades, escondidas en un lugar estratégico o incluso a la vista de quien pudiese pasar porque era urgente y no podías aguantarte. Era un placer aprender nuevas costumbres; costumbres más modernas y educadas. Tendríamos que controlar que la abuela y madre no saliesen afuera a orinar, inducidas por sus hábitos de siempre. También que fuesen siempre decentemente vestidas y limpias. Como las otras familias. Y cuando yo trabajase le compraría a madre y a la abuela algunas joyas para que las luciesen en los días de fiesta.

Todos estábamos muy excitados y emocionados con tantas cosas buenas y tanto espacio, todo un lujo, sin lugar a dudas, para una familia que hasta hacía cuatro días había subsistido haciendo adobes de estiércol y vendiéndolos por los alrededores, medio mendigando su dinero. Pero aquello había pasado a la historia. También el ir a buscar las boñigas de los animales o la leña si la había. En aquella casa de Govinda y tía Su, madre y la abuela vivirían como señoras. Incluso bromeábamos con la idea de que hasta tendríamos un criado que viniese a cocinar y a lavarnos la ropa.

—Bueno, bueno, no tanto —respondió Govinda—. Que la casa todavía hay que pagarla y los gastos han aumentado.

La casa también tenía un huerto, donde madre sembraría sus verduras y donde en un futuro plantaríamos una ficus religiosa en memoria de padre. Y como el aire de Haryana era más seco y la temperatura también era más calurosa, que siempre era muy aconsejable para curar el reumatismo, seguro que la abuela mejoraría su salud.

En cuanto a mí, bueno, a mí nadie me había preguntado lo que realmente quería.

Me habían reservado un cuarto pequeño en aquella casa tan fabulosa. Para mí sola, donde pudiese leer a mis anchas y estar con mis amigas, hasta que me casase, claro. ¿Pero qué amigas podía invitar si allí no conocía a nadie? ¿Y qué pasaría con mis estudios? Era lo único que realmente me importaba, continuar con mis estudios.

Me habría gustado terminar mi carrera de Historia en la universidad de Bombay. Sin embargo, a duras penas pude concluir el primer curso. Aquel año con tanto movimiento mis notas se resintieron. Supliqué y rogué a Govinda para seguir estudiando. «¡Quiero acabar!, por favor. ¡Solo serán unos pocos años más…!». Como seguía teniendo la beca, Govinda determinó que continuaría en Delhi y no en Bombay, que estaba a solo cuatro horas de casa. Igualmente me alojaría en una residencia y a menudo viajaría para estar con la familia. Parecía más sensato que si me quedaba sola en Bombay. «Y, cuando haga la ruta hasta Delhi te podré llevar y traer en mi autobús —dijo Govinda, bromeando—. A una pasajera como tú no le cobraré nada, te lo prometo —añadió sonriente».

Todo el mundo a mi alrededor estaba tan contento por tanta exuberancia que derrochaban alegría por doquier. Yo, sin embargo, ensimismada, me preguntaba por qué emanaba de mí un sentimiento profundo de extrañeza y confusión.

Nos sentamos a cenar todos juntos en nuestro primer día en la nueva casa. En silencio masticábamos el arroz, las verduras, el *dal* y hasta unos trocitos de cordero que tía Su había comprado para festejar la ocasión. Me costaba digerir tantas emociones, tantos cambios de repente. Yo misma había mudado la piel, como una serpiente: había crecido, mi cuerpo había cambiado, mi mirada se había desplazado a otro campo visual. Sentía la necesidad de existir, no de ser solo una presencia. Voy a cerrar los ojos, me dije, y voy a abrirlos otra vez, para ver que es verdad, que no es una fantasía traicionera de mi mente. Y que somos nosotros los que estamos aquí, en esta casa tan bonita, delante de estos manjares. Y que es cierto y está sucediendo. Y si así lo es, voy a pensar después que la marca de la intocabilidad también se ha difuminado; que ha quedado abrasada para siempre; sepultada por estos muros; aniquilada y asesinada por la abundancia y la oportunidad que nos trae esta nueva vida. Voy a cerrar los ojos y voy a abrirlos después, y voy a creer con entereza que he quedado liberada de la lacra del pasado y que con paso firme podré caminar hacia adelante.

9
El honor de la casta

Siempre he creído en el honor, en un honor personal, íntimo, de respeto a una misma y a las demás personas. Siempre he luchado por que la honestidad y la dignidad fuesen los valores principales que con elegancia visten ese honor. Pero en India, cuando se habla de honor mucha gente lo relaciona con la casta, con esas normas y costumbres que tienen las familias y que han de cumplir por el hecho de pertenecer a una comunidad. No acatarlas, o incluso desafiarlas, significa caer en la vergüenza, en el ultraje. Durante muchos años, largos años en realidad, puse mis esperanzas en mi educación como un medio eficaz que se alzaría y me conduciría hacia ese honor íntimo y personal de respeto supremo del *multiverso* que me acompañaba. Quería desmarcarme con honores. Una mujer educada en India, pensé, altamente cualificada, siempre rompe moldes, forja un modelo, una senda; abre su mente a miles de alternativas, se libera de la vida con grilletes que vivió anteriormente su madre.

En aquella época, durante todos los años que pasé en la Universidad de Delhi, terminando mis estudios de Historia, graduándome, iniciando un máster, participando en las reuniones de la asociación de mujeres, divirtiéndome con mis amigas de la residencia, trabajando un día a la semana, luché por conseguir ese respeto que me hiciese sentir satisfecha, a mí misma y a mi familia. Lo que no sabía entonces era que, aunque estuviese educada, aunque mi mente fuese talentosa, seguiría siempre perteneciendo a una familia determinada, con un apellido en concreto, que los desconocidos no pronunciaban con indiferencia, sino que o bien iniciaban un ritual de preguntas directas, o bien sus conjeturas, casi siempre acertadas, apuntaban al desenlace final que siempre dejaba al descubierto mi casta, mi maldito estado de intocabilidad. Ni siquiera el bienestar económico de Govinda y tía Su, ni tampoco mis títulos universitarios, con todos mis esfuerzos por conseguirlos, trabajando año tras año, heroicamente, con ahínco y firmeza. Nada de todo eso valió cuando llegó el momento clave de casarse; de mi relación con Rajit y después mi boda.

Sé que aún no te he contado que estuve casada. Sí, me casé en 1985 con Rajit, un hombre maravilloso. Él tenía veinticuatro años y yo veintidós… Pero, siendo algo inevitable, será mejor que no me ande por las ramas y me deje de secretos y lo suelte ya todo, y logre, tal vez con ello, hacer disminuir mi dolor, la rabia y el odio que todavía siento. Pongámoslo entonces de esta manera, Rajit y Devi felizmente

se casaron y al cabo de poco más de un mes, los descasaron. Su unión atentaba contra el honor. ¡Hala!, ya está dicho. Cuesta escupir estas terribles barbaridades, pero así fue.

El odio sigue ahogándome cuando lo rememoro y la envidia me sobrecoge cuando leo en los periódicos noticias como la de Vivek y Saroja, que se casaron, aún perteneciendo a distintas castas, tan aparentemente distanciadas y opuestas, él un intocable, ella una mujer de casta brahmán, y me digo a mí misma, ¡qué bien!, tuvieron más suerte que yo... Y son felices y tienen hijos y sus familias conviven pacíficamente. Tal vez es posible en otro estado, en otra comunidad, en otra familia. En Haryana, las reglas del honor de la casta se hacen cumplir férreamente y yo no lo aprendí hasta muy tarde. O tal vez confié demasiado, influida por los aires de modernidad de una ciudad grande, como Delhi, y del campus universitario que me pareció diverso y tolerante. Supongo que pensé que estando Haryana al lado de la capital, los ritmos más avanzados y la mirada más abierta de esta lograrían mudar lo inservible en las mentes de sus gentes más provincianas. No fue así. Las costumbres están enraizadas espesamente y una boda es algo serio. Hay mucho en juego. Hasta los que se consideran abiertos de pensamiento, se vuelven tiranos en ese momento. Iré al grano para que te hagas una idea.

Nos enamoramos. Ardía la pasión entre Rajit y yo y queríamos casarnos. Un matrimonio por amor agravaba todavía más la situación. Rajit cursaba Historia, igual que yo, aunque iba dos años por delante. ¡Qué guapo era el condenado en aquella época, hace cinco años! La última vez que me lo encontré por casualidad, estaba gordo y tenía unas enormes ojeras. Pero entonces, en aquella época, era endemoniadamente atractivo. De verdad que lo era: alto, fuerte, de mirada tierna y una sonrisa con dos hoyuelos donde siempre se quedaban clavados mis ojos. Un joven bien apuesto de una familia de Haryana, perteneciente a una casta dominante de este estado. No puedo darte más detalles, no puedo ser específica, porque me pondría en evidencia, me señalaría aún más, y no quiero acarrearme más desgracia y más dolor encima. Lo entenderás mejor cuando llegues al final de esta historia.

Cursábamos algunas asignaturas juntos, sobre todo en los últimos años. Y hacíamos los trabajos comunes también juntos, aunque a él le ponían mejor nota que a mí algunos profesores. Era maravilloso vernos trabajando: una casta tocable y una casta intocable al unísono. ¡Ja, ja!, en cierto modo rememorar la imagen me produce placer. Dos mentes, dos almas entregadas a una labor; todo un ejemplo para los otros estudiantes de clase, no cabía duda. Por el día estudiábamos sin descanso, por la noche también nos aplicábamos y hacíamos el amor. Si madre lo hubiese sabido, me habría matado. Él se encargaba de buscar una habitación alquilada por horas, o me llevaba a un hotel barato, a mí no me importaba. La residencia femenina de de estudiantes prohibía la entrada de hombres en las habitaciones, me habrían expulsado si nos hubiesen visto allí. Además hay que mantener la castidad, para no deshonrar a la familia, por eso solo algunos amigos conocían nuestra relación, los mismos que luchaban contra los prejuicios de la casta. También algunas compañeras de la asociación de mujeres y, claro, mi

familia, aunque a ellos por nada del mundo les habría dicho que intimábamos.

Govinda se alegró mucho cuando le hablé de Rajit.

—¡Ya era hora, Devi! —exclamó—. Ya era hora de que alejases la mirada de los estudios por un rato. Madre me está agobiando con que te busque un pretendiente inmediatamente. Se niega a posponerlo más tiempo. ¡Qué bien!, por fin ya no lo tendré que hacer.

—Es brahmín —le dije luego.

—¡Umm! —balbuceó Govinda, pensativo, durante unos segundos. Y dio un ligero suspiro—. Bueno, qué más da. Los tiempos están cambiando. El matrimonio entre castas también funciona… Y luego con la lengua dio un chasquido. Pero, te veo tan diferente, Devi, tan segura de ti misma —dijo después—. Pareces otra, de verdad, y, realmente, es estupendo.

Sus palabras eran confortantes. Madre, en cambio, no reaccionó igual, sino tal como me había imaginado. Trataba de mantener una ligera esperanza de que algo en ella cambiase alguna vez, me agarraba a ese pequeño atisbo de luz, a esos golpes que da la vida para que aprendas, pero parecía como si con madre, nada de eso funcionara. Siempre se presentaba ante mí con ese corazón de piedra que desgarraba mis sentimientos, con la mirada implacable que rompía todas mis esperanzas, recordándome los deberes contraídos como hija que soy y como miembro de *una* familia impoluta. Siempre ejerciendo un poder invisible sobre mí, que no utilizaba con nadie más.

Cuando le hablé a madre de Rajit, fue como si oliese el aire a chamusquina.

—Desde que te has vuelto moderna y te vistes con pantalones, ya no eres mi hija. ¡Nos avergüenzas! Las moderneces de la gran ciudad te han abducido la razón, el entendimiento. ¿Dónde está tu honra y tu respeto a esta familia?

Sus palabras le salieron de sopetón, como siempre sin apoyo alguno, sin aprobación, carentes de la más ligera sombra de cariño. ¿Cómo puede una madre darte la vida y no expresar una sola palabra de afecto? ¿Qué hace que su corazón se torne de piedra? ¿Y que su lengua sea el cuchillo que te hiere con cada reproche? Lloro, sí, lloro muchas veces, con lágrimas que mojan la almohada por la noche porque es inevitable. Porque es mi madre.

Madre estaba tan satisfecha con el éxito de Govinda, con su oficio, con su casa nueva y con la pequeña Shanti, la niña que él y tía Su tuvieron, que yo misma, mis deseos, mis esfuerzos, no valían nada para ella. Seguía sin reconocer mis tantos años en la universidad.

—¿De qué servirán si no tienes un marido? —había repetido millones de veces.

—Bien, ya tengo a un hombre a mi lado —le espeté sin remilgos, cuando Rajit y yo íbamos en serio. Sus ojos encararon los míos, en espera de que fuese yo quien inclinase la mirada.

—Demasiado, demasiado para ti —dijo con sarcasmo—. ¿Ahora necesitas a un brahmín? ¿No te conformas con los que son de tu mismo rango? ¡Claro!, es la gran ciudad, la universidad... ¡Y todas esas moderneces, claro…! Y pantalones bien ajustados y labios pintarrajeados… Igual que una fulana… Has deshonrado a esta

familia, lo sabes, ¿verdad? Una buena chica india respeta a su familia y obedece a sus mayores.

Sus cuchilladas me enajenaban.

—No pienso desperdiciar mi vida —le grité. Y me arreó una bofetada, como cuando era pequeña—. ¡Te has vuelto loca, madre! —le chillé yo también descargando toda mi rabia contra ella.

—¿Cómo te atreves a responderme, mala puta? ¿Cómo te atreves a hablarle así a una madre? —Y siguió pegándome, mientras yo me protegía la cabeza con las manos hasta que logré salir corriendo.

Rajit me invitó a la casa de su familia en Haryana una vez. Me presentó a sus padres y les dijo que era una estudiante del mismo departamento, que sacaba las mejores notas, añadió. Lo último lo acentuó para favorecer la situación. Después me sometí al típico interrogatorio que las familias llevan a cabo cuando los hijos presentan amigos a sus padres. Y las preguntas y las admiraciones comenzaron también para mí: «¡Ah!, conque Devi, vaya, qué bonito nombre...». Y siguen los momentos incómodos y los sentimientos de temor que llenan un estómago sin fondo. «Vaya, ¿y tus padres a qué se dedican? ¡Oh!, sentimos lo de tu padre… ¡tan joven…!, sí, qué triste… Habrá sido difícil para tu madre… Bueno, pero ahora tu hermano tiene un buen oficio, ¿no?».

Y así, en esta línea, poco a poco, la retahíla sirve para descifrar quién eres y cuáles son tus orígenes y cuánto dinero tienes y si se puede contemplar alguna relación de provecho.

El padre de Rajit era filósofo. Un buen día Rajit le encontró como de costumbre sentado en su sillón del despacho enfrascado en sus lecturas y aprovechó la ocasión para hablar con él.

—Devi y yo estamos enamorados —le comentó abiertamente—. Tenemos intención de casarnos pronto. —Dejando la lectura sobre la mesa, el padre le instó a que lo meditase con calma y que no cometiese barbaridades. Viendo que no le había tomado con seriedad, Rajit le respondió contrariado—: ¿Por qué no me escuchas con atención? Te acabo de decir que estamos enamorados y queremos formalizar nuestra relación.

—Ya te he oído —respondió el padre—. Pero eso es imposible. Un hijo mío jamás unirá su sangre a la de una casta mundana.

—¡Ah!, conque es eso —respondió Rajit furioso—. ¿No eres tú, padre, el que siempre defiende las libertades humanas? ¿No eres tú el que aboga por la divinidad del *atman*, del alma humana, que hace iguales a todos los hombres?

—Parece ser que no te reconozco ahora. ¿Cómo te atreves a dar lecciones a tu propio padre? ¡Ingrato! ¿Cómo te atreves a faltarme al respeto con esos desvaríos? En fin, no voy a perder más tiempo con estas tonterías tuyas de juventud. Ya recapacitarás —dijo marchándose de la sala.

La madre de Rajit, en cambio, junto con sus tres hermanos, ni siquiera se ampararon en la excusa de *ya se le pasará*, sino que, sin piedad alguna, le despellejaron cual perros salvajes. «¡La unión es imposible!», dijeron sin más

preámbulos, cual ultimátum lanzado a gritos y estampado como un sello en la cara de Rajit.

Desoímos todas sus advertencias y Rajit y yo seguimos juntos adelante, más unidos que nunca. Nuestras mentes eran amplias, nuestro amor infinito y nuestras voluntades férreas para no dejarnos tumbar por la hipocresía y la tradición absurda de nuestras familias. Anunciamos nuestra boda para después de nuestras obligaciones inminentes. La mía era finalizar la última etapa del máster que consistía en presentar la tesis. La de Rajit era concluir los exámenes, y con ellos el año académico, en una universidad en Haryana donde trabajaba como profesor. Mientras tanto también iba buscando un lugar pequeño para alojarnos después de casados, cerca de su trabajo.

No volvimos a tener más noticias de la familia de Rajit**,** lo cual nos hacía más felices. Unos días antes de nuestra boda, Rajit volvió a hablar con su padre.

—No quiero oírte mencionar ese tema nunca más. Creo que quedó claro anteriormente, ¿no? —asintió taciturno.

—Pero es que me caso, padre. Me caso dentro de dos días y me gustaría que vinieseis. —¡No cometerás tal locura! —gritó como un energúmeno, fuera de sí—. Te lo prohíbo rotundamente… Te aseguro que te arrepentirás si lo haces. No permitiré que un hijo mío cometa ese agravio y arruine nuestro buen nombre. ¡Jamás! ¿Has oído? ¡Jamás!

Rajit no pudo articular ni una sola palabra más. Quedaba claro cuál era la posición de todos los suyos, nunca conseguiría su apoyo. «Puedo vivir sin ellos —se dijo a sí mismo sin amedrentarse—. ¿Acaso los necesito? No. Por supuesto que no».

Hacía una mañana clara y suave de noviembre cuando nos casamos, en un pequeño templo hinduista de una aldea de Haryana. A mí tanto me daba el lugar, porque en mi familia, desde que había muerto padre, los símbolos budistas e hinduistas convivían juntos sin dar prioridad a ninguno. Cada cual de nosotros rezaba a quien quería; creo que fue esta una de las lecciones que ambos, padre y madre, nos enseñaron.

A la ceremonia acudieron algunos de nuestros amigos del campus en Delhi. También estaba mi familia: Govinda y tía Su, la pequeña Shanti de tres años y madre. Sí, finalmente, también vino madre. He de mencionar aquí de pasada que la abuela había muerto hacía un año. La enfermedad se le complicó y fue empeorando hasta el final. Su pérdida no fue tan sentida como la de padre. Y, como estaba la pequeñaja, Shanti, que revolvía por toda la casa y había que estar al tanto constantemente, madre tenía con qué estar ocupada y distraer el pensamiento de la muerte de la abuela. Yo por esa época estaba con mis exámenes y tampoco la eché demasiado en falta.

Después de la boda, alrededor de veinticinco personas, sin que nadie de la familia de Rajit apareciese, nos fuimos a comer a un pequeño restaurante local. No queríamos gastarnos mucho en invitar a los convidados y todo el mundo lo entendió dadas las circunstancias. Algunas de mis amigas de la residencia nos

hicieron pequeños regalos que todavía guardo con mucho amor. Objetos que han ido envejeciendo con los años. Fueron días felices; ojalá hubiesen sido largos años… Era la esposa de Rajit S. Mi apellido de intocable había desaparecido, nuestra unión me había hecho entrar en la familia «S», una casta superior y poderosa. Algunos lo interpretarían como un gesto benevolente por parte de Rajit, pues al aceptarme y casarse conmigo me había elevado a su misma altura; me había sacado del arroyo, de la escoria de la intocabilidad. Era todo un gran gesto de honor que limpiaba su karma de las posibles malas acciones del pasado y le engrandecía. Cualquiera que fuese su forma de ver la situación, a mí me daba igual. Estábamos casados y nos amábamos. Y confiábamos en que, poco a poco, la familia de Rajit se fuese dando con el tiempo. Después de todo su hijo se había casado con una mujer educada que poseía un máster de la misma Universidad de Delhi. Eso era lo que primaría, en definitiva, con el tiempo, nos dijimos.

Nuestro idilio amoroso de aquellos días quedaba interrumpido por los ratos en que yo conseguía despegarme de los brazos de Rajit y escabullirme por la puerta sin hacer a penas ruido para ir a las distintas entrevistas de trabajo. Buscaba algún puesto académico en los departamentos de Humanidades. Después de varios intentos sin éxito, en diversas universidades del estado de Haryana, Rajit me informó que casualmente había una vacante en el departamento de Lenguas de su universidad. Me presenté y he de decir que me cogieron. Parecía increíble que todo estuviese yendo tan estupendamente bien. Me lo merecía, por supuesto. Después de tantos esfuerzos en mi vida todo era un agradable premio. Sin embargo, también he de confesar que como ahora era *la señora de Rajit S.*, la vida era mucho más fácil. Me supo mal que esta razón hubiese influido para darme el trabajo, en lugar de que mi buena preparación hubiese primado. En determinadas esferas, no parece que los tiempos cambien mucho, pensé. Todo sigue anquilosado, rigiéndose por los intereses de los poderosos y sus conveniencias. El decano que me entrevistó mostró su gran sorpresa por la noticia: «¡Ah!, no sabía que Rajit se hubiese casado —apuntó—. ¡Vaya!, mi enhorabuena a los dos. Es estupendo. —Y a continuación, bajando la voz, casi en tono de disculpa, expuso—: Qué raro que no haya tenido conocimiento antes; ya sabe que estas noticias enseguida corren como el fuego… —dijo sonriente. Yo le devolví la sonrisa, sospechando para mis adentros si sería eso todo.

Comencé a enseñar hindi. No era Historia, mi especialidad, pero igualmente se escribía con hache. Estaba tan contenta. Con Rajit en la misma universidad, separados solo por bloques de edificios, podíamos encontrarnos a la hora del almuerzo. Y además tendría una paga de 6.500 rupias por el trabajo que hacía. Cómo anhelaba que se acabara el mes enseguida para enseñarle a madre todo el dinero que había recibido, para que viese y creyese que de algo habían servido mis estudios. Y supiese también que eso solo era el principio y que con el tiempo mejoraría y hasta me lo duplicarían o triplicarían si iba asumiendo otras responsabilidades.

Mi salario también iba en relación con mi casta, con mi nueva situación de

pertenecer al grupo de los *tocables*; de los poderosos. ¡Ja, ja, ja!, cómo me reía. Resultaba tan ridículo: un sueldo en función de mi puesto y de mi casta. Como era la señora de Rajit S., era una afortunada. Con el apellido de mi padre, el de mi familia, la situación hubiese sido otra. Muy distinta, te lo aseguro.

La absurdidad de todo el sistema, de la sociedad estratificada india a la que pertenecía, no me importó en absoluto durante aquellas primeras semanas de felicidad. Había logrado lo que siempre había querido: una educación excelente. Con mis muchos esfuerzos, había ascendido hasta la cima. Me sentía como uno de esos alpinistas que conquistan los más altos picos del Himalaya. ¿Podría resistir en aquella altura tan elevada, desde donde se contemplaba todo el horizonte con admiración? ¿O, tal vez, la misma naturaleza de la culminación me llevaría a descender por falta de oxígeno; o para defenderme de los efectos dañinos de la sobreexposición? ¿Tendría que adoptar las costumbres de las castas altas con su arrogancia e hipocresía? Quizá estaba siendo un poco ridícula con aquellos pensamientos. O sería que el miedo apuntaba dentro de mí y temía que me arrebatasen lo más preciado que el destino me había dado: el amor del hombre que cada noche, desde que estuvimos casados, yacía a mi lado.

Gustaba de la luz del alba. De las primeras luces que a esas horas entraban por las dos ventanas de nuestra humilde casa, que se quedaban prendidas en las paredes blanquecinas, en el único escritorio que había donde por turnos trabajábamos, en la cocina con sus pocos cacharros formando sombras, en la misma cama donde nos encontrábamos tendidos. Rajit todavía dormía. Yo me despertaba la primera para saborear aquel momento del día que me saludaba con un glorioso Namasté. Si llovía, la sensación de paz era aún más placentera. En aquel silencio percibía la serenidad de nuestros cuerpos yaciendo desnudos, cubiertos solo por una sábana blanquecina. Nuestras cabezas y los sueños que albergaban reposaban en la misma almohada. Este hombre joven que siento respirar con profunda tranquilidad a mi lado es Rajit, me decía. Mi esposo. Me fijé en las partes que estaban al descubierto: su pelo negro y liso, la piel clara del rostro que mis manos acariciaban siempre que no estábamos en público, sus hombros fuertes, los pelillos del torso que asomaban entre el doblez de la sábana… Rajit se despertó en ese momento en que yo lo examinaba, giró la cabeza para mirarme y dijo:

—Te amo. Te amo, Devi.

A través de sus ojos limpios, sinceros, atisbé su alma sonriente. Se irguió para cogerme y rodearme con sus brazos. Era su forma de darme los buenos días: un abrazo. Y después un beso. Un beso tierno en la mejilla, en los ojos, en la frente.

—¿Solo eso? —decía yo.

Y él entonces me pellizcaba el trasero con ternura.

—Han sido las hormigas —decía jugueteando.

—¿Las hormigas? —inquiría yo, riéndome—. ¡Verás, verás ahora! Verás lo que les pasa a estas hormigas.

Posaba entonces mi cuerpo encima de él. Juntos, pegados en un abrazo sublime. ¿Qué era lo que bullía en mi interior en ese momento? ¿Más ardiente que

nunca? ¿De dónde nacía aquella urgencia subliminal que nos impulsaba a desearnos tanto, a amarnos con frenesí? El placer, el deseo, el amor era tan grande que lo cierto es que enseguida mi cuerpo se movió solo. Me agradó la facilidad con que todo fluía, con más intensidad incluso que el día anterior. Escalar pausadamente la cima, paso a paso, me dije.

—Te amo. Te amo, Devi —repitió él. Y yo entonces quise tocar la música de sus palabras y le besé en los labios suavemente. Y se acercaron estos hasta su oreja y le susurraron secretos irreverentes. Luego mis manos suaves tocaron todo su rostro, se resbalaron por el cuello, hacia la hondonada de la clavícula y la tocaron. Tocaron su pecho, tocaron sus mugrones, tocaron sus costillas, las contaron. Tocaron su abdomen duro, sus velludas y delgadas piernas, tocaron su órgano viril, deseoso, erecto. Estaba tocando todo su mundo. El mundo de los tocables donde él había nacido. Tomé su virilidad, la toqué y la deslicé dentro de mis profundidades. Para tocar también miles de generaciones y generaciones que nos habían precedido, que nos habían prohibido tocar; tocar a los elegidos. Para sellar nuestra unión y que los fluidos se mezclasen y quedase la huella. La huella que abrazase a millones y millones de *multiversos*, de hombres y de mujeres que habrían existido hasta entonces, con un corazón igual que el nuestro, latiendo con fuerza. ¿Dónde estaban las fronteras entonces? ¿Dónde las barreras? Gozábamos agitados por el éxtasis de los mortales. El hombre tocable, la mujer intocable habían sobrepasado los límites permisibles, elevándose hasta la cumbre desde donde solo se podía contemplar lo que verdaderamente eran: dos cuerpos que sollozaban, que se estremecían; dos almas que se amaban.

Cada mañana nuestros cuerpos, nuestras almas, escribían aquel verso juntas, antes de que llegase del todo la luz y se hiciese de día.

Una hora más tarde, nos desapretábamos, nos separábamos y regresábamos al mundo. Yo era siempre la primera en alzarme y deslizarme hasta el pequeño cuarto de baño que teníamos frente a la cama. Dejaba la puerta abierta porque a Rajit le gustaba contemplar cómo me duchaba, cómo me cepillaba el pelo largo, cómo lo abría en dos partes y me lo recogía. A continuación, me vestía sin prisa alguna. Después él se levantaba y preparaba el desayuno, mientras yo hacía la cama, extendiendo bien las sábanas, alisándolas, tocando aún el calor, los rastros del sudor de nuestros cuerpos que con complicidad se habían quedado pegados en ellas. Rajit también se tomaba su tiempo para arreglarse. Al cabo de un rato salíamos los dos juntos hacia la universidad. Dos profesores universitarios, dos gurús del conocimiento, Rajit y Devi S., caminando hacia el trabajo con entusiasmo.

La escena se repitió durante tres semanas y tres días. Este fue el tiempo de nuestra felicidad. De nuestra trasgresión. El tiempo que tuvimos hasta que todo se rompió. Fue un domingo por la mañana. Habíamos terminado de desayunar, Rajit leía y yo preparaba mis clases. De repente, oímos el motor de un coche detenerse delante de nuestra puerta. Sin más, irrumpieron en nuestra casa, abriendo la puerta con un puntapié descomunal. Nos quedamos de piedra al ver que eran los tres

hermanos de Rajit y su padre. No nos hubiésemos esperado tanta agresividad de ellos. Tampoco hace falta decir que con aquellas maneras intuimos que nada bueno querrían. Venían a llevarse a Rajit a la fuerza.

—Has mancillado el honor de la familia uniéndote a esa furcia —dijo el padre agarrando a Rajit fuertemente por el cuello de la camisa.

Yo grité entonces y pedí ayuda. Uno de los hermanos se lanzó sobre mí, me cogió y me amordazó con una de sus manazas.

—Si estabas encaprichado de ella no tenías por qué casarte. Uno puede satisfacer sus instintos, pero no necesita una boda —continuó gritándole el padre con furia.

—Ya te lo dije, padre. Hablaba en serio. No me escuchaste —respondió Rajit.

El padre le arreó una bofetada contundente.

—No me repliques —gritó—. ¿Quién te dio el permiso para casarte? ¿Quién? ¿Ya no respetas la opinión de tu familia? Mi apellido, el de nuestra familia, jamás se ensuciará con la mierda de las cloacas. Lo sabes, ¿verdad? No consentiré una boda así.

—Ya estamos casados. Y no podrás separarnos…

Agarrándole por el cuello como le tenía, el padre empujó a Rajit contra la pared más próxima y le golpeó la cabeza una y otra vez.

—¡Toma! ¡Toma! Esto te servirá para aprender. Y saber quién manda.

Rajit ofreció resistencia. Trató de deshacerse de su padre. Le asestó un golpe. Los otros dos hermanos cogieron a Rajit, lograron reducirle finalmente.

—¡Estúpido! —dijo el padre, y se sentó en una silla doliéndose.

El tercer hermano, el más bruto, seguía encargado de mí. Soltó la manaza de mi boca y comenzó a toquetearme todo el cuerpo.

—¿Te gusta? ¿Te gusta que te toque las tetas?

—¡Suéltame! —grité forcejeando con él.

—¿Es así como te lo hace mi hermanito?

Le ofrecí resistencia. Y el bruto me arrancó la blusa…

—¡Dejadla! —gritaba Rajit—. ¡Dejadla he dicho! ¡Basta ya!

El padre se deleitaba mirando la escena. El hermano siguió y rompió mis pantalones. Después introdujo su mano y alcanzó mis partes.

—Mira, hermanito, ¿quieres comenzar tú o le entro yo primero, que estoy ya preparado? ¡Ja, ja, ja!

—¡Maldito cabrón!, suéltame.

—Suéltala, he dicho. Iré con vosotros. Haré lo que digáis, pero suelta a Devi.

—¿Te gusta, muñeca? ¿Es así como te gusta?

Estaba aprisionada con aquel monstruo encima de mí a punto de violarme delante de Rajit que seguía sujeto contra la pared por sus dos hermanos. El padre, sentado, se deleitaba mirando.

—Bien, déjala ya —le ordenó al bruto que me tenía.

—¡Joder, padre! —respondió—. Ahora que estaba a punto de darle una buena lección a esta zorra…

—Te he dicho que la dejes. La próxima vez tendrás tu oportunidad. Vámonos.

Me soltó finalmente y caí al suelo, llorando, llena de dolor, sintiendo asco, repugnancia, impotencia…

Los tres hermanos y el padre abandonaron la casa. Llevaban a Rajit en el medio para que no se les escapara. Al salir, Rajit echó la vista atrás. Yo seguía llorando en el suelo, agachada, con los pantalones todos rasgados por delante, abrazándome los pechos. Mi blusa, hecha jirones, estaba a un lado, el sujetador, también roto, encima de la blusa.

—¡Devi, te quiero! Vendré a por ti —gritó Rajit.

Elevé la vista y vi cómo uno de los hermanos le asestaba otro golpe que le dejó medio inconsciente. Se desvaneció unos instantes. Le cogieron por los brazos y le metieron en el asiento trasero de un coche negro.

No sé cuánto tiempo estuve allí, tendida en el suelo, llorando y llorando. Me sentía sucia, asqueada y desamparada. Cuando pude recuperar un poco la calma me metí en el cuarto de baño y estuve un buen rato bajo el agua de la ducha, tratando de limpiar aquella imagen, aquellas manos ásperas apretándome, tocándome mis partes más íntimas. No habían ejecutado el acto completo, pero tenía pánico. Por mí misma y por Rajit. El agua corría y corría. Me costaba sostenerme de pie, tal era el impacto de aquella brutalidad. ¿Qué podía hacer? Sentía el corazón martilleando en mis sienes. Di un respiro hondo para que me llegase el aire hasta el estómago y así poder relajar un poco mis sentidos. Transcurrieron unas cuantas horas hasta que afronté la realidad. Lo único que podía hacer era acudir a mi familia. Govinda y tía Su sabrían aconsejarme. Me vestí. Me puse ropa limpia. Mis pantalones hechos trizas habían quedado en un rincón del cuarto de baño. El resto de la ropa ni me atreví a tocarla. Me sequé bien los ojos rojos y salí de casa. La puerta ya no cerraba bien. No pude echar la llave. Caminé un buen rato carretera abajo, hasta la rotonda donde tenía la posibilidad de encontrar alguna *rickshaw* que me llevase a casa de Govinda. Hay una distancia de una hora si se coge un atajo por un camino polvoriento y lleno de baches. Pero no había otro remedio. Mientras caminaba, las imágenes de lo que había ocurrido me golpeaban. Todo había sucedido tan rápido, tan rápido. Un domingo que había comenzado haciendo el amor se había convertido en una tragedia. La *rickshaw* estaba donde yo suponía. El hombrecillo echaba la siesta dentro. Siempre dormitan estos conductores, pensé, cuando están borrachos o no tienen mucho trabajo. Confié en que no fuese lo primero y no estuviese bebido. Ajusté el preció del trayecto. Hizo un gesto, como de reconocerme. Sabe quién soy, me digo a mí misma. Me habrá visto acercándome a los edificios de la universidad, así que me cobrará más. No discuto. No tengo tiempo para regatear el precio. Me siento en la parte de atrás del vehículo, encorvada, como una anciana, con la cabeza gacha y las manos sujetas a la barra. Respiro con desasosiego. Hasta que la *rickshaw* se lleva por delante un bache que me hace saltar y mi cabeza se golpea contra el techo de lona. Todo son golpes hoy. «Tenga cuidado», le digo. Pero pronto vuelve a embalarse. Les encanta la velocidad a estos conductores. Apoyo la espalda contra el respaldo de escay del

asiento y me sujeto a la barra con las dos manos todavía más fuerte. Por el camino, mientras reduce la marcha porque llegamos a un cruce, me encuentro a unos estudiantes que deben vivir en el lugar y que me saludan. Me esfuerzo para que salga una sonrisa, intentando ser afable. Me doy cuenta de que no he sonreído desde que hicimos el amor esta mañana, antes de que el brutal giro del destino desgraciara nuestras vidas. Llego por fin a casa de Govinda. Encuentro a tía Su atareada con los quehaceres de la casa.

—¡Qué visita más agradable! —exclama—. ¿Dónde está Rajit?

Pierdo todo el aplomo que me ha sostenido hasta ahora y rompo a llorar. Tía Su se asusta. Madre está en el huerto con Shanti enseñándole a plantar coles, y no sabe todavía que he llegado.

—Devi, por Dios, Devi, ¿qué pasa? Tía Su está alarmada.

Me hace pasar a la cocina y me prepara una taza de té. Entonces aparece madre y la pequeña Shanti y me encuentran con lágrimas en los ojos. Govinda no está en casa. Hoy también trabaja.

Me fijo en los rayos de sol que entran por la ventana de la cocina por la tarde y se reflejan en los cacharros de latón y acero colgados en las paredes. No sé ni qué hora es. Es como si estuviese abstraída. Se lo he contado todo. Tía Su me ha tranquilizado:

—¡Todo se arreglará, Devi! Siempre hay una solución. Están cometiendo un error —ha dicho. Pero no ha dicho nada de los abusos y del intento de violación. Sé que le duele. Y que para bastardos como ellos nunca hay suficientes castigos—. Veremos qué piensa Govinda cuando llegue —concluye tía Su.

Madre no ha expresado palabra alguna. Se lo he agradecido. Solo le he visto encender una vela en el altar de la casa y balbucir una oración.

Tía Su me acompaña a mi antigua habitación. Me trae algo para comer y me deja a solas.

—Descansa y duerme —dice—. Mañana veremos las cosas con más claridad.

—No puedo ir a trabajar mañana —le contesto—. No me siento capaz.

—No pienses en eso ahora. Ya se nos ocurrirá algo mañana.

Ha sido un choque grande para todos. He roto los códigos del honor. Me he casado con un hombre de casta alta, poderosa, y he desafiado las normas establecidas. Soy consciente de ello, siempre lo fui. Me siento desvalida. Pero, aún en el estado en el que estoy, pienso que no puedo rendirme. Amo a Rajit. Y él también me ama. Todavía siento sus brazos en mí. Su olor…

Lloro. Lloro hasta que el sueño me atrapa.

Pasan los días y las noches y nada ha cambiado. Hasta esta tarde que Govinda ha recibido un aviso del Panchayat convocando a las dos partes implicadas en la disputa.

Mi cabeza es un torbellino de preguntas, de angustia y de miedo.

Estos días apenas he salido de la habitación. No tenía ganas de enfrentarme a la mirada acusadora de madre, a su sentencia anunciándome: «Ya te lo dije. Ya te dije que no era un hombre adecuado para ti. Que todos los de esas castas son siempre

iguales. Todos te tratan como a un trapo y luego te abandonan. ¿Acaso no te lo advertí?»

No he querido oír todo esto de su boca, pero sus pensamientos lo vocean por toda la casa. Parecen escritos en las paredes blancas. Por eso me he recluido en mi habitación. Solo he salido por la noche, cuando Shanti ya dormía. Me siento avergonzada delante de ella. Sabe que pasa algo, pero no sabe qué. Respiro el aire fresco nocturno con la esperanza de que me espabile y vaya disipando el estado de trance en el que me encuentro.

Hoy madre ha hecho un comentario, algo muy inusual en ella. Supongo que ha sido porque en el fondo de ese corazón de piedra que tiene también le duele verme en este estado, rezumando desespero, empequeñecida, desgraciada.

—Padre se enfrentó dos veces al Panchayat y siempre supo salirse con la suya. No les tenía miedo —ha dicho.

¿Es esta una forma de decirme que yo, Devi, soy hija de él y que no debo temerlos?

Madre ha hecho bien recordándome todo esto de padre. En momentos como estos una pierde la cordura. Es cierto. Rajit me quiere. Él también lo dirá en el juicio a los del Panchayat. Dirá la verdad. No se pueden oponer a la verdad.

Me siento un poco más tranquila, aunque no he tenido noticias de Rajit. Espero que esté bien. Le pegaron muy fuerte, pero estará bien. Eso espero.

Quedan dos días para la reunión con el Panchayat. En casa, me voy distrayendo con la rutina de la cocina, la colada, la niña. Tía Su sale a trabajar y no regresa hasta tarde y yo me quedo con madre y Shanti. No he ido a la universidad estos días. Les he dicho que estoy indispuesta, en cama. Vaya una manera de comenzar un nuevo trabajo, me digo. Me reprendo a mí misma. Pero, sinceramente, no me siento con la mente lúcida como para afrontar las clases y las caras de los estudiantes mirándome. Como si hubiese hecho algo malo. Algo terrible. Cuando se pase el encuentro con el Panchayat las retomaré. Para entonces ya se habrá aclarado todo. Volveré a estar con Rajit en nuestra casa y todo volverá a la normalidad.

Govinda ha sugerido ir a la policía a denunciar los abusos del hermano; de la maldita bestia. Tía Su ha contestado que no era una buena idea y que no serviría de nada. Conozco miles de casos así y lo único que hacen es archivar el asunto. Pero nunca mueven el culo para averiguar lo que pasa, a no ser que les untes bien de dinero. Además, no es el mejor momento, dado que la reunión con el Panchayat es mañana. Lo empeoraría todo. Lo ha expresado con rabia tía Su. Conoce esta situación por su trabajo. Sabe lo que tiene entre manos.

Voy a relatarte ahora lo que ocurrió el día de la vista con el Panchayat. También te adelanto que me ahorraré algunos detalles escabrosos y narraré solo lo esencial para que comprendas. Los acontecimientos son de por sí desagradables y soy yo quien se ve allí, otra vez, en aquella escena, cada vez que la memoria me

retorna al lugar.

Govinda y tía Su me acompañaron ese día. Madre se quedó en casa con la pequeña. Anhelaba ver a Rajit. Deseaba que, al finalizar aquella reunión, aquel juicio en el que se iba a examinar *nuestro delito*, cuando se aclarase todo y prevaleciese la verdad, saliésemos los dos juntos bien airosos y nos marchásemos a nuestra casa dando por terminada toda aquella pesadilla. ¿Qué les iba a contar a los hombres del Panchayat?, me preguntaba. Que durante tres semanas y tres días nuestros corazones se habían tocado, habían latido al unísono; que nuestros órganos sexuales habían consumado la unión física. Que nuestras mentes elevadas no admitían límites. ¿Acaso no era esta la verdad?

He empezado a temblar. ¿Por qué tiemblas, Devi, si es esta la verdad?, he pensado. Es así como me siento: todos estos hombres del Panchayat, todos los de la familia de Rajit, me repugnan. Pertenecen a partidos políticos que gobiernan el Estado. Lo controlan todo. Se definen como guardianes del honor, pero es un honor de hombres. Es el honor que ampara su casta. ¡Me dan asco!

Han interrogado a Rajit. Les ha narrado cómo nos conocimos. Les ha hablado de nuestra boda, celebrada en un templo, por un sacerdote, con veinticinco testigos. Ha subrayado esto. También que la unión fue consumada con el acto carnal.

—¿Por qué desoíste los consejos de tu padre? —le han preguntado.

—Soy mayor de edad. Vivo en un país libre. India es un país con derechos democráticos. Soy profesor de universidad y los conozco. También Devi. Sabemos lo que hacemos. Tomamos nuestras decisiones.

No parece que les haya gustado. Se han mirado unos a otros. Han movido la cabeza en señal de desaprobación.

—Así que la chica le ha engatusado con sus artimañas —han comentado. Rajit se ha esforzado en negarlo, pero le han acallado—. Usted pertenece a una familia respetable. A una casta honorable que ha seguido unos principios honorables desde la antigüedad ¿no es así?

—Esos principios y costumbres *honorables* se oponen a los derechos democráticos —les ha escopeteado Rajit, cortando su discurso. Y les ha mostrado su enfado.

—¡El chico es irreverente! —ha afirmado uno—. Demasiadas ideas modernas. —Y luego han cuchicheado algo entre ellos.

—¡Están siendo injustos! —grita Rajit—. Lo único honorable en esta historia es que estoy sagradamente unido a Devi.

He sentido una presión en la garganta cuando ha llegado mi turno y me han preguntado a mí. He mirado a Rajit en busca de alivio.

—El matrimonio es el destino de la mujer —han dicho—. Y tener descendencia su obligación. La mujer es responsable de transmitir la pureza al dar a luz hijos. Una mujer de tan baja casta no puede realizar este propósito en este caso. No es pura. Debemos aferrarnos a los principios de honor y decantarnos por la petición que hace la familia S.

Declaramos la unión imposible. Declaramos la nulidad de dicho matrimonio.

Fue una farsa ante los ojos del honor. Y prohibimos a Rajit y a Devi que estén juntos. Solo de este modo podrá restablecerse el orden quebrado. Este es nuestro *diktat*, nuestro veredicto.

Los hermanos de Rajit le sujetaron fuertemente para que no se escapara. Yo gritaba desesperada, con tanto dolor como nunca he sentido.

—¡No pueden separarnos, no pueden separarnos! —repetía sin cesar—. Se equivocan. —Estaba como ida. Tía Su y Govinda me llevaron a casa, mientras seguía gritando—: ¡No pueden separarnos, noooo! ¡Se equivocan!, ¡se equivocan!, ¡se equivocan!

Durante un mes no salí de la habitación. Perdí mi trabajo en la universidad. La noticia había corrido por toda la zona. Ya no era la esposa de Rajit S. Volvía a ser Devi, la intocable. Una mujerzuela que había embaucado a un hombre de casta para casarse. Esa era mi reputación. Aún peor, ahora me había convertido en una mujer *tocada*. Devi, la intocable, se había casado con Rajit S. y se había convertido en una mujer tocable, su marido la había *tocado* y un bruto miserable la había *requetetocado*. Esta era mi historia: la de una mujer *tocada*. Marcada. Desechada. Más impura de lo que jamás había sido. Nadie más en la vida, ni siquiera los de mi propia casta me querrían. Nadie quiere la fruta tocada, si no es para triturarla más.

Devi: la mujer marcada por una excelente educación. La mujer marcada por el honor de la casta.

Durante más de un mes estuve encerrada en la habitación, la ira me hizo perder los estribos. Sentía ganas de empuñar un arma y matarlos a todos: a los del Panchayat, al padre de Rajit, a los tres hermanos, especialmente al que había abusado de mí. Con este mi revancha sería más dolorosa: me imaginaba pegándole un tiro en en sus partes, viendo su cara de sufrimiento y cómo se desangraba.

A veces me daba por lanzar alaridos lastimeros; otras veces eran estridentes gritos de guerra, llenos de odio. Tía Su y Govinda se esforzaban para tranquilizarme, pero yo chillaba y los expulsaba de la habitación. «No quiero ver a nadie», gritaba. Una vez trajeron al doctor para que me diese unos calmantes, asustados de que aquello derivase en un caso serio de locura o en un desastre aún mayor que afectase a todos. No quise ver al médico. Pero de algún modo Tía Su se las apañaba para engañarme y ponerme los tranquilizantes en la comida o en el agua, muy sutilmente, sin que yo me enterase. Sin darme cuenta me sumía en un estado de sueño o de relax absoluto, con el cuerpo inerte reposando sobre la cama. No sentía nada entonces. Era agradable no sentir. No tener golpes que duelen. Ni vejaciones que te maltratan. Ni tener pensamientos que te desvían y te transforman en un monstruo, con una escopeta en las manos para eliminarlos a todos. Yo, que ni siquiera sabía manejar una. ¿En qué me había convertido la rabia para sentir todo aquello? ¿Para verme ejecutando las acciones? Tanto dolor, ¿de verdad que me había convertido en un animal, dominada por los instintos más brutales? Yo, Devi, la Devi de educación refinada ¿cómo había caído tan bajo de repente? ¿Era Devi ahora un tigre con heridas sangrantes que se tornaba con violencia contra su agresor y no pararía hasta derribarlo? Pero ¿cómo? Ya nada volvería a ser igual.

Igual que aquellas tres semanas y tres días juntos. Si tan solo pudiese ver a Rajit. Si pudiese hablar con él, pensaba. Tal vez podríamos idear algo y escaparnos. Sí, irnos muy lejos donde nadie nos conociese. Sería difícil en India. Pero se podía intentar. Y Rajit me seguía queriendo. Lo había dicho en el juicio. No podían hacerle cambiar de opinión tan rápido. Él también sufría.

Estos últimos pensamientos me alentaron, me hicieron recuperar una perspectiva más humana, ahogar la bestia de dentro de mí y recobrar la templanza. Estoy débil de tanto odio, debo relajarme. Sentía las manos frías y sudorosas. ¿Qué puedo hacer?

Salí de la habitación. Estaba más tratable. Ya no emitía alaridos ni gruñidos. Nadie de mi familia dijo nada. Esquivaban el tema. Se esforzaban por olvidarlo. Habían oído murmuraciones de que querían casar a Rajit con alguien de su condición. Para que se olvidase pronto de mí. No me dijeron nada al respecto. Ni Govinda, ni tía Su. Cuando estábamos juntos, el tema siempre era Shanti. Que si hoy tenía un poco de fiebre. Que si dentro de poco empezaría a ir a la escuela… Procuraban que a nadie se les escapase la palabra «Rajit» o algo que me recordase el suceso.

Deberías pensar en volver a trabajar, dijo un día tía Su. Una persona de tu preparación no debería tener muchas dificultades. Sé que lo decía para animarme. Para valorarme. Para que me creyese yo misma que no todo estaba perdido. Que al fin y al cabo estaba con ellos, tenía un hogar, y volvería a trabajar en un puesto alto.

Pero ¿quién me iba a dar trabajo después de lo sucedido? Toda la familia de Rajit habría hecho correr la voz para hundirme. Ellos dictaban las órdenes. Los decanos, los rectores de las universidades estaban compinchados. Todos se conocían y se protegían entre ellos mismos. La institución académica debía resguardarse de un ejemplo como el mío, dirían. Aunque luego todo el mundo supiese que algunos de estos hostigaban a sus alumnas para que los visitasen en sus despachos y les hiciesen ciertos favores, claro está, si las chicas querían aprobar. Pero en mi caso tendría que pasar mucho tiempo hasta que sintiesen lástima y quién sabía si, en un lejano día, alguno de ellos bajaría la guardia, se olvidaría de hacer de guardián de la tradición y me admitiría en el sistema, concediéndome un puesto a la altura de mis conocimientos, de mi educación. Era demasiado esperar, aunque seguía teniendo un máster en Historia. Esto, irónicamente, no había cambiado. La cuestión era ¿para qué servía?

Pasados unos tres meses Rajit se presentó un día en casa. Estaba desesperado y dolido como yo y quería verme.

—¿Cómo te atreves a aparecer por aquí? —le dijo madre muy enfadada—. ¿No te parece suficiente la desgracia que tenemos?

—Déjanos solos —le repuse yo.

Se nos fue la tarde en abrazos y lloros. Lloros de alegría y lloros de dolor. También planeando marcharnos juntos, a otro estado, tal vez al sur. Querían casarle con una chica muy joven de una buena familia.

—Tiene que ser enseguida, Devi. Debemos huir ya. Prepara lo que tengas que llevarte y vendré a buscarte un día de la semana que viene. Por la noche. Huiremos por la noche. Yo me encargo de lo demás.

Volví a sonreír. En medio de aquella espantosa tempestad de mi vida, volvía a tener un sueño. Huir nunca había sido la mejor solución, pero no teníamos otra alternativa. Y podríamos estar juntos. Rajit y Devi juntos otra vez… ¡Ay!, abro los ojos. Suspiro. Oigo zumbar a los insectos a mi alrededor. Hacía tiempo que no los sentía. A los cuervos graznando con lujuria… Suspiro de nuevo. Me doy cuenta de que es bello.

A madre le faltó tiempo para contarles a Govinda y a tía Su que Rajit había estado en casa unas horas aquella tarde. Apenas lo había oído Govinda se puso como un basilisco. —¿Cómo le has dejado entrar? ¿Sabes el daño que nos puede traer? Cuando habíamos conseguido que la situación estuviese más tranquila…

—¿Tranquila para quién? —inquirí yo—. Sigo amando a Rajit y él también me ama. Y nos iremos juntos lo antes posible. No os preocupéis, os dejaré para no acarrear más daño a esta familia. Nos iremos donde nadie nos pueda encontrar…

—Devi, pero ¿qué dices? Es muy peligroso. —Tía Su no daba crédito a mis palabras—. Pueden dar contigo y te pueden matar. ¡Por Kali, no hagas esas tonterías!

—No darán con nosotros —contesté yo con despecho—. India es muy grande.

No se habló más aquella tarde. Tía Su estaba preocupada por mí, lo sabía. Govinda mostraba sin reparos su enfado y su hartazgo así que tomó la cena y se fue a dormir. Y madre, como se iba haciendo mayor, ya no tenía tanta energía para reprenderme, pero su mirada lo expresaba todo. Parecía que siempre estuviese atendiendo a Shanti y jugando con ella, pero sus gestos hablaban por sí solos. Siempre con desaprobación. Siempre condenándome. Siempre apuntando hacia la oveja negra de la familia.

Apenas dormí aquellas noches. Dejaba la ventana entreabierta y escuchaba los sonidos con atención. Debajo de la cama había escondido un pequeño fardo con algunas ropas. No necesitaba más. Una profesora de universidad huyendo como una joven campesina. Parecía ridículo. Pero nadie tenía por qué saberlo. Para quienes nos viesen en el tren, en el autobús, seríamos dos esposos viajando a la casa de algún familiar. O hacia la capital en busca de trabajo. Podrían imaginarse algo así. Nadie pensaría que estábamos huyendo. Huyendo de un destino que nos condenaba.

Una noche escuché ruidos poco comunes y pensé que era Rajit. ¡Me alegré tanto! Ya ha llegado el momento, me dije. Abrí la ventana, susurré su nombre. Pero nadie contestó. Falsa alarma, pensé luego. ¡Mierda! Y me desinflé por dentro. Seguí esperándole toda aquella semana y la siguiente. Comencé a ponerme nerviosa. Consideré que algo le había detenido. No. Rajit es listo. Buscará el momento para engañarlos y vendrá. Vendrá. Vendrá. Y los párpados caían llevados por el sueño. Me despierto de nuevo; he de estar alerta. Vendrá. Rajit vendrá, me repito una vez más, sacudiendo la somnolencia.

Otra noche volví a quedarme transpuesta durante algún rato y de repente me desperté y vi grandes llamaradas fuera de la casa. Me asomé por la ventana, una parte de la casa estaba en llamas y el fuego ascendía. ¡Cielos!, ¿qué está pasando? Salí corriendo, desperté a todos a gritos: «¡Fuego!, ¡fuego!, ¡despertad, la casa está ardiendo! ¡Despertad!».

La habitación de la niña que daba al huerto había comenzado a arder. Inmediatamente Govinda sacó a Shanti. Pedimos ayuda a los vecinos, llamamos a los bomberos… Pronto el fuego quedó extinguido. Habíamos tenido suerte. Unos minutos más y… Si me hubiese dormido unos minutos más… habría ocurrido una gran desgracia. Una tragedia.

Dimos parte a la policía. Los bomberos trataron de adivinar el origen de las llamas. Los rumores comenzaron a circular. Unos decían que no era un accidente, ni cosas del azar, sino que alguien había rociado parte de la casa con gasolina, para asustarnos. Otros que habían visto a Rajit la tarde que vino a visitarme y que la familia se había enterado. La historia que cobraba más fuerza era que alguien quería darnos una lección para que acatase los preceptos ordenados y no corrompiese más el honor.

Govinda y tía Su no dijeron nada. Todos teníamos el susto en el cuerpo. Yo comencé a creerme aquellas historias. Parecía claro que, en mi condición de mujer, atreverse a desafiar el dictamen de la tradición exigía un precio muy alto. El honor siempre debía quedar salvaguardado. Una vez más todo había sido por mi culpa. El fuego había sido una advertencia. Sí, una amenaza que podría habernos traído muertes. La ruina total. Afortunadamente las reparaciones que se tendrían que hacer en la casa iban a ser pocas. Se había cogido a tiempo. Pero estaba avisada. Estaba advertida de lo que podría pasar. Así funcionaba la justicia en algunas partes de India.

En las primeras horas de la mañana husmeo el aire que todavía huele a quemado y tengo un mal presentimiento. Las escenas matutinas se repiten como en días anteriores, como si nada hubiese pasado. Madre ocupada con la niña, tía Su preparando el desayuno, Govinda tomándose el té y también observando la parte de la habitación afectada por el fuego que ha quedado toda ennegrecida. Todos están demasiado callados. Madre ha sido la primera en romper el silencio:

—¡Pobrecita mía!, mira que podría haber sido abrasada por las llamas… ¡Ay, qué desgracia! ¡Por la diosa Yellamma que ella dará su merecido a quien haya sido!

—¡Calma, calma!, no ha ocurrido nada —ha dicho tía Su—. No debemos alarmarnos. Afortunadamente no ha pasado nada. Todos estamos bien.

Govinda, que había mantenido la compostura hasta entonces, ha estallado a gritos:

—¡No! Madre tiene razón. Esto se tiene que acabar. Rotundamente se tiene que acabar. No voy a permitir más que mi familia esté en peligro. Es culpa de Devi. Desde que está aquí no ha habido nada más que problemas. Devi se tiene que marchar de esta casa. —Y lo ha dicho bien alto para que yo lo oyese claro. Me ha

dolido. Después me ha mirado y ha repetido**—:** Tienes que marcharte por el bien de todos. ¿Lo entiendes?

—Pero no puedes desecharla ahora —le ha contestado tía Su—. ¿Te has vuelto loco? Es tu hermana. No tiene adonde ir. No le puedes poner de patitas en la calle.

—Yo ya cumplí con mi obligación —ha seguido gritando Govinda—. Cumplí la promesa de padre. Ya está. No tengo más obligaciones con ella. Y lo primero de todo es *mi hija*…

—No, no es *tu* hija. Es *nuestra* hija —ha respondido tía Su gritando aún más—. Y las cosas se pueden razonar y se pueden pensar con más calma.

—Entiéndeme, no estoy diciendo que Devi coja su maleta y salga por la puerta en este mismo momento. Solo he dicho que tiene que irse lo antes posible. Tiene que alejarse de este lugar. Al menos por un tiempo. No queremos más daño. Por el bien de todos se tiene que ir.

Govinda ha hablado sentencioso y desabrido. Luego ha cogido y se ha marchado a trabajar, dando un golpe en la puerta al cerrar.

10
Sobre zapatos y pucheros: historia de tía Su

Uno de los pensamientos célebres de tía Su, que a menudo rememoro y que solía repetirme en momentos de desfallecimiento, era que en nuestra familia había zapatos y pucheros. «Recuérdalo bien, Devi —decía—, tener zapatos y pucheros es toda una proeza y debemos agradecerlo a las divinidades cada día». Su trabajo de asistente social le hacía visitar a muchas familias que lastimosamente tenían una olla ennegrecida con tizne y una vasija para el agua. No había zapatos en estas viviendas. Sus habitantes iban descalzos o con chanclas de suelas desgastadas. «En cuanto entras en una cocina —decía—, enseguida una conoce el grado de prosperidad del hogar por el número de pucheros que tiene y por los zapatos que gasta». Y con estos ejemplos, tía Su me hacía evocar mis primeros zapatos para ir al colegio que Govinda me había regalado cuando era niña. La imagen se alzaba en mi memoria todavía perfecta, sin que el paso del tiempo la hubiese llenado de telarañas. Sí, era cierto que mi familia había prosperado, pues a esto se refería tía Su con sus zapatos y pucheros. Ella y Govinda habían conseguido todas esas cosas materiales que las personas más ansían, como un buen trabajo, una casa mínimamente acomodada y una niña maravillosa. Madre estaba orgullosa y disfrutaba de su bienestar. También les insistía en que debían tener más hijos, al menos uno varón. Yo, en cambio, se podía decir que con veintitrés años vestía decentemente, poseía dos *punjabis,* tres pantalones modernos y cinco blusas camiseras. Ah, también tenía tres pares de zapatos y dos títulos universitarios. Creo que mi educación, que tanto había valorado siempre, supongo que también entraba en mi haber, aunque algunas personas como madre no le dieran importancia. Por otro lado, acababa de perder un hogar con Rajit y lo que esto conllevaba. Y dadas las circunstancias y el curso de los terribles acontecimientos que se sucedieron, tampoco contaba con una habitación propia en la casa de mi hermano. Imagino que te vas haciendo a la idea de que esa imagen maravillosa de la familia india, que muestra la unidad de todos sus miembros y cómo estos se ayudan cuando hay dificultades, pero no es del todo cierto. Bueno, supongo que habrá familias de este tipo, que se amen y se ayuden. Como somos tantísima gente la que vivimos en este país llamado India, te aseguro que hay de todo. Pero, en términos generales, en las familias suele haber muchas peleas y humillaciones. Nosotros no éramos una excepción como has visto.

Lo que quiero expresar es que después de aquella primera riña entre Govinda y

tía Su, en el que el motivo de la discusión era siempre *yo*, muchas otras siguieron, enmarañando cada vez más la situación. ¿Debía marcharme? ¿Era conveniente? Estas eran siempre las chispas que encendían el fuego y hacían arder la lumbre de los acalorados enfrentamientos familiares. De nada sirvieron los esfuerzos de tía Su, porque Govinda cada vez se mostraba más reticente y arisco. De nada tampoco sirvieron las denuncias a la policía por el intento que hubo de quemar la casa, ni las sospechas que teníamos de quién podía estar involucrado. «¡Es India!, estamos en India, vivimos en India —gritaba tía Su, asqueada y malhumorada, cuando yo le preguntaba por el tema—, y en este condenado país la policía corrupta siempre está del lado de los poderosos. ¿Acaso dejará de hacerlo alguna vez? ¿Acaso los demás les importamos?».

Al cabo de más o menos dos meses fui yo quien finalmente tomó la decisión de abandonar aquel hogar en el que cada dos por tres había enfrentamientos y violencia por mi culpa. Ni siquiera esos lazos extraños e íntimos que sostienen a las familias lo evitaron. Así que cogí todas mis pertenencias, mis vestidos, mis títulos, los puse en una pequeña maleta y calzándome mis mejores zapatos me encaminé a la estación para coger el primer tren hacia Delhi. Sabía lo que estaba haciendo: dejaba mi único hogar, *mi familia*, si es que estas eran las palabras correctas. Govinda había sido tan severo, tan agresivo, tan esquizofrénicamente silencioso a ratos, que no estaba dispuesta a vivir más tiempo allí. Sabía que una mujer sola en India no es nadie. Por muchos títulos universitarios que lleve a sus espaldas, si no tiene un hombre a su lado que la respalde, sigue siendo algo insignificante, invisible, de quien cualquiera podía abusar. Pero también había oído hablar de casos extraordinarios de mujeres que lo habían conseguido, que se habían hecho un huequecito en la sociedad. Además, dentro de mí seguía aquella fuerza inexplicable que me impulsaba hacia adelante, que se resistía a que me conformase y aceptase ser una víctima más. Porque, ¿cuándo había sido fácil mi vida? Siempre había habido golpes y más golpes, por ser intocable primero, después por ser *mujer-intocable*. El origen de los distintos batacazos había sido el mismo: negarme a ser intocable, negarme a ser mujer, según *sus* mandatos, claro. Había sufrido cada vez que había habido una humillación de un grado u otro, pero también era cierto que mi propia naturaleza luchadora me ayudaba a transcender el dolor y a seguir adelante. Y si cada vez la montaña era más empinada y escabrosa y la tenía que patear en solitario, como lo hacía en aquel momento, ¿qué otra opción me quedaba sino la de subirla?

Solía pensar en aquella época que había gente que nunca había vivido el amor profundo; otros, la gran mayoría en India, se habían casado, como tía Su, y tenían un cierto cariño a la persona que había a su lado, con quien habían tenido descendencia. Y luego estaban las personas como yo, las minorías, que sí conocían el verdadero amor, pero o bien tenían que esconderse, o bien les habían cortado las alas, como me había ocurrido a mí. ¿Se nos podía considerar afortunadas por haber conocido la esencia del amor? ¿Por haber alcanzado su profundidad, igual que los místicos cuando tocan el amor celestial? No lo sé exactamente. Con Rajit, durante

aquel escaso tiempo, mi vida había disfrutado de un intenso y dulce remanso, como las aguas de un gran río. Después, con la tormenta y los aluviones que siguieron, habían corrido bravas, locas, corriente abajo, llegándose incluso a desbocar y a arrojarme de la balsa donde mi propio ser iba flotando. Hasta que se apaciguaron relativamente y mi vida volvió a fluir tomando otro nuevo rumbo, uno que jamás habría podido imaginar. Uno en el que necesitaba más fortaleza interna que nunca, el contexto indio donde vivía lo exigía, la situación de por sí lo reclamaba imperiosamente. ¿Qué va a pasar a partir de ahora?, me preguntaba cuando estaba en el tren, yendo hacia Delhi. Lo ignoro. Esta era la respuesta. No sé cuál será mi destino. Mi vida de mujer casada con Rajit habría sido fácil de intuir: habríamos seguido trabajando en la universidad, nos habríamos comprado una casa y seguro que habríamos tenido hijos estupendos. Parecía predecible. Sin embargo, mi realidad en aquellos momentos era que me encaminaba hacia la gran ciudad, hacia la capital de India. Mi otra realidad inolvidable era que me había convertido en una mujer sola, además de intocable. ¿Qué tendría que contestar cuando me preguntasen cuál era mi estado civil? ¿Cuál era la respuesta correcta? ¿*Descasada*? Ni siquiera existía formalmente este nombre, por muchas otras mujeres descasadas como yo que hubiese habido en la historia de los hombres y del honor de la casta. Tendría que decir que era soltera. Sospechosamente soltera. Sí, obviamente, levantaría sospechas cuando fuese a pedir trabajo o a buscar alojamiento. Y si lograba algún día alquilar un piso, los vecinos enseguida querrían saber quién era, de dónde venía, quién era mi familia, cómo era que no había un hombre a mi lado, ni siquiera un hermano, un familiar varón que viniese a visitarme. Sospechoso, pensarían. Indudablemente sospechoso. Y pondrían mala cara y la gran mayoría de estas personas me considerarían *una mala mujer*. Tendría que conseguir un buen trabajo para lavar aquella reputación y que todas las sombras oscuras e indicios vehementes que me atribuyesen se evaporaran. Sí, tal vez con una buena posición laboral podría hacerme respetar. Tal vez en la capital sí que era posible lograr un poco de respeto.

Era la primera semana de marzo de 1986 cuando mi nueva vida de mujer soltera se iniciaba en un hostal barato de mujeres en Nueva Delhi. No quise pedir ayuda a mis antiguos contactos de cuando era estudiante, por un lado, porque también ellos conocían a Rajit y no estaba dispuesta a volver sobre este traumático episodio otra vez. Sé que de algún modo le habría llegado información que solo me habría traído más dolor. Necesitaba cortar con el pasado rotundamente para poder centrarme en el presente y poder avanzar día a día, fuese cual fuese el destino que me esperaba o que mis esfuerzos pudiesen lograr. Por otro lado, si nunca lo había hecho antes, en aquellos momentos simpatizaba aún menos con la gente del movimiento proliberación de los intocables donde también tuve algunas amistades. Seguía sintiendo rabia, cansancio y agobio con muchos de aquellos hombres intocables-educados, que ofrecían bonitos discursos y teorías, pero se comportaban con sus mujeres como cualquier otro varón, rebajándolas y considerándolas inferiores; presentándose ante ellas con autoridad y esperando que estas obrasen

como a ellos les gustaba, aún en contra de su voluntad. Con veintitrés años la vida ya me había enseñado bastante. Y no necesariamente en la universidad. También había aprendido que la educación era importante, cierto, pero en algunos mundillos de la sociedad india la educación de una mujer y los títulos universitarios que pudiese tener les importaban un pimiento. Lo peor de todo era que estos grupos dominantes estaban por encima de la ley democrática del país. Tal era la corrupción del sistema. Así había sido durante muchos años.

A los pocos días de mi llegada al hostal de Delhi, recuerdo que iba a celebrarse la gran fiesta india de Holi, que es el festival del color, una ocasión excepcional para divertirse con amigos y familia lanzándose unos a otros polvo de colores. Aquel año, sola como estaba, desprecié aquella celebración porque hacía que despertasen en mí los recuerdos del pasado, de mi infancia en casa o de mi estancia en la residencia de estudiantes, que no disfrutaría nunca más. Ya en la víspera la gente encendía una gran hoguera y quemaba simbólicamente al demonio Holika, significando con ello la victoria del bien sobre el mal. Y cuando había dinero comíamos los primeros guisantes frescos de la primavera y dulces, y nos uníamos todos en una gran fiesta. Holi, además, festeja el amor entre Radha y Krishna, que son los amantes por excelencia de todos los mitos indios. Y las canciones que se cantan aluden a esta pareja de amantes ideales. Curiosamente, las historias también contaban que Radha era una pastora, o sea, de una casta baja como la mía, y que Krishna era un dios, que se había enamorado de ella y la había hecho suya. Ahora entenderás mejor por qué estaba furiosa y por qué me irritaba tanto la celebración de Holi, que me resultaba tan estúpida aquel año. A mí me habían quitado a mi Krishna, a Rajit. ¿Acaso podía tener algún motivo de celebración? Me habían censurado mi amor, ¿cómo iba a celebrarlo? Sentía rabia por tanta hipocresía de la gente.

Aquel año de Holi llegué al hostal hacia el mediodía, agotada porque mi primera entrevista para un puesto de profesora en un colegio católico había ido muy mal. Tenía que encontrar trabajo rápido, antes de que se me acabase el dinero que me había dado tía Su cuando me despedí de ella. Las otras chicas del hostal me debieron ver llegar y, ni cortas ni perezosas, decidieron iniciarme en el ritual que le hacían a cada persona recién llegada. Cogieron un balde de agua fría y mientras una me entretenía en el jardín, las demás se acercaron por detrás y lanzaron el agua desde la cabeza, dejándome completamente empapada. Después, riéndose, comenzaron a lanzar los colores de Holi, rojos, amarillos, azules, verdes, formándose una gran batalla entre todas y gritando: «¡Holi hai!, ¡Holi hai!, ¡es Holi!, ¡es Holi!, ¡es Holi!». No sé cómo, pero me empecé a reír yo también. En unos instantes, el malhumor que tenía se había convertido en colores brillantes, intensos, atrevidos, llenos de risas jocosas y de alegría. ¿Era quizá aquello una indicación de que no debía temer nada? ¿De que mi nueva vida en solitario en la gran ciudad acabaría resplandeciendo, brillando con la intensidad de Holi? ¿De que ante situaciones adversas estaba en mi mano elegir cómo las quería sobrellevar, bien con rabia y entristecimiento o con templanza y una sonrisa? Todo aquello me

hizo pensar. Para ser mi primera semana en Delhi la había iniciado con buen pie: había hecho amigas. Aquellas chicas del hostal eran de muy diversas edades, algunas estudiantes, otras trabajaban en instituciones del Gobierno o privadas. Muchas estaban ya casadas y veían a sus maridos el fin de semana. En su mayoría eran chicas modernas, abiertas de mente, que inyectaron en mí un toque de frescura y serenidad. Con ellas, poco a poco, aprendí a saber quedarme con lo positivo de cada situación. También aprendí a no dejar que los sentimientos negativos tomasen tanta fuerza que dominasen todo mi ser. «Los tienes que soltar», me decía Kajal, cuando me atreví a narrarle brevemente lo de Rajit, el odio que sentía y cómo mi propio hermano me había echado de casa. «Olvídate de todo eso —respondía Kajal—. Déjalo marchar y no te tortures más dándole vueltas. Ahora estás aquí y tienes que poner todas tus energías, toda tu mente, todo tu espíritu en lo que quieres. Si quieres encontrar un buen trabajo prioriza esto en tu mente y abandona todo lo demás. Pon toda la energía positiva de tu ser en ese trabajo que quieres conseguir. Estás preparada para ello y vendrá». Así me hablaba Kajal, una mujer divorciada, de unos cuarenta años. Apenas sabía nada más de ella, no solía hablar mucho de su vida, pero siendo divorciada, imaginaba que no habría tenido experiencias demasiado gratas.

La única persona de mi familia con quien seguía manteniendo contacto era tía Su. Gracias al dinero que me dio, algunos de sus ahorros, pude pagar mis gastos durante los primeros meses. Le dolió tanto dejarme marchar de aquella manera, que cuando nos despedíamos me hizo prometer que la llamaría por teléfono de vez en cuando y, sobre todo, que la escribiría. «Quiero saber dónde estás, Devi, si estás bien y cómo te va todo, ¿de acuerdo?», insistió.

Durante todo aquel tiempo, un total de cinco años en aquel hostal de Delhi, opté por escribirle cartas. Si alguna vez la había llamado nunca la habían podido localizar porque andaba siempre en proyectos diferentes en diversas aldeas. En las cartas le contaba mis experiencias con mis estudiantes de un colegio privado de secundaria donde enseñaba Historia.

> Este primer año está siendo muy motivador, tía Su, y el trabajo me ayuda a borrar de mi mente la dureza y el dolor del pasado. En Delhi todo es muy distinto y la gente es más abierta... Ya recordaba esta experiencia de mi época de estudiante en la universidad, pero entonces mi vida se había limitado al campus; carecía de otras visiones y oportunidades de la gran ciudad. Ahora, en cambio, tía Su, estoy tan ocupada que el tiempo se me va volando cada día. Sabes, tengo que coger un autobús hasta el colegio que tarda treinta minutos, luego tengo las clases hasta las tres de la tarde. También están las épocas de los exámenes, las correcciones, las reuniones de profesores, bueno, un sinfín de actividades incluso hasta en algunos días de fiesta. No debes preocuparte, tía Su, disfruto mucho con esta nueva experiencia. Es como una oleada de aire fresco. Y me exijo mucho a mí misma. Porque no sabes lo difícil que resulta educar. Debo confesarte que ahora que soy profesora soy más consciente. Quizá el hecho de ser mujer intocable tenga esta ventaja, te hace más sensible. Una gran responsabilidad, de verdad, educar a mis estudiantes en la paz, la justicia y la equidad; educar su sensibilidad para que se les despierten los ojos del alma, como expresaba el

gran maestro Tagore. Ni te imaginas el esfuerzo que requiere, tía Su; acabo agotada cada día. Pero confío en que la riqueza que llevan dentro dará sus frutos en algún momento, si no se malogra por el camino, claro.

Los días de fiesta son los peores, tía Su, pero no te asustes, me voy acostumbrando. En el hostal apenas hay gente, las otras chicas se reúnen con sus familias, con sus hijos, viajan a sus pueblos o los maridos las visitan, con lo cual me quedo sola y os echo en falta. Echo en falta a la pequeña Shanti, ya debe de haber crecido mucho… La recuerdo con sus ojos grandotes y esa mirada tan clara que lo inspecciona todo y todo lo quiere descubrir… Como te contaba, las chicas más jóvenes del hostal se encierran en su habitación para estudiar y no se las ve. Pero, de verdad, no te amohínes, tía Su, porque salgo sola alguna vez a pasear por algún mercado. El otro día me compré ropa nueva, fue algo excepcional pues tengo de todo lo que necesito y no debo malgastar el dinero si quiero ahorrar. Sí, me he propuesto ahorrar, cuanto más mejor, para poder alquilar una vivienda o incluso comprarla. No quiero pasarme toda mi vida en un hostal. Y como no sé si me voy a casar alguna vez... La verdad es que no me veo casada otra vez. Es como si en el mundo de lo divino mi alma todavía estuviese unida a Rajit y por alguna razón mis ojos no se fijan en nadie más. Bueno, quizá esta sensación desaparezca con el tiempo o tal vez mi destino sea pasarlo sola el resto de los años que viva, dedicando todos mis esfuerzos a los demás, tratando de erradicar, en la medida de lo que pueda, los prejuicios absurdos que bien conozco y que me han hecho sufrir tanto. Como padre… Me acuerdo cada día de él, de lo que me enseñó cuando era muy pequeña, estoy segura de que su ilusión en ese momento era la misma que siento yo hoy. Padre siempre iba a contracorriente y se desvivía por afinar nuestros sentidos. Voy entendiendo mejor por qué se empeñaba tanto en educarnos y le doy las gracias, gracias infinitas. Como él, supongo que hay personas que hemos nacido para darnos a los demás con nuestros talentos. Igual que tú, tía Su. Tú también haces cosas maravillosas con la gente que tienes a tu cargo.

Anhelaba recibir las cartas que llegaban de tía Su. A veces cuando el correo no iba demasiado bien y tardaban bastante, me ponía nerviosa. Otras veces me alegraba cuando venían dos o tres juntas. Las leía, una y otra vez y, si no estaba demasiado ocupada, las respondía inmediatamente. Las cartas me ayudaban a mantener el vínculo con mi familia y a confiar en que vendrían tiempos mejores y que la relación con Govinda se armonizara algún día. Quién sabe si, a lo mejor, hasta puedo ir a visitarlos alguna vez, pensaba.

Querida Devi —escribía tía Su—. Ya te he hablado antes del grupo de alfabetización que llevo. Son mujeres de distintas aldeas que vienen por las tardes, después de terminar su trabajo, para que las enseñe a leer. El Gobierno de Haryana está promoviendo estos planes de desarrollo en diversas zonas. Tengo varios grupos en pueblos distintos. En total son unas ciento veinte mujeres, pero puede que se añadan más. ¡Ojalá! Me ha costado convencerlas, porque para ellas es un sacrificio enorme con todo el trabajo que hacen cada día. Algunas son lecheras, otras venden verduras y frutas, otras son costureras, otras trabajan liando *bidis* o haciendo palitos de incienso y otras van al campo. Son de castas muy bajas y se levantan a las cuatro o las cinco para trabajar. Después regresan y atienden su casa. Por eso es tan difícil lograr que vengan cada día y que aprendan a leer. Les he dicho que así tendrán mejores trabajos y ganarán más dinero… Bueno, veremos cuánto duran. Últimamente me tienen preocupada las

lecheras. Unas treinta mujeres. No han aparecido desde hace semanas y me he enterado de que las quieren echar del mercado central donde siempre han vendido la leche. La policía atizó a algunas el otro día porque no se querían marchar. He ido a averiguar lo que pasaba. Me he unido a ellas. En efecto, la policía ha llegado hoy también. Tienen que irse todas. Ya les hemos advertido y no quieren hacer caso, me ha respondido un policía enfadado. El mercado lo quieren vender para construir viviendas, por eso se ha formado este lío.

«¿Cómo vamos a abandonar el lugar donde hemos vendido la leche durante tantos años y nos hemos ganado el *roti*?», han expuesto las mujeres. Y la verdad es que tienen toda la razón. Si les quitan ese lugar y la licencia para vender les será muy difícil subsistir. Pero la policía es insensible a estas cuestiones y obedecen órdenes y deben desalojar a las mujeres. Estoy preocupada, Devi. Les he contestado que se tienen que unir todas y hacer una huelga. Es lo primero que se me ha ocurrido. Espero que funcione. «¡Dejad de vender la leche, durante varios días! —les he insistido—, hasta que se dignen a escuchar vuestra petición». «¡Sí!», ha contestado una, y me he sentido amparada. «Somos nosotras quienes alimentamos a los señoritingos ricos… Si sus hijos no tienen leche, cederán. Si no hay leche, se quejarán a las autoridades y nos escucharán», ha añadido otra envalentonándose. Me ha gustado que entre ellas haya voces más potentes que arrastren a las demás. Es lo que necesitamos.

Al día siguiente, las lecheras se presentaron en el mercado central y se sentaron en sus puestos como de costumbre. Yo estaba con ellas animándolas, dejándoles ver que la unión les otorgaba poder. No llevaban leche, solo sus recipientes vacíos, que iban golpeando para hacer ruido y llamar la atención. La policía ha aparecido al cabo de un rato para expulsarnos. Tenía miedo, Devi, porque creí que nos iban a zurrar. «¡Vayámonos! —les he dicho—. Ya vendremos mañana. Ah, y nada de vender leche, ¿de acuerdo?».

Un día después regresamos al mismo lugar, a la misma hora y volvimos a hacer lo mismo. Tomamos posiciones, golpeamos las lecheras vacías. La policía se presenta. Nos desecha. Nos vamos… Repetimos la misma escena durante dos semanas, Devi. Pacíficamente. Como no había leche, la gente estaba muy furiosa. Era el tema de conversación en todos lados. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Algunos incluso se acercaron a las casas de las lecheras, en barrios que no habían pisado antes, en busca de leche. Para que no se desperdiciase, porque, claro, los animales seguían dando y había que ordeñarlos cada día, las lecheras la vendieron a los que iban a sus casas por el doble o triple de su precio. «¿Quieren leche?, pues que la paguen», decían airosas.

Una mañana llegaron periodistas al mercado central. Tomaron fotos y la noticia apareció en los periódicos. Uno de ellos hasta me entrevistó, a mí, Devi, ¿te lo imaginas? Porque decían que era la supuesta organizadora de toda aquella protesta. Si quieres puedes ver la noticia en la prensa en hindi. Les dije que Gandhiji también habría protestado y que igual que él nosotras también lo hacíamos en contra de aquella injusticia. Lo de Gandhiji se me ocurrió en el momento; creo que quedó bien… «Las mujeres defienden lo que es suyo —les dije—, y tienen que seguir vendiendo la leche en aquel lugar, no les pueden quitar ese derecho». También añadí que, gracias a su trabajo, las lecheras y las otras vendedoras de aquel mercado, estaban alimentando a muchas familias de la zona. Seguro que la leche de sus cabras la beben las autoridades del Estado… También me atreví a expresar esto último, Devi, ya ves.

No te lo vas a creer, pero ¡triunfamos! Devi —escribía tía Su en otra de sus cartas —. Estoy tan contenta por ellas. Después de casi un mes de huelga y del jaleo que se montó, las negociaciones comenzaron y las autoridades cedieron. ¡Las lecheras han

ganado! Ni te imaginas la alegría que había en sus caras y lo orgullosas que se sentían delante de las otras mujeres y de sus maridos. Yo también me siento muy satisfecha. Esto no sucede muy a menudo y por primera vez en su vida han aprendido lo que significa trabajar unidas contra las adversidades y las injusticias. La experiencia ha valido la pena, créetelo. Ahora tienen más confianza y vienen más motivadas a las clases de alfabetización. Bueno, siguen faltando algunos días, por el exceso de trabajo y el agotamiento, pero ¿qué más puedo hacer?

Un día, Devi, que vete a saber tú cómo se me ocurrió, les dije a las lecheras: «¿Por qué no formáis una cooperativa? Si organizáis el trabajo y os lo repartís, tendréis más beneficios y más tiempo para vuestros hijos y para vosotras». ¡Bueno!, ¡bueno!, ni te cuento la que se armó. «No lo sabemos hacer, tía Su —contestaron—. Apenas sabemos leer bien… Y una cooperativa es mucha responsabilidad… no lo hemos hecho nunca… no sabríamos por dónde comenzar…».

«¡Vamos a ver! —respondí yo, cuadrándome con ellas—. Vosotras os encargáis del ganado, ¿no es así? Vosotras sacáis a pastar a los animales y conocéis los mejores pastos, ¿me equivoco? Vosotras también ordeñáis las cabras, los búfalos… ¿correcto? —Asentían silenciosamente—. Vosotras lleváis la leche al mercado. Vendéis la leche. ¿Es esto correcto o no?».

Trataba de razonar con ellas, Devi, porque a menudo no saben valorar todo lo que hacen, ni el talento que tienen estas mujeres.

«Sí, tía Su. Hacemos todo eso y mucho más —respondieron—. También ayudamos a parir a las hembras, limpiamos las jaulas de los animales…». «¡Muy bien! Decidme, entonces, ¿qué hacen vuestros maridos? Contestad, ¿qué demonios hacen vuestros maridos?». «Nada —respondió una honestamente—. Lo único que hace el mío es gritarme, coger el dinero del día y marcharse con su puta».

Empezaron a cuchichear entre ellas.

«¡Efectivamente! —exclamé yo, alzando más la voz—. Ellos controlan el dinero. ¿Os parece bien? Se quedan con el dinero de la venta de la leche, después de que vosotras habéis hecho todo el trabajo. ¿De veras que os parece bien?».

Algunas agacharon la cabeza avergonzadas.

«Es cierto, tía Su, ellos nunca mueven el culo para nada. A no ser que sea para dejarte preñada…». «¡Correcto! —subrayé—. Y muchos se lo gastan bebiendo y vuestros hijos no tienen comida, ni ropa decente, ni van a la escuela. ¿Queréis continuar así el resto de vuestra vida?».

Las mujeres conocían estos problemas, Devi, no era nada nuevo. Pero el hecho de hablarlos en grupo, de exponer sus preocupaciones, sus historias personales, de abrirles los ojos y hacerles ver la realidad les ha ayudado. No sabes cómo, Devi. Me siento contenta porque van progresando. Poco a poco… Y la fuerza que tienen es imparable… Creo que conseguirán lo que quieran si siguen unidas.

«Entonces, ¿qué podemos hacer tía Su? —preguntaron finalmente—. Sí, ¿cómo podemos solucionar nuestra situación?». «Bueno, ya os lo he dicho. Podéis formar una cooperativa. Una cooperativa de lecheras. Es cuestión de estar muy unidas y organizar el trabajo. Y no será difícil. Os lo aseguro. Nada que no sepáis hacer. Unas os encargaríais de reunir a todos los animales y llevarlos a pastar, otras de ordeñarlos, otras de vender la leche y así sucesivamente. Y después todos los beneficios obtenidos se distribuirían por igual». «Pero no sería justo, tía Su —comentó una mujer—. Porque un búfalo no da la misma leche que una cabra, todas lo sabemos». «Tienes razón —contesté, tranquilizándola—. Y lo organizaremos de forma que estas diferencias queden compensadas».

Ya ves, querida Devi. Las lecheras andan un poco alborotadas pero muy entusiasmadas con estas propuestas y la posibilidad de vivir mejor. Creo que al final todo saldrá bien y sacarán adelante la cooperativa. Son bien capaces de lograrlo.

También te digo, querida Devi, que a veces me pregunto si no me estoy dando demasiado a ellas porque llego a casa tardísimo, siempre liada y, gracias a que madre se encarga de la pequeña Shanti, que por cierto ha pegado un buen estirón.

Después de leer aquella carta de tía Su me quedé impaciente por saber qué harían las lecheras. Recuerdo que aquella noche recé por ellas para que escuchasen a tía Su y tomasen una sabia decisión, se uniesen y formasen la cooperativa. ¿Con qué derecho sus maridos les arrebataban sus ganancias, si habían hecho ellas todo el trabajo? Era injusto. Llegaban a casa destilando alcohol por los cuatro costados, echando una horrorosa peste y luego les daban una buena tunda; también a sus hijos. ¿Por qué sufrían en silencio estos tormentos? Nosotros habíamos sido muy pobres, pero ni padre, ni Govinda, malgastaban el dinero ni nos pegaban. Recé por aquellas mujeres durante una buena temporada, delante de las imágenes de Buda y de la diosa Durga que tenía colgadas en la pared de mi habitación.

Tres meses después, la siguiente carta que tuve de tía Su fue un poco más corta.

Por aquí todo va muy bien, Devi, todos muy bien y estamos muy contentos porque Govinda ha comprado una cocina de gas y una nevera. Madre está que alucina. La nueva cocina de gas es mucho más limpia y más rápida. No sé si has visto alguna. Ahora ya no nos tenemos que preocupar más de comprar leña o adobes de boñigas para prender la vieja *chulah* que, por cierto, como todavía estaba en buen estado se la he regalado a una de las familias que conozco. Y les he dicho que si a nuestra vieja cocina de arcilla le añaden un tubo para conducir el humo no tendrán que inhalar los gases de la combustión y el hogar será más saludable. Estas familias pobres podrían evitar un montón de enfermedades con cosas así de sencillas, pero a veces no tienen ni para encender el fuego, ya lo sabes tú bien, Devi, nosotros nos hemos criado en las mismas condiciones.

A madre no le ha costado nada acostumbrarse a la cocina de gas. «¡Es tan moderna! —exclama—. ¡Tan moderna!». Deberías oírla. No da crédito a que de los dos fogones pueda salir el fuego y se cocine la comida. Y que sea tan fácil de encender, tan sencillo como encender una cerilla. Bueno, está que ni se lo cree. Y con la nevera, ¡qué te voy a contar!, Devi. Ya solo voy una vez al mercado a por las verduras, las guardo todas en un cajoncito que tiene en la parte inferior y se conservan de maravilla. Es fabulosa para el verano, tener todo tan fresquito cuando en la calle hay cuarenta o cuarenta y cinco grados de temperatura… De verdad, es increíble. Madre tiene razón, estos inventos modernos son excelentes. Es tan asombroso ¿verdad?, Devi, que hayamos prosperado tanto en tan poco tiempo. Pero ¿acaso no nos lo ganamos a pulso? Y tenemos dos sueldos, algo que no ocurre en las otras casas. Y Govinda no gasta mucho con sus amigos, es un buen hombre. Dice que cuando ahorremos más comprará también un televisor. ¿Te imaginas, Devi?, nosotros hasta con televisión. Somos casi como los ricos, como las familias prosperas de Haryana. Bueno, no me hagas mucho caso; bromeo de la emoción que supone disfrutar de esta prosperidad. En serio, tú sabes que exagero un poco y que no es para tanto, ni siquiera tenemos sirvientes que nos ayuden como los ricos de verdad. Ni tampoco un coche o dos… ¡Ja, ja, ja! Supongo que, en el futuro, cuando Shanti sea más mayor y dé más trabajo, tendremos que emplear a alguien… Sí, alguien que venga a cocinar y limpiar la casa, se está haciendo muy pesado para mí. Bueno, Devi, cuídate mucho en Delhi y a ver si dentro de poco puedes

venir a visitarnos.

Posdata: ah, se me olvidaba decirte, Devi, que las lecheras han creado su cooperativa y todas estamos muy contentas. No sabes lo entusiasmadas que se las ve… Yo las he ayudado mucho a organizarlo todo y las he animado para que no decayesen las fuerzas en momentos duros. Ha habido tensiones, especialmente con sus maridos, a quienes no les ha gustado un pelo… Ha habido peleas en sus casas y yo he tenido que mediar… Pero todo ha resultado bien y ahora son ellas las que tienen el dinero y lo administran. Es todo un éxito, Devi. Vamos prosperando, poquito a poquito… Entre todas se ayudan y se defienden. Te aseguro que a veces parece más una organización de mujeres que una cooperativa; o las dos cosas a la vez. Se sienten tan orgullosas, Devi, tan orgullosas.

Las cartas de tía Su comenzaron a distanciarse cada vez más. Yo tampoco escribía con la asiduidad de antes. Una de las razones era que había decidido comenzar mis estudios de doctorado y dedicar el tiempo que me quedaba libre, después del trabajo en el colegio, a la preparación de mi tesis. Todo en conjunto suponía una gran responsabilidad, pero dado que no tenía familia, ni tampoco hijos que atender, ni agobios, como las otras chicas, en la búsqueda de un marido para casarme, supuse que bien podría dedicarme a la labor. Volver a los estudios de nuevo me ayudaría a mejorar mi posición y podría optar por un puesto de profesora en la universidad, que había sido siempre mi ambición.

La verdad era que habían pasado ya cuatro años desde mi llegada en solitario a Delhi y necesitaba una motivación que ahogase las carencias internas y los vacíos que sentía. Los estudios alejarían mi mente de esos momentos ociosos en los que la soledad se alzaba desde dentro de mí, se hacía más profunda y merodeaba a mi alrededor, dejándome triste y alicaída durante un rato. Porque, sí que me relacionaba con la gente, obviamente. Y siempre estaba rodeada de personas, pero lo cierto era que allá donde fuese seguía siendo una mujer india soltera, con toda la carga social que esto suponía. Cuando llegaban las fiestas, como Divali, la más entrañable, o las bodas de algunas amigas, o las vacaciones escolares, en esos momentos, mirara donde mirara, siempre había mucha gente alrededor. Era India, cierto, la populosa India. Yo, en cambio, siempre estaba sola. Sin esposo, sin familia con quien celebrar algo, sintiendo cómo todo el mundo alrededor mío se divertía mientras en silencio yo sufría aquella soledad.

En el colegio había actos festivos a los que estábamos invitados todos los profesores con sus respectivos cónyuges. No sabes la rabia que me daban, siempre me tocaba aparecer sola, con una sonrisa, como si no pasase nada. Nadie hacía comentarios, ni había extraños parloteos, pero creo que todos ya se habían enterado de mi historia con Rajit y lo que pasó entonces. Estas noticias vuelan sin saber cómo. A pesar de vivir en Delhi y de que muchos se consideraban modernos y tolerantes, algunos me juzgaban con compasión, otros, con educación, elegantemente, me evitaban. No sé sinceramente qué parte de mi vida les suscitaba mayor aversión, la de la mujer intocable y educada, el que fuese una solterona sin expectativas de marido, o tal vez la de ser demasiado atrevida, tanto como para

haber desafiado a la institución de la casta y haberme casado con Rajit.

Le había estado dando vueltas durante varios meses porque tía Su había insistido en sus últimas cartas. «Ven a visitarnos —escribía—, ¿cuándo vas a hacernos una visita?, así verás a madre y lo grande que está Shanti con sus siete añazos recién cumplidos». Nunca decía nada de Govinda, de si a él le haría gracia que fuese o no. Consideré que después de cuatro años el malestar de tiempos pasados ya se habría disipado y me atreví a acercarme un domingo. «Será solo para comer juntos —le dije a tía Su—, después regresaré en el autobús de la tarde».

Fue un encuentro con muchas emociones. Madre se alegró sinceramente y al verme colocó su mano encima de mi cabeza y me bendijo. Yo no le toqué los pies, ni se los besé, como es la costumbre en nuestra tierra en señal de respeto. Nunca lo había hecho con nadie. Estaba más vieja, madre, pero tenía buen aspecto. Con mucha energía como siempre. Shanti la había mantenido activa y muy ilusionada. Apenas la reconocí, a la niña. Estaba tan alta, tan guapa, con un gran parecido a tía Su, con la tez tirando a clara, con un vestidito verde y su melenita cayéndole sobre los hombros… Y yendo a la escuela y todo. ¡Cómo corría el tiempo!, pensé, con cierto remordimiento porque sabía que yo nunca tendría hijos. Demasiado tarde para eso. También me habían privado de esta oportunidad.

Govinda me saludó mostrando arrepentimiento y una cierta distancia. Y con tía Su, ¡oh, cuánto me alegré de verla! Se había cortado sus largos cabellos negros, los llevaba muy a lo chico y le apuntaban algunas canas que se hacían más espesas en la parte frontal. En general estaba muy guapa.

—Es mucho más cómodo, sabes, Devi —decía—. Deberías probar. Además ahora se ha puesto de moda llevar el pelo así. He oído que en Delhi cada vez hay más mujeres que se lo dejan muy corto y sus maridos no les dicen nada.

La casa también había cambiado. Habían comprado un tresillo para el salón y una televisión. Las paredes estaban recién pintadas, en la cocina había cacharros y pucheros de todas las medidas y hasta una olla exprés.

—No sabes lo bien que va —comentó tía Su—, sobre todo para los guisos de garbanzos o los de carne. Porque, ¿no te he dicho, Devi, que ahora Govinda toma carne en la cena? Sí, le encanta y siempre me repite que un hombre que trabaja mucho tiene que comer carne. Así que suelo cocinarle estofados con pollo o con cordero, les añado algunas verduras y hago el arroz aparte. Hay que llenar bien los estómagos, ya pasamos demasiada hambre cuando éramos niños, ¿no te parece, Devi?

Tía Su me llevó después al armario de su habitación, el más grande de la casa, y me enseñó el sari de seda rojo que Govinda le había regalado a madre por su cumpleaños. —Es de cachemira —señaló—. Y ¡mira!, ¡mira qué excelentes brocados, todos bordados a mano! ¡Tócalos! Preciosos, ¿verdad? Fue una sorpresa. Madre se puso contentísima y también nos recordó a todos aquel día, cuando Govinda era solo un niño y le trajo unas telas de seda, que ella después tuvo que vender con todo su pesar para pagar el funeral de padre. Estaba muy emocionada, deberías haberla visto.

Junto al sari rojo de madre estaban las *kurtas* de Govinda con sus pantalones correspondientes doblados. Tía Su también tenía un apartado en el armario con bonitas blusas, saris, *punjabis* de distintos colores y pantalones modernos. Debajo, en el suelo, estaban los zapatos, varios pares de distintos modelos, algunos cerrados, otros en forma de sandalia. Los de tía Su eran casi todos planos, de color marrón o azul.

Durante la comida nos reímos un rato recordando los buenos momentos de la infancia. Madre le contaba a la pequeña Shanti algunas chiquilladas de Govinda y mías. Cuando se acabaron las historias, comenzaron a hacerme preguntas sobre el colegio y mis estudiantes en Delhi. Nadie, en ningún momento, se atrevió a insinuar por qué no me casaba de nuevo, aunque a madre sí que se le escapó que Rajit había celebrado su boda por todo lo alto, con Aparna, una mujer de casta brahmán, mucho más joven que él, que había ido a la universidad, pero que no trabajaba fuera.

—Se han comprado una casa no muy lejos de aquí —comentó madre—, al lado de la familia de ella. Y dicen que Aparna se dedicará exclusivamente a los hijos que vengan y a su hogar.

Madre hablaba con envidia y resentimiento. Con el tono sutil que yo conocía, inaceptable, disconforme, dejando entrever que yo nunca sería una mujer como Aparna, consagrada enteramente a la vida familiar, una buena mujer india que tiene la casa siempre en orden y sirve las comidas a las horas establecidas.

Todos se quedaron en silencio. Yo tampoco dije nada. Después tía Su cambió de conversación con gran agilidad.

—Sabes, Devi, Govinda quiere comprarse un coche. Cuéntaselo tú, Govinda, cuéntale a Devi qué coche te quieres comprar —le dijo dándole con el codo.

—Bueno —respondió él—, quizá el próximo año me compre un Maruti 800. Es un buen coche. Además, estoy haciendo horas extras muchos días y el sueldo se ha doblado. Tal vez en poco tiempo pueda comprarme el Maruti. Sí, y yo aprenderé a conducir.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —rio, tía Su en tono jocoso—. Y me lo podré llevar a las distintas aldeas y no tendré que esperar al autobús y llegar tan tarde a casa. Cuando me vean pasar las lecheras y las otras mujeres van a pensar que soy la reina de Inglaterra.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —Todos nos reímos con aquella ocurrencia.

Regresé a Delhi por la tarde con la impresión de que aquel encuentro con mi familia había sido agradable. Nada más que eso. Regresé con la sensación de que nos separaban millones y millones de kilómetros de distancia y que aquellos dos mundos, el de mi familia y el mío, jamás podrían empatizar. La única persona que podía entender mi complejidad, mi *multiverso*, pues así lo había hecho siempre, era tía Su. De Govinda y de madre no cabía esperar nada. ¿Pero acaso había algo que yo les pudiese dar a ellos y que estos realmente valorasen? Claramente, la vida intelectual a la que yo había optado carecía de mérito para mi familia. No la sabían apreciar. Govinda había ascendido tanto, había progresado tanto, era lo que todo el

mundo veía. Lo que se podía palpar. ¿Y yo? ¿Qué tenía yo? La gente me había visto como una desgracia: demasiado moderna, demasiado liberal, demasiado atrevida, demasiado estudiosa.

Pensé que a Govinda toda aquella prosperidad se le había subido un poco a la cabeza. ¡Estaba tan distinto! Como siempre, no hablaba mucho, seguía refugiándose en esos silencios típicos de los hombres, pero sin lugar a dudas era él quien dirigía el hogar. Se le notaba satisfecho de aquella vida de comodidad que había conseguido para su familia y que, de un modo u otro, siempre había ansiado. Con sus pantalones y su *kurta* tan elegantes, que debían de ser muy nuevos, ambos tan bien conjuntados, no mostraba ningún vestigio de sus raíces intocables, nada que recordase a los demás quién había sido su padre o su abuelo. Era esto lo que siempre se había esforzado en desterrar. Y viviendo en aquella casa tan bonita que se había encargado de embellecer con los muebles modernos y los otros enseres, parecía un tanto paradójico que yo que vivía en la gran ciudad, con los avances y el resplandor que la caracteriza, mostrase un aliño más pobre y provinciano que mi propio hermano y su familia. ¿Cómo no iban a estar entusiasmados todos ellos con el placer que da el dinero y la racha de bonanza que vivían?

Ciertamente, aquella visita me confirmaba una vez más que estaba sola. Y toda la *soledad* de mi ser, con sus respectivas etiquetas de mujer soltera intocable y educada, debía seguir su rumbo hacia el incierto horizonte. Parecía como si tuviera que aliarme con la soledad, en lugar de enfrentarme a ella y tenerla en contra. Establecer una alianza entre mi vida y la soledad era la respuesta, lo más sensato si quería sacar el mejor provecho.

Fueron pasando los meses sin darme cuenta, ocupada en el colegio y en mi investigación doctoral. Dormía solo unas cinco o seis horas al día y apenas me relacionaba con la gente, se habían acabado los ratos de ocio, las charlas con las amigas del hostal y hasta los paseos, de tan enfrascada que estaba en el trabajo. También había dejado de escribirle cartas a tía Su por esta misma razón y yo tampoco recibía las suyas, asumiendo supuestamente las dos que en nuestra agitada actividad no cabía nada más. Un día me llamaron por teléfono al hostal. Era tarde y estaba a punto de irme a dormir. —¿Es para mí? —pregunté, dudosa, cuando me avisaron. Me extrañó tener una llamada a esas horas pues nadie que yo supiese, excepto mi familia, conocía el número.

Era madre y hablaba con tanta alteración y consternación que me costaba entenderla.

—A ver, madre, ¡cálmate!, y cuéntame qué pasa.

—Tienes… tienes… que venir, Devi. —No le salían ni las palabras—. ¡Ay, ay, Devi! ¡Qué desgracia! —Madre se echó a llorar.

—Pero ¿qué ha pasado? ¡Cálmate!, ¡cálmate! —no cesaba de repetirle—. ¡Cálmate, madre!, y dime qué ha pasado.

—Tienes que venir inmediatamente, Devi. Tía Su. Es tía Su…

—¿Qué le ha pasado a tía Su?

—Ha habido un accidente, Devi… ¡Por la diosa Yellamma!, ven enseguida. Tía

Su está en el hospital.

La llamada se cortó y dejé a madre llorando en el teléfono. Intenté marcar después pero no hubo manera. Eran las once de la noche. A esas horas no había autobuses. Habría podido coger un taxi, pero no es seguro viajar de noche por las carreteras indias, menos aún para una mujer y en el trayecto de Delhi hasta Haryana. Tenía que esperarme hasta el amanecer. La noticia me había dejado con mal cuerpo. ¿Qué le habría pasado a tía Su? Había oído a madre tan deshecha, tan desgarrada. Pero ya sabía cómo era madre, siempre tan dramática. A lo mejor no era para tanto. Pero esa insistencia en que fuese, en que fuese inmediatamente…

Traté de conciliar el sueño unas horas. Cuando llegué al día siguiente, me dijeron que tía Su acababa de morir en el hospital. De un contundente golpe en la cabeza. Me quedé de piedra. Había tenido un accidente la tarde anterior cuando regresaba a casa. Acababa de finalizar una de las sesiones de alfabetización con las lecheras. Una de ellas, Radha, la había visto descender por el sendero que bordea los campos de trigo y cebada, el que va a parar al puentecillo que cruza el canal. Después la había visto alejarse más y más y al llegar a la curva, justo donde están las dos viejas acacias, la vio detenerse y desplomarse repentinamente. Radha la estuvo observando durante unos minutos, quería comprobar que aquel bulto que veía en la distancia, el del *punjabi* color azul celeste tendido en el suelo, se levantaba. Al comprobar que no lo hacía, gritó: «¡Tía Su!, ¡tía Su!», más llevada por el ímpetu de querer socorrerla, que por la ayuda que en sí le podía prestar encontrándose tan lejos. Como el *punjabi* azul celeste seguía sin moverse, echó a correr hacia ella gritando: «¡Ayuda!, ¡ayuda!». Cuando llegó la lechera vio que tía Su estaba inconsciente y con una gran herida en la cabeza de la que salía un buen chorro de sangre. «¿Qué puedo hacer? ¡Oh gran Durga, ayúdame!». Radha estaba muy asustada. Gritó: «¡Socorro!, ¡socorro!», pero no aparecía nadie. Tuvo que acercarse a las primeras casas del pueblo, dejando a tía Su allí desangrándose. En el hospital dijeron que el golpe había sido muy hondo y que no le habían podido salvar la vida por la cantidad de sangre que había perdido. Estábamos todos rotos. ¡Qué melancólico! ¡Qué triste! Cuando más alegre y feliz estaba mi familia, cuando todo les sonreía a su alrededor y marchaba tan bien, con tanta prosperidad, la vida como una bestia nos atiza una coz en la cara, dejándonos sin dientes, sin palabras que pudieran moldear algún significado para entender todo aquello.

Era 1991 cuando ocurrió la tragedia. Acabé la temporada escolar en el colegio de Delhi y me despedí. Regresaba a Haryana con mi familia. No pude hacer otra cosa. Madre me convenció. Había tanto dolor en casa y Govinda estaba tan hundido que madre me suplicó un día que regresase. «¡Te necesitamos, Devi! ¡Esta familia te necesita! No puedes dejar tirada a esta familia y abandonarnos marchándote a Delhi otra vez. Además, ¿qué haces allí tú sola? No es lugar para una mujer sola». Madre no habló con odio ni con esa capacidad que tenía de hacerte daño, sino que rogaba y suplicaba que estuviese con ellos, en mi lugar, decía. «Esta es tu familia y siempre lo será hasta que te cases». No puedo afirmar plenamente que todo fue labor de madre, quizá yo también me dejé llevar por la

oleada de emociones que había desatado aquel dramático accidente. Y estaba Shanti, la niña necesitaba encontrar a una figura femenina en casa cuando regresase del colegio, alguien más joven que no fuese su abuela. Así fue cómo de repente el destino me convirtió en una especie de madre adoptiva, de hermana, de señora al frente de un hogar, responsable de todas sus actividades. ¿Podía elegir otra alternativa? ¿Tenía otras opciones? De un lado estaban mis estudios de doctorado, mi trabajo en Delhi, pero también mi soledad y el saber que, indiferentemente del trabajo que tuviese, allí siempre sería una mujer sin vida familiar, con un futuro oscuro y oblicuo. ¿Quería esto? ¿Se puede una acostumbrar a esto toda su vida, hasta que te mueres? Por otra parte, como ser humano sensible me resultaba muy difícil negarme a la petición de madre. ¿Cómo podía pensar solo en mí y dejarlos colgados ante una situación de emergencia como aquella? Al menos hasta que todo volviese a marchar de nuevo, hasta que la vida se encauzase. Tal vez Govinda volvería a casarse pronto otra vez. Los hombres lo hacen. Ellos lo tienen mucho más fácil. Pueden elegir lo que quieren. Te ruego pues que no me juzgues por mi decisión, que no pongas el dedo en la llaga y me digas que tuve que renunciar a mi libertad de mujer. Que seguí sometida a los deseos, a las tradiciones que dominan las familias. No me censures, te lo ruego, porque acrecentarás mi dolor. Solo te pido que seas capaz de ponerte en mi lugar, si realmente esto es posible. Que sientas y me sientas en estos momentos de mi historia.

Fue pasando el tiempo sin darnos cuenta. Todos actuábamos monótonamente desempeñando nuestros roles. Todos sentíamos la ausencia de tía Su: su espíritu siempre alegre, su buen humor, sus risas, sus conversaciones entusiasmadas, sus anécdotas sobre el trabajo que hacía. Las distancias entre nosotros fueron creciendo igual que los silencios. Govinda siempre estaba cabizbajo. Los días que no iba a trabajar se los pasaba holgazaneando en la cama o con sus amigos. Y cuando estaba con estos cada vez regresaba más tarde. Había comenzado a beber, cosa que ni a madre ni a mí nos gustaba. No es que llegase borracho, pero sí oliendo a alcohol. Y como nunca antes lo había probado, porque nunca había sido la costumbre entre los hombres de la familia, le afectaba mucho más y llegaba mareado, ofreciendo una imagen poco sana para la pequeña Shanti. Yo estaba un poco sorprendida de que esta, la niña, no echase en falta a su madre, ni preguntase por ella, ni la llamase. Lo más curioso es que algunos días al despertarse se levantaba diciendo: «Hoy madre me ha dado los buenos días». O me miraba a mí y después repetía: «Tía Devi, dice mamá que tengo que lavarme las manos… mamá me está diciendo que tengo que frotarme bien con jabón antes de tomar la comida. Está aquí, mira, ¿no la ves?».

Sinceramente, no sabía qué creer. Shanti insistía en que veía a tía Su aquí y allá. No sabía si es que tenía demasiada imaginación o si era verdad que el espíritu de tía Su todavía permanecía entre nosotros y solo Shanti lo podía ver. Los seres queridos a veces se manifiestan a seres inocentes, como los niños, también a

personas santas, a algunos *sadhus* o místicos, todo el mundo lo sabía. Y si era cierto, ¿por qué ocurría? ¿Qué podía querer? Pensé que algo bueno habría; si Shanti presenciaba aquellas apariciones de su madre, no sentiría tanto la ausencia real y le sería más fácil irse adaptando a la pérdida.

—Tienes una carta, Devi —gritó madre desde la cocina un buen día, tan pronto oyó que salía de mi habitación y me encaminaba hacia el cuarto de baño—. Ha venido el cartero temprano esta mañana para traerla, como si se tratara de algo urgente —dijo. Al principio no le di importancia, luego pensé que podía ser de alguna de mis amigas en Delhi; me hacía tanta ilusión saber de ellas que me apresuré a leerla.

> Querida señorita Devi:
>
> No podemos guardar por más tiempo la verdad, que nos está quemando por dentro. Queríamos muchísimo a tía Su, ella hizo mucho por nosotras…, pero tenemos que confesar, tenemos que contarle lo que pasó. Tenemos que decirle la verdad, no podemos seguir con esta angustia dentro. No fue un accidente, señorita Devi. Tía Su no sufrió ningún accidente, sino que la mataron. Nosotras lo pudimos ver. Un hombre se acercó a ella en la curva, salió de entre los trigales, y la golpeó en la cabeza con algo que llevaba en la mano. Una herramienta o algo parecido. Después en el suelo la volvió a golpear. Nosotras lo presenciamos desde lejos. Estábamos aterrorizadas. Lo hemos guardado en secreto durante todo este tiempo. Y seguimos con mucho miedo, señorita Devi, pero debemos pedirle perdón y confesar la verdad.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando acabé de leer, las manos me temblaban.

—¿Qué pasa Devi?, ¿de quién es la carta? —preguntó madre, siempre queriéndose enterar de todo como de costumbre—. ¿Qué pasa, por qué lloras ahora?

La carta había sido escrita con dificultad, había algunas faltas de ortografía y estaba firmada simplemente con las palabras «dos mujeres». No había nombres propios de nadie… Podía ser de cualquiera, tal vez algunas de las mujeres que tía Su había enseñado a escribir, o de alguna otra persona que la habría escrito en su lugar. Había mucha sinceridad en aquellas palabras humildes, también mucho dolor. Pero ¿por qué? ¿Por qué en ese momento, cuando ya habían transcurrido más de dos años desde su muerte, cuando parecía que nuestras vidas rodaban otra vez? ¿Por qué demonios tenía que venir aquella carta para hurgar más en el dolor, en una verdad que solo nos traería más dolor? ¿No era mejor aceptar que había sido un accidente? ¿Algo del destino? ¿Predestinado? Porque, claro, los dramas ocurren y cuando vienen nos los tenemos que merendar como podemos. ¿Por qué *ahora* aquellas dos mujeres se empeñaban en revolver más la aflicción y ventilar la verdad? Sí, decían la verdad. Pero ¿qué verdad? ¿La de un asesinato? ¿Queríamos

oír aquella verdad?

No sabía qué hacer: si contarle a madre lo que decía aquella carta o inventarme una mentira que justificase mis lágrimas y mi agitación. Mi súbito temblor, mi mirada abstraída. Si se lo decía a madre, Govinda se enteraría inmediatamente. Y, ¿quién sabe el daño que puede hacerle?, pensé. Con lo destrozado que todavía se le ve, una noticia así le puede volver loco.

Me inventé una excusa. Una respuesta razonable para que no sospechara. Madre se quedó más satisfecha. Sentí que debía averiguar algo más de todo aquello antes de comunicárselo a mi familia. Pensé en el espíritu de tía Su, vagando por la casa, que Shanti decía que veía y que le hablaba, de vez en cuando. ¿Tendría alguna conexión con la carta? ¿Con la verdad… del *asesinato*? Me costaba pronunciar aquellas palabras. No debía precipitarme. ¿Por qué creer fielmente el mensaje de la carta? Tal vez alguien jugaba con nuestros sentimientos, para hacernos más daño. Para hundirnos. No, no había que precipitarse.

Si no tenía ya bastantes ocupaciones con llevar la casa, ir a comprar, limpiar, atender a la pequeña Shanti y, cuando me quedaba tiempo, preparar mi tesis doctoral, (suerte que madre al menos se encargaba de cocinar), ahora además tenía que hacer de detective y descubrir quiénes eran aquellas dos mujeres que habían presenciado el asesinato de tía Su y no habían dicho nada a la policía.

Un buen día, con la excusa de que tenía que ir al mercado a comprar las verduras, se me ocurrió acercarme hasta donde las lecheras y preguntarles a ellas discretamente. No era sencillo porque tampoco quería que una chispa pudiese provocar todo un fuego de habladurías y falsas acusaciones. No lo habríamos podido soportar. Entré en el mercado central aquel día y me dirigí hacia el puesto de las lecheras. Mientras caminaba entre el barullo propio de un mercado como aquel, lleno de vida, de color, de olores, de voces, de caras conocidas, llegó hasta mi memoria el recuerdo de las cartas de tía Su. Evoqué su imagen, la de una mujer de aspecto frágil, delgado, nervioso, de mente ágil y lúcida, fácil de identificar porque caminaba siempre rápido a todas partes, como con prisas, porque según ella todavía había tiempo de ayudar a alguien más. Aquella mujer, tía Su, había salvado aquel mercado de las manos capitalistas de una constructora y había insuflado ánimo y poder a todas aquellas mujeres que continuaban allí, ganándose el *roti*. ¡Les había enseñado tanto, tía Su! Pero dadas las circunstancias, parecía que no a todo el mundo le caía bien, tía Su, si era verdad lo que había escrito en aquella carta.

Vi a Radha entre las lecheras y la saludé.

—Me alegro mucho, señorita Devi. Está usted muy guapa —dijo Radha emocionada.

—¿Cómo van las cosas por aquí, Radha? —le pregunté.

—Bueno, todavía sentimos la pérdida de tía Su… Ahora el Gobierno ha enviado a otro trabajador social, el señor Kumar, para el curso de alfabetización, pero todo es distinto y las mujeres no asisten. No tienen confianza.

—¿Dónde están las otras mujeres, las de la cooperativa? —insistí.

—¡Oh, señorita! —dijo entristecida—, todo se derrumbó, señorita. ¿No se ha enterado? Después de la muerte de tía Su todo se vino abajo. Los maridos de las lecheras comenzaron a pegarles, reclamaban su dinero, el que siempre habían tenido. Algunos acusaron a tía Su de ser una mala influencia y de que les había metido muchas tonterías modernas en la cabeza que no eran buenas. Las lecheras no querían darles el dinero, ellas se lo habían ganado, era suyo. Se desató más violencia en los hogares, señorita. Sus maridos pegaron a los niños… Luego tía Su murió, repentinamente, y las mujeres volvieron a tener miedo… No sabían qué hacer… Discutíamos casi siempre, entre nosotras mismas. Unas queríamos seguir con la cooperativa, a nuestros maridos no les importaba porque había más dinero en casa. Ellos también iban de jornaleros. Habíamos mejorado, señorita Devi. Pero otras mujeres se quejaban porque no querían recibir más palos. Yo las entendía, señorita. También decían que no querían morir asesinadas como tía Su. Y todo empezó a funcionar mal desde entonces, señorita. Ya no estamos tan unidas como antes. No tenemos tanto dinero como antes. Con tía Su todo iba tan bien…, señorita.

—Radha, ¿quién decía que había sido un asesinato? —inquirí cuando acabó de desahogarse—. ¿Quién decía esto? —repetí impacientemente.

—Algunas de las lecheras, señorita. También otras mujeres de las aldeas cercanas.

—Pero ¿quién? ¿Quién?, concretamente. Quiero saber nombres, Radha —le espeté furiosa. Alguien lo debió ver ¿no? Una no puede soltar de buenas a primeras que ha sido un asesinato si no hay pruebas o testigos —respondí alzando la voz más de lo debido.

—Las mujeres, señorita Devi, las mujeres lo vieron, pero tienen miedo. Todas tenemos miedo desde aquello. No queremos que nos peguen…, ni que nos maten… Hay hombres con mucho poder en Haryana… Usted lo sabe bien, señorita.

—Dime sus nombres, dime quiénes son estas mujeres, Radha. Quiero hablar con ellas.

—¡No lo sé, señorita! No lo sé. —Radha hablaba con tristeza, con angustia—. No puedo decirle más, señorita. No sé, nada más. Yo no lo vi…

—Entonces ¿por qué declaraste a la policía que tía Su se había caído, que la viste caer, que cuando llegaste estaba cubierta de sangre? ¿Por qué no dijiste la verdad, que viste a un hombre atacándola?

—Porque yo no vi a ningún hombre, señorita. Yo no lo vi.

—Muy bien, tú no lo viste, pero alguien más sí que lo vio, ¿no?

Hablé con Govinda y con madre. Les enseñé la carta. Les comenté lo que había averiguado. Igual que las dos mujeres anónimas que la pudieron escribir, yo tampoco podía quedarme con todo aquello dentro de mi pecho. Tenía que decírselo. Tenía que decirles la verdad. O lo que aquello fuera. Acordamos que no tenía sentido ir a la policía. Govinda estuvo de acuerdo. No quería sufrir más.

También dijo que era mejor no mencionar más el asunto, ni siquiera a la familia de tía Su. Cuantos menos lo sepan, mejor, dijo Govinda. Más tranquilidad tendremos. Y tenía razón porque después de todo, aquella carta anónima no servía de testimonio, si no aparecían los verdaderos testigos, en el caso de que verdaderamente los hubiera. Y sabíamos también que, si todo aquello había sido verdad, los testigos nunca aparecerían. No declararían en un juicio. Si la policía instigaba a las mujeres, estas tendrían más miedo, se cerrarían en banda y se complicaría todo más. Y nosotros saldríamos perjudicados. No, no era conveniente hurgar más en las heridas y revolver más la mierda. Era nuestro dolor, tan nuestro como sus propias cicatrices. Como lo pudiesen ser nuestras alegrías. Era mejor dejar las cosas como estaban, sí, aún cabiendo la posibilidad de que hubiera un asesino en Haryana que andaba suelto. Aquella era la verdad a la que Govinda, madre y yo nos teníamos que enfrentar cuando nos levantábamos y nos acostábamos cada día. La verdad con la que teníamos que desayunar, comer y cenar porque en aquel país, en aquel estado, si había habido un hombre que mató a tía Su, a este no le gustaba ver a las mujeres unidas, trabajando juntas, cooperando, aunando fuerzas. Este hombre también sabría de sobra que la ruptura de las alianzas restaba fuerzas a las personas. Jugaba con la ventaja de infundir miedo, la llave maestra para el que persevera en ser dueño y señor; para el que se aferra a su rol de dominador y torturador.

¿Y cómo reaccionó Govinda cuando lo supo? ¿Cómo se comportó cuando descubrió que la verdad bien podía ser el asesinato silenciado de su esposa? ¡Ay!, ¡cómo si no!, con silencio. El silencio de algunos hombres puede ser aterrador. Como la misma muerte encubierta. Las mujeres lloramos, gritamos, nos quejamos, odiamos y de nuestra boca pueden salir centenares de demonios ante las injusticias de la vida. Pero los hombres, en cambio, el silencio terrible de algunos hombres los va consumiendo, dejándote sin saber cómo van a reaccionar o qué palabra van a articular. Esto fue lo que le pasó a Govinda. Durante una larga temporada se volvió una máquina: se levantaba, hacía su ruta con el autobús, cenaba al regresar y se iba a dormir. Ni siquiera se sentaba delante del televisor, ni se iba con los otros hombres. Nadie intuía sus pensamientos. No se preocupaba de Shanti como antes, no le hacía ni caso y cuando esta se le acercaba se la quitaba de encima. «¡Ven, hija, ven! —le decía yo—, que papá está muy cansado porque trabaja mucho». Pero ella se daba cuenta, sabía que todo había cambiado desde la muerte de su madre. Yo le tenía que recordar a Govinda que me diese el dinero para la casa, para la ropa de la niña, el colegio y las demás necesidades de madre y mías. Como si fuese una esposa fiel sufría. Sufría y rezaba para que Govinda no malgastase su salario con malas compañías o en otros vicios. Madre se las arregló para camelarle con palabras cariñosas, siempre había sido su hijo favorito y no le costó demasiado, y al final era yo quien se acercaba al banco cada mes a retirar una parte del dinero de su paga para los gastos del hogar. Así podíamos estar a salvo y vivir con más seguridad. Teníamos más garantías de que nuestras vidas marchasen, aunque no sabía cuánto iba a durar aquella situación. Sinceramente, no me gustaba

la dependencia que tenía y sentía que nos estábamos hundiendo. Govinda resultaba impredecible ahora y ¿quién me aseguraba que cualquier día no viniese anunciando que se iba a casar otra vez? ¿Quién me garantizaba que no me iba a echar de nuevo, cuando retornase la calma? Y si esto no sucedía, ¿cuál iba a ser mi lugar en aquella familia? ¿Estar sujeta siempre a los propósitos de mi hermano? ¿A sus altibajos y oprobios? ¿A su dinero, si lo había? No, no iba a arruinar el resto de mi vida. Tenía que buscar una solución más viable. Tenía que hacer algo.

En aquel momento tan crucial me planteé volver a trabajar. Intuía que otra vez había llegado mi turno y debía ser yo misma. Era el momento de dar rienda suelta a mis deseos, mis anhelos. Los que se habían quedado malogrados, estropeados, interrumpidos. Recuerdo que preguntaba a mi corazón**:** ¿qué debo hacer? ¿Por dónde debo seguir? Le imploraba cuando me dormía. La respuesta venía al amanecer, era siempre la misma, tenía que buscar un trabajo, recuperar mis sueños, mis ilusiones y seguir caminando hacia delante con la cabeza bien erguida.

11
La tigresa que se escapó de la jaula

Cierro los ojos, me olvido del viento de esta tarde agitando las ventanas sin cesar, me olvido de los cacharros en la cocina sin fregar, me olvido del arroz que debí haber dejado a remojar, me olvido. Es el momento de cada día en el que me olvido, me repliego en mí misma, escucho atentamente el ritmo de mi respiración, que se va pausando, poco a poco y me va transportando al silencio de mi mundo interior: un paréntesis de libertad, robado a todos los quehaceres, a todos los deberes y obligaciones; se acallan los ruidos, se apagan las voces, han dejado de hablar, hablar, hablar. Las voces de mis superiores en la universidad exigiendo, siempre exigen, altivas; las voces de mis colegas intercambiando lecciones de conocimiento con gran elocuencia, creyendo saber; las voces cómplices de mis estudiantes, hasta la voz imperativa de madre, todas ellas juntas se han detenido, se han distanciado, se han silenciado en este momento del día en el que me adentro en mis profundidades en busca de un poco de paz y armonía. Cinco, diez, veinte minutos cada tarde son los justos para sentir que soy algo más que un cuerpo de carne y hueso, temporal, finito; un cuerpo marcado, etiquetado, clasificado, tocado con la ignorancia, los límites de los otros. Cinco, diez, veinte minutos cada tarde me conectan con la sabiduría del corazón. Con la infinitud de mi alma. Voy perfeccionando la técnica, me dejo llevar más fácilmente, sigo mi propio método, me relajo, me transporto hasta la esencia de mi ser, nada más existe entonces.

Madre está viendo la televisión durante este rato. No me molesta, no entra en mi habitación ordenando algo a voces, o quejándose de lo mal que está. El destino nos ha puesto juntas otra vez. Para sanar ciertas heridas, supongo. Para transmutar la rabia, el odio que siempre ha existido en mí hacia ella y llenar los agujeros, todo su vacío, con amor. ¿Es posible? Siempre hay un propósito secreto que rige la vida y que se va revelando poco a poco ante nuestros ojos. Madre me ha elegido a mí y no a Govinda; a pesar de ser su hijo predilecto. De haberlo sido siempre. «Quiero estar con Devi, quiero vivir con Devi, llevadme a su casa», dejó bien claro, madre, cuando salió del hospital, después de recuperarse de aquel golpe repentino que levemente le paralizó la parte derecha de su cuerpo. Ahora solo le ha quedado una fuerte rigidez en algunas partes. Ha tenido suerte. Madre no quería estar con Govinda, ni con Laxmi, su esposa, a pesar de que había estado viviendo con ellos cinco años, desde su boda en 1995. Decía que cinco años habían sido suficientes. Que todo iba manga por hombro, que no le gustaban los dos hermanos mayores de

Laxmi que también vivían con ellos, «¡en la casa de mi hijo!», remarcaba con ímpetu, porque entre todos se están aprovechando de su dinero. Govinda es el único que trabaja, mientras esta pandilla de vagos se pasa el día delante del televisor, con películas de Bollywood, comiendo a todas horas. Parecen una piara de cerdos, gordos, guarros, que se han aposentado en nuestra casa y la han tomado como si fuese su fortaleza.

A madre tampoco le gustaba Laxmi, pero no tuvo siquiera la oportunidad de objetar a su boda porque Govinda se casó de la noche a la mañana, sin mencionarlo a nadie. Llevado por sus encantos, por la seducción de un cuerpo joven y bello con el que poder presumir a su lado como nunca antes, tratando quizá de matar la pena que le quedaba por la muerte de tía Su, Govinda encontró en su camino a la bella Laxmi y se casó con ella. Sin consultar a nadie; sin rituales ni tambores, sin convite, ni horóscopos contrastados. Era aquel año de 1995 cuando hacía tan solo unos meses que yo me acababa de trasladar a mi nuevo hogar, también en el estado de Haryana, a escasas dos horas de la casa de mi familia. Gracias a las ventajas del Gobierno con las castas intocables, había ganado una plaza de profesora de historia en una universidad estatal donde sigo trabajando desde entonces. La universidad también me concedió una casa con un alquiler reducido en la zona académica. Fue mi año de gloria y de alegría en el que por fin mis imparables esfuerzos por educarme y lograr una posición respetable culminaban, regalándome sus buenos frutos. Una parte de mis anhelos, de mis sueños se hacían realidad aquel año. Para alguien como yo que procedía de tan bajo estatus social, alguien que era intocable y además mujer, alcanzar aquella cima suponía todo un privilegio, una excepción entre tantos y tantos millones de mujeres, de intocables, que seguían en la corriente de aguas turbias. Así lo consideraba entonces sin alcanzar a ver las cosas tal como son: las jaulas de las que nos vamos escapando y otras que aparecen en las que volvemos a caer.

Madre vino a formar parte de mi vida en febrero del año 2000, por decisión suya, irrumpiendo sin más preámbulos en el mundo intelectual, tranquilo, que yo vivía entonces, creando en mí la misma sensación que cuando te regalan un gran armatoste, que no sabes dónde ponerlo, ni qué hacer con él, y del que tampoco te puedes desprender. Esta es la impresión que yo tenía, para qué engañarnos.

«¿Por qué no quiere madre quedarse contigo?», le pregunté a Govinda. Al fin y al cabo, ¿no es la maldita tradición india la que siempre ha defendido el honor del hijo mayor de servir a sus padres y atenderlos hasta su muerte? ¿No son las leyes, las normas, los principios de todas las castas indias los que otorgan al hijo mayor el mérito de la *seva*, del servicio, del cuidado de sus mayores, comenzando por sus propios ascendientes?

Govinda no respondió nada porque la insistencia de madre en que yo, que era mujer, cuidase de ella tenía más peso. La gracia del destino, una vez más, nos había vuelto a juntar; en esta ocasión, madre e hija convivirían juntas en la misma casa cuyas riendas yo llevaba o las había llevado hasta entonces. Porque esta era una de las intenciones de madre: volver a sentir su poder, recuperar su influencia,

su dominio sobre los demás, sobre mí, el que había perdido desde que Govinda se había casado por segunda vez y la familia de Laxmi había ido a vivir con ellos. Y como la pequeña Shanti, que para entonces tenía dieciocho años, o estaba a punto de cumplirlos, se había ido a Canadá con una beca para continuar sus estudios de farmacia, donde más tarde se casaría y viviría, madre se encontraba arrinconada en casa de Govinda, a la que no retornaría nunca, ni siquiera de visita, decía, mientras los hermanos de Laxmi, con sus sucios modales, permaneciesen allí.

Con madre en casa se me habían acabado mis reuniones con estudiantes los días de fiesta, cuando organizábamos coloquios y conversaciones desenfadadas sobre diferentes temas de la asignatura que completaban su educación. Todos estaban invitados, a veces también se presentaban algunos profesores y cada cual era libre de marcharse cuando quería, pues el encuentro era como una pequeña fiesta, con té y algunos aperitivos que cada uno traía, donde se conversaba sin nada pautado y donde las frivolidades mundanas se mezclaban con los más eruditos pensamientos. Estaba orgullosa de haber creado todo aquello, una oportunidad de intercambiar conocimiento distendidamente.

La llegada de madre trajo la ruptura de nuestras pequeñas diversiones de domingo. Al principio, como madre estaba muy dolida por la rigidez que le había dejado la parálisis en el cuerpo, necesitaba cuidados constantes y tenía que estar allí con ella. Era su esclava, pero me sentía culpable si no lo hacía, si no le daba la atención requerida. Gritaba como una loca enfurecida, siempre quejándose por todo. Pensé que era por la enfermedad y fui aguantando y aguantando. «¡Levántame, Devi!, ¿dónde te has metido?, llevo diciéndote ya veinte mil veces que me acerques mi ropa, que quiero vestirme. ¡Enchufa la televisión!, quiero ver el Ramayana. ¿Por qué me haces otra vez esta asquerosa comida?, ¿acaso no comí lo mismo ayer? ¿Es que no hay otra cosa en esta casa?». Me había pasado toda la mañana cocinándole lo que tanto le gustaba y en un repente cogía la bandeja donde había colocado su plato con un poco de arroz, de *dal* y algunas verduras, y me lo lanzaba súbitamente al suelo. O en mi propia cara.

Otras veces se mostraba muy irritable si llegaba alguien. «Ya te he dicho que no quiero gente aquí, ¿por qué se han presentado hoy esas dos chicas? ¿A qué han venido, eh?». También rechazaba las visitas al hospital o cuando no le tocaba ir insistía en que la llevase. «¡Estoy cansada de tomar tantas pastillas…! No me des más, te he dicho». Y después las tiraba por cualquier parte. «¿Es que no te das cuenta, madre? —le decía yo también elevando la voz, incluso más que ella—: ¿No te das cuenta de quién te está cuidando? ¿Por qué te comportas así conmigo? ¿Por qué me haces esto y me dejas en ridículo delante de todos? Las pastillas te hacen bien, te tranquilizan… y tienes que ir al médico… y a la rehabilitación… te puedes recuperar poco a poco… te lo han dicho…».

No había manera con ella. Todo eran gritos, quejas y más voces. Cualquier necesidad, lo más básico, era una exigencia, una orden que debía realizarse inmediatamente, aunque me sacara del sueño en medio de la noche, a grito pelado, porque se le antojaba que se le había acabado el agua, hasta que me acercaba y en

penumbra veía que el vaso estaba intacto, colmado hasta los bordes.

Aquellos dos primeros años con ella fueron un infierno. Entre ella y el trabajo en la universidad no tenía tiempo para nada más. Hablé con Govinda varias veces. Discutimos. Nos peleamos. Finalmente dijo que me daría algún dinero para que buscase ayuda, alguien que me echase una mano en la casa. Pero el dinero no llegó nunca.

Contraté a una señora para que la cuidase, especialmente cuando yo estaba trabajando. Solo duró una semana. Luego cogí a otra y también a una tercera. Pero a todas ellas madre las humillaba con insultos y les hacía la vida imposible; se volvía tan violenta que acababan marchándose. Señorita Devi, decían, tiene que llevar a su madre a un hospital psiquiátrico. Es el mejor lugar. Una vez madre oyó estos comentarios a una de ellas, imagínate cómo se puso: «¿Qué barbaridades dice esa bruja? ¿Que me lleves a un loquero? ¡Ella sí que está loca! ¡Pobre de ti, Devi, que se te ocurra algo parecido! Te lo advierto. ¡Pobre de ti que lo hagas!, porque te mato. ¡Te maaaato! Te aseguro que me escapo y te mato», vociferaba, toda fuera de sus casillas.

No sé si realmente tenía afectada la cabeza, los médicos nada habían visto. La rigidez de la enfermedad, la rigidez con la que había vivido la mayor parte de su vida, se manifestaba en aquellos desvaríos temperamentales. Los ataques de histeria eran la expresión más sutil que tenía madre de expresar su control sobre mí. También los celos, la envidia, ya que casi siempre se producían después de que viniese alguien a casa. Era como si el tiempo que yo empleaba con las otras personas se lo restase a ella y solo de pensarlo se le hacía intolerable. Me quería toda para ella, toda para su dominio. Ella era la ama y yo debía ser su fiel esclava. Lo mismo pasaba cuando llegaba a casa más tarde de lo acostumbrado, me esperaba impaciente para interrogarme y dejarme hecha unos trapos. Si me visitaban estudiantes y conversábamos en el salón, ella interrumpía con sus demandas y sus exigencias, y no me dejaba terminar la corrección de un escrito o los comentarios que le hacía al muchacho. Incluso una vez, como ya conocía al chico porque había venido en días anteriores, se atrevió a importunarle: «No estudies tanto, que no te servirá para nada… lo que aprendes con mi hija no te servirá… más vale que pronto te busques una buena esposa… Y un oficio… Sabes, mi hijo Govinda es conductor de autobuses y se gana bien la vida… Esto es lo que debéis aprender y no esas tonterías de la universidad».

El estudiante se quedó pasmado. Yo trataba de quitarle importancia y de hacerle ver con disimulo que madre estaba enferma, pero a ella, que no se le escapaba una, no le gustó y se enfadó y montó una escena tremenda.

—¡Mala puta! —saltó a gritos—. ¿Cómo te atreves a faltarle el respeto a tu madre y contradecirme?

—¿Y tú? —le respondí—, ¿cómo te atreves tú a insultar a tu hija de esta manera? —Le contesté sin amilanarme, porque estaba harta de que aprovechase esos momentos cuando había gente para dejarme en ridículo.

El muchacho se asustó, cogió la puerta y salió corriendo. Nunca después me

comentó nada. Probablemente conocía la violencia en su propio hogar, pero muy seguramente sería su padre quien maltrataría a su madre. O su madre gritaría y reñiría a su nuera o a sus sirvientes, pues es así como se entreteje la jerarquía más común de las vejaciones familiares y cómo se relaciona el poder y los gritos de quien manda con los silencios y sufrimientos de los sometidos. Me sentí muy avergonzada por todo.

Después de aquello disminuí las visitas que llegaban a casa y cuando aparecía algún colega por algún asunto importante, le hacía pasar rápidamente a mi cuarto, no había otro lugar donde nos pudiésemos sentar tranquilamente. Si madre estaba en el jardín adormilada a la sombra, o en el salón viendo la televisión, no se enteraría y todo iría bien. Pero si descubría por casualidad que alguien había venido, que había sido un hombre, y que le había hecho pasar a mi habitación, tenía asegurado que la chispa en su cabeza saltaría y que pronto comenzaría a desbaratar. «¿Qué habéis hecho ahí metiditos los dos juntos? ¡Furcia!, ¡más que furcia! Te llevas a los hombres a tu cama y te entregas a ellos como si fueses una fulana… ¿Cuándo te he enseñado yo esto, eh? ¡Siempre has sido una mala hija!, siempre arruinando la reputación y el buen nombre de todos, desde bien pequeña. Y ni siquiera sabes cuidarme ahora que estoy enferma…». Así seguía y seguía repitiendo su retahíla una y otra vez. Yo me encerraba en mi cuarto, echaba el pestillo para que no entrase, para no oírla. Como no le hacía caso, le daba por golpear la puerta con los puños y seguir gritando pestes hasta que se cansaba. «¿Es que no piensas salir a hacerme la comida? ¿Me quieres matar de hambre, mala pécora?»,

¿Puedes imaginarte el tormento? Lloraba. Claro que lloraba mucho. Por muy dura que me quisiese hacer, en algunos momentos sucumbía y lloraba.

Era un infierno. Te lo aseguro. Los primeros años con ella se convirtieron en un verdadero caos. Una aflicción constante. Gritaba a viva voz todas aquellas barbaridades, a cualquier hora del día, inventándoselo todo, arruinando mi vida. Me había costado lo mío alcanzar una posición respetable en la universidad y borrar los rastros que quedaban de mi imagen del pasado, y cuando comenzaba a disfrutar un poco de mi situación, de un remanso de paz, madre llega a casa y en poco tiempo su histeria, sus insultos me van destruyendo por dentro como la carcoma, proclamando cizaña a los cuatro vientos. ¡No sabes cuánto la odiaba entonces!

¡Ah…, pero cómo cambiaba cuando salía a visitar a algunas vecinas o cuando la llevaba al médico! Entonces era otra. Se mostraba amable y sonriente, coqueteando con todo el mundo, haciéndole ver al doctor, a sus ayudantes, lo bien que se portaba, tanto que se estaba recuperando estupendamente. Sabía interpretar los mejores papeles, ni te imaginas.

¿Por qué madre se porta tan mal conmigo? ¿Con la persona que la está cuidando? ¿Cómo se debe reaccionar en una situación así?, me preguntaba. ¿Qué debo hacer? En India solo la gente con muchísimo dinero tiene el lujo de llevar a sus padres a residencias de élite para ancianos. Luego, claro, también están los

asilos para la gente sin hogar. Para los *abandonados*. Lugares horrorosos… Nadie que tiene un poco de corazón deja a su madre en *estos lugares,* está muy mal visto. La *abandonas*, la retiras y la entregas al infierno. Los ojos de la sociedad te condenan si lo haces. Te juzgan y luces para siempre la lacra de *mala hija*. Si la hubiese llevado a uno de estos lugares, esa habría sido la etiqueta que me hubiesen puesto: *Mala hija*. La etiqueta que probablemente me faltaba. Junto a las anteriores que ya tenía de *mujer, intocable, educada y tocada*, ¿me importaba realmente que me colgasen una más?

Sí, claro que me importaba. Y mucho. Nadie quiere ser marcado; las marcas te privan de libertad, te condenan a los márgenes. Te señalan con odio. Son jaulas de las que es difícil escapar.

Sin embargo, la ceguera en los ojos de la gran mayoría de la gente no les dejaba ver que quien me había dado la vida, también me la estaba quitando, poco a poco, con sus palabras hirientes, con su tortura diaria. ¡Esta era madre en aquella época! ¿Por qué no hay castigo igual para una madre torturadora? La cultura patriarcal de este país ha creado una imagen particular de la madre que la deifica: las madres, las buenas mujeres, se ciñen a los principios, a las tradiciones, a las convenciones del poder masculino y por esto son respetadas. Han aprendido estas enseñanzas durante generaciones y generaciones, han repetido las mismas palabras, los mismos comportamientos, los mismos gestos, los mismos sentimientos, una y otra vez, como una peonza que gira y gira trazando la misma órbita siempre. Estas mujeres se saben guardianas de la tradición y por eso son *adoradas* y se sienten orgullosas de piar en sus jaulas, sin saber en realidad que son esclavas. Aquí yace la sutileza, la invisibilidad del poder masculino que domina las estructuras indias. Una abominable enfermedad.

A veces pienso que si toda aquella difamación por parte de mi propia madre, todos aquellos adjetivos innombrables, durante aquellos años, se hubiesen correspondido con sus hechos, tal vez habría vivido más tranquila. Pero lo cierto es que era al contrario. Luchaba por mantener mi honestidad, mi integridad, mi deseo. Y este era el problema. Como siempre había estado sola, sin un marido que durmiese a mi lado cada noche, a quien le hubiese dado hijos, en los ojos de los hombres, en las mentes de la gran mayoría de ellos, seguía siendo una mujer soltera que *debía tener sus necesidades*. Esta era la imagen que prevalecía. Había días que algunos de mis colegas de la universidad se presentaban en casa. Algunas veces había algún asunto importante, pero no siempre era el caso. Aparecían en la puerta con una gran sonrisa, me saludaban cordialmente y suplicaban mi ayuda. Luego, esperaban a que les dejase entrar y los invitase a una taza de té. Yo respondía con la misma cordialidad. Después iban al grano. A lo que habían venido. Y, de repente, como quien nadie lo quiere, empezaban a lanzar indirectas. «Podemos pasar a tu cuarto, si quieres —decían—, y discutimos el tema allí, más cómodos, tendidos en la cama. Ya sabes, tú y yo solos, como hombre y mujer…».

Otra vez, el mismo vicerrector de la universidad vino a verme. ¡El vicerrector, en mi casa!, sí que es extraño. ¿Qué querrá con tantas prisas? El señor no se

anduvo con preámbulos, se levantó del salón sin yo darme cuenta, me siguió a la cocina, se acercó por detrás mientras iba preparando la tetera y en un descuido aprovechó para ponerme la mano encima.

—¿A esto ha venido?, ¿no le da vergüenza? —le espeté al girarme. Y le empujé a un lado y hasta le arreé un bofetón. Debo añadir aquí que físicamente siempre he estado de buen ver, me ha gustado arreglarme bien y maquillarme, sobre todo desde que tengo mi propio dinero. Y como no he tenido hijos, mi cuerpo no se ha deformado como el de muchas mujeres. Pero los hombres nunca se dan por vencidos. No son capaces de entender un *no*, cuando les dices que *no*. Persisten con otras artimañas.

—¡No te pongas así, mujer! —exclamó el señor vicerrector casi suplicante—. Deberías estarme agradecida… Una persona tan guapa y tan sola como tú…, pues debe necesitar a un hombre ¿no?

—Si necesito a un hombre o no, es asunto mío —le contesté enfadada—. Además, ¿dónde está su esposa?, ¿eh? ¿Ya sabe ella que usted no ha venido aquí para hablar de la nueva normativa de exámenes, sino para llevarme a la cama? Porque es eso lo que quiere, ¿verdad? ¡Todos sois iguales! —le dije con asco.

—¡Devi!, venga mujer, no seas tan arisca. ¡Con el talento que tienes! Con todo lo que han avanzado los estudiantes gracias a ti… Además, mi esposa no tiene por qué enterarse, es asunto nuestro…

—Le repito que nuestra relación es profesional y nada más. Así que mantenga las distancias, se lo ruego —insisto yo una vez más. Sus manos vuelven a propasarse, se acercan y palpan mis pechos.

—¿No te gusta esto? —dice baboso. Me las quito de encima, le empujo, cojo la tetera con el agua caliente y le salpico en sus pantalones. Se aparta inmediatamente.

—¡Joder!, ¿Pero qué haces?, furcia —responde a grito pelado, sacudiéndose el agua como puede. ¡Loca! ¡Estás loca! Encima que vengo a hacerte un favor… —Se marcha finalmente. Me he ganado otro enemigo.

Desde aquel día el señor vicerrector se las ha arreglado para poner barreras a mi trabajo, para difamarme, para congelar mi sueldo, mis posibles ascensos. Yo le he denunciado y ha habido un sinfín de juicios que se han ido prorrogando sucesivamente años y años. Agotadores juicios donde una no llega a nada porque ellos y sus abogados se saltan todas las leyes y mi abogado es de oficio y aunque vea el incumplimiento de la ley se calla porque está tratando con las altas jerarquías y no quiere problemas. Y si cogiese a uno importante de un bufete privado, me sacaría el dinero y no habría garantías. Es lo que hacen, es como funciona todo: soy una mujer indefensa; de casta intocable; soltera. Saber leer y escribir, ser educada, tener una posición respetable, no sirve de mucho entre esta jauría de lobos.

Estos son los hombres indios. Nunca puedes darles ningún tipo de familiaridades. Ni tan siquiera puedes ser cordial con ellos. Ocho de cada diez son así. No te puedes fiar de ninguno. Aprovechan cualquier momento. Sin darte

cuenta te engañan y caes en su trampa.

Recientemente la escena se volvió a repetir en mi despacho en la universidad. Un profesor nuevo, que acababa de llegar se presenta en mi oficina para saludarme. Me habla de que podemos colaborar juntos en un estudio y me comenta que su especialidad es la etapa prehistórica.

«Yo no sé mucho sobre ese periodo», contesto. Después siguen los halagos: «Llevas una *kurta* muy bonita, seguro que es de seda de Benarés». Respondo que se equivoca. Me pide ayuda con un artículo que trae; su segundo paso. La parte que no acaba de entender está subrayada en rojo. Me solicita más documentación histórica al respecto que pueda ampliar la temática. Como estoy ya escamada, mantengo las distancias y la formalidad del lenguaje. Él a un lado de la mesa, yo al otro. Sigue hablando sin parar, se desvive por el tema. Parece un joven con buenas intenciones, pienso. Me levanto a coger una revista en la estantería de mi biblioteca que creo que le puede ilustrar más profundamente su conocimiento. Y, entonces, ¡zas! Otra vez la misma historia. Se me ha pegado a la espalda y me ha echado el aliento en la mejilla.

—¿Te ayudo? —pregunta casi susurrándome al oído. La puerta del despacho está abierta pero no le importa.

—Por favor, ¡apártate! No necesito ayuda. ¡Sepárate de mí! —insisto. Ha seguido detrás, sin dejarme espacio apenas para moverme.

—¿Sabes que hueles muy bien? —susurra con el rostro casi pegado al mío. Me he girado entonces, he logrado desembarazarme de él, le he empujado a un lado y he recuperado mi espacio.

—Solo trataba de ayudar… No hace falta tanta grosería ni agresividad—. Y lo dice como si estuviese muy ofendido.

—Has intentado acosarme, respondo. Te has propasado, ¿a esto has venido? —hablo nerviosa.

—Pero si has sido tú quien se me estaba insinuando. Me has provocado con ese meneo de trasero y caderas…

—¿Quéeee? ¿Pero qué demonios te estás inventando? Haz el favor de salir de mi despacho. ¡Vete! ¡Sal inmediatamente! —le grito.

Desaparece.

Ya ves, lo que me faltaba por oír, que le estaba provocando… Son unos dementes. Estos hombres indios son unos perturbados sexuales. Una no se puede arreglar, ni puede ser joven, ni soltera, ni guapa, ni se puede pintar los labios de rojo porque entonces te conviertes en buscona, ni puedes vestir ropa ceñida porque dicen que los provocas. Están dominados por la lujuria. Son depredadores, el sexo es lo único que se les pasa por la mente. Imagínate, si estos que se dicen educados obran así, ¿qué no harán los otros? ¿A las muchachas jóvenes…? ¿En los autobuses, en los trenes donde todo el mundo va tan apretujado…? No tienen ningún respeto por la mujer. Nosotras hemos cambiado, hemos progresado porque hemos luchado y cada vez más mujeres rechazan el patrón tradicional. Ahora hay muchos modelos de mujer, nos hemos rebelado y lo seguimos haciendo. Pero ellos,

ellos apenas han cambiado. Solo piensan en satisfacer sus instintos, sus obsesiones. No cabe duda de que es el resultado de tanta opresión sexual, de tantas ideas mezquinas, de tantos patrones puritanos, de tanta hipocresía. De tanto dominio masculino. No quieren perder su espacio de superioridad y como cada vez hay más mujeres como yo que les plantan cara, se sienten más heridos y actúan con más venganza. Su arrogancia les hace pensar que en algún momento aflojaré, que con sus amenazas y castigos seré una conquista fácil porque estoy sola y piensan que comeré de su mano. En su mente masculina y dominante se creen con el derecho de achucharme cuando se les antoja y de satisfacer sus instintos oprimidos, esos deseos que no les permiten sus esposas, para después dejarme tirada, zarandeada, usada porque obviamente sus esposas, son *sus* esposas. *Las buenas mujeres*. Y yo, yo no soy nadie. Como no consiento nada de esto, como les rechazo al primer instante, como rehúso ser el objeto de su capricho, se enfadan mucho más, me calumnian, me amenazan, utilizan su poder para sacudirme, para darme una lección, según dicen. «¡Me las pagarás, puta!», lo dicen así de claro. Y así es como sigo estando en su jaula, en esa que es sutilmente invisible porque son ellos los que siguen mandando en una sociedad tan corrupta como esta.

¡No cederé, no cederé un palmo!

La cultura patriarcal de este país se ha empeñado en marcarme siempre con un hierro candente. Yo, Devi, he ido tejiendo mi historia con actos y más actos de rebeldía que, con esfuerzo y perseverancia, me han permitido salir de sus trampas, de sus engaños. Pero siempre se repite lo mismo: cuando logro estar fuera, cuando me escapo de una de sus jaulas, cuando consigo sentirme a mis anchas, va y aparece otra todavía más grande que la anterior, que me aprisiona, que me apresa, que me aplana.

Por un lado, está la sociedad, el mundo de hombres con poder en el que vivo. En la universidad la gran mayoría de mis colegas son hombres, todos ellos rigurosamente casados o a punto de hacerlo los que son más jóvenes. Las pocas profesoras que hay también son esposas y madres con dos o tres hijos. Las mujeres tienden a ser de castas altas o influyentes y son muy tradicionales. Algunos y algunas han llegado donde están a base de comprar títulos universitarios o tesis académicas. Pagan a alguien para que les haga los trabajos, los presentan y son ellos y ellas los que ocupan los puestos prestigiosos. Conozco a gente así. Y si no pagan dinero, los favores sexuales abundan. Y todo queda encubierto. Si te niegas a sus demandas como yo, tienes trabas y problemas siempre. Y te sientes impotente y la ley no sirve de nada.

Esta es la otra cara de la educación, de nuestro sistema educativo. Una cara oscura, que destila el más pestilente hedor, donde me puedo sentir tan vulnerable como cualquier otra mujer intocable analfabeta que va de jornalera al campo. ¿Qué diría padre si conociese todo esto? Él, cuya ilusión fue que me educara. Sí, se alegraría, enormemente, porque se hicieron realidad sus sueños, porque incluso he

llegado a lo más alto. Pero seguro que padre no se imaginaba entonces que hoy en día la casta y el género seguirían pesando tanto. Pues sí, sí que cuentan, sí que importan, y no solo en Haryana, sino en la mayor parte de India que sigue siendo rural y provincial, algo que por un lado tiene sus aspectos positivos, pero que por otro denota un pensamiento carente de igualdad, de equidad, de respeto, de amor hacia los más vulnerables y desprotegidos, hacia la mujer, hacia lo femenino.

Por otro lado, en mi mundo más personal, el de la familia, la figura de madre seguía ejerciendo su peso. Madre había llegado a mi casa para enjaularme y domesticarme. Para mostrarme que ella era ahora *el hombre de la casa*; quien daba las órdenes. Ella era el patriarca, ese hombre a quien yo debía haberme unido formalmente en sagrado matrimonio y al que le tendría que haber dado hijos; el hombre que me habría enseñado a obedecer, a callar y a ser una mujer como las demás. Como no existía tal figura en mi vida, madre tomó su lugar y durante unos cuantos años arremetió contra mí con toda su fuerza masculina, tratándome como a una esclava. No, no estaba loca, no era demencia o senilidad, sabía bien lo que hacía. Le producía satisfacción tenerme controlada, enseñándome cuál era mi lugar y mi papel como mujer. Y lo peor de todo: yo, se lo permitía. Sí, esta era la gran tragedia. Consciente o inconscientemente le dejaba que llevase a cabo su tortura. Una se da cuenta cuando se para a pensar. Cuando no pudiendo más, a punto de explotar, una toma cierta distancia y se pregunta, ¿qué está pasando? ¿Qué vida es esta? Yo no quiero esto. ¿Cómo puedo permitirlo? ¿Cómo puedo dejarme esclavizar de esta manera por mi propia madre?

¡No! Esto no puede continuar más.

Y un día, después de agotar todas mis lágrimas pensé: ¡muy bien, Devi! Si tienes que vivir con ella, con madre, con tu enemigo, lo harás. Si este es el destino inevitable porque tampoco puedes abandonar a un ser humano, lo harás. Viviré con ella, me dije. Pero a partir de este momento, esta es mi casa. Y no voy a permitir que me destruya como lo ha ido haciendo hasta ahora. Mi vida es sagrada.

No sé de dónde salió aquella firmeza. Pero me lo creí. No dejaré que me destruya, me repetí. Todo tiene un fin. Llega un tiempo para cambiarlo. Para decir «no». Si a los hombres que quieren abusar de mí puedo decirles que No, a madre también se lo puedo decir. ¡No!

Creo que fue maravilloso, algo mágico que realmente me hizo sentir cómo emergía una vez más la fuerza que hay en mí. La tigresa que llevo dentro ha resucitado, pensé. Se ha alzado la Devi verdadera, se ha iluminado aquella parte de mi *multiverso* que las circunstancias y el miedo habían oscurecido y ocultado. Ha aparecido Devi la luchadora, la que desciende y forma parte del mismo linaje de Durga, la triunfadora. De Kali, la destructora de todo mal. Esa era yo otra vez, aflorando en mí aquella parte divina que me empujaba y me enfrentaba cara a cara con mi mayor enemigo, el más difícil de todos: mi propia madre.

No fue fácil, en absoluto, pero creo que la clave de todo radica en *desaprender*. Comenzó a cambiar cuando yo dejé de hacerle caso, cuando me negué a comportarme como una esclava a su servicio siempre, entonces apreció sus límites

y aprendió que en el fondo me necesitaba. Si me insultaba hacía oídos sordos y no le respondía, seguía con lo que estuviese haciendo o incluso me marchaba y la dejaba con la palabra en la boca. Si me daba órdenes de malas maneras, simplemente las desoía. Si le preparaba la comida y luego la tiraba por el suelo o no se la comía, la dejaba allí, donde ella la había lanzado. Podían pasar uno, dos o hasta tres días, pero allí se quedaba para que viese una y otra vez su propia pocilga. No le cocinaba, ni le daba nada recién hecho; si quería algo se lo tenía que hacer ella misma, tampoco era una inválida. Ella seguía insultándome infinitamente y yo, para no bajar la guardia, me tenía que repetir que *no*, que *no* podía ceder un palmo. Que no podía ser su esclava otra vez. ¡Era duro…! Casi estuve a punto de estropearlo todo porque luego le dio por adoptar otra estrategia, quejándose de que le dolía aquí y allá y que yo no hacía nada para aliviar su sufrimiento… Había cambiado de pantomima, solo eso. Sí, fue difícil durante al menos todo un año. Madre había estado acostumbrada a apretar un botón, a hacer un gesto, y a conseguir de mí lo que se proponía porque yo respondía como sierva, en obediencia a esa imagen divinizada y absurda de *«la madre»* que tenía. Cuando eres pequeña y luego cuando vas creciendo te van engañando con esto. Hasta que te despiertas y aprendes que «no» también es un sonido poderoso; que ella no era *una verdadera madre*, cuando se comportaba como una tirana.

Poco a poco, fuimos deshaciendo nuestros roles. Desaprendimos los papeles, las enseñanzas del mandato y el sometimiento. Madre fue aprendiendo nuevas maneras de comportarse conmigo; cuantos más años pasaban, más torpe estaba, más decaída, con menos fuerza. Aprendió cuánto me necesitaba. Aprendió a hablar sin insultos, aprendió a respetar mi espacio. Una se pregunta, ¿tiene que llegar una persona a la vejez para darse cuenta de la necesidad del otro, de quién tiene a su lado? ¿Para tratarlo bien? Bueno, la vida nos enseña con el paso de los años…, aunque no siempre está en nuestra mano modificar las cosas que no nos gustan; ojalá pudiese reparar muchas de las injusticias que sufren las castas bajas y las mujeres indias. Pero dentro de mi pequeña esfera, sí que sigo esforzándome, luchando sin hacer ruido y rebelándome para que se produzcan cambios positivos.

Tengo ya más de cincuenta años, la vida me ha zarandeado y me ha azotado muchas veces. También me ha enseñado muchas cosas. Cuando llegas a esta edad la línea va decreciendo porque sabes que será difícil que vivas otros cincuenta más. Comienzas a saborearlo todo con más lentitud, con más intensidad, con más consciencia de los momentos felices, porque el tiempo se escapa fácilmente. Estoy orgullosa de lo que he conseguido y sobre todo de mantenerme fiel a mis principios. En esto, tuvo mucho que ver padre. Defiendo la honestidad, el respeto, la justicia como valores principales. Disfruto enseñando Historia, mi pequeño secreto, que utilizo para metamorfosear las mentes de mis estudiantes. Para introducir en ellos la cultura del *desaprender*, del *deshacer* todas las normas y principios obsoletos, las viejas tradiciones mezquinas, los lenguajes de las jerarquías. La historia que aprendí yo era la historia de los triunfadores, de las grandes civilizaciones, los grandes imperios, los grandes hombres; los grandes

deseos y las grandes gestas. También era la historia de las grandes estatuas, los grandes muros y las grandes mentiras. Hoy, enseño a mis estudiantes cuál ha sido *mi* historia, la de una mujer intocable que ha logrado hacerse un caminito aparte, que ha conseguido avanzar dejando un pequeño rastro; una mujer intocable que ha pagado un precio excesivamente alto, que lleva la señal del hierro candente de los poderosos y que cada día se esfuerza por evitarlo, por escaparse, porque la cultura del hierro, la era de la Kali-Yuga como llamamos los indios, sigue marcando, violando, atropellando; sigue aquí bien presente y es una lucha agotadora cada día enfrentarse a ella cuerpo a cuerpo. Sobrevivo. Y vivo intensamente. Me siento viva a pesar de todo, esto es lo importante. Y cuando llego a casa cada día, me tiendo en la cama y cierro los ojos, cinco, diez, veinte minutos y me olvido. Me olvido de la furia del viento, me olvido de los cacharros sin fregar, me olvido del arroz que debí haber dejado a remojar, me olvido de *los debes* y *los tienes que*, me olvido de los ruidos, de las voces que hablan, hablan, hablan, me olvido de todo y siento; siento que soy algo más que un cuerpo de carne y hueso, temporal, finito; un cuerpo marcado, etiquetado, clasificado por la ignorancia.

Sí, me olvido y siento; siento que soy *algo* más que un cuerpo.

La autora

ANA GARCÍA-ARROYO (San Sebastián, 1963) es doctora en filología inglesa y postgraduada en literaturas y culturas postcoloniales. Es profesora de literatura en la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Estudiosa de la civilización india, sus conocimientos, fruto de sus más de veinte años de trabajo, de sus viajes y estancias en este país conversando con sus gentes, aprendiendo de sus luchas, de su silencio, del brillo que aflora en la dignidad humana, se han plasmado en varios libros, entre ellos novedosos ensayos como *Orissa, templos y tribus* e *Historia de las mujeres de la India*; también cabe destacar su entrañable novela *Madre India* y sus *Cuentos para educar el género*. Sin duda, todo su trabajo nos muestra la mirada interior y atenta de una sensibilidad híbrida.